

SCC
#13,526

J. A. Mackay

J H Mackay

Grinda

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Princeton Theological Seminary Library

https://archive.org/details/nuestraamericaen00bung

NUESTRA AMÉRICA

CARLOS OCTAVIO BUNGE

Nació en Buenos Aires, en 1875. Estudió en la Universidad de su ciudad natal, graduándose en Derecho en 1897, con una tesis sobre "El Federalismo Argentino". Al poco tiempo se dedicó a la enseñanza y a la magistratura, alcanzando en ambas muy honrosos cargos.

Sin vocación política, nunca perteneció a partido alguno, aunque sus simpatías acompañaron siempre a los más progresistas y avanzados. Con tesón infatigable llegó a adquirir una cultura enciclopédica y profunda, acaso igualada, pero ciertamente no excedida por ningún otro sudamericano de su generación. Su mucha facilidad de mano se reveló en la demasiada feoundidad primeriza; algunos de sus libros aparecieron como imperfectos bosquejos. Así los juzgó él mismo, y con admirable voluntad los corrigió y aun reescribió hasta convertirlos en obras de alto mérito. Esa fué, seguramente, su característica como escritor: la ejemplar constancia en el perfeccionamiento.

Como profesor de las Universidades de Buenos Aires y La Plata, conquistó rango de maestro, imprimiendo orientaciones personales al estudio del Derecho y de la Ciencia de la Educación; transfundió a dos generaciones su espíritu científico y liberal, venciendo obstinadas rutinas. Además de enseñar desde la cátedra, enseñó con el libro; en variados géneros literarios dispersó una labor extraordinaria, brillando como pensador profundo en los estudios jurídico-sociales.

Después de su tesis, "El Federalismo Argentino" (1897), publicó "La Educación" (1901), "Nuestra América" (1903), "La Novela de la Sangre" (1903), "Principios de psicología individual y social" (1903), "Xarcas silenciario" (novela, 1903), "El Derecho" (1905), "Thespis" (cuentos, 1907), "Los colegas" (drama, 1908), "Viaje a través de la estirpe" (narraciones, 1908), "Casos de Derecho Penal" (1911), "Historia del Derecho Argentino" (2 vol. 1912 y 1913) y otros escritos menores.

Las más de esas obras fueron ampliadas y pulidas en ediciones sucesivas; en los últimos años, previendo su muerte, trabajó con tenacidad en preparar una edición completa de sus obras, perfeccionando prolijamente los textos definitivos.

Con escritos parcialmente publicados compiló sus "Estudios filosóficos", "Estudios Pedagógicos" y "Estudio biográfico y crítico sobre Sarmiento". Dejó tres dramas inéditos, "La primera batalla", "El roble" y "El fracasado"; una novela, "Los envenenados"; tres series de narraciones, "El capitán Pérez", "La Sirena" y "El sabio y la horca"; un volumen de "Versos" y fragmentos de "Memorias autobiográficas".

Falleció en Buenos Aires el 22 de Mayo de 1918. Una completa "noticia bibliográfica" de sus escritos se publicó en la "Revista de Filosofía", Julio de 1918; un detenido examen de su personalidad y de su obra se encuentra en el número extraordinario que le dedicó la revista "Nosotros", Julio de 1918.

"LA CULTURA ARGENTINA"

CARLOS OCTAVIO BUNGE

Nuestra América

(Ensayo de Psicología social)

(6a. edición - Texto definitivo, muy corregido)

Con una introducción de
JOSÉ INGENIEROS



ADMINISTRACIÓN GENERAL:
CASA VACCARO, Av. de Mayo 638 - Buenos Aires
1918

INTRODUCCIÓN

I. — Criterios generales

Esta obra no pertenece al número de las que se leen como homenaje a la personalidad de sus autores; tiene excelencias intrínsecas, en su pensamiento, en su composición, en su estilo. Bosquejada antes de los treinta años, y sucesivamente rehecha hasta pasados los cuarenta (1), expresa con inequívoca nitidez las ideas fundamentales que "nuestra América" sugirió a Carlos Octavio Bunge; en ella se descubren las cualidades más permanentes de su intelectualidad: perspicaz ingenio, erudición variada, plasticidad asimiladora, gusto literario. Es, de todas sus obras, la más conocida. *La Educación, El Derecho,* los *Estudios Filosóficos,* son, tal vez de más hondo pensamiento; *La Novela de la Sangre* tiene más pretensiones literarias. En ninguna de ellas, sin embargo, se encuentran reunidas, como en *Nuestra América,* las diversas condiciones que aseguran vida larga a los libros. Pues, sin temor de errar, puede afirmarse que esta obra, en su texto póstumo, figura entre las pocas hispanoamericanas que seguirán leyéndose con interés dentro de medio siglo.

Los tomos que en América suelen dilucidar problemas sociológicos sorprenden tanto por la escasez de ideas generales como por las menudas triquiñuelas de la politiquería local; los más son de polémica, en que la historia no aparece inter-

(1) El texto actual de *Nuestra América* difiere sustancialmente del primitivo; Bunge reescribió el libro poco antes de su muerte, haciéndole tantas y tales correcciones que su lectura sorprenderá agradablemente a los que, en 1903, conocieron la primera edición. Esta circunstancia me ha impuesto el grato deber de modificar el juicio que en aquella época escribí para la "Revista de Derecho, Historia y Letras"; de otro modo parecería falto de ecuanimidad, hoy que le sirve de prólogo. He suprimido casi todas las observaciones que no resultan pertinentes al *texto definitivo,* complaciéndome el ver aumentadas mis coincidencias ideológicas con quien fué, por tantos años, de mis amigos más preferidos y admirados. — J. I. — Diciembre de 1918.

pretada sino torcida, bajo el disfraz verbal de la sociología. Comparándolos, la evolución de los pueblos hispanoamericanos tórnase enigmática; es visible que el temor de tropezar con ciertas verdades ingratas excede en mucho al deseo de aproximarse a ellas.

Las "historias" generales no son más felices, aunque algunas poseen indudables méritos narrativos; en tal cual trabajo son loables la técnica o la erudición, especialmente en los de carácter monográfico. Pero, con todo, Bunge no exagera al afirmar que "excepto unos pocos autores muy señalados, sólo se escriben cronicones que pasan por historia y paisajes que se pretende sociología". Veremos que él ha sabido hacer excepción; en un aspecto, por lo menos, el de la "psicología social", *Nuestra América* satisface las exigencias de esa crítica justiciera que no puede confundirse con la maledicencia petulante de los escritores poco afortunados.

A pesar de su frondosidad literaria y de algunos fucilazos oratorios, *Nuestra América* es un libro de sociología, y como tal debe juzgársele. No es, ni lo pretende, un libro de historia. Las obras sociológicas, generales o especiales, se caracterizan por su unidad de criterio y por su visión sintética; aunque sean imperfectas, unilaterales o erróneas, requieren una amplitud de miras que suele faltar en los más minuciosos cronicones. En éstos la información puede ser más rica, pero no es fuerza que la coordinen ideas generales. Hay valiosos trabajos históricos que revelan paciencia física, fatiga de amanuenses; sólo puede hablarse de labor sociológica cuando se advierte el sentido panorámico, del que, para dominar el conjunto, sabe encaramarse sobre una cumbre. Y éste es el caso de Bunge: busca las leyes más generales, sin detenerse en las minucias de cada hecho particular.

Los mejores métodos resultan ineficaces cuando se carece de ideas que dirijan su aplicación; hemos bregado siempre por ello, frente al especialismo excesivo que lleva a equivocarse con prolijidad. Sólo duran las obras que expresan verdades generales, como *Nuestra América;* sus pequeños lunares, propios de toda producción humana, no afectan la veracidad del conjunto, pues los detalles inexactos sólo quitan valor a las obras que estudian los detalles mismos. El sociólogo es un historiador que "piensa en grande"; su obra no es de histólogo, sino de naturalista. Sin esqueleto euritmico no puede existir belleza del conjunto; los tratados de anatomía artística enseñan que, en el organismo humano, el primer valor estético

es el del esqueleto. Aplíquese tal verdad a todo estudio sociológico: las ideas generales son su esqueleto, sin ellas no pueden esperarse resultados eficientes.

Como lo advierte Worms en uno de sus balances de la sociología contemporánea, desde la constitución de las ciencias sociales se presintió la existencia de una correlación íntima entre los diversos fenómenos sociológicos. Numerosos investigadores intentaron unificarlos, sospechando la preponderancia de alguno entre ellos, que obraría como propulsor de la evolución social. Muchos sociólogos han extremado el concepto, atribuyendo a tal o cuál clase de fenómenos una importancia exclusiva; empero, aun los menos partidarios de la cristalización en sistemas exclusivos, se inclinan a señalar algún orden de hechos predominante: el organismo reclama su columna vertebral.

En suma, toda obra verdaderamente sociológica presenta un criterio sintético; la síntesis interpretativa fué siempre el objeto de la antigua filosofía de la historia, precursora de la sociología. Cualidades son, éstas, que el lector percibe, desde las primeras páginas, en *Nuestra América.*

En los modernos ensayos sociológicos se definen tendencias diversas, subordinando la evolución del agregado social a algunos de sus factores principales. Del conjunto de doctrinas y criterios despréndese una inclinación general a eludir las interpretaciones subjetivas, dando importancia a la doble base étnica y mesológica, tendencia ya bien marcada en los trabajos histórico-críticos de Taine y de Renán.

Alberdi y Sarmiento demostraron, de hecho, la posibilidad de estudios sintéticos sobre la evolución hispanoamericana, el primero en sus *Estudios Económicos,* y el segundo en *Conflicto y Armonías de las razas en América,* dos bosquejos inconclusos que marcaron rumbos fecundos a sus sucesores. Bunge, en *Nuestra América,* tomó espontáneamente el camino de la psicología social, que había tentado ya a Lastarria, en *La América,* y a Agustín Alvarez, en *South América,* pero lo hizo con una cultura histórica y una forma literaria muy superiores, incomparablemente. Y ello era lógico, perteneciendo a una generación educada con muy distinta disciplina.

Si hubiéramos de juzgar *Nuestra América* con un criterio sociológico "integral", es indudable que la hallaríamos incompleta; pero Bunge, titulándola "ensayo de psicología social" (1), ha circunscripto deliberadamente su tema, ponién-

(1) Desde la segunda edición.

dose a cubierto de toda objeción inspirada en otros puntos de vista. De la heterogeneidad de criterios nace, sin embargo, el interés de la crítica, si ésta ha de ser una complementación recíproca de opiniones y no un juicio banal sobre el mérito o demérito de los escritores. El ver las cosas bajo un ángulo visual distinto, lejos de impedir a cada uno la estimación de las observaciones ajenas, suele facilitar la comprensión de aspectos imprevistos y sugerir maneras nuevas de tratar los problemas examinados. Por nuestra parte, creemos que la concepción etno-psicológica de Bunge, podría completarse eficazmente con el criterio del "economismo histórico", pues éste ilustra muchos problemas que aquélla no explica satisfactoriamente.

Razones de orden ético acentúan nuestra simpatía hacia sus páginas, especialmente en las consagradas a la sincera disección de la política hispanoamericana, cuya parte expositiva este libro de Bunge. Un gran valor moral se revela en todas resulta documental para la historia de las costumbres. Su propósito visible es dar una base étnica a los caracteres psicológicos de los hispanoamericanos. En la primera edición atribuía un valor absoluto a la influencia de la raza, sin advertir que las condiciones del medio influyen considerablemente en la determinación de la psicología nacional; esta falla se ha amenguado en las ediciones posteriores, advirtiéndose apenas en el texto definitivo.

Como no criticamos por prurito de poner en punto de solfa, ni para prodigar aplausos de zarabandista, hemos querido exponer previamente el criterio que guía este examen de las ideas básicas de *Nuestra América;* señalaremos las facetas brillantes que presenta en su complejo poliedro, sin ocultar algunas imperfecciones. La obra consta de una *Introducción*, que fija su plan general, y de *cuatro libros* destinados a estudiar "los españoles", los "indios, negros y mestizos", "los hispanoamericanos" y la "política hispanoamericana". Un *quinto libro*, a manera de ilustrativo comentario, examina la personalidad de tres célebres "políticos hispanoamericanos": Juan Manuel de Rosas, Gabriel García Moreno y Porfirio Díaz.

II. — Las razas concurrentes

Bien se orienta Bunge al inquirir la determinación de nuestro carácter presente, remontando el estudio a las raíces

étnicas que dieron su savia psicológica a los pueblos hispanoamericanos. Sociólogos hay que imputan exclusivamente a la raza el desarrollo de las naciones: son los menos. Los más concédenle influencia inicial—modificable por el ambiente — en la formación del "carácter nacional", llamando así a los caracteres psicológicos más intensificados en el mayor número de componentes de un agregado social.

Sarmiento—en *Conflicto y armonías de las razas en América*—encaró con agudeza este problema; Bunge sigue rumbos semejantes, aunque fácilmente se adivina que no había leído *Conflicto* (1). En nuestra población hispanoamericana reconoce el producto de tres grupos étnicos, confundidos en estrecha amalgama, aportando cada uno sus características propias; pone en segundo término los otros factores étnicos que accidentalmente convergieron a su constitución. Mientras los ingleses tuvieron en Norte América hembras anglosajonas, conservando pura su psicología al conservar la pureza de su sangre, los españoles se cruzaron con mujeres indígenas, combinando sus taras psicológicas con las de la raza inferior conquistada; esa sería la diferencia fundamental en la colonización de ambas Américas. Los yanquis son europeos puros; los hispanoamericanos están mestizados con indígenas y africanos, guardando en la zona templada la apariencia de europeos por simple preponderancia de la raza más fuerte. En nuestra resultante psicológica colectiva, en nuestro carácter nacional, Bunge rastrea los caracteres de las razas componentes: la psicología del pueblo español en el tiempo de la conquista, la del indígena americano y la del esclavo africano.

Bunge observa y describe bien. Atribuye, sin embargo, importancia exclusiva a caracteres psicológicos que, aun siendo exactos, resultan secundarios en la evolución de los pueblos, si están subordinados a otra clase de factores. Pero antes de comentarle, conozcámosle, dando un extracto de sus ideas, tan claro como puede merecerlo un ensayo que, si peca, es por demasiada tendencia a la simplificación.

*

El "libro primero" merece análisis detenido; lleno está de observaciones originales y a menudo perspicaces sobre la

(1) La obra, no citada en la primera edición, lo está en las siguientes.

mentalidad de los *españoles*. Como sinopsis histórica, es una monografía magistral.

Bunge señala cuatro caracteres fundamentales. El *Decorum*, gravedad formulista, explicable por antecedentes romanos; la *uniformidad* en ideas, en sentimientos, en costumbres y hasta en trajes, emergida de las imposiciones de la Inquisición, prohibitivas del libre examen y enemigas de la originalidad individual; la *arrogancia*, que aun siendo originariamente bárbara, es una mezcla de orgullo germánico, gracejo árabe y verbosidad latina; la *indolencia*, de origen latino, atendido que la ética grecolatina consideraba el trabajo manual indigno del ciudadano libre. Fenómeno curioso es, sin duda, la *discordancia* de los diversos rasgos típicos del alma española. Según la teoría aplicada por Bunge a los hispanoamericanos, podría suponerse que es un resultado natural de la complejísima promiscuación étnica que caracteriza al pueblo español, hecho señalado por Sergi en un trabajo reciente.

*

El "libro segundo" analiza la contribución étnica y psicológica de los *indios, negros* y *mestizos*, en la formación social de los pueblos hispanoamericanos.

Señala en los indígenas tres rasgos principales, comunes también a los pueblos asiáticos; afinidad comprobatoria de la hipótesis que hace inmigrar del Asia oriental los primeros pobladores de América. Esos caracteres son la *resignación*, la *pasividad* y la *venganza;* estos atributos, propios de pueblos encanallados por una opresión secular en su Asia originaria, y persistentes después de la presunta inmigración al continente americano, serían característicos de la mentalidad de nuestras razas indígenas. La observación es exacta y confirma otra de Sarmiento, que la cimentaba, a su vez, en opiniones análogas de Prescott, Ulloa y Depons.

Merecen señalarse muy particularmente las reflexiones biológicas y psicológicas acerca del hibridismo y la mestización, en las que Bunge demuestra comprender con rara lucidez las doctrinas de Darwin, a las que expresa con frecuencia su adhesión y en las que funda casi todas sus opiniones jurídicas, éticas y sociológicas.

La psicología de los descendientes de africanos importados en calidad de esclavos, es una página muy interesante;

Bunge haría un magnífico boceto de psicología colectiva si reuniese, coordinándolas, sus felices observaciones acerca de la "psicología de los mulatos". Sarmiento caracterizó a la raza negra y su descendencia, llamándola servil y trepadora. Bunge la tipifica por tres rasgos. "Tiene — dice — el *servilismo* de esclavos, propio de tribus fetichistas dirigidas por sanguinarios reyezuelos; son *maleables*, rápidos como gente de los trópicos; su aspirabilidad, dominada durante tantas edades, despierta con un hambre de siglos"; a este fenómeno, típico en los mulatos (africanos que han reforzado su sangre con elementos europeos), llámalo Bunge: *hiperestesia de la ambición*. Se enamoran de la "última palabra" de los blancos y se hacen secuaces ardientes, con ardor tropical, tórrido. Fáltales, empero, el sentido moral cristiano, "aptitud que los europeos heredan a través de veinte siglos de ascendencia y que no es posible improvisar en conciencias mestizas y mulatas. Donde mayormente se revelan éstas, por desgracia, es en la *falta de probidad;* de ahí los gobernantes de sangre y de rapiña". Parécenos excesiva esta execración de los mulatos; encontramos exagerada su influencia nefasta y sus malas cualidades psicológicas. Bunge resbala insensiblemente a afirmaciones paradógicas como la siguiente: un gobernante bien intencionado, no pudo ser probo, por atavismo; Rosas, en cambio, a pesar de sus excesos inauditos, lo fué, por atavismo. "Este era un blanco malo; el otro un mulato bueno". Hay exageración en estos irrevocables determinismos étnicos.

III.—La psicología de los Hispano-americanos

El "libro tercero" examina el producto de esa mezcla de raza, *los hispanoamericanos*, en quienes persisten, en proporciones heterogéneas, las virtudes y los defectos de sus progenitores inmediatos.

"Y sobre todos los *rasgos comunes* del carácter de los hispano-americanos destácanse tres fundamentales que lo tipifican, que sostienen como inconmovibles columnas el "genio de la raza": la PEREZA, la TRISTEZA Y LA ARROGANCIA".

La indolencia de los españoles — arguye Bunge,—siendo una de sus más clásicas prerrogativas, combinóse con la incuria nativa de los indígenas y con la apatía de los esclavos negros: de allí nació "la pereza criolla". Tiene ésta carac-

teres propios; es física y psíquica; implica una *falta* de actividad, mientras la europea es un *derroche* de actividad en cosas ociosas. Reviste dos formas. La absoluta: inacción total; la relativa: falta de disciplina, de método y de higiene en el trabajo. No se limita a una forma de actividad social; afecta a todas, es universal. Esta universalidad la hace mostrarse bajo diversos aspectos, siendo típica la *mentira criolla*. Dos elementos la caracterizan: la exageración mórbida y la falta de precisión. "Es un continuo engaño de acomodamiento a una inacción instintiva; el dejar-hacer transformado en dejar-fingir; un amable sistema de disfrazar la vida para rehuir toda responsabilidad, todo trabajo. O sea una fase ideológica y general del mal de raza: la pereza". La mentira europea, en cambio, sería un estímulo permanente para la acción, un enaltecimiento del ideal realizable.

Para Bunge son típicos dos neologismos argentinos y sus derivados: *atorrar y macanear*. Atorrar es *el movimiento de la pereza criolla;* macanear, *la palabra de la pereza criolla*. "Atorrar" significa vagar y descansar sin rumbo y sin objeto, alternativamente, no para hacer ejercicio y reponerse, sino buscando el placer del movimiento y la quietud al acaso; "macanear" equivale a disertar, mintiendo a la criolla, es decir, tartarineando y equivocándose al mismo tiempo en el clásico poco-más-o-menos. Los vocablos vagar y divagar no corresponden a esos dos conceptos genuinamente locales.

Los primitivos pobladores de Sud América tenían por rasgo común la *tristeza*. La raza conquistadora no era alegre. Sólo el mulataje aportó elementos expansivos a la psicología de los hispano-americanos; mientras el indígena agonizaba en las pampas y el blanco protestaba del yugo de Rosas, el mulato bailaba su tango, a son de candombe, en los arrabales de Buenos Aires; aquí también confirma Bunge la opinión de Sarmiento, para quien el negro era entusiasta y divertido de raza.

"El pueblo argentino no sabe reir", es la conclusión. El arte popular se condensa en músicas de singular melancolía; algunas se llaman "tristes". El gaucho tiene la tristeza de una civilización que languidece y se extingue. El mal pasa del campo a la ciudad. En las clases bajas urbanas y en las dirigentes nótase la misma falta de alegría. Los jóvenes parecen viejos gastados: no cantan, no beben, no ríen. Las llamadas "fiestas sociales" son simples ferias o exposiciones

de lujo burgués, cuando no redes que las mujeres tienden para atrapar al hombre en las mallas del matrimonio.

La *arrogancia* es española por excelencia, domina en toda la literatura castellana, a punto de haber desterrado su sentimiento de contraste: la delicadeza. Por eso los españoles carecen de matiz, de semitono, de *nuance;* esta ausencia, según Bunge, se refleja en su idioma. Cervantes termina el *Quijote* lo mismo que Hernández el *Martín Fierro*: rompiendo el uno la péñola y el otro la guitarra para que nadie, después de ellos, se atreva a "tocarlas". En las costumbres americanas la arrogancia asume dos formas características: la rural, sintetizada en el "culto del coraje", y la urbana, encarnada en el "respeto por la potencia sexual". Esas facetas del carácter criollo constituyen el reverso del carácter europeo, cuyas tres condiciones ideales serían: diligencia, alegría y democracia. La cualidad madre del carácter europeo ideal es la *diligencia;* del criollo, la *pereza*. "El trabajo es el progreso; la pereza es la decadencia"... Si entre ambos no hay oposición, hay por lo menos diversidad. La pereza y la arrogancia no se contradicen: "la arrogancia es el orgullo de la pereza", como la tristeza, por su parte, nace de la inacción.

La combinación de esos tres elementos hispano-indígeno-africanos es desigual en los diversos pueblos de Sud América, proviniendo de ello y de la diversidad del ambiente las diferencias de matiz que se observan en la psicología regional de cada uno.

Todos los progresos y todas las decadencias pueden, en suma, reducirse a la mayor o menor actividad de los pueblos. En Sud América todo es pereza, todo es decadencia, antes de producirse la segunda colonización europea, a fines del siglo XIX. La pereza dorada "trae la falta de imaginación en las clases dirigentes, del poder y la fortuna; he ahí un principal enemigo del progreso". Además, la pereza criolla, así como anula el trabajo práctico, aniquila la labor del pensamiento en las artes y las letras, circundando sus mejores productos de invadeables tinieblas...

Bunge termina preguntándose si el mal es incurable. Y encuentra un solo remedio: EUROPEIZARNOS por el *trabajo*. No se arguya que la europeización ha de violentar nuestro carácter, "pues la indolencia no da ni quita carácter; si el carácter de los hispano-americanos es no tener carácter, ¡hagámonos un carácter!"

*

No insistiremos sobre la forma esquemática dada por Bunge a los tres primeros libros de su obra; ello tiene indudables ventajas didácticas. Limitémonos a señalar ciertas generalizaciones inseguras.

Bunge atribuye demasiada importancia en la psicología actual de los hispano-americanos a caracteres que no son generales. No incurriremos en la puerilidad de citar detalles para probar que la pereza, la tristeza y la arrogancia no dominan de manera exclusiva nuestra psicología. Preferimos comentarlas al pasar (1), para inquirir en seguida, genéticamente, la cualidad fundamental de los hispano-americanos: la pereza.

La población rural de las zonas en que predomina el elemento mestizado, es triste; la naturaleza monótona y desolada la acostumbra a tediarse, reflejándose en la melancolía de su música y de sus trovas primitivas. No es la raza solamente: es el medio. Esta doctrina no es de simple aplicación criolla. La alegría de los griegos — tan celebrada por Nietzsche — es el producto de la naturaleza variada, festiva y frívola; nada hay solemne en su naturaleza, nada en sus espíritus (2). Taine no resiste a la tentación de transcribir dos magistrales páginas de Renán (3) que confirman su aserto, en "San Pablo". Cabe agregar que nuestro régimen colonial fué contrario a toda manifestación de alegría popular, aun en la propia ciudad, rivalizando conquistadores y frailes en su afán de aburrir a estas poblaciones; sobre ello insiste García en *La Ciudad Indiana*.

Podría agregarse que las cosas han variado en las ciudades de la zona templada, durante los últimos treinta años. El ambiente urbano es siempre y en todas partes más propicio a la alegría que el rural; en las mismas campañas el estado mental colectivo tiende a variar, por un factor importante destinado a transformar toda la sociedad argentina: la inmigración de europeos en vasta escala, la "europeización" operada durante la segunda colonización de nuestro país. Las nuevas condiciones de vida, la forzosa actividad en el trabajo, la variación incesante del escenario en que actúa, hacen del

(1) Desde la segunda edición, el texto de *Nuestra América* coincide con estos comentarios, escritos al publicarse la primera.
(2) Taine: *Philosophie de l'art*, vol. II, pág. 134 y siguientes.
(3) Ibid: En *Nota*, de pág. 137 a 139.

criollo urbano un tipo alegre, vivaz, optimista, verdadera antítesis de la proverbial melancolía del mestizo legendario. Baste señalar la serie de artículos (de Florencio Sánchez) "Cómo se divierte Buenos Aires", que está publicando *El Diario;* los que viven aburriéndose quedarán sorprendidos ante el número y la variedad de las diversiones bonaerenses. La creencia contraria puede nacer en Bunge de la observación de un reducido ambiente convencional, donde nunca hallaron eco simpático sus aspiraciones intelectuales; ha visto la vida a través de un tul gris. Otros, como Sánchez, que han frecuentado cenáculos de bohemia intelectual, donde reina imprevisora jovialidad, encuentran que los porteños son alegres y espirituales. La generalización de Bunge no es rigurosa; no ha vivido alegremente, por eso ve tristeza en todas partes.

La "arrogancia" está menos difundida de lo que Bunge cree, neutralizándola el vicio opuesto, el "panurgismo", que conceptuamos hijo legítimo de la pereza, mientras la arrogancia parecería tener filiación adulterina. Probará nuestro aserto toda la "*política caciquista*" del mismo Bunge, que denuncia la falta de arrogancia cívica del pueblo, en todas sus clases sociales: desde la conservadora, mediocre y rutinaria, hasta el paisano domesticado por su condición servil. ¿Arrogancia hay acaso en que, en 1903, se escuche y acepte sin asombro la propuesta de dotar de presidente a varios millones de habitantes, sin más ceremonia que la convención de un puñado de comanditarios de nuestro cacicazgo político? La arrogancia debe buscarse en las diversas manifestaciones de la psicología nacional, y no solamente en la "parada" del compadre suburbano o en las hazañas antipoliciales de Juan Moreira...

III.—La pereza hispano-americana

Nos detendremos en la pereza — base de la trinidad psicológica, según Bunge,—para analizar su génesis y su interpretación.

Domina, efectivamente, en la mentalidad criolla. Sarmiento la señala; García intenta explicarla en *La Ciudad Indiana.* La sociedad colonial se componía de dos clases sociales: los poseedores de la tierra y los indigentes, aparte del mezquino comercio que estaba en manos de los primeros. Para los terratenientes, el trabajo era vil; para los desposeídos,

improductivo. El primero era rentista por carácter; el segundo sabía que nunca conseguiría por su trabajo la propiedad de la tierra, fruto del privilegio. Ese divorcio de la propiedad y el trabajo en nuestro régimen colonial, netamente demostrado por García, inspiró a Rivadavia sus leyes agrarias; fué descrito por Alberdi y Estrada. Allí vemos el germen de la pereza argentina: los unos consideran denigrante el trabajo y los otros creen inútil trabajar sin la esperanza de adquirir la tierra monopolizada por pocos privilegiados.

Ese hecho tiene por consecuencia el hábito colectivo de la pereza, cuando una condición del medio contribuye a hacerla posible: la excesiva producción natural. Nuestros campos llenos de ganado, que se carneaba para vender el cuero por un precio irrisorio, excluían la necesidad de trabajar para comer; esa abundante ganadería sin dueño, señalada por todos los cronistas del coloniaje, permitió que la pereza arraigara hondamente en hombres cuyo principal instrumento de trabajo fué el cuchillo, para carnear en cualquier sitio y momento.

Para Bunge toda la causa de la pereza está en los factores étnicos que entran a componer el pueblo hispano-americano, aunque él mismo confiere a una de las tres razas — la negra— "hiperestesia de la ambición", cuya manifestación necesaria sería la hiperactividad. El mulato rampante, amoralmente trepador, necesita multiplicarse para alcanzar su objetivo; su actividad no es, no puede ser pereza, ni conducir a ella. Esta objeción, con ser de peso, la reputamos accesoria.

La fundamental sería otra. La influencia de la raza en la formación del carácter nacional es innegable, pues equivale a afirmar la herencia psicológica; pero la consideramos subordinada a la influencia del medio. El error estaría en atribuir a la raza — con independencia del medio en que actúa — el origen de la pereza.

La pereza individual no es un sentimiento sin causa; es una representación mental de la inercia orgánica. Nace de la falta de actividad; es una desviación de la fisiología, una enfermedad. Puede ser directamente psicológica, como representación de una inactividad ya habitual; puede ser secundaria y tener un substratum mórbido, como resultante de una enfermedad orgánica que impide la actividad. La *pereza colectiva,* excluída la hipótesis de una enfermedad orgánica, es una pereza directa: la representación mental colectiva del hábito de no trabajar. Expliquémonos.

Sociológicamente, la actividad de un grupo social está en razón directa de las dificultades que ofrece la explotación de la naturaleza, para extraer de ella las subsistencias; en otros términos, la cantidad mínima de trabajo que debe desarrollar una sociedad, depende de las trabas que opone el ambiente a la producción de los medios de subsistencia; es la fórmula de la lucha por la vida con relación al medio físico. El medio modifica las especies, las razas, los agregados sociales, los individuos; toda raza o grupo social que no se adapta al medio, sucumbe en la lucha por la vida.

Si la naturaleza es rica, la producción de las subsistencias es fácil y basta poco trabajo para vivir; si es pobre, requiérese mucha actividad y la selección es más intensa. Podría formularse la siguiente ley general: la actividad o pereza de una raza está en razón directa del esfuerzo requerido para producir los medios de subsistencia. Una raza perezosa sucumbe inevitablemente en un ambiente de difícil explotación, a menos que se convierta en laboriosa por supervivencia de los más aptos, de los más activos, transmitiendo éstos hereditariamente su actividad, como carácter psicológico adquirido en la lucha por la vida.

"En un clima húmedo y frío como la Galia, la Germania, la Inglaterra, la América del Norte, el hombre come demasiado: necesita casas más sólidas y mejor cerradas, trajes más calientes y espesos, más fuego y más luz, más abrigos, víveres, instrumentos e industrias. Se hace necesariamente industrial, y como sus exigencias aumentan con sus satisfacciones, encamina tres cuartas partes de su esfuerzo hacia la adquisición del bienestar" (1). Luego es la conquista de las subsistencias lo que obliga a los pueblos a ser trabajadores, de igual manera que su abundancia los inclina a la pereza.

¿En qué condiciones se emancipa el hombre del trabajo y surge la posibilidad del ocio?

En la fase primitiva del trabajo social, cuando la capacidad productiva del hombre es pobre, el individuo apenas produce lo necesario para la subsistencia personal; la pereza es imposible; no pescar, no cazar, no depredar, equivale a sucumbir en la lucha por la vida, que en ese período preséntase en las mismas condiciones que entre las demás especies biológicas. Pero el fenómeno característico de la evolución humana es la aparición de un ambiente económico artificial, por

(1) Taine: *La Sculpture en Grèce*, pág. 159 y sig.

el desarrollo de la capacidad productiva y del instrumento de trabajo;—cuando esa capacidad aumenta, superando el producto individual a la necesidad individual, aparece la posibilidad de que algunos vivan sin producir, aprovechando el exceso de trabajo de los demás: ese es el origen de la división de la sociedad en castas o clases, quedando las inferiores sujetas a la tarea de trabajar, mientras las superiores se posesionan del poder político, organizan las instituciones religiosas, cultivan las artes, etc., constituyendo la "superestructura" del agregado social sobre la base de las condiciones económicas de producción y repartición de la riqueza.

Ese desenvolvimiento de la capacidad productiva, permitiendo que algunos individuos sean redimidos del trabajo, determina la inactividad, el ocio, cuya representación psicológica es la pereza. Toda la historia de la evolución humana, la historia de la civilización, tiende a reducir a su mínimum el trabajo necesario para vivir.

La fórmula sociológica de la pereza hispano-americana sería ésta: *el ambiente natural permite que baste "poco" trabajo para obtener suficientes subsistencias.* De allí nacería el "derecho a la pereza".

Cuando el agregado social no está aún dividido en clases, la pereza es colectiva: todos trabajan poco para vivir; cuando aparece la división en clases, la pereza se localiza en las clases poseedoras de la tierra y de los instrumentos de producción; los productores trabajan para obtener su propia subsistencia y la de los que no trabajan. Estos, a su vez, pueden ejercer funciones de simbiosis o convertirse en parásitos, según que ejerciten actividades de utilidad social o se limiten a usufructuar las ventajas del sistema económico.

Si no existiera *exuberancia de subsistencias,* la lucha por la vida haría desaparecer a los inactivos, triturados por el engranaje de la selección; y es indudable que este hecho se observa en las masas mestizadas de las regiones tropicales menos fértiles y escasas de ganados. Allí se observa que los fenómenos económicos son, en última instancia, una forma superior y compleja de simples relaciones biológicas.

En suma, para complementar la primitiva interpretación étnica que daba Bunge de la pereza hispano-americana, diremos sintéticamente su fórmula: herencia psicológica por fusión de elementos étnicos que ya poseen el hábito de la pereza. Agregamos: el ambiente produce muchas subsistencias con poco trabajo y determina la posibilidad del ocio, cuya

representación psicológica en el carácter de la raza es la pereza colectiva; ésta puede preexistir en las razas colonizadoras, pero su persistencia está directamente subordinada a las condiciones mesológicas enunciadas.

Ese sería el origen de la pereza colectiva respecto de la capacidad de producción. Vemos sus manifestaciones respecto de la capacidad de consumo.

Las necesidades de las razas inferiores son escasas; su actividad redúcese a vivir, sin tener las que podríamos titular "necesidades superfluas", fruto de la civilización y patrimonio de las razas superiores. El ocio de éstas es entretenido; el de aquéllas, inerte. Bunge señala acertadamente este fenómeno; la pereza europea es *derroche* de actividad, mientras la nuestra es una simple *falta* de actividad. Ilustra el hecho con el siguiente episodio y su respectivo comentario: "A un gaucho que pasaba los días "sesteando" y jugando las noches, exhortóle Darwin, de viaje por la Confederación Argentina, a que emplease mejor su tiempo, a que trabajase... Y el gaucho contestó: ¡Es tan *largo* el día! He ahí una contestación bien típica. Equivale a decir: Dejemos todo para mañana, para la semana que viene, para más adelante; tiempo me sobra. Un vividor europeo hubiese contestado lo contrario: ¡Es tan *corto* el día!... es tan corta la juventud, tan corta la vida, que hay que aprovecharla, divirtiéndose cuando se pueda. Aquél no trabaja porque el día es demasiado largo; éste porque es demasiado corto. El uno está enfermo de pereza *total;* el otro, si no obra, es por pereza *parcial,* por no querer desgastar sus fuerzas sino en placeres... El uno porque carece de actividad; el otro porque quiere dar otro empleo a su actividad".

Es seguro que el problema sociológico de la pereza colectiva podría plantearse a la inversa. Descartando la parte de finísima ironía contenida en el folleto de Lafargue titulado "El derecho a la pereza", conviene recordar las ideas expuestas por este escritor. El trabajo es una necesidad: a medida que se perfecciona, aumenta su rendimiento, bastando un "trabajo necesario" cada vez menor para proveer a la subsistencia; la civilización tiende a emancipar al hombre del trabajo, dándole el "derecho a la pereza". La pereza es, pues, un derecho; emancipa del trabajo necesario, crea la posibilidad de ocupar la actividad humana en trabajos no indispensables: científicos, artísticos, éticos, etc., y la civilización convierte progresivamente en necesario para el hombre evolucionado, lo que fué superfluo para el primitivo.

En suma: la pereza revela un estado sociológico caracterizado por exuberante capacidad productiva con relación a necesidades exiguas, o por un refinamiento de los medios de producción que permite satisfacer necesidades cada vez mayores. Todo esto no impide reconocer que la pereza europea es preferible a la hispano-americana; la primera es propia de pueblos evolucionados y la segunda característica de los atrasados, que tienen pocas superfluidades necesarias.

El sociólogo no arregla la sociedad; sólo puede señalar los fenómenos sociales, y prever las tendencias de sus evoluciones futuras. Modificarlas importaría alterar su determinismo, debido a una causalidad compleja que escapa a nuestra intelección. Los hombres no hacen la historia, no guían la evolución social: la conocen o la ignoran, adaptando a ella sus esfuerzos. Bunge cree que los sudamericanos, con sólo desearlo, podrían modificar su carácter o crearse uno si no lo tienen. Estos deseos, tan loables como se quiera, son, en suma, un tanto inocentes cuando pretenden ser terapéutica para los males de la sociedad. Idéntico error obliga a sonreir ante las apresuradas panaceas de los místicos de toda especie, autores de proyectos utópicos que violarían el curso de la evolución social.

Somos como somos, actuamos como actuamos, y no podríamos ser, actuar o pensar de distinta manera. Un complicadísimo engranaje de causas, que no podemos eludir ni modificar, pues preexisten, anima la evolución de los agregados sociales. La "europeización" no es, en nuestro concepto, un deseo, como para Bunge; es un hecho inevitable en las zonas templadas, habitables por las razas blancas, que se produciría aunque todos los hispano-americanos quisieran impedirlo. Nace de causas que ya existen, ajenas a nuestro deseo: los agregados sociales más evolucionados se sobreponen a los menos evolucionados, toda vez que consiguen adaptarse al ambiente en que se plantea la lucha entre ambos.

En cambio, ¿por qué no decirlo?, tenemos por imposible la europeización de los países constituídos en la zona intertropical, pues en ellos sólo pueden prosperar las razas de color.

Nos europeizaremos oportunamente, como lo preveía Sarmiento: "¿Qué le queda a esta América para seguir los destinos prósperos y libres de la otra? Nivelarse; y ya lo hace con las otras razas europeas, corrigiendo la sangre indígena con las ideas modernas, acabando con la edad media" (II, pág. 414). En ciertos países o regiones de Sud América, la

europeización es ya un hecho realizado, sobreponiéndose la economía y la cultura modernas a la herencia medioeval que nos legara el coloniaje español. Y el fenómeno se irá extendiendo; la sociología puede prever esa futura transformación en una gran zona de la América latina.

IV.—La política hispano-americana

En el estudio crítico de la "política hispano americana" óyese el ritmo de una verba fustigante, de temple altivo y libre. Tiene chasquido de cilicio cruzado con mano resuelta sobre la desnudez vergonzosa de nuestra espalda política, sangrante por lacras innúmeras. La palabra de Bunge, en el cuarto libro de *Nuestra América,* tiene sonoridades tribunicias y a menudo la simpática virilidad de las saludables invectivas. Pulido el estilo y afinada la ironía, tendríamos un recomendable modelo de crítica política.

Tal la intención; bien la acompaña el gesto. Bunge describe manejando rica paleta de colorista: en la doble fusta que esgrime pende una trenza de Juvenal y otra de Bakounine. La primera se exhibe en misantropías retóricas, nacidas de un espíritu amargado por la degradación política de los hispanoamericanos; tiene la segunda implacable panofobia, que nada excluye de la hecatombe, ni hombres, ni instituciones.

El elogio, sin restricciones para el libro de propaganda política, sería reticente para la interpretación sociológica del sistema caciquista. Bunge descuida algunas causas de la política enfermiza, que pinta con mano experta. Sólo Sarmiento las entrevió, sin definirlas, pues su intuición no llegó a concretarse en fórmulas precisas; si para la época habría sido una exigencia precoz, en nuestros días es una razonable pretensión de la crítica.

Veamos, por de pronto, cómo plantea Bunge el problema, según las premisas precedentes. Los caracteres psicológicos que atribuye a los hispano-americanos debían — con toda lógica — llevarle a su explicación del fenómeno de patología política representado por el régimen caciquista, que tan brillantemente describe.

*

Poniendo la *pereza* como rasgo fundamental del carácter criollo, érale inevitable atribuir el sistema a una pereza colec-

tiva. La turba de indolentes permite descollar al más activo: una verdadera delegación de autoridad; el más activo es el más apto: temido por unos y requerido por otros. La sociedad caciquista suele acompañar a quien se le impone mejor, deslumbrándola con supuestas o superficiales virtudes. Si el feudalismo fué un régimen regular, el cacicato es una entidad caprichosa y variable. El "régimen cacical" es un engranaje de cacicatos, superposición de feudos, federación de clanes; del engranaje resulta la irresponsabilidad individual de cada cacique por sus actos públicos.

La autoridad del cacique es el eje mismo de la horda; los cacicatos no se instituyen por *ideas,* sino por *personas.* Los partidos caciquistas son siempre personales. No hay liberales, ni conservadores, ni moderados, ni librecambistas, ni demócratas, ni republicanos; hay partidarios de hombres conceptuados indispensables o providenciales. La conclusión es que el éxito político estriba en saberse enfeudar en un cacicazgo.

Bunge llama *política criolla* a la actividad de los caciques hispano-americanos. Esa política — observa — es infidente, enmascarada por frases sonoras; el cacique no cesariza: romaniza. Nunca dará el frente a la opinión, ni la espalda; la toma de costado y la espía de reojo. El parlamentarismo es una ficción dentro de la política caciquista. No hay ideales: las gentes sin ideas los tienen en el vientre. La pereza induce a rehuir la lucha: transigir es fácil, sacando un buen bocado, se entiende. Por la inercia colectiva el caciquismo es sinónimo de paz, casi de patriarcado; por anomalía hay caciquismos sangrientos. Las reacciones de opinión son convulsivas, fugaces, creando ese género de revoluciones que no dejan huella, que tienen el impetuoso e imprevisor automatismo del ataque epiléptico.

Como sistema, el caciquismo no es necesariamente retrógrado y tumultuario; caciquismo no es anarquía, es pereza. Dos rasgos lo tipifican: es consuetudinario y es tácito. Arraiga en la costumbre y es consensual: no está en las leyes, sino en el espíritu indolente de los sometidos. Los hay grandes y pequeños, tiranuelos de provincia o piratas de aldea, al lado de otros ya expandidos, déspotas de pueblos que alcanzan influencia internacional; los grandes imponen vasallaje a los pequeños o los destruyen.

La historia de todos los grandes caciques americanos, divídela Bunge en tres períodos bien caracterizados. En el

primero se produce el encumbramiento; es el período de fascinación, toda una conquista por la hipocresía: los súbditos piden un cacique y el más hábil gana la plaza sin otro talento que el de la oportunidad. En el segundo período se consolida el encumbramiento por medio de arbitrariedades; defraudadas todas las promesas, la violencia apuntala la tiranía y llega al Terror. Si una reacción estertorosa no interrumpe la carrera del cacique, éste llega al tercer período: el gobierno pacífico, un plácido estancamiento de aguas. Después viene la muerte, la derrota o la expatriación, cuando no la apoteosis.

He ahí, en síntesis, el cuadro esbozado por Bunge. Sus páginas descriptivas son magníficas; parécenos que hasta ahora nadie ha pintado mejor la política caciquista. En sus líneas generales tiene el valor de un documento histórico. Fuera maldadosa la crítica que penetrara los meandros del detalle por el simple prurito de señalar accidentes que no afectan el conjunto; nada quitan a la belleza del capítulo y al valiente gesto con que Bunge ha sabido enfestar contra un sistema de corrupciones y de renunciamientos que es la continuación en América de las costumbres políticas españolas.

*

Podrían hacerse algunos reparos. Las causas que Bunge considera determinantes del "caciquismo" no son convincentes.

La pereza — como sus tributarios, la tristeza y la arrogancia — no es una causa primordial, sino una manifestación psicológica germinada sobre algo más hondo. La pereza es un fenómeno secundario de nuestra psicología, como el caciquismo lo es de nuestra política. No dependen el uno del otro; ambos están subordinados a condiciones del ambiente, y en particular a las económicas, creadas por el feudalismo colonial.

Ese hecho es esencial en la vida y en la evolución humana, pues sólo es el perfeccionamiento del fenómeno biológico al pasar del orden orgánico al social. La interpretación económica de la historia concuerda con el evolucionismo darwiniano, que constituye el fondo realmente científico de las doctrinas de Bunge; fácil sería analizar el carácter biológico de la sociología económica, que no ha preocupado a los partidarios del economismo histórico.

No es oportuno detenernos sobre tan arduo tópico. Por ahora nos limitamos a recomendar la lectura de esta valiosa crítica política, llena de sugestiones profundas.

Conviene, sí, advertir, que en la última década se han modificado sensiblemente las condiciones de la política hispano-americana en los países beneficiados durante el siglo XVIII por fuertes inmigraciones europeas; millones de ciudadanos nuevos, nacidos ya sin las taras del mestizaje colonial, se están incorporando a la vida civil, realizándose en algunas regiones, privilegiadas por el clima o la geografía, el sueño de Alberdi y de Sarmiento. Fácil es inferir que, en ellas, las costumbres políticas se tranformarán dentro de pocos años, convirtiendo en verdaderas democracias los estados feudales que hasta hace poco tiempo sólo fueron caricaturas de repúblicas.

*

El "libro quinto", compuesto de tres semblanzas de caciques hispano-americanos, se lee con interés sostenido, sin decaer un solo momento. Rosas es el supergaucho, el señor feudal; un estanciero rubio y rico que usa a los caudillos mestizos y pobres contra la minoría ilustrada, y después de dominar a ésta somete a sus propios aliados. García Moreno es un inquisidor anacrónico, un sugestionado de Veuillot que realiza en su patria los más absurdos sueños teocráticos que pudieran alucinar la mente de un Torquemada. Porfirio Díaz es el caudillo providencial, héroe primero y dictador después, que vive alentado por un anhelo de progreso y encuentra aceptables todos los medios que convergen a realizarlo.

Los tipos — como si dijéramos los "casos clínicos" — están elegidos con felicidad: los Monagas, los Santa Ana, los Guzmán Blanco, los Piérola, tienen una personalidad menos característica. Rosas es el arquetipo del señor feudal, como lo es García Moreno del teócrata reaccionario y Díaz del liberal progresista. Tiranos los tres, ciertamente; pero mientras Rosas se limita a hacer la contrarrevolución, como Fernando VII, García Moreno vuelve a los tiempos de Felipe II y Porfirio Díaz sueña con un gobierno a lo Carlos III.

Las tres semblanzas son excelentes: colorido el estilo, bien subrayados los detalles específicos, penetrante la psicología de los caracteres. Sin ser todavía "el juicio de la pos-

teridad'', están ya más cerca de él que los copiosos alegatos biográficos en que suelen diluirse los apologistas y los detractores de los tiranos.

Nuestra América, por su ''arquitectura'' harmoniosa, es una de las pocas obras americanas que sobrevivirán a la época en que han sido escritas. Es un libro. Bunge ha conquistado un puesto de primera fila entre los escritores del continente y el tiempo no hará sino aumentar el interés de estas valiosas meditaciones sobre la psicología de los hispano-americanos.

José Ingenieros.

NUESTRA AMÉRICA

(ENSAYO DE PSICOLOGÍA SOCIAL)

Á MI AMIGO MARIANO DEMARÍA

UNA PALABRA

(PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN)

Una palabra, oh lectores, sobre el estado de ánimo en que he escrito este libro... Porque todo libro es, si de ciencia, un estado de convicción, si de letras, un estado de ánimo. Hay en el presente una superficie descriptiva, el ánimo, sobre un fondo sociológico, la convicción. El público, que no verá el esqueleto científico—lo disimulo a veces porque un esqueleto siempre asusta al público —, va a observar su encarnadura literaria, su fisonomía de cartílagos y músculos... En ella se dibuja un gesto duro y triste. ¡Mil disculpas! Es un gesto de juventud, de esa bella edad que, contra las apariencias y por juntar los extremos, es la de las nostalgias, del pesimismo y del suicidio.

Emana de las páginas de este libro, acaso tan chillonamente coloreadas como los pétalos de ciertas flores tropicales de fabulosas formas, un asfixiante perfume de amargura. Quiero explicar mi amargura por el estado de ánimo; dulcificaré así el acíbar de mi crítica con la miel de mis sentimientos.

Cuando Buffon se disponía a escribir algo que, por no ser ortodoxo, pudiese provocar los rigores de la severa censura eclesiástica entonces imperante, sus afilados dedos, bajo el puño de encaje, invocaban, para que no se alarmasen los síndicos y diputados de la Facultad de Teología de París, la autoridad de los santos padres... Igualmente, para que no se alarme la censura pública de mi punzante heterodoxia, invoco en este prólogo, desde ahora, mis intenciones. Son santas, son mis santos padres. Pero entre mi invocación y la del naturalista de puños de encaje encréspase un océano, el más grande que puede separar las ideas: la sinceridad.

¡Yo creo, ah, sí, creo, como en Dios mismo, en mis santos padres! Los siento rebullirse y orar dentro de mi pecho, y extender suplicantes hacia el pueblo, para bendecirle, sus manos temblorosas y hieráticas. ¡Caigan bendiciones sobre las frentes rebeldes, como sobre la sedienta tierra las lluvias del estío!

¿Quién soñó alguna vez, en horas de fiebre, que una mañana triunfal, al subir una montaña, de súbito falta a su pie tierra firme, y cae, y cae, bebiendo las sombras de un abismo infinito?... ¡Oh agonía indescriptible!... Pues, despierto, en la existencia real, yo he sufrido esa sensación de muerte. Al iniciarme en las luchas de la comedia humana, cuando comprendí lo utópico de mis ideales de la infancia y cuán imperfectos eran los hombres y las cosas, me embargó, vértigo de las alturas, el desaliento de la vida. Esta enfermedad aguda, propia de espíritus bien intencionados en la época de transición de la adolescencia a la virilidad, colmó una laguna de mi vida con torrentes sombríos como la Estigia...

Mi caso fué uno de tantos. El hogar, la escuela y la religión habían grabado en mi alma de niño una noción *absoluta* del Bien. Por herencia psicológica, por temperamento, fácil me fué la aprensión de este concepto sumo, que llegué a involucrar con mi personalidad casi hasta identificarlo con mi aliento vital. Imaginé al hombre tan responsable y tan digno como nos le presentan los moralistas escolásticos y los poetas; de mi patria hice un culto; del Cristianismo, *mi* religión... Y me creí tan blanco como el armiño, que muere de asco si se enloda.

¡Feliz edad! Tres inexpugnables torreones erguíanse en mi alma de adolescente: el Bien, el Mundo, Yo. Es decir, creí en mi Yo, en la *potencia aspirativa* de mi individuo; en el Mundo, o sea en la justicia de los hombres y la equidad del destino; en el Bien, o sea en la realización perfecta de la Verdad, la Bondad, la Belleza...

Comencé a vivir... Y los torreones de mi alma se derrumbaron como castillo de naipes. Creí descubrir, estupefacto, que los hombres eran pequeños, débiles, rencorosos, egoístas; que el éxito más era resultado de la casualidad y la desvergüenza que del mérito. Sacrificado así mi Mundo, desconfié de mi Bien, y hallé que, en efecto, era una noción insegura y

caprichosa, asentada sobre las bases deleznables. No me quedaba más que el alto concepto de mí mismo, y no fué largo —¡pero cuán doloroso!—el desengaño, apenas me acecharon las primeras pasiones. Hallábame entonces en la situación de un hambriento convidado al Banquete de la Vida, a quien un genio maléfico trueca los manjares en bazofia y podredumbre.

Quise engañar mi pena en la soledad. Busqué un refugio en mi propio espíritu. Escalé sus abruptas cumbres, desgarrándome los pies y arrancándome las ensangrentadas uñas de las manos; y llegué a la altiplanicie donde yacían, bañadas por la luz de la luna, las gigantescas ruínas de los tres viejos torreones. Y, ellos, asilo antes de magos egipcios, princesas bizantinas y caballeros cruzados, eran entonces fría morada de lagartos. Sobre una piedra me senté a meditar. Nada aguza más el ingenio que el hambre, y nada predispone mejor a la meditación que las ruinas, en el ruidoso silencio de la noche...

Por mi mente pasaron esas extrañas y vagas fantasías de que nos han dejado muestras elocuentes, en sus versos y memorias, los poetas que mueren jóvenes. Son, sin duda, los más líricos; a ellos debió referirse Menandro cuando habló de "los hombres amados de los dioses"... Nacen, como María Bashkirtseff, para soñar y no para luchar; y la vida no es sueño, sino lucha. En todo caso, y para no ofender a Segismundo, el sueño de una lucha. Esos poetas que viven para morir en cuanto intentan elevarse, tienen *algo* en su estilo y en sus ideas distinto de los que nacen para vivir. Su melancolía es típica. Hay una *melancolía de la lucha* y otra *melancolía de la inercia*. Heine, por ejemplo, que dijo aquellas cosas nauseabundas de los Schlegel y de Platten, tenía la melancolía de la lucha, de los que viven; Bècquer, la melancolía de la inercia, de los que mueren.

Al leer a los poetas que mueren jóvenes el lector se posesiona de una vaga sensación de piedad, y piensa: "¡No hubiesen podido vivir! Son aves de paso; caen prematuramente de su alto vuelo porque, cuando intentan atravesar el pantano de la vida, sus miasmas les asfixian." Algunos nos han dejado retratos exactísimos de su riquísimo delirio poliforme, mezcla de hipocondría y megalomanía, amalgama de las ambiciones más diversas y los decaimientos más trágicos... Cuando los ve desfallecer de asco, la Muerte, la eterna cazadora que,

no se distrae un instante de ojear más y más presas, aprovecha el momento para fascinarlos, a modo de hambrienta sierpe, con la honda mirada de sus ojos sin pupila.

Aquella larga noche de mi primera meditación, *oí* que de una herida invisible e impalpable escapaba mi sangre, gota a gota, con los rítmicos y monótonos sollozos de una fuente. En vano me palpaba el cuerpo para hallar la vena abierta; sólo pude ver el líquido caliente y viscoso que corría y corría como un manantial, tiñendo de rojo a la naturaleza... Aquí y allí formábanse islotes, entre las piedras y las ruinas de mi alma.

Como de mi espíritu las ilusiones, la vida se desvanecía de mi cuerpo. Vi venir la Muerte, y, al verla llegar, envuelta en andrajos y comida de gusanos, apoderóse de mí un sentimiento nuevo: el *terror de la Muerte.* No era suficiente poeta para desafiarla, y sí bastante burgués para temerla. Heladas ráfagas agitaban mis nervios, y mi frente ardía como si la circundase un nimbo de fuego. Quise reaccionar, quise vivir. Quise vencer los fantasmas que me asediaban, innúmeros como los demonios-cerdos del Evangelio. A través de los valles y de las cumbres llegaban en legión interminable, hasta perderse hacia el infinito. Su lenta procesión, arrastrándose en el anfiteatro de montañas como una culebra, me recordaba las macabras falanges de penitentes con que Doré ha ilustrado el *Purgatorio* dantesco.

Entonces mi mirada, fija como la de un moribundo que quiere reconocer a una persona querida, horadó el vacío de tinieblas para descubrir alguna luz consoladora, alguna nueva y más dichosa fase de los hombres y de las cosas...

¿No recordáis haber experimentado nunca un extraño y complejo sentimiento de seguridad y de inquietud, la satisfacción de un peligro vencido y el temor de otro peligro revelado, al despertar de una pesadilla, bañadas las sienes palpitantes por copioso y frío sudor, como si las rozara un ala invisible? También yo he sufrido esa sensación en la vida real, despierto; pero preguntándome muchas veces si soñaba...

Fué entonces cuando, sentado entre ruinas, reaccionaba de mi desaliento; fué entonces cuando mi mirada, clarividente como la de un agonizante, horadando el vacío de tinieblas, descubrió una nueva e infinitamente más tranquilizadora

fase de los hombres y de las cosas... No, no era todo, no podía ser todo, ni tan hermoso como antes lo supusiera, ni tan feo como luego lo creí... ¡Ni tanto, ni tan poco! ¿No me sería dado, pues, ajustar mi criterio a un término medio, y... vivir?

Mis dedos febriles buscaban la impalpable herida por donde se escurriera la sangre de mi cuerpo... No hay imposibles: hallaron la herida... Restañaron la herida... Llenáronse mis pulmones de aire de la montaña; comprendí que la vida, si no era un lecho de rosas, tampoco era un nido de víboras... Si la lucha resultaba ingrata, grata resultaba la victoria; y, por miserable que fuera un hombre, la suerte había de brindarle algún triunfo más o menos efímero... Un hombre de buena voluntad podría siempre realizar un bien relativo, ¡ah, muy relativo!... Este bien había de constituir el placer de mi vida, ¡mi vida misma!... ¡Oh bendito terror de la Muerte, que me sugeriste tantas y tan consoladoras ideas! Y para vivir era necesario rehacer, de cualquier modo, mis tres antiguos baluartes; reconstruírme un concepto del Mundo, un concepto del Bien, reconstruírme a mí mismo...

Lancé el ¡ah! de la lucha, y, cantando el Himno de la Vida, removí con mis sangrientas manos las moles que derruídas a mi alrededor yacían. Ensanchábanse las venas de mi frente, sudorosa como una cumbre en tiempo de deshielo; diseñábanse los músculos de mis bíceps, como los nudos del tronco de una encina; y mis espaldas se encorvaban no menos que las del simbólico titán que sostenía el firmamento en las columnas de Hércules. Jadeante, procedí a levantar en mi alma, con viejos materiales, los tres nuevos torreones...

Cuando me sorprendió la aurora, si bien menos esbeltas y regulares que antes, sus almenas desafiaban a las nubes. ¿Vendría como antaño a visitarme la musa familiar de mi infancia, mi ninfa Egeria? ¿Volverían a asilarse en sus góticas salas mis antiguos magos egipcios, las princesas bizantinas, los caballeros cruzados? ¿Anidarían otra vez en sus ojivas y chapiteles las golondrinas azules de mis primeras ilusiones?... ¿O ya no se oiría, bajo las musgosas bóvedas de piedra, sino el eco solitario de mis pasos, y, afuera, entre los rumores del huracán de los páramos, el graznar de los buhos?...

Y quiero consignar aquí tres palabras de mi Credo. Para que el lector pueda visitarme con más libertad, le entrego

las llaves de mi casa... Porque mi casa, que se alza sobre una eminencia abrupta y solitaria, está siempre cerrada. Ved, pues, y disculpad si os parece demasiada filosofía, *cómo* el terror de la Muerte me reedificó los tres viejos torreones, o, si queréis más claro, ved en síntesis los nuevos conceptos del Mundo, del Bien y de mí mismo que me forjé, al hacerme hombre, para alentarme en las batallas de la vida.

El Mundo. — El hombre es un animal que aspira. Su poder de aspirar a su infinito perfeccionamiento constituye la aureola que ilumina, entre los obscuros cráneos de las bestias, su pálida frente.

Los hombres podrán ser pequeños, débiles, rencorosos, egoístas; pero en ellos, en bloque, algo hay de divino: sus aspiraciones. Algunos hubo que, por aspirar intensamente, fueron verdaderos semidioses. En todos se advierte un rasgo de Ícaro y de Prometeo; en ciertos, no poco de Júpiter mismo. Si *los* hombres son pequeños, *el* hombre es grande. Es lo más grande que nos sea dado conocer; por esto suponemos a Dios hecho a su imagen. A la larga, y no obstante la indiferencia de los desheredados y el absurdo criterio de los pseudopríncipes del oro y del poder, se respetan la honestidad y la labor. Sería un colmo de torpeza que el individuo, miembro de una sociedad, no supiera agradecer el trabajo que faforece a esta sociedad y a sus miembros. Un hombre de buena voluntad, es decir, dispuesto a producir el Bien, nunca debe desalentarse de alcanzar, de los suyos, el aprecio que merece, y, a veces ..., más del que merece.

El Bien. — La Felicidad y el Progreso, dos entidades que no se describen, pero que *se sienten,* representan los objetivos del Bien.

La Verdad no es una noción absoluta. Es una noción relativa al tiempo, al medio y al sujeto. En el orden moral, lo que ayer fué verdad podrá no serlo mañana. Toda religión, todo sistema, todo sentimiento que en un instante y sitio dados, responden a las necesidades del Bien (las necesidades de Felicidad y Progreso), son verdad. Todo lo que tiende hacia el Bien es verdad. Todo lo que es *sincero* es verdad. Por estos vaivenes de la *verdad moral,* los estudiosos de las ciencias físicas suelen mirar con desprecio las generalizaciones abstractas y filosóficas... Sin embargo, es el dedo de la abstracta filosofía lo que marca hoy su ruta a las sociedades y su finalidad a los sentimientos de los hombres...

Aunque el Bien parezca caprichoso y versátil, tiene dos cimientos inconmovibles: la Felicidad y el Progreso. Constituye, pues, el ideal más bello y el rumbo más fijo de nuestra vida.

Me podríais argüir que el Mal ha de ser un rumbo tan fijo, más fijo aún, para la vida de los hombres malos. Pero os equivocaríais. La naturaleza humana ha inventado el Bien, porque el Bien responde a sus necesidades orgánicas. El Mal obra contra las reales necesidades de la naturaleza. Incidentalmente puede obedecerla, es cierto; hay múltiples casos en que el Mal representa la expresión más fiel de las exigencias de la naturaleza; pero, en conjunto, a través de los tiempos y los pueblos, sólo el Bien responde totalmente a las necesidades de hambre, amor, y sobre todo, de Progreso, que caracterizan al hombre. Por esto, el Bien es el rumbo más fijo que podemos dar a nuestros actos.

¿Comprendéis toda la trascendencia de esta afirmación? Cuenta Dostoievsky que el mayor suplicio, el más infernal de los suplicios que se imponen a los condenados de Siberia, consiste en obligarlos, con el látigo y a fuerza de sangre, a hacer y deshacer sin objeto penosos trabajos; a transportar, por ejemplo, grandes carretadas de piedras de un punto a otro, apilarlas, volverlas a llevar luego al punto de partida, y así sucesivamente... La más negra desesperación embarga entonces a los supliciados, quienes, si se prolonga el suplicio, acaban por suicidarse, cometiendo una tropelía tal, que su castigo será fatalmente la muerte por azotes. Algo de eso ocurre a los hombres que se fijan el Mal como único rumbo de su vida: hacen y deshacen. El medio y su herencia psicológica de diez o veinte siglos de cristianismo ancestral los obligan a deshacer y rehacer sus propósitos, hasta que llegan a una altura de la vida en que, desalentados, o cambian de objetivo o moralmente se suicidan.

Ningún hombre, pues, tiene derecho a desconocer la existencia del Bien ni a *transmutar* sus valores auténticos en falsos valores, so pena de perder su vida, su única vida. Por pocos que sean los placeres de la vida, ¡la vida vale la pena de ser vivida!

El Tercer Baluarte... — Me quedaba un tercer baluarte por reconstruir: ¡mi Yo! Y, en efecto, desechadas las

ilusas ambiciones infantiles, me formé el concepto de que hay en mí fuerzas capaces de hacerme uno de tantos ciudadanos útiles... ¡Seamos útiles a los demás, no tanto por ellos mismos, cuanto por nuestra propia felicidad!

¿Y cómo ser útil? Cada cual según su vocación, seguramente. "Sé tú mismo." Pero, ¿cuál era mi vocación?... Mis inclinaciones me arrastraban al estudio de las humanidades. Pensé que un mediocre humanista, en mi patria, donde casi no se conoce más que de oídas la especie, podría ser siempre algo de provecho, y me encerré en mis especulaciones sociológicas. En febril estado de ánimo concebí mi Cosmos; lo vertí en estudios psicológicos y pedagógicos... Pues una vez publicados, hallé que ese desahogo no bastaba a tranquilizar mi espíritu. Sentíame descontento de mí mismo, del medio que respiraba, de la época en que vivía. Buscaba con ansia un nuevo paliativo a mis desilusiones, un nuevo derivativo para mis fuerzas... Entonces, en mis horas de tristeza, se me presentó de nuevo la antigua Egeria de mi infancia, la ninfa que se baña en la sangre de mi corazón, y me dijo: "¡En verdad, el Mal desalienta la voluntad mejor templada! Mas, ¿crees, por ventura, que no haya remedio para el Mal? En todos los siglos y en todas las patrias el hombre ha nacido para la lucha. Sólo se quejan los débiles; los fuertes obran. No te amilane la ingratitud del ambiente, que todos los ambientes son ingratos para quien no lucha. Estudia tu patria, analízala, compárala, y verás que, si hay malos, hay asimismo buenos rasgos en su psicología... Extiéndela como un cadáver sobre tu mesa de trabajo, y desgarra sus carnes con tu escalpelo... De la autopsia sacarás inducciones útiles: para ti, porque la encontrarás quizás más sana de lo que imaginas: y para ella, porque acaso puedas coadyuvar modestamente a algún diagnóstico para que atienda sus dolencias." Así dijo mi Egeria. Y después de haberla oído comprendí que ya no me bastaba el haber estudiado al hombre filosóficamente, desde un punto de mira genérico, cosmopolita, universal; quería conocerle también, y mejor, bajo una fase simple, particular, nacional. Había investigado al hombre; ahora tocábame estudiar a mis compatriotas, al argentino, al hispanoamericano...

Voy a intentarlo en este libro, concebido en el transitorio estado de ánimo que dejo confesado... Si no veis las figuras que os muestro, lectores, será porque me olvidé, como el mono de la fábula de La Fontaine, de encender mi "linterna mágica".

Y no es por vanidad, ni por lirismo, ni siquiera por ardor expositivo por lo que pongo este prólogo a mi libro, sino para su mejor inteligencia, y acaso por justificar, ante la crítica malévola, mis intenciones. Responde a un triple amor: a la Verdad, al Progreso y a la Patria. Si resulta indigno de su génesis psicológico, no me acuséis... Acusad a quienes pusieron elevados sentimientos en mi pecho, y torpe pluma en mi mano... Los dioses, que suelen distraer sus ocios dando bromas pesadas a los mortales, concedieron a Ícaro, para que se remontase al sol, alas de cera.

Confieso que mucho he vacilado—¡que aun vacilo! —sobre si debo publicar este ensayo... Hay en él teorías y análisis — cuya exageración descriptiva reconozco — que se prestan a interpretaciones perversas para el libro y para el ciudadano argentino que lo firma... Respecto del libro diré que, cualquiera que sea su forma, obedece a conceptos científicos susceptibles de ser expuestos en el orden aburridor e inofensivo de un trabajo didáctico... Respecto del ciudadano, que es sincero. Amo más que a mí mismo a mi Patria, a "nuestra América", a nuestra madre España; si aquí las fustigo o satirizo, no es con el insensato propósito de ofenderlas, antes bien con el modesto anhelo de servirlas... Lejos de escupir, imploro al cielo.

No obstante ser evidente este mi cordialísimo deseo de coadyuvar a sanas reacciones, al conocer las teorías de este libro por fragmentos que se publicaron previamente en periódicos y revistas, han dudado de mi buena fe americanos miopes, o, más bien, que no ven porque no quieren ver... ¡No hay peores ciegos!

Entre sus muchas y varias objeciones, recuerdo que algún argentino, uruguayo o chileno me ha apuntado que hago mal en identificar, en poner al mismo nivel a todas las naciones hispanoamericanas; lo que analizo y combato sería, a lo más, privativo de ciertos pueblos del continente, y no común a todos... Cúmpleme responderle que estudio fenómenos sociales aplicables a la América española en general, si bien no siempre en el mismo grado. La circunstancia de que sea mayor la *cacicabilidad* de Honduras que la de Buenos Aires, no excluye la de Buenos Aires... Y conviene conocer el fenómeno en sus diversas gradaciones, precisamente para evitar, cuando fuere pernicioso, los peores ejemplos. La comparación de un caso con otros distantes nos da el aspecto

de conjunto; la comparación con los cercanos, sus detalles. Y no basta conocer el aspecto de conjunto; también es necesario discernir los detalles. Porque el mejor medio de corregir ese conjunto es a veces principiar por corregir esos detalles.

Hay, pues, quien me objeta que a las naciones hispanoamericanas, unas respecto de otras, "no les conviene hacerse recíprocas solidarias..." Si de sus deudas se trata, convengo. Si de sus intereses, según de cuáles y en qué momento histórico. Si de sus vicios y defectos, dadas las fatales vinculaciones de unas y otras, será sin duda más eficaz que mejoren todas, y no aisladamente ésta o aquélla. Además, las "peores" serán un motivo de reacción para las "mejores"; las "mejores", un estímulo y modelo para las "peores". Y así, en el mutuo conocimiento, todas ganarían. En lo que todas pierden es en ignorarse mientras la Casa Blanca de Wáshington las conoce tan bien, tan bien, que anualmente publica, sobre sus respectivos comercios, industrias y estado social, copiosísimos volúmenes; los cuales son, con respecto a algunas, mejores estadísticas que las levantadas por los propios gobiernos... Pueden decir esos yanquis, parodiando al Evangelio: "¡Perdonadlas, Señor, porque no saben lo que hacen!... ¡Y perdonadnos a nosotros, que sabemos lo que ellas hacen!..."

Algún crítico mejicano me echa acerbamente en cara falta de ecuanimidad al estudiar a tipo tan eminente como Porfirio Díaz... No tiene razón. En la escasa medida de mis fuerzas intento hacer justicia a los méritos del prohombre, y, respecto de las deficiencias de su medio sociológico para constituirse en perfecta república, sigo nada menos que a Benito Juárez. Si yo fuese mejicano, lo mismo me hubiera pronunciado, creo, en mis aspiraciones de progreso. Y, si se me arguye que mi crítica sería tolerable en un ciudadano, en uno de adentro, y no en un extranjero, en uno de afuera, diré que, por mi acendrado amor a la Patria Grande, a toda NUESTRA AMÉRICA, no hay derecho a considerarme un extraño: pertenezco al mismo continente, a una nación hermana, de estirpe semejante, de lengua idéntica.

No sé si antropológicamente soy europeo puro; pero, en el orden psicológico, me siento tan hispanoamericano como el mestizo azteca o guaraní o mulato. Me he asimilado a ellos. Soy uno de ellos. Y de serlo me enorgullezco, esperando que, una vez corregidos los defectos esbozados en este libro, sere-

mos los hispanoamericanos, en relación a los europeos y a los yanquis, no iguales, sino mejores.

Sólo se puede comprender lo que se ama, y sólo se puede juzgar lo que se comprende. Si juzgo y describo a los hispanoamericanos es porque los comprendo; si los comprendo es porque los amo. Nunca entenderemos lo que nos es antipático; es la simpatía lo que nos da la visión clara de las cosas.

Dije que soy tan criollo como el que más... Prueba al canto: este prólogo. En efecto, al estudiar la psicología de los hispanoamericanos sostengo que descansa sobre el trípode de estas tres cualidades comunes: pereza, tristeza y arrogancia. Pues arrogancia, tristeza y en cierto modo indolencia, representan las tres condiciones más evidentes de tal prólogo. ¿No es por ventura arrogancia la nitidez con que planteo mi Credo? ¿No es tristeza el proceso de desencantos a que obedece el "estado de ánimo" que describo? Y, si es cierto que el estilo no revela del todo desidia, en cambio, el autor parece un sujeto de cierta cultura científica (hablo de él como pudiera hacerlo de un contemporáneo de Julio César o de Alfonso el Sabio), y, a pesar de esa cultura de historia, sociología y antropología, escribe, no un fundamental tratado de ciencias, sino un presunto libro "de propaganda", o sea de vulgarización, una obra fácil y elemental... ¿Por qué?... ¿No será porque le es más cómodo y descansado? Da, es cierto, la razón de que la forma *dilettantesca* de su obra obedece al deseo de que se difunda, y de que, *ridendo,* provoque saludables reacciones... ¿No será tal razón un *pretexto?* Fijaos, lectores, en que puede ser hasta un pretexto *sincero:* ¡somos tan hipócritas con nosotros mismos! En fin, pienso que probablemente en el pellejo del autor, un alemán no se habría contentado con publicar *Nuestra América,* sino que, pestañeando bajo unas gafas más grandes que las de Quevedo, habría ya producido una bien documentada historia de América en siete volúmenes; ya un tratado de psicología sociológica de 685 páginas en octavo mayor, lleno de cifras y de citas; ya, sobre los primeros pobladores de América, tres gruesos tomos repletos de figuras, medidas, cuadros, y precedidos de una eruditísima disquisición sobre el primitivo *homo pampeanus*...

Torpe y fútil moda es hoy en Hispano-América profesar repugnancia y menosprecio a hombres y cosas de España,

sin reconocer esfuerzos ni méritos, sin distinguir épocas ni colores. Se reniega de la madre común y se abomina de sus tradiciones, en globo, olímpicamente...

Dejando de lado todo sentimentalismo, toda exhibición de más o menos falsos sentimientos filiales, pienso yo que tal animadversión es absurda y anticientífica. Sean cuales fueren el carácter y la civilización actuales de los hispanoamericanos, indiscutible es que hemos heredado de nuestros abuelos españoles mucho de nuestro tipo, de nuestras tendencias, de nuestra idiosincrasia; queramos o no, a ellos nos parecemos. ¿Cómo, pues, renegar de ellos, sin renegar un poco de nosotros mismos? Tomemos las cosas como son y no como desearíamos que fueran... Ningún hombre debe despreciar a sus padres por considerarlos inferiores a otros; ellos y no los otros son sus únicos padres; a ellos les debe la vida y no a los otros... Pero, aparte de esto, el observador descubre que la fenomenología social hispanoamericana es semejante a la española; que estudiando los fenómenos españoles nos proporcionamos excelentes elementos interpretativos de los nuestros... Por esto hay también una razón de utilidad científica en que conozcamos y cultivemos la antigua madre patria.

Además, no es en manera alguna aceptable que merezca semejante desdén el alma ibérica, la altiva alma de los Cides y Corteses. Y tan es así que, si la conociéramos mejor, como está en nuestro interés, la respetaríamos más. No olvidemos que ella es parte de nuestro carácter, y que "ningún pueblo será grande si no cultiva su propio carácter" ¿Qué importaría que la estrella de España sufriese hoy un eclipse, si aquí estuviéramos nosotros para despejar el eclipse de la raza y de la lengua?... Y no olvidemos jamás que para vencer, lo primero es respetarnos a nosotros mismos, y, para respetarnos, respetar nuestra estirpe.

Pero si la hispanofobia es absurda en nosotros, también lo será la hispanolatría, la ciega adoración de la desangrada España actual. Debemos mirar los hechos con criterio sano y elevado, con un criterio científico, sin odio ni desmedido amor, para poder sacar provecho de ellos. No se me acuse, por tanto, ni de hispanófobo ni de hispanólatra. Hago mi crítica sociológica tal cual la entiendo; si yerro será por falta de conocimientos y de capacidad, pero nunca por sobra de pasión. Un sociólogo debe ser siempre un juez. Aunque penetre en los corazones por *simpatía humana*, juzgará por

equidad científica, o, si se quiere, por justicia divina, puesto que la Ciencia parece ser hoy la Divinidad suprema.

Nadie se ofenda al leerme. Y créase que, si hay alguien ofendido en las páginas de este libro, aquel que ha probado primero su hiel, quizá tonificante en su amargura como la quina, aquel en quien ha producido momentos de desesperanza hasta la muerte, ese... es el autor.

Reconozco, sin duda, las exageraciones de la descripción. Pero son tan sinceras como las de los sermones de Savonarola, o como las de los discursos trascendentales con que Fichte espoleara a Alemania para que despertase del marasmo en que Napoleón la sumiera. Mis bocinas tocan alarma, desde Texas hasta Patagonia, para que nuestra América se levante del desorden en que la dejó el coloniaje. Y, si lejos de parecer enérgico son de bocinas, mi verbo es débil como el silbido de una flautita de caña, no importa: que mis deseos sirvan, aunque impotentes — !y por su misma impotencia! — de ejemplo a los guerreros que poseen el metal del clarín. Imitad, oh ricos, la generosidad del pobre y del ladrón.

Desde los tiempos antiguos se viene diciendo, a modo de aforismo popular, que "nadie es profeta en su patria". ¿Por qué? ¿No sería más lógico creer, al contrario, que, si alguien puede ser alguna vez profeta, debe serlo para aquellos a quienes mejor conoce, para los propios y no para los extraños? Sin embargo, si tan antiguo es el aforismo, será porque el público ha podido comprobarlo más de una vez a través de la historia...

Yo lo creo, sí. *Nemo profeta est in patria sua.* Y lo creo en virtud de un razonamiento curioso. El pueblo llama "profetas" a espíritus selectos que son, por su mentalidad, iniciadores de progreso. Como tales *reaccionan* contra su medio ambiente, y, para apresurar las mejoras que anhelan, reaccionan con violencia incontrastable; con tanta, que *desfiguran* los hechos. Para que más adelante todo sea blanco, lo presentan todo negro. En tal sentido, a pesar de su sinceridad, y *por* su misma sinceridad, exageran y hasta mienten.

Estos iniciadores, en general, son sólo un exponente, una especie de *antidatación* del movimiento reaccionario que propalan. No hacen más que sentir con mayor intensidad y actualidad lo que el pueblo siente o tiende a sentir. Si le dicen al pueblo: "Eres infamemente inmoral", es porque el pueblo se venía preparando a decírselo a sí mismo.

Ahora bien, un pueblo *que se prepara* a una reacción, no es nunca tan absolutamente malo como lo pintan esos iniciadores y pesimistas. El solo hecho de que tienda a reaccionar es una prueba de inconsciente mejoría. "El que sabe que es tonto, no es tonto", dice un viejo refrán. Así, los "profetas" se equivocan cuando, haciéndose centinelas de avanzada de un pueblo que va en camino de reforma, le pronostican su ruina... porque no se reforma.

Especializando mejor el caso de este libro, debo reconocer que Hispano-América no es un país, sino un conjunto de países de todos los climas, y que no es una nación, sino un grupo de naciones semejantes, pero en manera alguna idénticas. Por ello, al llamarla el autor su Patria Grande abusa un poco de las palabras, siendo su verdadera patria la República Argentina, y, en la República Argentina, la ciudad de Buenos Aires... Aplicando aquí estrictamente las ideas que anteceden, resulta que Hispano-América reacciona, y, en Hispano-América, ante todo la República Argentina, y, de esta República, la capital, que viene a ser así la parte que tiene mejor conciencia de esa reacción, puesto que primero la expone por órgano del autor y de otros que le acompañan y aventajan (1). El "estado de ánimo" que dejo descripto no sería más que un cierto eretismo nervioso durante el cual el autor ha pasado a la conciencia clara sensaciones vagas y hasta entonces subconscientes. Es decir, sus *presentimientos*...

Termina aquí mi "palabra", la palabra mágica con que os he invitado a seguirme. Y no me digáis, lectores, que es demasiado veinte páginas para "una palabra"... Debíais haber previsto que era una palabra substancial, y, ¿qué palabra substancial no es digna de desarrollarse en veinte páginas?...

Buenos Aires, enero de 1903.

---

(1) El principal propósito del autor ha sido estudiar los defectos e inconvenientes de las costumbres políticas de su patria. Pues bien, poco después de publicarse este libro, dictada la Ley Electoral de 1910, han mejorado de manera tan notable dichas costumbres, que la Argentina se puede hoy presentar a las demás repúblicas hispanoamericanas como un modelo de democracia. (Nota de la 6.ª edición).

INTRODUCCIÓN

INTRODUCCIÓN

Sumario: § 1. Objeto de la obra. — § 2. Plan de la obra. — § 3. Algunas observaciones liminares de psicología social. — § 4. Método de investigación psicosociológica.

§ 1

OBJETO DE LA OBRA

La organización política de un pueblo es producto de su psicología. Su psicología resulta de los factores étnicos y del ambiente físico y económico.

El objeto que diría práctico de esta obra es escribir, con todos los vicios y modalidades, la política de los pueblos hispanoamericanos. Para comprenderla, debo antes penetrarme de la psicología colectiva que la engendra. Y, para conocer esta psicología, analizo previamente las razas que componen al criollo.

Principio, pues, por estudiar la psicología de españoles, indios y negros, teniendo en cuenta, mientras pueda, los respectivos medios geográficos en que se formaran esas razas. Estudiando los componentes étnicos, paso a analizar sus mezclas y transformaciones en América, y esbozo, tal cual la entiendo, la psicología del hispanoamericano. Conociendo el *sujeto*, expongo ya la política criolla, la *enfermedad* objeto de este tratado de clínica social, tratado que, como sus semejantes en medicina, concluye con la presentación de algunos ejemplos o *casos clínicos*: tres grandes políticos.

Todas las naciones hispanoamericanas han adoptado *in nomine* el sistema republicano democrático representativo, que preconizara la Revolución francesa. No podía suceder

de otro modo porque, en la época en que dichas naciones se independizaron, los comienzos del siglo XIX, teníase por inconcusa verdad la filosofía política del Neohumanismo del siglo XVIII; las prédicas de Rousseau constituían dogma. Existe, por tanto, una forma nominalmente semejante en el gobierno de las repúblicas criollas, aunque unas, las más extensas, pretendan ser federales, y otras, unitarias...

Bajo el uniforme rótulo republicano-representativo de sus constituciones, en toda Hispano-América se practica un curioso sistema gubernativo que llamo *política criolla.* Principio, pues, por sentar que existe una política criolla típica, aplicable a los pueblos hispanoamericanos, la cual es naturalmente producto de sus respectivas psicologías. Sostengo que estas psicologías tienen sus vínculos parecidos, hasta el punto de poder estudiar al hispanoamericano en un tipo genérico y común. Durante el desarrollo de la obra se verá la demostración y descripción de lo uno y de lo otro, es decir, de la psicología y de la política criollas.

Sin duda, las naciones hispanoamericanas están destinadas a diferenciarse más y más con el transcurso del tiempo; su evolución histórica es y será un proceso de diferenciaciones graduales. Pero, en el primer siglo de su existencia, o sea hasta principios del siglo XX, presentan aún bien marcado lo que llamo su tipo común y genérico. Así, más que un sistema de política colombiana, mejicana o ecuatoriana, hay un sistema de política criolla aplicable, con sus variantes locales, a Colombia, Méjico y Ecuador. Tal es el hecho, hoy por hoy, aunque podamos suponer que en un futuro acaso próximo no regirá ya en todas las repúblicas hispanoamericanas, por alcanzar algunas, como Argentina y Chile, mayor grado de cultura.

§ 2

PLAN DE LA OBRA

Cinco libros componen esta obra:

En el primero, que llamo *Los Españoles*, desarrollo, sobre la psicología del pueblo español, una teoría científica basada en la configuración geográfica de la península y en los diversos orígenes étnicos de sus habitantes.

Analizo, en el segundo, titulado *Indios, Negros y Mes-*

tizos, los principales rasgos psicológicos de estos tipos, aunque de manera un tanto empírica, por falta de mejores datos.

El tercero, *Los Hispanoamericanos,* tiene por objeto estudiar, en sus cualidades más salientes y con los elementos reunidos en los dos libros anteriores, la psicología general del criollo.

Describe el cuarto, *Política hispanoamericana,* el sistema gubernativo clásica y típicamente criollo.

Y en el quinto, *Políticos hispanoamericanos,* presento como prototipos de tales a Juan Manuel de Rozas, gobernador de Buenos Aires, Manuel García Moreno, presidente del Ecuador, y Porfirio Díaz, presidente de Méjico.

Tal es el orden expositivo de este tratado de clínica social, cuya mayor imperfección estriba acaso en omitir la relativa terapéutica; estudia el autor la enfermedad, pero no expone sistemáticamente su tratamiento. ¿Cuál sería este tratamiento?... Sin duda que el mejor, el único remedio es la cultura general: difundir la ilustración, mejorar la situación económica, sanear las condiciones de la vida física... Es decir, la educación en artes y ciencias, la hacienda, la higiene. Todo, en fin, menos las revueltas y la violencia; todo, menos los cambios bruscos de sistema, de instituciones, de gobierno... El progreso lento por el esfuerzo continuo, y no los golpes de Estado y las corazonadas demagógicas... En una palabra, ¡la Evolución y no la Revolución!

§ 3

ALGUNAS OBSERVACIONES LIMINARES DE PSICOLOGÍA SOCIAL

Y antes de estudiar la psicología de españoles, indios, negros, mestizos e hispanoamericanos, convendría, para evitar torpes interpretaciones, sentar estos tres principios liminares: 1.° Cada pueblo posee una psicología colectiva; 2.° esta psicología es típica, y, aunque no invariable, sólo susceptible de transformaciones lógicas y paulatinas; 3.° las cualidades características que constituyen la psicología social de un pueblo cualquiera no son primitivas de él sino en cuanto a la intensidad y a las formas que asuman en esa psicología.

1.° *Cada pueblo posee una psicología social propia.* — Constituye hoy esto un axioma de sociología, cuya demostración no corresponde aquí. Básteme recordar la forma en que

los autores empíricos investigan la psicología especial de un pueblo dado. Siguen un procedimiento semejante al de Galton, quien, para hallar el tipo medio de una raza, inventó el sistema de superponer una serie de fotografías traslúcidas de distintos individuos pertenecientes a ella, de modo que de las fotografías superpuestas resultara el tipo intermediario buscado. Los psicosociólogos toman así al azar un grupo de cien ingleses, cien franceses, cien alemanes, e inducen la psicología nacional de las condiciones que en todos o la mayoría de ellos se confirman, sea en tal o cual sentido. Las cualidades extremas y exageradas se regularizan mutuamente; las anómalas y excepcionales se destruyen y anulan entre sí.

El sistema es bueno, pero incompleto, si se quiere hallar la exacta psicología de un pueblo. No basta analizar en sí un grupo determinado de sujetos. Es necesario estudiar también la etnología, la geografía, la historia, las artes, la literatura del pueblo en cuestión; buscar datos concordantes que se neutralicen, reduciendo esa psicología a su mínima expresión; investigar sus antecedentes y explicar sus evoluciones. La psicología social se manifiesta en todos los productos de su respectiva sociedad, y es a su vez producida por todos los antecedentes de esa sociedad. La psicología de cada uno de sus individuos es factor de ella, y ella, a su vez, por recíproca influencia de la parte y el todo, se refleja en la de cada uno de sus individuos.

Admitido todo eso, la primera dificultad práctica con que el sociólogo tropieza estriba en el concepto de la sociedad, del "pueblo", de la "raza", de la colectividad, en fin, cuya psicología va a estudiarse... ¿Constituye ésta una *entidad psicológica* suficientemente determinada?... Tomemos a España, por ejemplo, si queremos estudiar la psicología de los españoles. España fué formada por muchas inmigraciones de distintas razas y varias naciones que se confederaron hasta unificarse. Cada una de sus razas históricas poseyó su psicología propia: cada una de esas ex naciones, ahora provincias, la posee aún... Dejando aparte el pasado, podría preguntarse: ¿existe hoy una psicología de los españoles, o simplemente una psicología distinta para los castellanos, los andaluces, los asturianos, los navarros, los catalanes, los gallegos? Ante todo surge espontáneamente esta respuesta: aunque existan psicologías parciales de cada una de esas provincias, esto no excluye la existencia de una *psicología total*

de los españoles. No hay contradicción forzosa entre lo genérico y lo específico. El testimonio universal de la crítica nos dice que, si existe un carácter catalán y un carácter gallego, existe asimismo un *genio español.*

Hay que buscar, en cada sociedad, lo más característico y propio, en una palabra, *lo más castizo*. Para entender lo que debe conceptuarse por "más castizo" nos da la etimología una excelente clave: castizo viene de "casta" (clase social), y casta, del sánscrito *warna,* que significa "color" (de la tez). De ahí puede deducirse, debe deducirse que *lo más castizo* en un pueblo compuesto de varias razas o subrazas es lo propio y característico de su raza más fuerte, la dominadora; es el sello de supremacía que ésta impone a las débiles, las dominadas. En el fondo, pues, la supremacía, la razón de ser de la casticidad, es la sugestión ejercida por una casta o clase influyente sobre otras de suyo más propensas a sufrir su influencia, más sugestionables. Inglaterra es lo más castizo del Imperio Británico; Prusia, de Alemania; de España, Castilla. Razones hay de historia, sociología y psicología que claramente lo abonan.

Que poseen también un genio colectivo los indios, es evidente, se explica por afinidades de raza y de historia, y así lo demostraré en esta obra, aunque pintando sólo los caracteres generales y comunes. Lo mismo haré con los negros, y, por último, con los criollos.

En cuanto a los mestizos, siendo productos variables que tienden hacia un tipo definido distinto de ellos mismos, presentaré su psicología como *transitoria.*

2.° *La psicología colectiva de cualquier sociedad, aunque susceptible de transformaciones evolutivas, es relativamente neta y estable.* — Nótanse en los autores que hasta ahora se han ocupado, si no substancial, incidentalmente, de la psicología de un pueblo cualquiera, las más extrañas contradicciones... no obstante, está demostrado que existe una psicología social, o, mejor dicho, que existen distintas psicologías sociales. ¿Por qué entonces esas contradicciones?...

Pero es de advertir que los autores se contradicen tanto más cuanto más se distancian las épocas en que escribieran. Para un autor del siglo XVII, tal pueblo era alegre, locuaz y pendenciero; este mismo pueblo es, para un autor del siglo XIX, grave, reservado y tranquilo... ¿A qué atenerse entonces? ¿Es que el carácter nacional, uno hoy, será otro mañana?...

La más ligera observación de la historia demuestra que las transiciones bruscas son imposibles. Como la naturaleza, la historia no da saltos; según la frase de Hegel, "no da pistoletazos". Es una consecuencia lógica y evolutiva de causas y efectos, en todas las manifestaciones, incluso en la esencial: el carácter de los pueblos. Luego, si los autores se contradicen, es porque han observado mal y porque usan un lenguaje impreciso y variable. Que a menudo han observado mal, resulta indiscutible, pues la psicología colectiva ha sido hasta ahora un arte de pasatiempo, lleno de impresiones y de ingeniosas paradojas, y no una ciencia positiva, digna de la concentradísima atención que en realidad requiere para profundizar sus complejidades. Y, en cuanto al lenguaje, debe considerarse que esos autores expresan condiciones morales con palabras de uso diario y familiar, y es bien sabido que el uso diario y familiar altera el significado de las palabras. Además, tratándose de cualidades morales juzgadas ocasionalmente, el criterio mismo cambia con el observador; cada uno pone distintos términos de comparación y referencia, según su temperamento, su ilustración, su patria, y sobre todo su siglo.

Es, pues, de presumir que, con el tiempo, adelantará la psicología colectiva, no sólo hasta concordar en sus conclusiones respecto de un pueblo en su época contemporánea, sino hasta explicarse bien toda la evolución psicológica de ese pueblo; cómo se han transformado en *d*, *e* y *f*, las cualidades primitivas *a*, *b* y *c*, y en qué sentido tienden aquéllas a modificarse a su vez para un próximo porvenir.

3.° *Las cualidades típicas que constituyen la psicología social de un pueblo no son primitivas de él, sino en cuanto a su intensidad y forma.* — Hay un grupo irreducible de cualidades morales. Estas no son patrimonio exclusivo de tales o cuales pueblos, antes bien *condiciones humanas*, o sea pertenecientes genéricamente a todos los hombres y pueblos. Si digo que "los criollos son perezosos", no quiero decir con ello que únicamente los criollos sean perezosos; pueden serlo también los turcos y los chinos. Lo que quiero decir es que la pereza representa una de las cualidades más notables de la psicología criolla, y para presentar clara mi idea deberé estudiar en qué forma especial se manifiesta la pereza criolla, a diferencia de la turca y la china.

La química ha demostrado que en todo cuerpo orgánico

vivo hay catorce o quince elementos simples (carbono, hidrógeno, ázoe, oxígeno, azufre, fósforo, hierro, calcio, magnesio, manganeso, fluoro, cloro, potasio, sodio, etc.). Pero estos elementos se combinan de tan distintos modos, que dan productos orgánicos, tan diversos como el protozoario, el rosal y el hombre. También las cualidades morales humanas podrían reducirse a unos cuantos términos simples, acaso catorce o quince; estos términos entran siempre como componentes de todo hombre. Pero combinándose de maneras tan varias, que dan tan diferentes resultados como la psicología de un hocicudo negro neocelandés y la de un elegante estadista británico.

§ 4

MÉTODO DE INVESTIGACIÓN PSICOLÓGICA

El método de investigación psicológica que uso en esta obra es *inductivo deductivo.* Puede considerarse una aplicación del método "físico" enseñado por Stuart-Mill, especialmente en su procedimiento de las "concordancias".

Consta esencialmente de dos partes: 1.ª *Construir* la generalización psicológica induciéndola de muchas y variadas premisas (*inducción*); 2.ª *verificar* esta generalización aplicándola como contraprueba a las manifestaciones de la sociedad estudiada, para ver si encuadra en ellas (*deducción*).

¿Necesitaré precisar mi concepto de *generalización psicológica?* Hago una generalización psicológica cuando digo "los españoles son arrogantes"; y no quiero decir con ello que siempre lo sean en igual grado, ni que lo sean todos sin excepción, sino que, relativamente a los franceses, los ingleses, los alemanes, presentan esa cualidad en su psiquis individual en tal grado que me autoriza a generalizarla a su psiquis colectiva. Este procedimiento es una inducción, porque de muchas pequeñas observaciones concordantes he llegado a la existencia de un sentimiento social. Después, la deducción consistirá en aplicar este sentimiento a la etnografía, la historia, la política, las artes, las ciencias españolas, verificando si hay en ellas vestigios o síntomas suyos. Los hay, luego es cierta la inducción; no los hay, la inducción fué errónea. Y claro es que tales generalizaciones son siempre peligrosas, y que, por ende, no debe permitírselas jamás un autor sin suficiente análisis y compenetración del caso.

Al estudiar la psicología colectiva de un pueblo, hállase frecuentemente una determinada *cualidad* o *rasgo dominante,* que impregna y contagia todas las demás cualidades. Tal ocurre, por ejemplo, con la mencionada arrogancia en la psicología de los españoles, que, como veremos, da un carácter singular al espíritu religioso nacional y hasta a la sensualidad; tal ocurre también con la pereza de los criollos. La preponderancia de estas cualidades dominantes hace de ellas los mejores puntos de vista en que puede colocarse el observador para abarcar e interpretar el conjunto de la psicología social que se estudie. El peligro es que incurra en *parti pris;* que, en el deseo de explicar los hechos por el rasgo psicológico dominante, los deforme. Ahí es donde debe probarse la verdadera aptitud del psicólogo-sociólogo, cuya difícil tarea es, en último termino, *sintetizar sin falsear.*

LIBRO I

LOS ESPAÑOLES

I

LA ARROGANCIA, CUALIDAD MADRE DE LA PSICOLOGÍA DEL PUEBLO ESPAÑOL; SU ORIGEN GEOGRÁFICO Y SUS FORMAS PRIMITIVAS: HEROICIDAD Y LOCALISMO.

Violenta y confusa se presenta a primera vista la psicología de los españoles. Violenta, por sus rasgos más típicos, tan violenta que se diría una caricatura. Confusa, porque no siempre parecen esos rasgos armónicos y homogéneos, llegando hasta aparentar hondas contradicciones... Pero, si al profundizar el estudio de esa psiquis colectiva se reunen más y más datos y se investigan los principios y semejanzas, resulta que las tales contradicciones son más simuladas que reales; que existen ciertas *líneas conductoras* con las cuales empalman sus vías características; que ella posee, en fin, una idea madre, una *cualidad dominante*... Hallo esta idea o cualidad en — la ARROGANCIA.

La génesis de esta arrogancia se pierde en la noche de la prehistoria, porque se halla, más que en la raza, en la geografía. En efecto, las tres grandes penínsulas del Mediterráneo — Grecia, Italia y España —, han tenido que luchar continuamente contra invasiones extranjeras, pues fueron siempre asequibles y codiciadas, por la extensión de sus costas indefensas, la benignidad de su clima y lo fértil de sus tierras. Grecia, cuya civilización fué obra de asioeuropeos, triunfó, con Alejandro, de Asia; Italia, que recibió mayormente en el Sud afroeuropeos y en el Norte asioeuropeos, venció también al Africa, cuando Escipión destruyó a Cartago... Pero la posición de España era aún más critica que las de Italia y Grecia, porque surge entre el Africa y la Europa como un amable *intermezzo*, como un generosísimo jardín que tiende a sus vecinos puentes de plata en el breve estrecho de Gibraltar, antes istmo, y en los cómodos pasos de los Pirineos. Así la puso Dios, abierta por todos lados, diríase que para todos... Pobláronla en remotísimos tiempos inmigraciones de Africa,

de donde resultaron los primitivos iberos. Más tarde, terribles irrupciones de Asia, los celtas, la amagaron tal vez por el Norte, entroncando a veces con los naturales.

Estos naturales prehistóricos, sean los que fuesen, ya afroeuropeos, ya asioeuropeos, ya mezcla de unos y otros, los iberos en fin, una vez posesionados de la codiciada península, debieron defenderla ininterrumpidamente contra toda suerte de enemigos: fenicios, griegos, cartagineses, romanos, godos, judíos, moros...

Su vida era, pues, una continua lucha, que sólo podía sostener un apasionado *culto del valor.* El valor, la heroicidad, se hizo una costumbre, una secreción de los iberos; secreción con la que ellos se formaron, como ciertos moluscos, una concha protectora, dura y espinosa. Ese crónico estado de defensa contra el ataque exterior les dió potente espíritu de acometividad; su combatividad, largamente excitada, se tornó agresiva... Reforzaban la defensa con la ofensa.—Así tenemos que una *fatalidad geográfica* impone a los españoles una *fatalidad psíquica.*

La primera forma de esta fatalidad psíquica fué la *heroicidad defensiva,* de la cual nos dan hermosísimos ejemplos el sitio de Numancia y las campañas del Cid. Por eso cuando se dice "la heróica España" refiriéndose al pasado, no hay tanta hipérbole como parece: no podía ser sino heroica. O serlo, o no ser. Ninguna otra nación se vió tan tiránicamente forzada a serlo como ella, por su eterna fatalidad geográfica, que le es en cierto modo propia, exclusiva... Y heroica fué, no sólo en Numancia, sino también en Granada, en América, en Bailén y Albufera.

Impone la geografía a los pueblos de la península, a más de la heroicidad como rasgo general y colectivo de *todos* ellos, un marcado espíritu de aislamiento y de particularismo en *cada uno* de ellos. Por esto se ha dicho que "la principal característica de la nación española, como la de las kábilas del Atlas, es la *falta de solidaridad* (1)." En vano estuvo seis siglos sometida a la organización unificadora de la raza gobernante más grande que conociera el mundo, los romanos; en vano los reyes Fernando e Isabel imponen luego, por dos o tres siglos, su política de la unificación por el exclusivismo religioso... Al advenimiento de los Borbones los pueblos peninsulares estaban todavía divididos por sordos antagonismos.

(1) M. Hume, *Historia del Pueblo español,* trad. esp., Madrid, pág. 11.

Y, si la arrogancia era altivo pundonor en el castellano, presentase luego como obcecación en el testarudo aragonés y como baladronada en el verboso andaluz... El valenciano, semiárabe, y el catalán, con su gota de sangre judía, no simpatizaban más con el aragonés que éste con el castellano... El gallego, de raza semejante a la portuguesa, conservaba su ingenuidad y su primitivo aislamiento; así el navarro, tipo asioeuropeo casi neto, pariente acaso menos lejano del sajón que del español del Mediodía, que del ibero típico, en buena parte proveniente de antiguas inmigraciones afroeuropeas. Si la configuración peninsular engendraba, pues, como rasgo genérico y colectivo, la defensiva arrogancia, los accidentes y variaciones del territorio producían, como rasgo particular de cada uno de los pueblos, sus antipatías y odios recíprocos.

La geografía inspiraba así para la política *externa,* una combatividad general; para la *interna,* una regional. Por la primera se producen fenómenos de aparente cohesión; por la segunda mantiénese hasta hoy latente la primitiva anarquía. Pues aún lleva la raza dentro de sus venas, en Europa como en América, ese espíritu regionalista y localista que se diría su genio maléfico. Y es de notar que, tanto como en la combatividad conquistadora española, hay arrogancia en su localismo, y que si en aquélla esa arrogancia puede ser palanca de grandeza, en éste lo es, ¡oh furor suicida!, de decadencia y muerte. Así ciertas substancias químicas que tomadas en una forma son alimenticias y saludables, en otras producen mortales intoxicaciones.

En el orden fatal de la historia, Roma debía intentar la conquista de Hispania. En efecto, "durante doscientos años lidió con los valientes celtíberos del Centro y del Norte. Cada valle, cada paso, cada vado tenía que ganarse por la fuerza de las armas. Contra el sistema usual de los romanos, se vió que era preciso mantener en España grandes divisiones permanentes." Lo cual trajo como consecuencia una gran población mixta, celtíbera y romana, y el nacimiento de ciudades o colonias semirromanas, que pronto cundieron en la costa y el Mediodía.

La falta de solidaridad étnica o nacional, el aislamiento y las guerras locales de los distintos pueblos de la península hicieron posible una conquista que, de otro modo, ningún poder humano hubiera acaso realizado.

II

FORMAS CLÁSICAS DE LA ARROGANCIA ESPAÑOLA: ESTOICISMO Y EFECTISMO LITERARIO

El heroísmo ibérico no pudo evitar que la superior civilización de Roma conquistase a Hispania, y a que, en lo posible, la latinizara. Apenas latinizada, resurge ya su arrogancia en dos formas nuevas, que Séneca el filósofo encarna admirablemente, pues, "aunque nacido en la Bética, es ante todo castellano". Estas dos formas son: una filosófica y otra literaria. La filosófica consiste en un estoicismo que se podría calificar de *público,* a diferencia del romano, que, por oposición, debería considerarse *privado.* Toda la doctrina moral de Séneca cabe, efectivamente, en esta fórmula: "Condúcete de suerte que, sean cualesquiera los acontecimientos, *pueda siempre decirse* de ti que eres un hombre." *Esto vir!* expresión tan profundamente española, que podría considerarse "la fórmula más apropiada del carácter nacional" (1). Es la arrogancia hispánica en el estoicismo romano. "¡Sé hombre!"

La arrogancia española se presenta así, ya en la edad antigua, como un verdadero *individualismo introspectivo,* como un íntimo y reconcentrado culto del yo. "¡Sé hombre!" ¿Cómo? ¡Por tu solo esfuerzo, por tu voluntad aislada y persistente como la montaña que se alza en el páramo!

En la literatura latina, la arrogancia hispánica produce un tono declamatorio, altisonante, rebuscado, que hasta entonces no se conocía entre los autores clásicos. Ese tono vibra en Séneca y Lucano, en Quintiliano, Marcial, Floro, que producen una literatura más original y vigorosa que la de las Galias. "Si se ve en Séneca, junto a la elevación y grandeza, la declamación y lo rebuscado, antítesis y juegos de palabras, énfasis y sutilezas de ingenio justamente; si la versificación de Lucano, enérgica y brillante, es declamatoria también y

---

(1) Véase A. GANIVET, *Idearium español.* — Madrid, 1905, págs. 5-9.

busca los efectos, el genio ibero interviene algo seguramente en ello (1)'' ''Literariamente, dice Hume, la raza mixta que descollaba sin comparación entre las que surgieron de las ocupaciones romanas, era la neoceltíbera; ella introdujo en la literatura latina, durante el siglo de Augusto, la verbosidad exuberante, la sátira mordaz y la viciosa sutileza, que han seguido siendo hasta el día las características invencibles de la producción intelectual española.'' (2).

La crítica suele explicar el énfasis de la literatura hispanolatina y el enfático conceptismo de la literatura española del siglo XVI en adelante, como fenómenos de ''decadencia''. No creo que esta clave — la idea de la decadencia — resuelva tan vasto problema. En efecto, no podría ésta aplicarse de ningún modo a la primitiva poesía española de los siglos medios, que es, si no enfática y conceptuosa, por lo menos altanera y efectista. Sólo la escuela de Garcilaso y los místicos del siglo XV se libran tal vez de tanto conceptismo y énfasis... Pero Garcilaso y su escuela imitan del italiano, y el misticismo español, dominicano y jesuítico, es, como veremos, eminentemente arrogante. Además, las excepciones de dicho siglo XV, aun reconocidas, no destruirían la regla general.

''El estilo es el hombre.'' El español, bravucón de la vida real, es también un bravucón de la literatura. Y es de recordar que, en ocasiones, espíritus selectos del parnaso castellano, aunque incurriesen a su modo en la general fanfarronería literaria, supieron satirizar el colectivo vicio, especialmente cuando lo vieron demasiado grotesco en algunos colegas. Así, Lope se burla de la *jerga cultidiablesca* de los poetas artificiosos de su tiempo, entre los cuales descuella Góngora. Aun el gran Quevedo, que escribía alguna vez en tan afectado lenguaje, ridiculiza como Lope la *culta latiniparla*. Lo mismo Jáuregui se revela contra el hablar ''culto y obscuro''...

Efectismo puede llamarse, en general, a este fenómeno literario, cuyas dos formas típicas serían el conceptismo y el énfasis. La pujanza oratoria, la expresión siempre violenta y exagerada, el rebuscamiento en el vocabulario y los sutiles juegos de palabras son siempre españolísima *arrogancia verbal*, siempre efectismo. ¡Mortífero manzanillo, a cuya sombra durmieron embotadas tantas y tan brillantes inteligencias,

---

(1) A. Fouillée, *Psicología de los pueblos europeos*, trad. esp. — Madrid, 1903, pág. 203.
(2) Hume, *Op. cit.*, pág. 45.

desde Marcial hasta Góngora, desde Góngora hasta Lugones! Porque su ramaje, al inclinarse sobre el Atlántico el tronco archisecular, desde Castilla hasta América, cubre aún todo suelo de habla española. ¡Cuántas, cuantísimas energías luminosas ha malgastado y perdido! En vano ingenios tan peregrinos como Calderón, en felices momentos, elevan el vuelo de sus soberanas alas; la funesta sombra los atrae de nuevo, desde las regiones etéreas de la naturalidad y la espontaneidad, para sumirlos en las noches de demente sueño... ¿Podrá algún día el Arte, blandiendo el hacha de la crítica, arrancar de cuajo al apocalíptico manzanillo sus raíces serpientes? En ese día amanecerá una nueva aurora: la del verbo neohispánico, que, libertado de su antiguo defecto, será tal vez el más gallardo del mundo...

III

FORMAS MEDIOEVALES DE LA ARROGANCIA ESPAÑOLA: PUNDONOR CABALLERESCO, CATOLICISMO, TEOLOGÍA, DERECHO, LIBROS DE CABALLERÍA.

Hasta aquí la arrogancia ibérica de la edad antigua, heroica antes de la conquista romana, y después también estoica y declamatoria. En los primeros siglos medios intervienen conjuntamente dos elementos que la suavizan y modifican: los godos y el cristianismo. Aunque rudos y primitivos, mostráronse los pueblos bárbaros, por idiosincrasia, mucho más propensos a la sentimentalidad y altruísmo que los latinos e hispanos. Diríase que en esos concordaba acertada y casualmente su psicología con la de los judíos. Por esto el cristianismo fué tan espontáneo y sinceramente abrazado por francos y por godos. Estos últimos, en su rama visigónica, invadieron a Hispania, en los tiempos en que la nueva religión conquistaba al mundo. En toda la Europa el cristianismo bárbaro produjo una moral caballeresca. Esta moral reemplazó también en Hispania el estoicismo que Séneca formulara, transformando la arrogancia estoica en el pundonor de los fidalgos, que, si en algo se diferenciaba del de los guerreros y germanos, era en un poco más de ibérica altanería.

Pero, como los visigodos no cambiaron el plasma de la población peninsular, dándole tan sólo jefes, la población permaneció honda y radicalmente hispánica, con su genio propio, sometido siempre a su *fatalidad psíquica.* Esta fatalidad era contraria al verdadero espíritu cristiano, por ser la arrogancia antagónica de la piedad evangélica. De ahí que la masa del pueblo no tomara de ésta más que las formas exteriores, reservándose su fondo esencialmente anticristiano.

En este estado de cristianismo exterior e iberismo interno, sufrieron los españoles la invasión árabe, que fué apoderándose de las más feraces regiones de la península. Ante semejante peligro, la arrogancia resurgió de nuevo; mas no ya

en su primitiva forma de heroísmo numantino, sino en la de *intransigencia religiosa.* Por aquello de *similia similibus curantur* los españoles opusieron la Cruz al Islam; a un fanatismo religioso, otro fanatismo religioso. Para ellos el dilema era éste: o dejar que los moros conquistasen toda la España, como iban en vías de hacerlo, o moverles guerra de exterminio. Y una vez iniciada la cruzada morisca: o destruir a Mahoma, o caer bajo el corvo alfange de los Abderramanes.

Por la incurable falta de solidaridad de los pueblos de la península, puede decirse que, desde los tiempos de Fernando e Isabel hasta el advenimiento de la casa de Borbón, el fanatismo religioso fué su mejor, si no su único vínculo político. Así, la institución de la Inquisición, que hoy tan bárbara e ignominiosa nos parece, tuvo su razón de ser y una utilidad social que en cierto modo la justifican, aunque el nuevo sentimiento religioso produjera la contradicción más bufona y sangrienta de la historia...

Hemos visto que el alma ibérica era esencialmente anticristiana. Pues bien, esa misma alma, en su anticristianísima pasión dominante, usa como instrumento... la religión de Cristo. ¡Como arma de intolerancia, la religión de tolerancia; como palanca de orgullo, la religión de los humildes; como ariete de exterminio, la religión de caridad! Y no se diga que el objeto del catolicismo español primitivo fuera el muy piadoso de catequizar y redimir, de ganarse almas para el cielo, y que si empleaba preferentemente la fuerza y el martirio es porque esos eran los más eficaces medios de que en aquellos tiempos se disponía... Y no se diga tal, porque la historia prueba que la cruzada morisca y la Inquisición no evangelizaron, sino que expulsaron y exterminaron a árabes y judíos; y prueba asimismo que los conquistadores de América ocupáronse antes de explotar cruelmente a los indios que de cristianizarlos. El principio genuino y primordial de ese fanatismo *soi-disant* catoliquísimo y en realidad anticristiano, no podría ser otro que la *fatalidad psíquica* de los españoles: defenderse, defender la integridad de la patria, defender la *limpieza* de su linaje, de su raza.

El carácter batallador de la religiosidad española se revela en todos sus santos. Santa Teresa huye de la casa paterna a los siete años, con su hermano, para ir a buscar el martirio entre los moros; y más tarde exclama: "¡No tengo todavía veinte años y me parece tener el mundo a mis pies!" (¡No lo hubiera dicho de otro modo Carlos I!) Santo Domin-

go de Guzmán y San Ignacio de Loyola fundan dos órdenes religiosas que son dos ejércitos desbordantes de acometividad. Es interesante comparar el diverso carácter de la orden franciscana y la domínica, establecidas ambas en el siglo XIII, la una en Italia y en España la otra, y ambas tendientes a provocar un renacimiento cristiano. Dos graves males amagaban, en efecto, a la Iglesia católica de la época: la onerosa fastuosidad de los prelados y las heterodoxias. San Francisco de Asís funda una orden de mendicantes, que en su proverbial *humildad* provoca una reacción contra la católica soberbia de los poderosos de la Iglesia; Santo Domingo, una orden de teólogos destinados a combatir, con su *orgullosa* argumentación escolástica, a los herejes. Ahí se nota una profunda divergencia entre el carácter italiano y el español: la mayor ductilidad de aquel, la combatividad mayor de éste.

El *individualismo introspectivo* que en tiempo de Séneca se hiciera estoico, transfórmase en *místico* en el de San Ignacio de Loyola. Todo español quiere entonces sobresalir individualmente ante los ojos de Dios, por el sacrificio personal. En los campos pululan los ermitaños; cada sacerdote es un soldado de la fe, cada soldado un héroe. El mismo Felipe II, aunque centro incansable de toda autoridad y jurisdicción, vive como un asceta, entregado a las oraciones y el ayuno; si da ejemplo de vida activa al soldado y al sacerdote, lo da también de espíritu contemplativo al ermitaño.

Las dos "ciencias" más provechosamente cultivadas en España — bueno es notarlo desde ahora —, fueron la teología y la jurisprudencia. Pues una y otra son esencialmente luchadoras; una y otra suponen la discusión de dos contendientes y tienen por objeto impugnar y vencer. Son "ciencias" arrogantes por excelencia, vale decir, españolas. En ambas, aun en la jurisprudencia, ancho campo halló el *dogmatismo* español, lógica proyección de la ibérica arrogancia sobre lo intelectual. Imponer con el silogismo o imponer con la espada, imponer con la fuerza o imponer con la dialéctica — todo es imponer.

Al mismo tiempo que la teología y la jurisprudencia tomaban vuelo, difundióse más y más, en los siglos XV y XVI, un género especialísimo de literatura popular: los *libros de caballería*. La idea madre de estos novelones de fantásticas aventuras era la arrogancia caballeresca llevada hasta la temeridad y el absurdo. Y como resumían y halagaban admira-

blemente las tendencias del carácter del pueblo, su cualidad dominante, tal afición despertaron, que pudieron considerarse como una "epidemia moral". Carlos V, por conceptuarlos muy perniciosos, dictó disposiciones contra ellos, "lo cual no impedía que él mismo leyera a escondidas *Don Belianis de Grecia*". Las Cortes pidieron a Felipe II que los mandase quemar en montón, y aunque el monarca accediera, nada hizo... El auto de fe hubiera sido demasiado impopular.

IV

FORMAS MODERNAS DE LA ARROGANCIA ESPAÑOLA: DESPOTISMO RELIGIOSO, UNIFORMIDAD FORZADA Y APARENTE, DESPRECIO DEL TRABAJO.

No sólo "todo catalán", como reza el proverbio, todo español "tiene adentro un rey". En algún reino de la península, al subir al trono el monarca, advertíanle los nobles: "Cada uno de nosotros vale tanto como vos, y juntos valemos más que vos." Es que la arrogancia ibérica, desenvolviéndose libremente, tiende a hacer de cada individuo una autoridad individual. Y donde cada uno quiere ser autoridad, no pueden ser muy acatadas las autoridades sociales... Por ello, en su esencia, a lo menos para la política interna, la arrogancia ibérica es un sentimiento anárquico, un individualismo quisquilloso y disolvente... Sucedió así que, apenas constituída contra el arrianismo visigótico la unidad del catolicismo español, ese sentimiento hubiera tendido a disolver tal unidad, de no apuntar pronto una nueva fuerza histórica que pugnase por mantenerla: la invasión morisca. Para luchar contra los moros, los españoles necesitaban de una religión común, que les uniera a pesar de sus disidencias y hasta rivalidades políticas y regionales; esta religión no podía ser otra que el catolicismo. Para mantener la fuerza de los pueblos peninsulares era necesaria la cohesión; para mantener la cohesión, el catolicismo como iglesia única. Sólo en calidad de iglesia única y popular sería eficaz arma de combate contra los moros, así como antes al iniciarse los tiempos medios, lo fuese contra la dominación visigótica, cuando los visigodos eran arrianos. Pero, ¿cómo refrenar las tendencias caóticas de la arrogancia española para mantener la unidad en el cristianismo nacional? No había más que un medio: *imponer la uniformidad de creencias...*, por la fuerza, por el terror, por el mismo fuego del infierno, si el fuego del infierno era necesario. Tal fué el alto objetivo de la po-

lítica iniciada por los Reyes Católicos, tal la obra de los Tribunales del Santo Oficio.

Si bien se mira, la Inquisición tuvo, pues, dos funciones: una, que diría *nacional,* consolidar la unidad de la iglesia peninsular contra toda heterodoxia cristiana española; otra, que podría llamarse *internacional,* extirpar en España las religiones no cristianas, o sea la islamita y la judía. En cierto modo, la primera fué preliminar de la segunda: tuvo por exclusivo objeto esta segunda.

Celosísima en el cumplimiento de ambas — dado que de ellas dependía la libertad de los pueblos naturales de Hispania —, empleó la Inquisición un sistema singular que, psicológicamente, consistía en *uniformar* las ideas y los individuos. ¿Eran los individuos y las ideas demasiado personales para que no peligrara la unidad religiosa? Pues había que *despersonalizarlos,* es decir, que uniformarlos. Así, la Inquisición, atacando de raíz la arrogancia ibérica en lo que tuvo de más vigoroso y genuino, impuso lo que se ha llamado muy bien la *uniformidad española.* Uniformidad externa y aparatosa, en creencias, en ideas, en costumbres, hasta en trajes, que es bien sabida la minuciosidad con que todo lo reglamentaba el Santo Oficio... Y tanto era el miedo que despertaban sus esbirros, sus juicios secretos, sus delaciones, sus martirios, que el pueblo más anárquico y altivo de la tierra se convirtió — transitoria y aparentemente, es verdad —, en el más disciplinado y sumiso.

Esta sumision y disciplina — ¡aunque harto forzadas! — trajeron como lógica consecuencia, el *despotismo político* de Carlos V y Felipe II, que ahogó en sangre las viejas libertades comunales. Sin gran trabajo, pues el despotismo religioso había abierto ya su camino al político; la uniformidad intelectual, a la uniformidad material. Pero es de advertir que este doble proceso religiosopolítico tendiente a cambiar radicalmente la psicología española, a trocar el individualismo anárquico en resignación asiática, costó al país inmensa parte de su población y riqueza. La población disminuyó, de más de treinta millones de almas que la constituían en tiempos de Fernando e Isabel, a unos seis o siete millones. La riqueza, su verdadera riqueza, disminuyó a la par de la población, pues los árabes y los judíos se llevaron sus prósperas industrias. (En Sevilla, en 1515, había 16.000 talleres de sedería con 130.000 obreros; en 1673, sólo existían 400 talleres. En

las fábricas de Segovia, 34.000 obreros fabricaban antes 25.500 piezas al año; en 1788 se produjeron sólo 400.) El oro de América, por abundantemente que fluyera sobre la metrópoli, no la enriquecía, porque, careciendo esta metrópoli de industrias propias, lo derramaba por los países industriosos, donde tenían que adquirir los españoles hasta los objetos más elementales para satisfacer sus necesidades... Por eso se ha dicho que España fué el *tubo conductor* por donde pasara, para los demás pueblos de Europa, el oro de América. Y los gastos de este país empobrecido, para mantener la armazón de su antigua grandeza, eran enormes. En vano sudaban oro los pueblos de Méjico a Potosí: las arcas del tesoro estaban siempre vacías...

Es que, de la arrogancia española, sentimiento bélico por excelencia, derivaba el *desprecio del trabajo.* La arrogancia era la guerra; el trabajo, la paz. Menospreciar la paz implicaba menospreciar el trabajo. En esto, el alma ibérica concordaba con la ética grecorromana, que consideraba el trabajo material ocupción indigna del hombre libre.

Consecuencia fatal de la expulsión de judíos y moros y de la psicología española fué la pobreza general que reinó desde principios del siglo XVII. Había que importar del extranjero los artículos más necesarios, hasta el trigo mismo, a pesar de ser entonces España su mejor país productor en Europa y de estar prohibida su importación. Cuando amenazaba el hambre, Felipe II cerraba los ojos sobre sus edictos proteccionistas y permitía que se trajera aun de la odiadísima Inglaterra... El hecho es que no se protegía suficientemente la agricultura, reservándose los mejores privilegios para la ganadería. Alguna vez se ha opinado que esto provenía de la creencia de que la riqueza de las naciones estribaba principalmente en los ganados; pero tal creencia no encuadra con las ideas de la época... La razón era otra. Estribaba ante todo en el desprecio del trabajo manual, de los ministerios mecánicos, de los "oficios viles". La agricultura era todo ello: trabajo manual, y vil oficio, y hasta, en cierto modo, mecánico ministerio. A la inversa, la ganadería, la cría de corceles para la guerra, de toros para las plazas, y aun, por accesión, la de animales lanares, era labor de nobles y de ricos, de hidalgos y de desocupados, labor digna de quienes gastaran pelayescos blasones y privasen en palacio. Desdeñándose de ser agricultores, ellos no se rebajaban al

ocuparse de la ganadería; y, siendo los validos y los poderosos, fueron ellos quienes influyeron en los reyes para que protegieran la ganadería, aunque se esquilmara a su hermana la agricultura. Hubo, pues, en esas desatinadas medidas proteccionistas, más que una convicción económica, preocupaciones de raza y egoísta favoritismo. Si el perjudicado era el agricultor, si el agricultor era el pueblo, si el pueblo carecía de pan, la corte de Madrid lo ignoraba o afectaba ignorarlo.

V

FORMAS MODERNAS SECUNDARIAS DE LA ARROGANCIA ESPAÑOLA: TIESURA Y TRUHANERÍA, AVARICIA Y PRODIGALIDAD

A mediados del siglo XVII estaba ya España libre de heterodoxos. Ama celosísima, la Inquisición impuso a los ortodoxos que quedaban su opresora uniformidad... Procedía a sangre y fuego. Todos callaban, hasta los grandes escritores. Si Cervantes y Lope aplaudían al Santo Oficio, Calderón era miembro de él. Quevedo, el carácter altivo que se encara con el condeduque, todo lo que se atrevía a decir al tratarse de la Inquisición era: "Con la Inquisición..., ¡chitón!" Y al imponer su uniformidad, el Santo Oficio lo hacía de acuerdo con ciertas cualidades del genio de la raza, tan grave y formalista, tan lleno de *tiesura*. Por ello, el *decorum español* llegó a constituir uno de los rasgos del tipo uniforme. Este sentimiento ingénito en los romanos, esta "cuadratura romana tan opuesta a la voluta griega", había sido transportada a Hispania por sus itálicos conquistadores. Aunque exento ya de orgullo estoico, sombrío y desfigurado, el *decorum* subsistió en los pueblos latinos, transformándose en prudencia y hasta en altiva virtud católica. Con el Renacimiento, en Italia, le dió un vuelco completo el culto griego de la animalidad humana. Bien conocida es la vida anecdótica de la corte de León X! Pero, en Toledo, los tribunales del Santo Oficio, rechazando el Renacimiento como insubordinación en lo intelectual y como concupiscencia en lo moral, exageraron ese *decorum* romano hasta la tiranía... Zaratrusta, al cantar el baile, dice: "El Diablo es el Espíritu de la Gravedad!" Así hablaba Zaratrusta. Los teólogos españoles, a la inversa, dirían: "El Baile es el Diablo". Así hablaban los teólogo españoles.

Hace notar Kant que la broma, familiar al francés, es antipática al español (de su época, se entiende), lo que no impide a este último divertirse en los días patrios con cantos

y danzas; pero "el fandango mismo, agrega, exige cierta seriedad". El arzobispo de Dublín, para hacer saludable ejercicio, sale diariamente en bicicleta... ¿Qué dirían los madrileños si el obispo de Sión se presentara de ciclista una tarde en el paseo de los Recoletos? "Ave María Purísima!"

La forma más típica del *decorum* español era la *etiqueta española,* especialmente la de palacio. Jamás una corte fué tan estiradamente etiquetera como la de Aranjuez y Madrid. "Felipe II — observa Saint-Víctor, que como buen francés sabe admirarse y burlarse de la "tiesura española" —, hizo la corte de España a su imagen: rígida como un claustro, guardada como un harén. En su reglamento había algo de monje y algo de eunuco (1)." El ceremonial era invariable; la alegría estaba ausente. "Los oficios del ceremonial español no se cumplían como en Francia con la agilidad del espíritu y con las gracias de la cortesía. También en trajes y rostros, entristecida por la vigilancia de la Inquisición, gobernada en su interior por dueñas intratables más puntuales que abadesas, la corte de Carlos II ofrecía el aspecto de un clero fúnebre oficiando ante un rey embalsamado". Faltaba espontaneidad...

Imponía la etiqueta de palacio las horas para levantarse, acortarse, comer, y los vestidos, los dichos, hasta las ideas... Y diz que penetraba hasta la alcoba de los reyes. "El amor conyugal tenía su consigna y su uniforme. Cuando el rey venía de noche al aposento de la reina, debía ponerse sus zapatos como zapatillas, llevar un manto negro sobre la espalda, blandir en una mano la espada, en la otra una linterna sorda, tener su broquel sujeto al brazo derecho, y, en el brazo izquierdo, una botella de forma equívoca... Enanos, monstruosos bufones, trataban de distraer esa corte española, como los gnomos que saltan, en las noches de luna, alrededor de los sarcófagos antiguos. Hay que verlos pintados por Velázquez para comprender toda la ibérica grosería de aquellos príncipes y cortesanos a quienes deleitaban."

Formando *pendant* con la clásica tiesura, en esta psicología española tan llena de contrastes y violencias, descúbrese la no menos clásica *truhanería* de la "novela picaresca". Junto al finchado fidalgo aparece el "pícaro" — rufián o criado —, que "hace caballería de su desvergüenza" y "convierte en lances de risa los mayores apuros de la vida". Pues

---

(1) Véase P. de Saint-Victor, *Hommes et Dieux,* París, 1883, pág. 238.

esa desvergonzada caballería y esa inacabable burla son, sin duda, formas de una arrogancia impotente y miserable. Mendigo o ladrón, el "pícaro" no se humilla, ni en sus delitos ni en sus desventuras, y hasta llega a aparentar un culto caballeresco a sus delitos, una estoica ironía en sus desventuras.

Hay en la literatura española un temperamento genial que reune elocuentísimamente ambas tendencias extremas: Quevedo. Nadie llega a tanta austeridad en lo serio, nadie alcanza a tanta desvergüenza en lo jocoso... ¡Nadie, ni Cervantes mismo, es tan completa y complejamente español!

En la conquista de América se marcó una fase poco observada de la ibérica arrogancia: la *avaricia adquisitiva*. Llegó este sentimiento a su expresión más intensa en el régimen del monopolio colonial. Pero él no constituía una improvisación en el alma de la raza. La "cobdiçia" bélica fué una de las más castizas pasiones cantadas en los antiguos romanceros. El botín, siempre el botín, era la preocupación principal del legendario Cid (1). No hallamos tal rasgo en las canciones de gesta francesas, de las que resulta asaz desinteresado Rolando; en sus preocupaciones no entra sino muy secundariamente el *eschec*. Si Don Quijote, por pasión teológica, es bien generoso, observa Unamuno, Sancho hambrea por los dos... — Esta "cobdiçia" de los héroes de la leyenda se trasmitió a los de la conquista americana. Al pasar su Rubicón, Francisco Pizarro trazó con la espada una gran raya en la tierra, y dijo a sus soldados, como éstos vacilaran en seguirle: "Por aquí se va al Perú a ser ricos... Por acá se vuelve a Panamá a ser pobres... Escoja *el que sea buen castellano* lo que mejor le estuviere."

El espíritu religioso de la dominación española en los Países Bajos no impedía saciar también allí, como en América, la pasión del botín. Hermana gemela del monopolio comercial de las Indias Occidentales fué la política que siguió en Flandes el duque de Alba, quien no se olvidaba de comunicar a su rey que: "Acabando este castigo comenzaré a prender a algunos particulares de los más culpados y ricos para moverlos a que vengan a composición." El austero general dispuso luego que "de estos tales se saque todo el golpe de dinero que sea posible". Un proverbio italiano decía: "El

(1) M. DE UNAMUNO, *En Torno al Casticismo*, Barcelona, 1902, pág. 127.

oficial de Sicilia roe, el de Nápoles come, el de Milán devora.'' — ¿Y los virreyes de Méjico y el Perú?...

A la *avaricia adquisitiva* corresponde en la psicología de los españoles otro sentimiento que aparentemente lo excluye por contrario: la *prodigalidad*. Es que, en su ausencia, aquella avaricia consiste en recoger mucho con poco trabajo: *sine labor cum fructu!* Y los dineros, cuando entran cantando como ''los del sacristán'', según el popular proverbio, cantando se van. La misma arrogancia que hacía recoger el botín al Cid, interesadísimamente, le hacía desinteresadísimamente, según la leyenda, regalar Valencia al rey de Castilla. A quien su embajador dijo, con simplicidad grandiosa: ''El Cid conquistó a Valencia, señor, y os la regala.''— La prodigalidad española es, pues, una especie de *avaricia negativa*. ¡Curiosa concordancia de discordancias! Los extremos se tocan. Quien recoge el oro a manos llenas como un tributo que le debe la naturaleza, luego lo desparramará también a manos llenas para que los hombres le rindan a su vez tributo. De ahí que jamás fuera la codicia española espíritu práctico, comercial, productivo y ahorrativo, antes bien una *prodigalidad invertida*, una prodigalidad de adquisición.

La palabra ''avaricia'' expresa así mal la idea que he desenvuelto, pues que involucra con la pasión de *adquirir*, la de *retener*. La empleo porque no hallo otra más exacta, aunque acaso pudiera servir mejor el término ''avidez'', por contraponerse menos a ''prodigalidad''. En fin, el hecho es que, en la psicología del pueblo español son cualidades características y *concordantes* — la avidez de adquirir y la incapacidad de retener...

Tan pródigo como los nobles, y más tal vez, era el gobierno. Ningún dinero daba abasto para sus gigantescas y descabelladas empresas. Ya en 1554, Carlos V, queriendo pasar a España, fué retenido cuatro meses en los Países Bajos por falta de dinero. Por falta de dinero su gobierno se vió muchas veces en angustiosos trances, hasta que, todavía por faltarle dinero para renovar la tapicería, proclamó su abdicación en una sala enlutada aún por el duelo de su madre.

Con la política de Carlos heredó su hijo Felipe las mismas necesidades angustiosas, y la pobreza del tesoro aumentó, y aumentó en el reinado de Felipe III, como una bola de nieve, no siendo la correspondencia de Felipe IV con Gran-

vela más que un largo grito de hambre. A falta de otros expedientes, propuso este último rey vender indulgencias para un jubileo. "Pero el ministro le responde que los flamencos, que acaban de tener un jubileo gratuito, no aportarán un céntimo al del rey." Y si en esa época aun duraban resabios de la pasada grandeza, ¿qué sería después en plena decadencia?...

La forma sin duda más repulsiva de la avaricia española es la criminal rapacidad de los gobernantes, que tantas veces no omitieron medio de enriquecerse inmensamente a costa del pueblo, con vergonzosos latrocinios y prevaricatos. No presenta, como la de España, la historia de ninguna nación europea tantos validos y favoritos de una venalidad que hoy nos parece inverosímil. Aunque durante ciertos períodos Francia e Inglaterra los produjeran con deplorable frecuencia, los Foucquets y los Buckingham fueron casos más o menos aislados en el extranjero; en Madrid, de Felipe III en adelante, los Lermas y Olivares se sucedieron sin interrupción, puede decirse, hasta ya muy adelantada la época contemporánea.

En relación a su tiempo y a la riqueza nacional, creo que no hubo jamás en Europa un funcionario que cobrase emolumentos más crecidos que el condeduque de Olivares. Quien recibía 422.000 ducados anuales, repartidos así: encomiendas de las tres órdenes militares, 12.000; camarero mayor, 18.000; caballerizo mayor, 28.000; gran canciller de las Indias, 48.000; sumiller de corps, 12.000; privilegio de enviar un cargamento anual a las Indias, 200.000; alcaide de los alcázares de Sevilla, 4.000; alguacil mayor de la Casa de Contratación, 6.000; ducado de San Lúcar, 50.000; gajes de su mujer como camarera mayor y aya, 44.000. Y estas rentas al fin eran claras y permitidas; pero, ¡sabe Dios cuántas de origen menos puro sumaba en sus espléndidas entradas! Como el duque de Lerma, él también era insaciable.

Y no menos insaciables eran, a su vez, los favoritos de estos favoritos del rey, pudiéndose llegar así, de valido en valido, hasta la masa del pueblo... En efecto, la población de Madrid se componía esencialmente, en los siglos XVII y XVIII, de aventureros y poetas satíricos que vivían a la caza del favor de los poderosos. ¡Y vaya que no era siempre despreciable este favor! Cuando cayó Lerma, la opinión obligó a desembolsar a su amigo y ministro subordinado Franqueza,

por rapiñas, 1.400.000 ducados, y una suma semejante a Ramírez del Prado, otro amigo suyo y colaborador.

Si el cohecho sistemático y continuo era la forma más odiosa de la avaricia española, la *ostentación* afidalgada constituía la más característica forma de la hispánica prodigalidad. El estoicismo de Séneca antes, y luego el ascetismo de Felipe II, mantuvieron suspenso el genio aparatoso de los españoles; pero, apenas decaído el espíritu místico, se difundió en modo exhuberante su amor al oropel y lujo llamativo. Este amor es la arrogancia en las vanas exterioridades. Muerto Felipe II, ya nada lo coarta, y la suntuosidad de las cortes de reyes tan pobres como Felipe III, Felipe IV y Carlos II asombró a los embajadores que llegaban de París y de Londres. El tratado de unión católica de Felipe III y Luis XIII se celebró con tal magnificencia, que Lerma sólo gastó 400.000 ducados en su viaje a la frontera, donde debían reunirse y firmar los contrayentes.

En vano las Cortes y los reyes lanzaban pragmáticas severísimas contra el lujo en el vestir y el excesivo uso de joyas. A pesar de la misérrima situación del país, en tiempos de Felipe IV, "Olivares aprovecha la visita del príncipe de Gales y Buckingham para hacer un nunca visto alarde de magnificencia. Góngora, en un poema escrito entonces, dice que el rey gastó en agasajos y presentes 1.000.000 de ducados de oro. Toda la visita parecía un sueño de despilfarro..."

Y es de notarse que en esa época, siglo XVII, es cuando llega a su más alta expresión el genio pendenciero y haragán de la raza. Hume cita elocuentísimos testimonios de críticos y viajeros. Voiture, un escritor francés que estuvo en España en 1619, escribía: "Si llueve, los lugareños que van con pan a Madrid, no lo llevan, aunque saben que pueden venderlo a mejor precio. Cuando escasea el trigo en Andalucía y abunda en Castilla, nadie se toma la molestia de enviarle donde hace falta, sino que esperan que le lleven de Francia o de cualquiera otra parte. Si los españoles son pobres, es porque son abandonados y perezosos (1)." En el mismo período escribía Campanella: "El español es haragán, no sólo en agricultura, sino en toda clase de oficios. Tal es la razón de que España carezca de manufacturas; de que toda la lana, seda y otros productos se envíen afuera; de que

(1) HUME, *op. cit*, pág. 491.

toda la materia que no se exporta se elabore, no por españoles sino por italianos, y de que el cultivo de las viñas se deje a los franceses.'' Más tarde dice Madame d'Aulnay: ''Prefieren soportar el hambre y todo género de penalidades, a trabajar. El orgullo y la indolencia les impiden labrar la tierra, que por consiguiente permanece inculta, a menos que algunos extranjeros más industriosos emprendan la obra, llevándose a su patria los salarios, mientras el mísero campesino español rasguña una guitarra vieja o devora con los ojos un pobre romance.'' Fray de la Mata, un español, lamentábase en 1655 de que inundasen el país 120.000 extranjeros que se llevaban anualmente en salarios un millón de ducados de oro (1)...

Y en ese siglo es también cuando llegó a su apogeo la popular pasión por el chascarrillo y la chirigota. Al contemplar su miseria, el español, incapaz de remediarla, aprendió a burlarse de ella, haciéndose el carácter gracioso y dicharachero que todavía conserva.

Tal es el cuadro. Muchos españoles lo suponen hijos de la malevolencia del observador extranjero, que ha inventado sobre la soberbia España una *leyenda negra,* y la hace pasar por historia... Sin duda, los viajeros y críticos extraños tienen sus exageraciones y raras veces se penetran del verdadero carácter hispánico, apreciando sus cualidades generosas; pero, a pesar de esas exageraciones y esa común falta de penetración, el cuadro, en sus líneas generales, es verísimo. Y tanto lo es, que sus mejores pintores han sido los propios españoles, resultando maestramente dibujado en Quevedo, Hurtado de Mendoza, Cervantes, Lope de Vega.

Más aún; los mismos documentos oficiales traen a veces apreciaciones harto explícitas sobre el estado sociológico de la nación. Singularmente gráfica e instructiva es la *Consulta del Supremo Consejo de Castilla* hecha, en 1619, a Felipe III. Reconócese en ella el malísimo estado del reino, especialmente la despoblación y la pobreza, en amplio modo. ''La enfermedad es grave, se dice, incurable con remedios ordinarios. Los amargos suelen ser los saludables para los enfermos, y para salvar el cuerpo conviene cortar el brazo, y el cancerado curar con fuego... Las ciudades, los reinos y los hombres perecen como las demás cosas criadas... Nuestra propia España, que tantos siglos ha durado en restaurarla de

---

(1) Véase HUME, *op. cit.*, págs. 491-492.

los moros, es imposible conservarla sino es con los mismos medios con que se ganó, que son opuestos a los que hoy usamos.''

Estos medios son los siete siguientes: disminuir el grave yugo de tributos reales y personales; no hacer gastos inútiles; trasplantar las poblaciones de los sitios poblados a los despoblados; cortar los gastos de ostentoso lujo a que era aficionado el pueblo; animar, alentar y privilegiar a los labradores; contener las demasiadas fundaciones religiosas; y, finalmente, ''que se quiten los cien receptores de rentas puestos en el año pasado por la Corona''... de este modo se aconseja al rey la repoblación y mejora de la república.

¿No podrían hacerse hoy, y sapientísimamente, las mismas indicaciones a todos y a cualquiera de los gobiernos hispánicos? En lo único en que el Consejo de Castilla se mostraba rancio y anticuado era en su rotunda negativa a que se permitiera la inmigración del extranjero. ¡No, mil veces, que no viniese el extranjero a poblarla, por desolada y solitaria que estuviera España!

Comentando la *Consulta (Discurso XVII)*, Fernández de Navarrete sostiene que ''no sería bien traer extranjeros para poblar a Castilla''. Y da sus peregrinos argumentos. ''Que los extranjeros... no sean buenos para poblar a Castilla, se puede ver en lo que dijo Aristóteles, que las ciudades que recibían forasteros a su vecindad habían sido siempre fatigadas con sediciones...'' Y cita a Plutarco, a los lacedemonios, a Tucídides, Jeremías, Papirio, Masón, Juan Botero, el Eclesiastés, Enrique II, Salustio, Solón..., y hasta los chinos, ''que no consienten en sus quince provincias extranjeros''. Pero buena diferencia hay entre las murallas chinas y las españolas: lo que va de la defensa a la ofensa...

VI

MODERNA CONSOLIDACIÓN DEL DESPOTISMO POLÍTICO Y RELIGIOSO

Tenemos en la España de los Austrias, una España nueva: España la anárquica, ¡unificada!, España la insumisa, ¡sometida! Sometida a la Inquisición y a la realeza, y con unidad religiosa y política, verdad es que adquiridas a costa de incruentos sacrificios y violencias. Todavía Felipe II, después de sofocar la sublevación de los comuneros de Aragón, recordaba que su pueblo era el más ingobernable; pero ya lo fué menos para Felipe III, y aun menos para Felipe IV y para los tutores de Carlos II... ¿Es que había muerto para siempre la antigua arrogancia ibérica? ¿Es que se puede modificar y extinguir, por radicales que sean los medios que se empleen, el carácter ingénito de un pueblo? Evidentemente no, y tan es así que, lejos de extinguirse, la arrogancia española asumía coetánea o inmediatamente nuevas formas, sobre todo en las guerras universales de la casa de Austria. Hasta Carlos V ella había sido en cierto modo defensiva, usando de la agresión, más que por la agresión misma, como un medio de defensa; en adelante, una vez que ya la defensa interior estaba asegurada, cultivó la agresión por la agresión. Podría decirse, por lo tanto, que la *fatalidad psíquica* que impuso a España su *fatalidad geográfica* fué un impulso que debía ir más allá de su primitivo objeto.

Los medios de que disponía la España de los Austrias para realizar sus orgullosas empresas eran harto insuficientes. No contaba más que siete millones de habitantes nativos, y, sin embargo, "en sus dominios no se ponía el sol". "Cuando la España se mueve, decíase, tiembla el mundo". (¿Quién hubiese dicho entonces que un siglo más tarde discutirían las potencias europeas el modo de repartírsela?) Es realmente portentoso, cómo, con los escasos medios de que disponía, realizase hechos tan grandes, pues fueran cuales fueran los dominios imperiales de Carlos V, España sola llevó a cabo

sus guerras de religión y la conquista y colonización de América. Fué la arrogancia española la que todo lo desafió. Por ende, es perfectamente equivocado que se considere a Carlos V y a Felipe II como espíritus extraños al pueblo español, como alemanes que no se identificaron a los intereses de su pueblo... Se identificaron a su alma, hasta el punto de ser prototipos del españolismo de su tiempo. Si esa alma tenía entonces tendencias contrarias a los verdaderos intereses nacionales, no puede inculparse de ello a los Austrias, sino a *fatalidad psíquica* del pueblo que gobernaron y personificaron. Por antipáticos que sean esos reyes a los españoles progresistas y jacobinos de nuestros días, deben los modernos aristarcos reconocerles siquiéra su sinceridad patriótica. Y sin olvidar que Carlos y Felipe representan la psicología española en una época en que ésta, transformada y habiendo alcanzado su mayor grandeza, propendía a la decadencia y la degeneración. No se trataba ya de la España del Cid y de Pelayo, sino precisamente... de la España de Carlos V y de Felipe II.

Si ellos fracasaron fué por querer continuar hasta lo imposible a los Reyes Católicos. ¿No consintió la política de Fernando e Isabel en unificar a España por el exclusivismo religioso? La de Carlos, aunque tuviera otros orígenes y miras, pretendía unificar por el mismo procedimiento sus vastos dominios; la de Felipe, unificar de ese modo el universo... Y, si Isabel y Fernando encontraron propicia la geografía y la raza para sus fines, no así Carlos, que chocó con la independencia e ilustración de sus príncipes alemanes, y menos Felipe, que fué a tropezar con los protestantes de Flandes, Isabel de Inglaterra, María de Médicis, los turcos, Pío V, los portugueses..., en fin, con su siglo. El error de los Austrias consistió, pues, en representarse al mundo como una gran península española, cuyo centro fuera Castilla, o Madrid, o el Escorial. ¡Funesto error que el pueblo purga todavía!

Los distintos factores étnicos, psicológicos y políticos del pueblo español pueden concretarse en dos tendencias o tradiciones antagónicas: 1º los hombres de sangre franca y goda, con sus asambleas libres feudales, que miraban a los reyes como jefes elegidos, contra los celtíbero-romanos, influídos por el cristianismo, con su idea profundamente arraigada de una democracia igual bajo un césar semisagrado; o, en otros tér-

minos, teutones contra latinos'' (1). No obstante, es de recordar que estas tendencias no se presentaron nunca de manera absoluta y regular, pues los visigodos entraron a España ya ligeramente latinizados, y las ''asambleas libres'' de los francos no fueron nunca tan típicas y sistemáticas como en los manuales de historia se las supone.

Tuvo la primera tradición étnica, como principales formas y baluartes: las ingénitas pasiones localistas y libertarias, los parlamentos nacionales, la vieja legislación foral. Y la segunda, dos potentísimos antecedentes: la dominación romana, y, sobre todo, la política católica de la unificación por la fe.

Las necesidades de la defensa peninsular mantienen en estado latente las dos opuestas tendencias tradicionales. Factores teutónicos y latinos, todos se unen en las grandes luchas de religión: para la cruzada contra los moros cuando Fernando e Isabel, y para las guerras contra los protestantes cuando Carlos y Felipe.

Vencidos moros y protestantes durante el reinado de Carlos, no siendo ya tan premiosa la necesidad de la defensa peninsular, las dos tendencias tanto tiempo artificialmente acalladas y unidas, se desunen y estallan en lucha feroz. Los comuneros parecen representar la prehistórica tradición de las libertades iberas y góticas; Carlos es el césar romano y católico. Y Carlos derrota a los comuneros; la tendencia latina a la teutónica.

Esta victoria no es, aunque tan sangrienta, definitiva. Pues el viejo teutonismo, aunque harto debilitado, vuelve a estallar y a luchar de nuevo en la famosa guerra de sucesión de Carlos II. El partido francés, apoyado por Luis XIV y con simpatías en ambas Castillas, representa la tradición latina; el austriaco, con sus raíces en Aragón y Cataluña, favorecido por la nobleza y aliado a Alemania e Inglaterra, la teutónica. Y otra vez vence aquí, Dios sabe hasta cuándo, en la figura de Felipe V, cuyos sucesores reinan aún en España, el imperialismo romanocatólico.

La simiente arrojada por la blanca mano de la reina Isabel en el fecundo suelo hispánico, el árbol que regaran los Austrias con tanta y tanta sangre, germina todavía. Pero, como los manzanos del Mar Rojo, sus pintadas frutas, al ser cortadas, deshácense en ceniza.

---

(1) HUME, *op. cit.*, pág. 544.

VII

CONSECUENCIA FISIOLÓGICA DE LA ARROGANCIA ESPAÑOLA EN LA EDAD MODERNA: LA DEGENERACIÓN COLECTIVA

Sintetizando lo expuesto en los últimos capítulos, tenemos que el carácter español está lleno de anticatolicismo y espíritu anticristiano, uniformidad aparente y anárquico individualismo hereditario, tiesura y truhanería, avaricia y prodigalidad...

La teoría psicosociológica que desarrollo explica luminosamente tales contrastes y contradicciones, pues, que, recordando el método de Hegel, resuelve las antimonias en su origen común y primero: la arrogancia colectiva, étnica, ¡geográfica!

Pero debo confesar que esta teoría no acaba de explicar cómo pudo entronizarse el despotismo religioso político sobre pueblo tan bravío y levantisco. No, los factores *morales* expuestos no explican bien la transformación de la raza... Es que, efectivamente, necesitamos también ciertos factores *materiales;* no bastan los elementos *psicológicos,* que también se requieren los *fisiológicos*... Esta clave material y fisiológica para explicar la transformación del altivo y fuerte español de los siglos medios en el débil y resignado español moderno—es la *degeneración* de la raza. Si el despotismo religiosopolítico constituye una *forma* decadente y suprema de la arrogancia española, *consecuencia* aunque indirecta de esta arrogancia, y consecuencia también suprema y decadente, es la degeneración física.

Vimos que la arrogancia trajo, como efecto *económico,* la miseria... La degeneración del pueblo representa el efecto *antropológico* de la miseria. Cuando el viajero visita una gran ciudad, observa fácilmente que el tipo de la clase obrera, de la que padece hambre, difiere harto del tipo de la clase rica. En Londres, la estatura y el porte del *gentleman* de la *City* contrastan soberbiamente con la palidez y raqui-

tismo del ratero de Whitechapel. Sin embargo, *gentleman* y ratero descienden de la misma raza; tuvieron antepasados igualmente sanos y robustos... Pero una generosa alimentación, buena higiene y vigorizadores *sports* han mantenido en el uno el fuerte tipo ancestral, mientras que, en el otro, escasa y mala alimentación, falta de higiene y trabajos exagerados e inadecuados, son causa de su evidente proceso degenerativo. La estatura ha disminuído, y la fuerza, y la resistencia, y con la capacidad muscular, la mental...

Entre el tipo español actual y el de la edad media, entre el valiente castellano de antaño y el perezoso y dicharachero andaluz de ogaño, hay diferencias semejantes a las del raterillo de Whitechapel y el *gentleman* de la *City*, y producidas por las mismas causas: miseria, hambre, falta de higiene. Y diferencias no sólo mentales, sino también físicas, ante todo, físicas. Los esforzados paladines que conquistaron los imperios de Motezuma y Atahualpa debían poseer nervatura de acero y músculos de piedra. En cambio, los promedios de la talla y la vida del español actual son desfavorables, y el tipo común — debemos confesarlo a pesar de nuestra honda simpatía — no es muy gallardo... Sin duda con malévola exageración, y refiriéndose antes al habitante de las ciudades que al de las campañas, hase dicho que "el español de hoy es enteco y sórdido; bajo de estatura, hundido de pecho, flaco, flácido, cetrino, cabezón, largo de brazos y corto de piernas. Por su neuroartritismo, súdale la mano, y tanto más cuanto mayor sea su afición a darla. Por falta de higiene suficiente sus ojos, atacados de conjuntivitis crónica, son inagotable manantial de legañas... Su vida media es breve."

Toda la historia de España da, sin quererlo, la clave de esta sorprendente transformación. La miseria y el hambre se explican por los gastos excesivos y la ausencia de industrias, la vida antihigiénica porque la Inquisición estigmatizó y proscribió las ciencias, y porque consideraba concupiscente y pecaminoso el cuidado del cuerpo, incluso las abluciones, que preconizaba la religión islamita...

En términos generales puede decirse que el ascetismo español produjo o favoreció la degeneración étnica, por ser esencialmente antiestético y antihigiénico. En el bajo pueblo, ya que no en la aristocracia, abominábase de lo lujoso, limpio y bello, porque trascendía al Islam y representaba las asechanzas del diablo. En cambio, enaltecíase lo penoso, lo

sucio y hasta lo repulsivo, porque dimanaban del ideal cristiano y constituían sacrificios agradables para el Señor. A la larga, este concepto de la vida, reflejado en las costumbres, vino a justificar la pereza y la miseria, que tan deplorables efectos habían de causar en una de las razas más inteligentes y briosas que la humanidad ha producido.

Algunos sociólogos superficiales han pretendido explicar la decadencia de España por el cruzamiento de razas "poco o nada afines". En mi opinión, más bien provino esa decadencia (que presumo pasajera) de otros factores, especialmente económicos. Aun la relativa degeneración de la raza puede explicarse por las causas antes apuntadas: alimentación insuficiente, falta de higiene, depresión de ánimo. No tiene verdadera importancia el elemento étnico *extraño,* especialmente árabe y judío, porque el pueblo nativo, o lo expulsó, o lo asimiló. Además, se comete un error al suponer que los iberos fueran "arios", si es que algo concreto significa esta última palabra. Más bien eran afroeuropeos, como los mismos árabes. Sólo los celtas pertenecían a la familia asioeuropea.

No hay duda de que el espíritu contemplativo de las árabes trascendió a la apatía de los castellanos, y la rapacidad israelita a las industrias de los catalanes. Pero de ahí no puede científicamente inducirse que la mezcla de razas "tan poco afines" haya producido la degeneración común, dado, por una parte, lo difícil que es establecer la afinidad de las razas, y, por otra, la conveniencia de cierta mezcla étnica.. Aun admitiendo que la mayoría de la chusma morisca fuese inferior y aminorase el vigor del pueblo español, paréceme indiscutible que la principal causa de la degeneración de éste fué la miseria general que reinó en los siglos XVII y XVIII. Los moros, la Inquisición, el absolutismo centralizador, no fueron en todo caso más que factores concomitantes del total proceso sociológico cuya última y más terrible consecuencia ha sido empequeñecer la raza, ¡*descastar la casta!*

Si los españoles están "en contradicción consigo mismos", no es tanto por la mezcla de razas. Para explicar los claroscuros de su psicología basta la doctrina expuesta. La arrogancia y no el hibridismo nos da la solución de su "cristianismo anticristiano", de su "avaricia pródiga", de su "despotismo anárquico"...

También debió propender el proceso de decadencia la antihigiénica situación geográfica de la capital, Madrid, situada a 650 metros sobre el nivel del mar. La altura es ya poco propicia al desarrollo del organismo humano. Y no sólo el sitio de la capital era desfavorable, sino también la constitución geológica y geográfica de la que podría llamarse región y hasta nación dominante, las Castillas, ancha y árida llanura. Las grandes guerras de religión, aportando pocas ganancias, ocasionaban interminables gastos. Y como los aragoneses y los catalanes, con sus parlamentos coherentes, sabían defenderse contra las tremendas exacciones de la corona, eran en definitiva los castellanos quienes soportaron las más crueles gabelas, y, como consecuencia, la miseria más terrible. Por esto debió cebarse en ellos la degeneración antes que en los habitantes de los fértiles campos de Andalucía y de las pintorescas costas del Mediterráneo. Puede, pues, decirse que la degeneración española ha irradiado del centro para afuera, de Castilla a la península, de Madrid a Castilla, ¡y aun de palacio a Madrid!

Considerada la degeneración antropológica del pueblo español en los siglos XVII y XVIII como un fenómeno antes *funcional* que *orgánico*, fácilmente se comprende que, cambiada la situación general del pueblo, éste ha de regenerarse y recuperar pronto su antiguo vigor y clásicas virtudes. Bastan a tal efecto una mayor abundancia, alimentación suficiente, higiene. De ahí que, en nuestros tiempos, desde fines del siglo XIX, haya dado este pueblo tan portentosas pruebas de brillantísima reacción en todos los órdenes de la vida social: la economía, las ciencias, las bellas artes, la guerra, la política. Debe lógicamente esperarse que en breve ha de ocupar de nuevo el puesto antes conquistado y por ahora perdido en la vanguardia de la civilización universal. La grandeza de España, aunque se ha rezagado, no ha muerto.

VIII

EL PROBLEMA DE LA FELICIDAD GENERAL RELATIVAMENTE AL DE LA DEGERACIÓN COLECTIVA

Frecuentemente se relaciona el problema de la *felicidad* general con el del gobierno, inculpándose al régimen político de la escasa dicha que goza, desde el siglo XVII, el pueblo español. Ocúrreseme que esa felicidad general depende antes del temperamento de cada uno que del medio ambiente; el temperamento depende a su vez de la salud. Por esto, antes que imputar al régimen político la mentada escasez de felicidad del pueblo español, correlacionaría yo a su degeneración fisiopsíquica. Pero debo advertir que, siendo ésta pasajera, como lo tengo dicho en el capítulo anterior, no bien termine el actual proceso de regeneración antropológica del pueblo, volverá éste a ser tan feliz como cualquier otro de la tierra. Posee para ello las más vigorosas cualidades y virtudes.

¿Qué es lo que hace mayormente la desgracia de los hombres? En las crisis, lo desordenado de sus pasiones; en la vida diaria, su incapacidad para el trabajo. Ahora bien, la degeneración exacerba las pasiones y disminuye la actividad física y mental del sujeto, o sea su capacidad para el trabajo. Ya directa, ya indirectamente, la felicidad es, por lo tanto, relativa a la salud.

Con cualquier régimen político, con cualquier gobierno, el español actual está destinado a ser menos feliz que el anglosajón o el germano, siquiera mientras no mejore las condiciones de su salud. Diríase que tiene *poca fortaleza para la felicidad*. Si llega a conquistarla, ella pronto se escurre de sus manos... "Pedir gloria y salud, dice un escritor español, es gollería." "Cuando a costa de largas vigilias—he oído decir en Madrid—, se adquiere el ansiado renombre, el estómago está perdido. Si alguien se saca la lotería, cae al poco tiempo en cama con una neumonía doble.

Si se llega a ser ministro, no tarda la esposa en dar escándalo con un torero...” En todos estos casos, la falta de fortaleza para la felicidad implica degeneración, escaso capital de vida, *poca resistencia* a las enfermedades. Quien para adquirir celebridad pierde su estómago, es porque poseía un estómago poco resistente al trabajo. Quien si se enriquece enferma de neumonía, es porque sus pulmones aguantan mal los cambios de temperatura que se producen en los paseos y holgorios a que su riqueza le invita. Aquel cuya esposa da un escándalo social en cuanto trepa a las alturas, es porque se ha casado con una mujer histérica y fácilmente mareable, y, como los nerviosos se buscan, él mismo será un nervioso, un degenerado superior...

Todos los pueblos y razas tienen eso que llamo su fortaleza para la felicidad, y esta fortaleza será tanto mayor cuanto mejor sea la salud media. Estúdiese la felicidad de un buen burgués anglosajón, y se verá que depende del equilibrio de sus nervios y también de su capacidad para ganar dinero. O, mejor dicho, de su capacidad para el trabajo, porque, además de una profesión lucrativa, ese feliz burgués tendrá lo que los ingleses llaman familiarmente su *hobby,* su caballito de montar, una afición secundaria que le endulzará sus horas de ocio. Tal político cultiva amorosamente las flores de su jardín, tal abogado toca el piano, tal médico pinta acuarelas, tal comerciante saca fotografías... Por otra parte, cada uno practica su *sport* favorito: pedalea, rema, tira, caza, juega al *golf,* navega a la vela... El *hobby* y el *sport* hacen, en mayor grado que las tareas profesionales, la felicidad de todos esos hombres. Y ambos implican un exceso de actividad que se gasta en cosas que no tienen utilidad inmediata, un exceso de salud. Quien no posea este capital íntimo carecerá de tan generosísima fuente de placeres.

Por su carácter cuadrado y poco flexible, los españoles cultivan poco artes de distracción y pasatiempo. La más general de sus aficiones, en la aristocracia, es la de coleccionar antigüedades artísticas. Pero, aun en los pueblos mejor dotados para las artes (el español parece ser entre ellos el primero), en realidad los verdaderos artistas son escasos. De ahí que los aristócratas de España coleccionen más bien por *snobismo,* y como su natural arbitrario los hace codiciar ardientemente antigüedades que no poseen, su *hobby,* si es que tal afición puede llamarse así, antes que claro manantial de goces suele resultar envenenada fuente. Y, en

cuanto a los deportes, sólo aman sinceramente la tauromaquia, que, por ser demasiado violenta y emocionante, más que estimular enerva y desgasta el sistema nervioso.

En una palabra, pienso que la felicidad nacional depende de la salud media, y que ésta, salvando ciertos factores accesorios, está en razón inversa a la degeneración de la raza. Por ende, si los españoles se sienten incómodos y hasta desgraciados desde el siglo XVII equivócanse cuando creen que mejorarán con un simple cambio de gobierno o de sistema constitucional; el mal arraiga más hondo... Para remediarlo, regenerar la salud, los nervios y los músculos del pueblo. Y para esa regeneración *física*, las leyes de higiene, como medio directo; como indirecto, pero más eficaz aún, mejorar las condiciones económicas y propender a la difusión de la cultura. La regeneración física será entonces el primer grado de la tan deseada regeneración moral, cuya consecuencia puede ser más tarde el anhelado cambio de gobierno y de política.

IX

FORMAS DECADENTES DE LA ARROGANCIA ESPAÑOLA: PEREZA Y FEROCIDAD

Hasta aquí, puede decirse que he pasado revista, siguiendo un orden lógico y cronológico, a cualidades de la psicología del pueblo español más caracterizadas en su grandeza que en su decadencia. Vemos ahora las transformaciones que en esta decadencia sufren ésas cualidades. Llegamos a un punto en que funestas consecuencias propenden a desquiciar la ibérica arrogancia primitiva, tendiéndola en el lecho de Procustes del despotismo religiosopolítico, y vimos también que entonces esa arrogancia halló una nueva válvula de escape en el espíritu aventurero de la conquista de América, en el sistema del monopolio colonial y en terribles guerras de religión... Pues desde que comienzan estas guerras, durante el reinado de Felipe II, la crítica extranjera ha venido insistiendo hasta nuestros días en que la *ferocidad* y la *pereza* son dos de los rasgos más típicos de la psicología de los españoles. La ferocidad debe ser el más elocuente síntoma de su degeneración mental; la pereza, la primera razón de su atraso económico, origen de general retroceso...

Se ha errado y se yerra mucho acerca de la mal llamada *ferocidad española.* Los errores provienen de varias causas: los críticos liberales y protestantes exageran la crueldad de los tribunales del Santo Oficio, aumentando sobre todo el número de sus víctimas; olvidàn que en aquellos tiempos no eran únicamente los católicos españoles quienes usaban de medios crueles en las guerras de religión; y, en fin, parecen ignorar los factores sociológicos de fuerza mayor que propulsaban la violencia del catolicismo español... Poniendo aquí las cosas en su verdadero lugar, con los antecedentes expuestos tenemos: que la *fatalidad geográfica* impuso a los españoles una fogosa arrogancia bélica; que, para dominar la anarquía interna consiguiente a esta arrogancia marcadamente indivi-

dual, fué necesario una terrible coacción religiosopolítica; y, por último, que esta coacción asumió, a veces, formas feroces. *Voilà tout!* Lo demás es fantasía.

No es cierto en modo alguno que el pueblo español haya manifestado hasta ahora un refinamiento bizantino de crueldad, digno de considerarse como síntoma de decadencia y hasta de descomposición social. Por el contrario, en su crueldad hay algo, hay un no sé qué de rudo y primitivo, simbolizado ya en los juveniles impulsos de Segismundo. Verdad es que también se nota cierto espíritu anticristiano y decidida afición a espectáculos de sangre. Sobre lo primero insistiré más adelante, completando mi explicación de ese fenómeno de anticristianismo orgánico en un país considerado como esencialmente católico... Sobre lo segundo, debemos recordar que la acometividad ingénita — geográfica diría — de los iberos, fué un sentimiento de violencia que, a la larga, por las circunstancias ya puntualizadas, los familiarizó con los espectáculos de sangre, hasta hacérselos amar, hasta hacérseles una especie de necesidad psíquica. Por eso en el *Poema del Cid* y en el *Romancero* abundan, mucho más que en el *folklorismo* de otros pueblos menos cultos que la España de sus respectivos tiempos, rasgos feroces contados con deliciosa ingenuidad, como la cosa más natural del mundo... España fué más violenta en su época de progreso, y su "ferocidad" no ha sido síntoma de decadencia. No comparemos, siquiera no identifiquemos la tauromaquia con las lides del circo neroniano, ¡y menos aún del bizantino!

La más típica forma de esa exageradamente llamada "ferocidad española" representa, sin duda, una degeneración de la intransigencia religiosa, del *odium theologicum* castellano. Conviene que insista aquí en la curiosa y confusa antinomia del catolicismo anticristiano de los españoles. La idea madre de la religión cristiana es la caridad; el sentimiento antagónico de la caridad es el egoísmo... Pues bien, la castellana arrogancia constituye un sentimiento egoísta, que originariamente consistió en mantener lo propio—la península—contra el extraño; en conservar la riqueza de su suelo excepcional contra los demás hombres del mundo que la codiciaban, contra los pueblos que la invadieron porque poseían territorios menos ricos, es decir, *contra los desheredados de la tierra*. Al principio vimos que esa arrogancia fué sólo defensiva, y luego *para reforzar la defensa con la ofensa,* también ofensiva. Es, por consiguiente, el sentimiento de la exclusión, del orgullo, del ex-

terminio contra el pobre y el débil: *el sentimiento anticristiano por excelencia.*

La configuración geográfica, la herencia psicológica y las necesidades políticas producen así, ¡oh mordáz ironía del destino!, esa antimonia histórica, la más curiosa y confusa: la religión cristiana sirviendo de arma y de pretexto al más anticristiano sentimiento... Por ello es que el catolicismo español fué un *catolicismo anticristiano* (o *judaico,* si se quiere), cuyo objeto primordial, aunque más o menos velado, era expulsar o exterminar a los miserables: moriscos, judíos, indios americanos.

La extraña contradicción psicológica entre el catolicismo español y el espíritu cristiano, entre lo interno y lo externo, entre el fondo y la forma, entre el pasado y el presente, hacía de cada español del siglo XVII—lo observa muy bien Macaulay—un enigma irresoluble para el inglés coetáneo; tan irresoluble como lo es la psicología de un inglés actual para un indígena de la India.

Formulan en España los modernos escritores liberales una terrible acusación a la religión de Cristo. Dicen que ella ha producido o contribuído en primera línea a la decadencia nacional.... Convendría, al respecto, hacer dos observaciones: la una, que el catolicismo español no fué en su fondo cristiano; la otra, que no todo catolicismo ha sido siempre tan judaico y anticristiano como el español. Así pues, si España pierde su primitivo vigor ibérico, no tiene culpa de ello la religión en sí, antes bien el carácter de España misma, que imprimiera un sello indeleble de tradicional, de *geográfico* anticristianismo a su romana iglesia. En todo caso, lo funesto sería entonces, no el exceso, sino la falta de verdaderos sentimientos cristianos.

Por otra parte, fuera absurdo pretender que, por ejemplo, el catolicismo francés o el alemán hayan poseído el carácter anticristiano del español. He ya señalado la diferencia que va de San Francisco de Asís a Santo Domingo de Guzmán.... A fines del siglo XIX solicita en Madrid una colectividad de protestantes extranjeros que se les permita levantar un templo de su religión; concédenle ese permiso las autoridades; pero los obispos protestan con tal energía, y encuentran los católicos tan escandaloso que se alce públicamente un altar herético en la capital del "cristianísimo reino", que tiene que revocarse el permiso concedido, y sólo se autoriza a los peticionantes a que dediquen una casa cualquiera a su culto, privadamente, conservándole la apariencia externa de vivienda par-

ticular. Al mismo tiempo, en Norte América, como se le propusiera al cardenal Gibbons la fundación de una asociación de "obreros católicos", exclusivamente católicos, contesta que no le parece prudente ni cristiano excluir de la asociación a los obreros protestantes; prudente, porque no conviene a los intereses de su patria erigir el catolicismo nacional en un Estado en el Estado; cristiano, porque los obreros protestantes, aun equivocados en ciertos puntos, son tanto o más dignos de caridad de los católicos... En efecto, el cardenal Gibbons hace diariamente sus visitas filantrópicas a los menesterosos acompañado de un clérigo protestante. Y, sin embargo, la iglesia de Roma no ha separado de su seno a ese gallardo prelado. Con su silencio, considera tan ortodoxo al cardenal yanqui como a cualquier arzobispo de Toledo. Y, en Alemania, según lo cuenta el padre Didon, cuando se levanta una iglesia católica, los protestantes contribuyen; cuando se levanta una protestante, contribuyen los católicos... Ved ahí cuán enormes diferencias separan a la psicología de un jesuíta aragonés de la de un católico alemán o de un prelado norteamericano; cuán diversas almas palpitan bajo sus idénticas dalmáticas recamadas de oro; en fin, cuán *distintas religiones* profesan uno y otro en su interior, aunque en su exterior comulguen con un mismo Credo... Así como el gobernante español, el clérigo español no se ha quitado aún el férreo guantelete de Carlos V. Por ello, por el contraste del hierro, resalta tan extrañamente, tan diabólicamente, el blancor de la hostia, cuando la levanta en el sacrificio de la misa; por ello nunca fué más blanca la eucaristía que entre el pulgar y el índice de un inquisidor español de antaño, u ogaño, de un cura carlista.

Acaso para vindicar su Inquisición, algunos católicos españoles tildan de anticristiana la Reforma. Acusan a los puritanos de ceguedad de corazón. Eran virtuosos, más no sabían perdonar; no sentían la caliente caridad de Jesús; comprendían mejor el *Antiguo Testamento*, sin amar con el *Nuevo*... Es evidente que algo de esto, y hasta mucho de esto había en el reformista del siglo XVII. La rigidez puritana de entonces tenía, sobre todo en Inglaterra, su semejanza con la intransigencia católico-española. Pero la historia nos enseña que bien pronto perdieron las sectas protestantes anglosajonas su primitivo rigor, cristianizándose más y más... Pasada la *Great Rebelion* de Cromwell, produjose en el puritanismo inglés, con la restauración de Carlos II, una reacción caritativa, reacción *Nuevo Testamento*. ¿Por qué no se realizó otra idéntica en

España con el advenimiento de los Borbones? ¿Por qué conservaron mejor los españoles su intransigencia judaicocatólica, sin cristianizarse, sin humanizarse, a lo menos tan decidida, tan definidamente? La contestación está ya dada en el curso de la teoría que desarrollo: puesto que de ningún modo ha pesado sobre la psicología inglesa la *fatalidad geográfica* que pesara sobre el alma de los españoles. El judaico rigorismo de la época reformista debió ser pasajera en los países reformados, por la sencilla razón de que no era compatible con su genio de raza. En cambio, por arraigarse en las entrañas de la Hispania de todas las épocas, perduró su exclusivismo hasta el presente... Con todo, los nuevos tiempos son los nuevos tiempos, aún en España; y, después de la Revolución francesa, la intransigencia del siglo XIX no puede ser tan absoluta como la del siglo de Felipe II.

Curiosa cosa es, pues, la llamada "caridad española", que Unamuno conceptúa "de origen militar"... Es "virtud más teológica que teologal". "Porque hay una caridad que por compasión fisiológica, por representación simpática, nace de las entrañas del que está viendo sufrir, y otra más intelectiva y categórica, que brota de la indignación que produce el ver sufrir a unos mientras otros gozan; hija de la ternura aquélla y de la rectitud ésta". (1)

A esa "caridad española" le falta esencia: le falta ternura. Y tan castiza como la *caridad teológica* de los castellanos en el trato con extraños, es la *sequedad decorativa* en el trato con propios. En *García del Castañar* se dice que "el más indigno marido, bien o mal nacido, excede al mejor galán". Hasta en *Los Amantes de Teruel* la ternura es forzada, casi insincera. En *Don Juan Tenorio*, excluída por la arrogante jactancia del antiguo burlador castellano, no la hay ni para muestra.

(1) M. DE UNAMUNO, *En torno al casticismo*, Barcelona, 1902, pág. 127.

X

FORMAS DEGENERATIVAS DE LA ARROGANCIA ESPAÑOLA: MATONISMO, FANFARRONERÍA, VERBOSIDAD, MALEDICENCIA, "LOCURA".

Hemos visto que la arrogancia española fué, primitivamente, hasta la toma de Numancia, sólo espíritu guerrero. Con la conquista romana se hizo también filosófico y jurídico. Con el régimen feudal, caballeresco. Con el catolicismo, teológico. Con el absolutismo monárquico, conquistador. En la colonización de América fué marcadamente económico... Pues bien, desde los comienzos de la decadencia degenera en *matonismo* y *fanfarronería.* Y luego se transforma en *verbosidad...*

Que no podía haber en España juerga completa sin navajazos, ha sido hasta hace poco axiomático. Y el navajazo del chulo no representaba el pundonor prostituído en matonismo... ¡Siempre la violencia, siempre la sangre!

En tiempo de Felipe II, una nación exhausta y despoblada desafiaba, puede decirse, al universo... La arrogancia hispánica, originariamente defensiva, llegaba a tales extremos de ofensiva combatividad. La conquista de América la había acostumbrado a realizar las fabulosas fazañas de los libros de caballería, lo imposible... Y ello es que era un vértigo de grandezas: era la *locura española, que esencialmente consistía en intentar empresas imposibles para los recursos de que se disponía...* He ahí en esta desproporción entre lo que se pretende y lo que se puede, la característica de lo que se llama hoy el "quijotismo español", la *fanfarronería,* la baladronada de los españoles.

Y llegó un momento en que esa desproporción resultaba irrisoria. Se retaba al mundo y no se podía desalojar a los ingleses de Gibraltar. Parecía estar en la lengua más que en la espada... Esto era la arrogancia verbal, lo que se ha llamado la *verbosidad* de los españoles modernos. Carácter, por cierto, que ya se esbozara en los antiguos hispanos, siendo el antipático campanudismo de Castelar legítimo descendiente del altisonante énfasis de Séneca. Y del campanudismo castelaria-

no a las filípicas de la Puerta del Sol, no hay tan gran trecho...

Hay quien atribuye este moderno verbalismo español a la sangre semítica que por las venas del pueblo corre. "Raza de gramáticos y sofistas" se ha llamado a los bereberes. "Mahoma, en el Korán, dice que nada le hace temer más por el porvenir de su pueblo que la predilección que tiene por los habladores". ¡Quien hubiera dicho al profeta que sus desconfianzas habían de extenderse en su realización al país que su raza conquistaría, y esto después de expulsada de él! Sin embargo, ya en la literatura latina son discurseadores y enfáticos los iberos; si la plebe morisca contribuye luego a su verbosidad, ello fué ya en orden muy secundario... Probablemente, no hizo más que imbuirle algo de su *conceptualismo,* de su pasión por la forma. Un escritor del siglo XVI, Huarte, en el *Examen de los Ingenios*, titula así un capítulo: "De donde se prueba que la elocuencia y policía en el hablar no puede estar en hombres de grande entendimiento".

Por desgracia, en cierto momento de su historia, desde principio del siglo XVIII hasta principios del XIX, a menudo parece que los españoles comprendían mal a Huarte. En aquellos tiempos solían sacrificar el fondo por la forma del período, el período por la sonoridad de las palabras, las mismas palabras por la entonación y el gesto... Sus "hombres de pensamiento" eran muchas veces simples disertadores, por no decir parlanchines... ¿Cómo habían de esforzarse en llegar a las entrañas de las cosas, si el público no apreciaba más que la superficie? Para elogiar la capacidad de un sujeto cualquiera, el español, especialmente el andaluz, no le calificaba de "inteligente", sino de "listo, vivo".

Era el eterno efecticismo; el efecto en la dicción, en el chascarrillo, en la mentira, ¡en la ignorancia!... Por esto ha podido decirse que en España, según la impresión que irradiaba la capital, antes daba fama e influencia la palabrería que el estudio y el saber. Un discursillo vacío, pero sonoro y dramáticamente dicho, valía más que la disquisición más erudita... ¡Valía casi tanto, para la celebridad, como una buena estocada de Fuentes o de *Machaquito!*

¡Los últimos residuos de la hispánica arrogancia eran verbales! Había muerto la guerra inviolada, y de ella sólo quedaban los excrementos. Murió la inanición. Los yanquis no hicieron más que enterrarla, dándole un ataúd y una tumba dignos de su grandeza: el ataúd, un océano; la tumba, un firmamento. No importa. Y no importa porque, fuerte y

supremamente bella como es, inmortal como debe ser, resurgirá, nueva Venus, de las olas, para arrancar a Juno, diosa simple y vulgar, con la privanza de Júpiter, el poder del rayo.

Una de las formas más típicas y chocantes de la bélica fanfarronería española, es, sin duda, el *desprecio al esfuerzo modesto y continuado,* a las tareas metódicas y obscuras. Ser un erudito, una "rata de biblioteca", y más todavía, un trabajador de laboratorio, ha sido hasta hace poco tiempo cosa escasamente respetable para el vulgo español; obtener una cátedra por concurso, después de largos estudios, resultaba deslucido; ganarse una fortuna en prolija industria, parecía bien poco meritorio. En cambio, eran verdaderos timbres de admiración las improvisaciones violentas, los éxitos políticos, las especulaciones felices... Ramón y Cajal vivió casi en la miseria, a pesar de sus admirables investigaciones, hasta que, ya en los dinteles de la vejez, un congreso médico de Moscou le señaló como una de las eminencias modernas. Sólo después, por la teatralidad de este éxito inesperado, se acordaron de él sus compatriotas, otorgándole el gobierno una reducida mensualidad y poniendo a su disposición un modesto laboratorio. En cambio, *Guerrita* y *Reverte,* los toreros, ocupaban a diario interminables columnas en todos los periódicos... ¡Cuánto más bizarra es, en efecto, una "estocada seca" que un descubrimiento sobre la coloración de las células nerviosas, realizado a costa de metódica y paciente labor!—Y aun hoy, españoles que encarecen la bondad de la cultura clásica y de los estudios filológicos, por ejemplo, hay muchos; pero que la sientan de los labios para adentro, bien pocos....—Si queréis, lectores, lisonjear a un mozo español, no le digáis jamás "joven laborioso", lo que puede considerar hasta depresivo, sino más bien, "¡oh, afortunado joven!"—¡Uf! ¡pasarse largos años, combinando letras o materias, en ese mismo pueblo, los peores calaveras se improvisaban Corteses y Pizarros!

Lo que suele llamarse "ferocidad española" ha tomado también, en los tiempos contemporáneos, una forma verbal: la *maledicencia española.* Siempre fueron, en todos los países y en todos los tiempos, tema predilecto de las habladurías del vulgo los yerros del hombre de bien; pero en ninguna parte alcanzó jamás la maledicencia, creo, los caracteres de generalidad, crueldad y curiosidad que tiene hoy en los pueblos españoles. En las ciudades pequeñas como en las grandes, en las aldeas como en las capitales, la chismografía española es de felina fiereza. Un actual comediógrafo madrileño, Benavente, la llama "la comida de las fieras"... Cada hombre que

descuella es un domador al que las mal domadas fieras devorarán, ¡ay! el día en que flaquee... Otro gran dramaturgo español, también actual, Echegaray, llama al calumniado del mundo, "el gran galeoto", pues la calumnia, con la fuerza de la fatalidad, le impulsa al delito; tanto se le acusa de haberlo cometido cuando aun es inocente que, fascinado por la acusación, ¡lo comete!... En el drama español viene a ser entonces la calumnia lo que el hado implacable en las tragedias griegas. Y no se concibe que un inglés o un alemán, inspirados en su ambiente, escribieran *El Gran Galeoto* o *La Comida de las fieras...*

En política, la *anarquía latente* de la vieja arrogancia hispánica asume ahora una forma que podría llamarse *anarquía democrática.* Así como antes todos los españoles querían ser hidalgos, hoy pretenden ser jefes. De ahí los clásicos "pronunciamientos", la falta de cohesión en los partidos políticos, los peligros de una república que, sin embargo, encauzaría allí un ideal de los mejores ciudadanos.

La *pereza española* ha pasado también por fases varias: la filosófica de la ética latina, la contemplativa de los árabes, la pródiga de los conquistadores, la indigente de la decadencia...

Con los Borbones, desde las reformas del conde de Aranda y del príncipe de Esquilache, el *espíritu teológico* hase desteñido hasta perderse en lontananza, hacia los montes abruptos, a horcajadas sobre los hombros del carlismo.

El *decoro,* que desde Séneca hasta Carlos II fuera *decorum,* prostituyóse en vanas apariencias hacia los tiempos de Carlos III y se derrumbó con la honra de Carlos IV. Isabel II y Alfonso XII no lo levantaron... Hoy no existe más que en ciertas etiquetas de palacio. Los cortesanos mismos lo han proscripto, democratizándose, achulándose más y más, ¡y es apenas un fósil de provincia!

En lo que generalmente llaman los escritores la *locura española,* entran como factores, por una parte, lo anticristiano del catolicismo de los españoles, por otra, un cierto exacerbamiento de la nacional arrogancia. La locura de Alonso Quijano el Bueno es arrogancia y teología. Cuando el cabildo de Sevilla ordenó la construcción de una catedral apocalíptica, resumió su proyecto en una sola frase: "Erijamos un monumento que haga creer a la posteridad que estuvimos locos". ¡Y la posteridad lo cree!

A la luz de la arrogancia, todos los sentimientos típicos españoles concuerdan, como hemos visto. En la indolencia

española hay arrogancia, en la uniformidad indolencia, en el *decorum* uniformidad, *et sic de cœteris*... Así, en el *savoir faire* de los legendarios bandidos españoles había arrogancia para no someterse al denigrante trabajo manual, indolencia para ganarse la vida en otra forma, decoro en el trato con las víctimas, y hasta teología católica, aunque a la inversa, es decir, en reacción directa... ¡Lástima que no se vean ya tan interesantes personajes más que en las representaciones de *Carmen!*

Pero, a pesar de esas concordancias internas, vimos ya que los rasgos del alma española suelen discordar en lo externo y aparente; vimos que, en el siglo XVII, cada español se diría un enigma irresoluble... Hoy mismo, en la decadencia nacional, que creo pasajera como todos los fenómenos de la historia, ¡cuán difíciles de entender serían los españoles si el observador se atuviera sólo a las formas, a l rioridades, a las palabras! Su actitud en Cuba y Filipinas, sus disturbios católicoliberales, ciertas convicciones literarias, su falta de concreción dialéctica, parecen a un espectador superficial y despreocupado, asaz ilógicos... ¡Y tanto, que un alienista contemporáneo, sostenedor de la existencia de "locuras colectivas", agudas o crónicas, estudia como ejemplo de las primeras a los revolucionarios franceses de 1793, y, de las segundas, a las actuales muchedumbres de España y Rusia! Dicen que en todo español, si se le observa con un criterio amplio, hay incongruencias que revelan un loco incipiente... Esto, dicho por un neuropatólogo, me recuerda un aserto vulgar: que en todo neuropatólogo hay un neurópata, es decir, un tipo extravagante y paradójico... "El ladrón cree que todos son de su condición", replicaríale el buen sentido de Sancho.

Entre las "concordancias de discordancias" del carácter español, he enunciado ya el catolicismo *anticristiano*, la avaricia *pródiga*, el absolutismo *anárquico*... Otra concordancia de discordancias sería lo que aquí puede llamarse su *tristeza vergonzante*, o, si se quiere, su *alegría triste*. Contra la "tristeza española" hay un muy arraigado prejuicio: la "alegría española", la alegría del país de las castañuelas, las manolas, el sol y los claveles... Pero la alegría del pueblo de la novela picaresca, "que convierte en lances de risas los mayores apuros de la vida", constituye un concepto superficial y sofístico. En el llamado "género flamenco" en efecto, más que alegría hallo sensualidad, ¿y puede ser alegre la sensualidad en una nación cuya ética nacional la proclama pecado

de pecados? En la novela picaresca encontramos ya, como base la indigencia; pero una indigencia que por arrogància, convierte sus miserias en burlas. ¿Es posible que la indigencia burlona sea alegre?... Nunca tuvo mejor aplicación que aquí el lema de Giordano Bruno: *In tristitia hilaris, in hilaritate tristis.* Sobre todo lo primero: ¡alegría en la tristeza!

En fin, como consecuencia de las anteriores premisas, creo que el estado de ánimo del español, si tiende a la alegría, es a una alegría triste, o con mayor exactitud, a una *tristeza alegre,* aquella que tan bien define Bécquer cuando nos cuenta que tiene "alegre la tristeza y triste el vino". ¿No es el vino la desnudez del alma? Con él, los fuertes pegan, los simples ríen, los tontos lloran, los tristes callan. ¿Qué más conmovedora imagen podría darse de la tristeza que un andaluz siléncioso?... Y, a veces, como cuando tronó el cañón francés o bien el yanqui, los mismos andaluces callaron...

Tal ha sido la evolución histórica del alma española. ¿Cómo forman una sola alma elementos tan heterogéneos cual lo fueron los distintos pueblos que habitaran la península? Este es el secreto de la geografía y de la historia, que han amalgamado y homogenizado esos pueblos en uno único... Presentando aún este único, es verdad, cuatro tipos diferentes: el *castellano* (general de ambas Castillas, Andalucía, León, Aragón, Granada, Asturias); el *catalán* (de los cuatro antiguos reinos de Cataluña, Valencia, Alicante y Mallorca); el *gallego* (Galicia); el *vasco* (los Pirineos, Navarra)..

Estos tipos poseen, así como su psicología propia, su propia lengua: el castellano, el catalán, el gallego y el vascuence. Pero sus psicologías son más parecidas que sus lenguas, porque uno de ellos ha impuesto, en parte, pero indeleblemente, su civilización, su sello y su espíritu a los otros, a lo menos al gallego y al catalán, y ése es — el castellano. ¿Por qué el castellano ha *hecho casta* e impuesto su *casticidad?* He aquí el problema más arduo de la historia: el del principio de las grandes dominaciones, el de las innatas preponderancias, el de la original supremacía...

XI

EL SENTIMIENTO DE LA ARROGANCIA ESPAÑOLA EN LA LITERATURA Y EN EL ESPÍRITU DEL IDIOMA

Una nota hay, rigurosa, violenta, típica, que vibra en las tradiciones, en la literatura y hasta en el espíritu del idioma de los españoles, como una obsesión, como un alud, y que adopta las más variadas formas; pues consérvase siempre la misma, siempre la eterna nota... ¿Y cuál podría ser sino la casticísima arrogancia castellana? Es que, según hemos visto — y según lo desarrollaré aquí ampliando la idea antes expuesta —, arranca de las entrañas del pueblo; arraiga en lo más hondo del alma nacional, y, a modo de una vegetación bravía, todo lo cubre bajo la sombra de su follaje. Frutos suyos fueron, andando los tiempos, Hernán Cortés y el almirante Cervera; si da flores, sus flores son *García del Castañar, La Vida es Sueño, Don Quijote...*

El invariable *leitmotiv* del teatro español es siempre la arrogancia: en la guerra *(El Sitio de Numancia)*, en el cumplimiento de los deberes cívicos *(El Alcalde de Zalamea)*, en los celos *(La Vida es Sueño)*, en los triunfos del amor *(Don Juan Tenorio)*, en fin, en todos los sentimientos humanos (Lope, Calderón, Tirso de Molina, Alarcón, Moreto, Rojas). Y singularmente en los llamados "caballerescos" (*La Estrella de Sevilla)*, pues que éstos representan las manifestaciones más *teatrales* de la arrogancia española...

Se ha dicho que la literatura española es "esencialmente romántica". Si con ello se quiere decir que, a la inversa de la francesa, fué poco o nada clásica, verdad se dice. Retrató las costumbres medioevales y los sentimientos caballerescos con ruda espontaneidad. Pero, cuando en Francia estalló la revolución romántica contra la vieja retórica, a principios del siglo XIX, la literatura española estaba en decadencia... De modo que, en cierta manera, fué romántica sin saberlo, antes de que naciese el romanticismo europeo. Así,

después de que él se difundiera en Europa, la literatura española, para estar a la moda no tuvo más que seguir sus tradiciones. Espronceda, el duque de Rivas y Zorrilla son, contrariamente a Lamartine o a Byron, verdaderamente tradicionalistas de su literatura patria.

Nota ocasional y secundaria es la arrogancia en otras literaturas. En la italiana hase usado parsimoniosamente. Dante y Petrarca la olvidan. Maquiavelo la crucifica con su singular filosofía de la deslealtad política, tan sistematizada en la Italia del Renacimiento. Los sentimientos hidalgos degeneran en hechos de *condottieri*...

En el teatro de Shakespeare, en los de Lessing, Goethe y Schiller (salvo ciertas piezas, como *Goetz von Berlinchingen*) constituye un rasgo accesorio. Más frecuentemente se presenta en el teatro clásico francés, sobre todo cuando se describen españoles *(Le Cid)*. Pero Molière se burla de ella *(Don Juan)*, y Beaumarchais la satiriza finamente *(Le Barbier de Séville)*. Y, si Hugo la emplea en sus dramas románticos *(Hernani)*, la arrogancia no alcanza al drama "de tesis" de Dumas (hijo) y menos a la comedia psicológica contemporánea, drama y comedia que sólo bastante más tarde han arraigado en España... Y es de recordar aquí que la arrogancia española no sólo ha dado alguna vez tema a la literatura seria francesa, sino también a la opereta, al *vaudeville* y a la *pochade*... Bien conocido es el adagio de *La Périchole: Il grandira, car il est espagnol!* — Y debe asimismo señalarse que los escritores franceses modernos usan de la arrogancia cuando describen o caricaturan a los gascones... No obstante, el gascón, a pesar de cierta afinidad, es algo distinto del español: el florete de Cyrano de Bergerac paréceme de manejo más sutil que la lanza de Don Quijote...

Sólo en el teatro español tiene, pues, la arrogancia marcado carácter de casticidad, generalidad, y aun diría de cronicidad. Si España creó el teatro moderno, lo creó con su alma, con los sentimientos bárbaros y fuertes de su alma de entonces. Los franceses tomaron sus primeras piezas del teatro español. Por ello Corneille y Racine hacen vibrar también la nota de la arrogancia. Pero, como este sentimiento no era tan profundo, tan sinceramente francés, sus sucesores lo excluyeron. He ahí, en síntesis, por qué, partiendo del mismo punto, el teatro español y el francés llegan a resultados tan diversos: el primero queda largo tiempo empantanado en su

viejo romanticismo, mientras el segundo crea la escuela fin de siglo XIX, nerviosa y naturalista.

La arrogancia es un sentimiento eminentemente dramático; conmueve hasta en las corridas de toros... Pues bien, en la literatura española — en el alma española, diríamos —, el culto apasionado de la nota arrogante ha excluído otro mucho más trascendental de la psicología moderna: la *delicadeza*. ¡La delicadeza, el arte de las medias tintas, de los matices suaves, de la sutileza sentimental de nuestros tiempos refinados y decadentes! Los españoles no la conocen sino por excepción, como en Bècquer.

No sólo en el teatro, en toda la literatura española, y antigua y moderna, palpita el sentimiento de la arrogancia. ¡Vedlo austero en Quevedo, bárbaro en Calderón, satírico en Cervantes, teológico en Granada! Finales de discursos, réplicas en obtosílabos, parrafadas sonoras, miles de ejemplos clásicos vienen a la mente; si se quieren citar unos pocos, la dificultad estriba en *l'embarras du choix*...

El alma misma del idioma se ha impregnado en arrogancia, como un odre vacío que haya guardado largos años la esencia de penetrante perfume. Con motivo de la mejor traducción del *Quijote,* Littré reputó el idioma francés impotente para tal empresa. Pues el castellano es un idioma oratorio, excepcionalmente oratorio, cervantescamente oratorio. La construcción figurada constituye su forma más natural, como en el latín; pero carece de la ruda precisión de éste, siendo su hipérbaton, de líneas amplias y enfáticas, antes redundante que lapidario. Recuerda a veces el idioma forense y político de los romanos, porque el foro y el senado eran palestras de lucha, y la arrogancia es propia de la lucha. Horacio, Virgilio, Lucrecio o Plauto no son tan arrogantes como Cicerón; pero los estilos de Cervantes, Solís, Mariana, Quevedo, son todos tanto o más arrogantes que el verbo ciceroniano. La arrogancia era, entre los latinos de Italia, circunstancial, estilo del foro y del senado; entre españoles es continua, propia de la épica, de la lírica, del teatro, de la novela, de la teología, ¡y hasta de la filosofía! ¿Qué más arrogante que Balmes? Y es conveniente observar otra vez que, en los antiguos escritores latinos, los más efectistas y ampulosos fueron los nativos de Hispania, entre los que descollara Séneca el filósofo. Ya en tiempos de Séneca, los españoles eran españoles...

La oratoria es el menos sútil, el menos delicado de los géneros literarios, porque es para oir más que para leer, y los detalles finos que fácilmente se perciben en la lectura a solas, rara vez se notan en el discurso, y, si se notan, es *grosso modo*. Diríase casi un arte de "pintar telones". Y por ser la arrogancia en la literatura, de carácter oratorio; por ser la literatura y hasta la lengua castellana órgano de tradicional y característica arrogancia, sobreabundan en oratoria y escasean en delicadeza. Por esto se dice que los españoles carecen del sentido de la delicadeza, tan típico del arte moderno; que aun hablan y escriben como Cervantes; que ignoran la ciencia de la miniatura, de la ironía insinuante, de la *nuance*. No dudan, demuestran; por ello fueron tan grandes teólogos y jurisconsultos...

Porque esgrimen todavía la lanza de Don Quijote, en la competencia universal de la literatura contemporánea, los escritores españoles, salvo excepciones, no saben resistir al ligero florete de Cyrano de Bergerac, o al estileto florentino de D'Annunzio, o al revólver de Poe y de Walt Whitman, o al escalpelo de Ibsen o Dostoyewsky. Y así como nuestros músculos modernos no pueden ya empuñar la lanza, nuestros nervios no resisten la oratoria fuerte y resonante... Hoy por hoy, en la literatura como en las costumbres, la arrogancia cervantesca resulta *anacrónica;* es un rasgo de atavismo ibérico que, en su tiempo, dió sus frutos de oro al pensamiento europeo. Su fracaso para el futuro fué ya cantado por el Divino Manco, que reputaba su Sátira de la Arrogancia — esa obra maestra de la literatura española y universal, cuya mayor belleza es quizá el contraste entre un sueño y un estilo grandiosos y una misérrima realidad —, inferior a su novela *Persilis y Segismunda*. Porque la Inspiración del profeta es una vidente ciega...

Y hondas y curiosas huellas ha estereotipado la arrogancia en la gramática castellana, como su odio implacable a los "barbarismos" e "idiotismos", tanto menos execrados, ¡y hasta corrientes!, en otras lenguas. La ortografía misma tiene sus rasgos típicos: la forma en que deben usarse los signos de interrogación y de admiración. En francés, en alemán, en inglés, en italiano, en todos los idiomas modernos, siguiendo en esto al latín, los signos de interrogación y admiración se emplean sólo para *cerrar* las frases; en castellano, no: deben también *abrirlas*. No se puede cerrar una interrogación o

exclamación que no se halle abierta con este "¿" o con este "¡" signo... Vale la pena hacer un poco de psicología de tal "regla ortográfica"... El *énfasis castellano* — la proyección de la arrogancia del carácter ibérico sobre el estilo — hace a menudo de cada escritor español un orador; y es propio de la oratoria principiar los períodos preguntando y exclamando, mientras en otros géneros la interrogación y la admiración constituyen un simple *retoque final* de un párrafo iniciado sin énfasis, sencillamente, tranquilamente...

Confieso que la simple regla ortográfica enunciada representa una de las más fastidiosas dificultades con que tropiezo al escribir en castellano. No me gusta desobedecer a la gramática, porque sus reglas son la expresión del espíritu de la lengua (no se hicieron para la lengua, sino que la lengua las hizo); y, por otra parte, me hallo con que no cuadra a mi naturaleza moderna y acaso cosmopolita empezar mis párrafos cervantescamente... ¿Qué decisión debo tomar? Suprimir el signo admirativo o interrogativo que *abre* implica faltar a la gramática, y colocarlo, desnaturalizar mi pensamiento con una puntuación excesiva... Muchas veces he vacilado ante este dilema... La solución que menos me desagrada es ecléctica: puntuar a la española o a la francesa según convenga al giro de mi frase. Así, recuerdo haber escrito este período: "Suele ser (el discurso del profesor universitario en una "colación de grados"), no un discurso baladí para la frívola concurrencia femenina, que encuadra entre un vals de Waldteufel y la overtura de *Zampa*, sino una pieza seria, de mucho mayor alcance, una doctrina y un ejemplo, toda una profesión de fe!" Hubiera desnaturalizado y hasta ridiculizado mi pensamiento si, puntuando a la española rancia, hubiera escrito: "¡Suele ser, no un discurso baladí", etc. Reimpresa en Madrid la obra en que iba dicha frase, el corrector — un purista, naturalmente —, quiso puntuarla a la española, y, por suerte, lo hizo de la siguiente manera: "Suele ser no un discurso baladí", etc., "sino una pieza seria, de mucho mayor alcance, una doctrina, un ejemplo, ¡toda una profesión de fe!" Esta puntuación, aunque superior a la segunda, no expresa tan bien como la primera, por su excesivo énfasis, el matiz de mi pensamiento original... Este "¡toda una profesión de fe!" con su signo de admiración al principio, es demasiado oratorio y dice más de lo que el autor se proponía decir.

XII

EL CONCEPTO DE LA ARROGANCIA ESPAÑOLA EN LAS TRADICIONES POPULARES Y EN LA LITERATURA

En el *folklorismo* español se hace algunas veces alusión a la arrogancia española. Diríase que el pueblo tiene conciencia de que tal es el rasgo dominante de su psicología. A modo de ejemplos, referiré dos consejas populares, que he oído en Andalucía.

Cuentan que Jesús andaba por el mundo disfrazado de mendigo. Encontróse con dos españoles, y les pidió una limosna. Rivalizando en largueza, le otorgó cada uno la suya. Entonces Jesús se dió a conocer, diciéndoles: "Soy Jesús de Nazareth, el hijo de Dios, y voy a recompensar vuestra caridad. Daré a aquel de vosotros que hable primero lo que desee, y, al otro, el doble. ¿Aceptáis la condición?" Aceptaron; pero, como ninguno quería ser el primero, ambos guardaron silencio. Y Jesús les dijo: "No puedo, hijos míos, quedarme aquí esperando hasta el fin de los siglos. Formule de una vez su petición cualquiera de vosotros." Así apremiados, balbuceó uno de ellos: "En tal caso, Señor, podéis sacarme un ojo de la cara. Esto es lo que solicito." Prefería quedar tuerto y dejar ciego al compañero, antes de que éste obtuviera un don mayor.

Cuéntase asimismo que, en una feria, subían a sendos palos jabonados un inglés, un francés y un español. Los compatriotas del inglés le miraban con la pipa en la boca, sin decir palabra. Los del francés le animaban en gritos y le ayudaban. Los del español le tiraban de las piernas.

Tal vez parezca que estas fábulas presentan a los españoles más como envidiosos que como arrogantes. Sería esto desconocer su psicología. El español es generoso de ánimo, como nadie; pero su natural orgullo le hace ver con cierto fastidio el rápido encumbramiento de un compatriota.

Claro es que estos cuentecillos, sobre todo el primero, pueden haberse inventado fuera de España. Pero es lo cierto que por allí circulan como la moneda. Su popularidad revela que el vulgo comprende su intención y exactitud.

No ha escapado a la sagacidad de los grandes escritores españoles el fenómeno de su castiza arrogancia. Uno de mediados del siglo XVII, Baltasar Gracián, en *El Criticón*, trae a este respecto una alegoría admirable, que, además, puede considerarse la mejor síntesis literaria de la psicología de las principales naciones.

Cuando Dios creó el mundo, dice Gracián, encarceló todos los males, culpas y vicios, en una caverna situada en una de las Islas Fortunadas. Echóle puertas de diamante y candado de acero, y entregó las llaves al albedrío del hombre. La mujer, siempre curiosa, consiguió las llaves y abrió la puerta. Al instante salieron en tropel los prisioneros.

"La Soberbia, como primera en todo lo malo, cogió la delantera, topó con España, primera Provincia de Europa: pareciola tan de su genio, que se perpetuó en ella, allí vive, y allí reina con todos sus aliados, la estimación propia, el desprecio ageno, el querer mandarlo todo, y servir a nadie, hazer del Don Diego, y vengo de los Godos; el lucir, el campear, el alabarse, el hablar mucho alto, y hueco; la gravedad, el fausto, el brio, con todo género de presunción, y todo esto desde el noble hasta el mas pleveyo" (1).

Venía después la Codicia, y cuando halló ocupada España, estableció sus reales en Francia, donde se comete "qualquier baxeza por el dinero". La Mentira, que seguía inmediatamente, echó hondas raíces en Italia. La Ira pasó al Africa y sus islas adyacentes, para vivir "entre Alarbes y entre fieras". "La Gula, con su hermana la Embriaguez, se sorbió toda la Alemania, alta y baxa." "La inconstancia (mala fè política) aportó a Inglaterra, la simplicidad a Polonia, la infidelidad a Grecia, la barbaridad a Turquía, la astucia a Moscobia, la atrocidad a Suecia, la injusticia a Tartaria, las delicias a la Persia, la cobardía a la China, la temeridad al Japón..." Y todavía completa Gracián esta distribución sagacísima (sólo de verdad discutible en lo referente a Suecia), añadiendo que "la pereza, aun esta vez llegó tarde, y hallándolo todo embaraçado, huvo de passar a la America, a morar entre los Indios". En cuanto a "la luxuria, nombrada la famosa, la gentil pieza, como tan grande, y tan poderosa: pareciéndola corta una sola Provincia, se extendió por todo el mundo, ocupándolo de cabo a cabo..." (2).

(1) B. Gracián, *El Criticón*, Barcelona, 1664, pág. 127.
(2) Ibid, págs. 127-128.

XIII

SÍNTESIS SOBRE LA EVOLUCIÓN DE LA PSICOLOGÍA ESPAÑOLA

En la enseñanza moderna, los más curiosos fenómenos biológicos entran por los ojos, mostrándose al estudiante por medio de proyecciones luminosas. Primero se presenta el huevo de la mariposa, después la larva que nace, las distintas fases de su desarrollo, la oruga, la construcción de su crisálida, las lentas transformaciones dentro de ésta según ilustrativos cortes internos, y, en fin, el insecto ya alado y armado para las lides de amor. Lo mismo podría hacerse con la arrogancia española: presentar las etapas de su evolución en una serie de imágenes sintéticas que pasen por la lente de la linterna mágica. Permítaseme intentarlo como resumen retrospectivo. Veamos, pues, esas imágenes...

La arrogancia *primitiva,* meramente geográfica todavía (primera etapa): la defensa de Numancia. La arrogancia *latinizada* (segunda etapa): Séneca hablándonos de su carísima pobreza en medio de magníficos jardines que sostiene con su gran fortuna, en la corte de Nerón... La arrogancia *bárbara,* por así decirlo (tercera etapa): el Cid, con el brazo tinto hasta el codo en morisca sangre. La arrogancia *anárquica* (cuarta etapa): Pedro el Cruel hace asesinar a su hermano don Fadrique en su propio alcázar de Sevilla; Pedro el Cruel muere peleando en cuerpo a cuerpo, bajo la daga de su otro hermano don Enrique...

La arrogancia *caballeresca* (quinta etapa): Guzmán el Bueno, arrojando antes de rendirse su puñal a los sitiadores de la ciudad, para que maten con él a su hijo, a quien tienen en rehenes, y con cuya muerte le amenazaran. La arrogancia *adquisitiva* y aventurera (sexta etapa): Hernán Cortés entrando en Méjico. La arrogancia antigua pereciendo bajo la férrea mano del *despotismo religiosopolítico* (séptima etapa): Padilla sube al cadalso. La arrogancia *disciplinada,* bajo los Austrias (octava etapa): un grande de España que, si

bien cubierto, hinca la rodilla ante el rey. — Carlos V manda al conde de Benavente que aloje en su palacio de Toledo al duque de Borbón, a quien desprecia el conde por considerarle traidor a su legítimo rey Francisco I; sin embargo, obligado por el deseo del soberano, el conde presta su vivienda al duque, yéndose él entretanto a otra casa; y, cuando el duque parte, para que ningún español viva bajo el techo que abrigara al traidor, el conde prende fuego a su palacio toledano...

La arrogancia *dogmática* (novena etapa): Raimundo Lulio — que después de una juventud borrascosa inventa una máquina de pensar y concibe el proyecto de formar una milicia de teólogos que fuera a convertir a los musulmanes por la dialéctica — argumentando contra los filósofos averroístas en Túnez, Bona, Argel..., hasta ser dilapidado. La arrogancia *feroz* (décima etapa): un auto de fe ante la corte de Carlos el Hechizado. La arrogancia *mendicante* (undécima etapa): un mendigo pide altivamente a un transeunte; éste le ruega a su vez que le indique el camino; indícalo el mendigo y el transeunte le entrega una moneda; el mendigo la devuelve, porque solicitaba una limosna y no el precio de un trabajo servil... La arrogancia *vencida* por la civilización (última etapa): ¡pasa don Quijote sobre Rocinante!

Aquí debiera terminar la función. Pero si muestra la linterna mágica un charlatán que desea agregar, como postdata, a la parte seria terminada, una parte cómica, al drama un sainete, bien puede hacerlo, que láminas no le han de faltar, no... Y así hará proyectarse sobre la misma tela, a modo de caricaturas de Apeles Mestres o de Cao: tenorios de barrio que cuentan el interminable número de sus amorosas conquistas; chulos que se cruzan el rostro a navajazos por una copa de manzanilla; gente de alto coturno que calumnian a los ausentes, aunque sean damas, especialmente si son damas; corridas de toros que terminan a botellazos; riñas de manolas; el sermón de un cura carlista que saca una daga y una pistola sobre el púlpito; la desesperación de un juez que toma declaración a un testigo, el cual habla una hora *bona fide* sin haber contestado "sí" o "no" a la pregunta que se le hiciera; un inocente que se acusa de culpable con tal de no sufrir el largo expedienteo de la justicia... Pero, como todo esto es prosaico y perverso, quedémonos en lo heroico del romanticismo. ¿Qué sueño más hermoso que el romanticismo?...

Resumiendo tenemos: que una fatalidad geográfica impone a los hispanos la fatalidad psíquica de la arrogancia. Que, esencialmente, la arrogancia no es más que el culto del valor personal, y el valor personal la unidad de la potencia cívica para rechazar incómodas invasiones. Que, en sus continuas guerras contra intrusos y más intrusos, los hispanos conservaron por su ininterrumpido ejercicio este vigoroso culto del valor personal, el cual fué un talismán salvador cuando, a principios del siglo XIX, invadiera triunfante el ejército de Napoleón.

La arrogancia caballeresca ha sido, en toda la Europa, de origen bárbaro. Pero esta arrogancia, tan contraria al verdadero espíritu cristiano de igualdad, humildad, caridad, fué poco a poco desvirtuándose durante el proceso civilizador de la edad media que pudiera llamarse *desbarbarizamiento de los bárbaros*. La arrogancia española, de origen ibérico, ha resistido, más que la arrogancia germánica, el proceso que yo denominaría de *latini-africanización* de España. En general, puede decirse que el último fondo del pueblo español ha permanecido impermeable a las civilizaciones latina y morisca; y, como lo ha observado Unamuno, en tal sentido constituye Segismundo un símbolo nacional, a la par de don Quijote... Si éste es la satirización de la arrogancia *española*, aquél representa el tipo de la arrogancia *ibera*, aun bárbara o casi bárbara.

Y es de advertir que las mejores glorias de España se debieron a su carácter ibérico original, y que cuando éste fué hibridizado (más o menos superficial o profundamente), cuando se terminó su largo proceso de latini-arabización, es cuando reinaron los Austrias, se sacrificaron los Padillas y Lanuzas, se teologizó y uniformó el pueblo; y llegó, porque los hispanos olvidaban ese carácter original, la hora de la decadencia.... Sólo en la sinceridad está el éxito, y nadie es sincero mientras no cultive su propio carácter..

En cierto modo, la arrogancia es un principio *individualista*, o sea republicano; y tan individualista debió ser en su origen el pueblo hispano, como el galo, el sajón o el germánico... Pero la Inquisición aplanó ese individualismo, *uniformando*, con las creencias, *las individualidades*. Esta uniformación o aplanamiento fué el *modus operandi* y el efecto de lo que denomino la *africanización* de España; la Inquisición era un *órgano* de ese proceso, ¡y bien eficiente! De ahí la mentada *incongruencia* del carácter español, compuesto de

vibrantes restos de ibérica arrogancia, republicana e individualista, y de teológica uniformidad latina y morisca, antiindividualista por excelencia.

Los hombres y las cosas de la España contemporánea pueden, pues, dividirse, como los espíritus de la vieja religión persa, en dos bandos, uno del Bien y otro del Mal, que viven en guerra de exterminio. El del Bien — el de la Originalidad, la Libertad, la Fuerza, la Victoria, el Progreso, — el bando de Ormuz, de la Luz, — es el antiguo Iberismo, la vieja raza, el del Mal — el de la Opresión, la Decadencia, la Pobreza y la Derrota—, de Arimán, príncipe de las Tinieblas—, el espíritu híbrido, huero, espurio, latino y arábigo... ¿De quién será el definitivo Triunfo, de Segismundo o de don Quijote? En las letras — ¡y las letras son la expresión de la realidad *más* exacta que la realidad misma! — ha vencido el caballero de la Triste Figura... Y, en los hechos, los Austrias, Torquemada, el Escorial... ¡Quiera Dios que mañana, como lo anhelo, cuando resuenen en todos los ámbitos de España las trompetas de la Reacción, renazcan las antiguas legiones de Ormuz, y, saliendo de sus tumbas, vuelvan a la lid de la civilización los Cides y Pelayos, los Padillas y Lanuzas, los Córdobas y Osunas y Corteses y Pizarros!

No se me oculta que mi bosquejo del genio español ha de parecer demasiado unilateral, por mi insistencia sobre la arrogancia. Pero es el caso que, en mi sentir, constituye éste un rasgo predominante en la psicología del pueblo hispano. De ahí que no sea tan paradójico como pudiera suponerse el estudiar su trascendencia subjetiva y objetiva. Por último, debe recordarse que no siempre las paradojas pueden considerarse falsedades, sino más bien simples puntos de vista para observar la verdad.

Y ya veremos, en el siguiente libro, cómo los criollos heredaron esa idea y sentimiento de la arrogancia que de tan hondo les venía en la metropolitana cepa. Y no la dejaron enmohecer tampoco: ni durante el coloniaje, en sus continuas luchas con los indios; ni durante las guerras de la independencia, tan largas y extremas; ni después, con sus eternas revoluciones... ¡Ya veréis, oh lectores, cómo se encadenan los fenómenos humanos — cómo cartagineses, latinos, vándalos y moros pudieron influir, desde tan lejos, en las costumbres "electorales" de nuestra América! No está la blanca luna menos lejos del océano, y sin embargo mueve las mareas...

LIBRO II

INDIOS, NEGROS Y MESTIZOS

I

COMPLICACIÓN SUMA EN LOS ELEMENTOS DE LA SOCIOLOGÍA Y LA PSICOLOGÍA DE LOS HISPANO-AMERICANOS

¡Cuán curioso, cuán abigarrado panorama nos presenta Hispano América, "nuestra América", de razas y de ideas, de instituciones y de cacicazgos, de riqueza y de miseria, de civilización y de barbarie! Diríase una inmensa torre de Babel a la que acuden los hombres de todas las edades de la historia: clanes cuaternarios; tribus nómadas de Arabia; autócratas orientales y reyezuelos negros; mitrados sátrapas de Persia y tonsurados inquisidores de España; mandingas fatuos y serviles y orgullosos hidalgos castellanos; chinos bajo cuyos estirados párpados mongólicos llamea una pupila indolente y cruel; cráneos largos y puntiagudos; chatos, pequeños, grandes; teces blancas, amarillas, rojas, cobrizas; lenguas americanas, latinas, germánicas, aglutinantes, onomatopéyicas; tribunales, parlamentos, ferrocarriles, revoluciones, universidades, periódicos... ¡y todo barajado, revuelto, yuxtapuesto sin soldarse, formando un inconmensurable guisado de cosas de Asia, de Africa, de Europa, de América! ¡Qué manjar más indigesto para los historiadores, los literatos, los críticos, los antropólogos! El ánimo se pierde en dédalos y más dédalos de terraplenes incaicos, de templos mejicanos, de edificaciones flamantes, casi siempre truncas y del híbrido estilo *rastaquouère*, de escombros, de tumbas viejas y de ciudades nuevas, que forman un laberinto apocalíptico en el que el sociólogo extraviado no halla el hilo conductor de Ariadna... Después de mucho ir y venir, parándose jadeante sobre una montaña solitaria, divisará, sostenida la pensativa frente por la diestra, al Angel de la Duda... Dios mismo le ha puesto allí, porque, sobre el porvenir de ese caos de luces y tinieblas, duda el mismo Dios.

Pero, nuevos Prometeos, no nos desalentemos. Como los Reyes Magos, deberíamos buscar en el firmamento una Es-

trella que nos guiara por el camino de la Redención... ¡Una Estrella que fije al peregrino la ruta de la Verdad! ¿Dónde se ve esa Estrella?...

¿Dónde está el *quid* de la fatalidad, la *causa causarum*, el primer principio de los hechos, el origen determinista de la historia?... ¿Por qué son éstos y aquellos hombres tales como son y obran tales como obran?... Su idiosincrasia es— biológica, fisiológica, psicológica, económica, filosófica, religiosa, sociológicamente—, su idiosincrasia, su naturaleza es, digo, en parte hereditaria, en parte de adquisición individual. Mas lo adquirido individualmente no llega a poseer importancia social mientras no tenga cierta *intensidad suficiente;* y, cuando la tiene, modifica, para lo futuro, la ancestral herencia... Por esto, si el medio es importante, lo es principalmente *por cuanto modifica la herencia.*

La herencia, la Raza resulta, en inducción final, la clave del Enigma, así como el calor es la última base cognoscible de la vida.

La vida es la objetivación del calor, la herencia lo es de la vida, la raza lo es de la herencia. Estudiemos, pues, a los hombres y a los pueblos según la raza, si queremos arrancar, a la Esfinge de la Vida, su secreto, el secreto inhallable, el secreto del pasado, del presente y del porvenir. Y, al vernos arrancarlo en sus gigantescas tumbas de piedra las momias de los antiguos magos orientales se estremecerán de envidia.

II

EXISTENCIA DE TRES FACTORES ÉTNICOS PRIMORDIALES: EUROPEOS, INDIOS Y NEGROS

Cuando Cristóbal Colón vino a descubrir la redondez de la tierra, vió, próximo ya al continente, una bandada de grandes pájaros, que, con serenísimo vuelo sobre las encrespadas olas, se dirigía hacia el Sud... También en busca de las costas, cambiando de derrotero, el navegante los siguió, y, siguiéndolos, en vez de arribar a La Florida, hacia donde señalaran antes las proas de sus carabelas, llegó a las Antillas. ¡Jamás, ha podido decirse, tuvo mayores consecuencias el vuelo de las aves! Por él, un pueblo en el cual predominaban razas afroeuropeas, moreno y vivo, conquistó y pobló el centro y el sud de América, dando lugar a que más tarde otro pueblo, soñador y rubio, de origen asioeuropeo, los anglosajones, ocupase el Norte. Y es coincidencia que éstos, habituados a climas más fríos, poblaran las más frías regiones de la moderna Atlántida, y que aquéllos, los del Mediodía, las más cálidas. Así lo dispusieron esas aves misteriosas, heraldos de la historia de un mundo nuevo.

A falta de mujeres europeas dieron a sus soldados, los primeros conquistadores españoles, esposas indígenas. Este ejemplo, perpetuado durante toda la época y en toda la extensión del coloniaje hispanoamericano, mestizó fundamentalmente las antiguas familias colonizadoras.

Mientras el centro y el sud de América se poblaba por soldadotes, aventureros de las campañas de Flandes e Italia, que se amancebaban con indias, colonizábase Norte América por familias europeas inmigradas por causas políticorreligiosas. Los colonos anglosajones tuvieron siempre mujeres europeas *pur sang*. Si faltaban, enviábales prostitutas la metrópoli, en buques mercantes. Cuando un colono soltero no hallaba esposa y deseaba formar un hogar, agenciábasela pagando por ella, al buque que la trajera, un fardo de tabaco... Tal era el negocio: una madre de familia por un fardo de

tabaco. Y rebosantes de esos fardos regresaban los buques que importaban carne blanca. Para la metrópoli, triplemente lucrativo era el trueque: despoblábase de meretrices, proveía de familia a los colonos, y, por añadidura, favorecía el comercio del tabaco...

Sin duda, la mayor diferencia entre las colonizaciones de una y otra América, mayor aún que la de leyes y sistemas, es la de las razas. Si el Norte se puebla sólo de europeos, colonízase el Sud por europeos y mestizos. Impórtanse luego a ambas Américas esclavos negros de Africa... Y, mientras los colonos anglosajones se apartan y aislan de ellos, con ellos entroncan los criollos, produciendo así una complicada y difusa mezcolanza de estirpes y colores.

¿Por qué incurrieron los soldados españoles, a diferencia de los anglosajones en tan bárbaros mestizajes? Pienso que por su carácter aventurero, por su sistema de codiciosa conquista y no de pacífica colonización, y, en fin, por afinidades étnicas. Estas afinidades se explican por el origen afroeuropeo de los iberos y la conquista cartaginesa y la árabe; a más, su clima meridional predisponía su temperamento a entroncar con gente tan caliente como lo eran las indias y las negras...

Los yanquis, son, pues, europeos puros; los hispanoamericanos son siempre europeos, por preponderancia de la raza más fuerte, pero europeos más o menos mestizados. Por sus venas corre sangre hispánica (española o portuguesa), indígena (mejicana, quichúa, guaraní y demás), y negra (cafre, hotentote, mozambique). Esta triple base ancestral ha formado la psicología de sus ''repúblicas... — Más tarde, la inmigración europea trae nuevos elementos; pero éstos modifican la masa del pueblo sólo en regiones excepcionalmente *europeizables* — por clima, producciones y escasez de base étnica criolla—, como el litoral de la Argentina. En otras partes, a pesar de que alguna influencia ejercerán al principio, una vez que se arraigan, ofrecen casi siempre, por contagio, desde la segunda, tercera o cuarta generación, los caracteres del primer sedimiento hispano-indígena-africano...

Cada raza física es una raza psíquica. Cada raza posee un carácter típico, cualquiera que sea el concepto que se dé a esta enigmática palabra, base angular de la historia...

Amalgamado con tan diversos elementos, ¡bien raro y heterogéneo debe ser el carácter del *mélange* hispanoamericano, de la neorraza, formada o en formación! Para estudiar con-

cienzudamente esta ensalada de hombres y de cosas, debemos, pues, descomponerla en sus tres factores primordiales...

La *composición psíquica* de sus ingredientes puede representarse así: los españoles nos dan arrogancia, indolencia, indiferencia, uniformidad teológica, decoro; los indios, fatalismo y ferocidad; los negros, servilismo, maleabilidad, y, cuando entroncan con los blancos, cierta sobreexcitación de la facultad de aspirar que podría bien llamarse *hiperestesia de la ambición*. El estudio singular de esas substancias o calidades psicológicas es complejo, especialmente en su nomenclatura: ¡hay tantos matices y tantos nombres para cada una de ellas!

Además, los mestizos hispano-indios, hispano-negros o hispano-indígena-negros, dan otras cualidades especiales, características de su hibridismo en sí... ¡Qué cosa más complicada que esta química psicológica! Y más cuanto que, con ella, quiero hacer aquí alquimia: transformar estaño, cobre o plata, en oro, en puro y fluyente oro... Ved, pues, raudamente correr mis derretidos metales, y perdonad — ¡oh perdonad! — si alguna gota ardiente os salpica la piel... ¿No veis al alquimista corroído y chamuscado? Más de un crisol estalló en su laboratorio.

III

ORIGEN, ANTIGÜEDAD Y RAZAS DEL HOMBRE AMERICANO

Mucho se ha discutido y se discute acerca del origen del hombre americano. Los monogenistas creían que, descendiendo todos los hombres de una sola pareja, las razas de América vinieron de Asia, ya atravesando el estrecho de Behring cuando se hiela, ya la Oceanía de isla en isla, o bien la "Atlántida", continente prehistórico que sepultaron las aguas del océano Atlántico. Los poligenistas, basados en las grandes diferencias de las razas humanas entre sí, sostenían que los hombres descienden de varios troncos distintos, uno de los cuales debió ser originario de América.

Pero, contra la creencia monogenista, no se hallaron vestigios de la antigüedad geológica del hombre en las áridas y huracanadas estepas de Pamir, en el Asia Central, de donde se suponía oriunda la primera pareja de la especie, y, en cambio se encontraron fósiles humanos esparcidos en diversas regiones de ambos continentes. Por otra parte, contra la hipótesis poligenista, la geología y la paleontología han demostrado una tan remota existencia del género humano sobre la tierra, que resulta posible, aunque descendían todas de un tronco común, la lenta diversificación de las razas. Cayeron así pronto en desprestigio ambas doctrinas, pacificándose por la indiferencia la clásica contienda entre monogenistas y poligenistas.

Surgió entonces la teoría del transformismo o descendencia, hoy universal o casi universalmente aceptada. Según ella, las actuales especies descienden todas de otras anteriores, generalmente más simples, que han ido evolucionando y transformándose por la selección natural; el hombre viene a ser un producto el más complicado y perfecto de esa selección continuada en cientos y miles de siglos. Suponiéndole originario de un tipo común hoy extinto, concuerda esta teoría con el monogenismo y con el poligenismo, según la elasticidad que se dé a los términos "variedad" y "especie".

Sentado el principio transformista, es el caso de investigar de dónde resulta oriundo ese primitivo tipo humano o prehumano hoy extinto, y en qué época y forma se pobló el Nuevo Continente...

Por los últimos datos de la geología, nos encontramos ante todo con que el Nuevo Continente no ha existido siempre en su forma actual. En los finales de la era mesozoica, dice Ameghino, durante la época cretácea, la distribución de las tierras y las aguas era precisamente la inversa de la presente; entonces, al Norte de la línea ecuatorial extendíase un vasto océano sembrado de islas, y, al Sud, una gran masa continental. Este continente antártico tenía su núcleo acaso en la Patagonia, prolongábase por Occidente hasta Africa, y, por Oriente, a través de la región polar, hasta Nueva Zelandia y Australia. Hacia el principio de la época terciaria se sumerge en parte, y las tierras del Norte del Ecuador se transforman en continentales, acabando por esbozarse, para unirse luego, ambas Américas. Según esta teoría han existido antiquísimos vínculos entre las faunas y las razas humanas de Oceanía y América.

Aquí llega la oportunidad de discutir, si es que hay datos para ello, la región donde nació el género humano... En las Pampas se han hallado indicios humanos — huesos quemados y barro cocido—, que datan del período mioceno, y en el de la formación pampeana, plioceno según Ameghino, surgen ya restos del hombre fósil. Tenemos, pues, que el *homo pampeanus* (que parece poseer 18 vértebras dorsolumbares) (1) es uno de los más antiguos, si no el más antiguo que se conoce. Y todavía tenemos que, en los terrenos de Santa Cruz del período eoceno-superior, hase hallado el *homunculus patagonicus*, pequeño mono el más antiguo conocido, que bien podría ser, según su descubridor Ameghino (2), el común antepasado de todos los hombres y todos los monos.

Debemos creer, por tanto, que la antigüedad del hombre americano es remotísima, y que, para explicarse el ligero parecido antropológico de algunos de sus tipos con malayos y mongoles, así como ciertas semejanzas fonéticas entre los idiomas americanos y los orientales, no es necesario hacer emigrar las razas de Asia a América ni de América a Asia... Las variaciones geológicas bastan para determinar, entre ame-

(1) F. AMEGHINO, *Mamíferos fósiles de la República Argentina*, Buenos Aires, 1899, pág. 87.
(2) *Paleontología argentina* La Plata, 1904, pág. 76.

ricanos e indomalayos, un fatal contacto prehistórico que debió prolongarse hasta principios del período cuaternario.

Los indígenas de América, aislados del resto del mundo probablemente desde el período cuaternario, pueden considerarse como un grupo *sui generis* de razas americanas. Sin embargo, el único carácter común de estas razas es el color de la piel, cuyo fondo es amarillo (aun en los Pieles-Rojas), tinte que varía desde el amarillo cobrizo hasta el aceitunado y pálido. "Este color de la piel, así como la cabellera recia, común a la gran mayoría, ya que no a todos los americanos, los acerca a las razas mongólica y ugriana; pero otros caracteres, como la nariz prominente y a menudo convexa y los ojos derechos, los aleja de estas razas" (1).

No sólo hay enorme variedad en los tipos antropológicos de las razas americanas, sino también en sus lenguas, que pasan, sin contar los dialectos secundarios, sin duda de la centena. Se ha estimado en 150 a 160 el número de familias lingüísticas conocidas en el Nuevo Mundo; los dialectos particulares son innumerables. El único rasgo común de esas lenguas es el procedimiento que se ha llamado de *incorporación*, siendo todas ellas idiomas *polisintéticos*. Estas semejanzas de estructura, que se pueden extender a todas las lenguas aglutinantes, no autoriza, según los mejores filólogos, a suponerles un mismo origen.

Punto menos que imposible es construir un cuadro general de las razas americanas; tal es la variedad y confusión de sus nombres, sus tipos, sus idiomas, sus parentescos aparentes. Siguiendo a D'Orbigny y especialmente a Deniker, pueden dividirse las actuales de Norte y Centro-América en tres grupos etno-geográficos: los *Esquimales* con los *Aleutes*; los *Pieles-Rojas*; los *Mexicanos* y *Centroamericanos* (Aztecas, Pimas, Mixtecas, etc.). En Sud-América preséntanse cuatro grupos geográficos: los *Andinos* (Chibchas, Quichúas, Aymaráes, Calchaquíes...); los *Amazonienses* (Caribes, Arwakes, Panos, Miranhas...); los indios del *Brasil oriental y la región central* (Tupi-Guaraníes, Ges o Botocudos-Kayapos...; y, en fin, los *Pampeanos* (Patagones, tribus del Chaco, y de las Pampas...), con los *Fueguinos*.

(1) J. DENIKER, *Les races et les peuples de la terre*, Paris, 1900, pág. 593.

IV

RASGOS TÍPICOS Y COMUNES EN LA PSICOLOGÍA DEL INDIO AMERICANO: EL FATALISMO Y LA VENGANZA

Ante tanta variedad de razas, tipos e idiomas, siendo todo poco conocido y estudiado, bien difícil será al sociólogo presentar, si es que los hay, los principales rasgos psíquicos comunes de los indígenas americanos. Analicemos previamente los hechos históricos... Pronto se advierte que la organización precolombiana de los dos grandes imperios americanos, el azteca y el incaico, presenta notables semejanzas con la de los antiguos imperios asiáticos. ¿Cuál es el primer rasgo psicológico de estos últimos pueblos, a diferencia de los europeos? Sin duda la pasividad de las grandes masas de hombres, la resignación con su destino..., en una palabra, el *fatalismo* oriental. Pues bien, el fatalismo oriental constituye la cualidad característica de mexicanos y peruanos, y esta cualidad explica, en parte, su fácil conquista y sometimiento.

Especialmente los mejicanos llevaron este fatalismo a un grado máximo. A no ser confundido con Quetzatlcoatl, Hernán Cortés no hubiera podido dar cima a su maravillosa empresa. El pueblo todo estaba preparado a la resignación, y prueba de ello es la tranquilidad con que siempre había soportado la muerte, cuando se le inmolaba a sus sanguinarios dioses. Chimalpopocalt, tercer rey mejicano, se condenó él mismo a esa muerte religiosa, y condenó a sus principales nobles, para borrar una ofensa que le infirió un hermano suyo, también monarca... Y este caso, anterior a la conquista, es quizá el más típico que nos presente la historia universal como ejemplo de sombrío fatalismo religioso en jefes y vasallos.

Idéntica resignación implica el *socialismo imperialista* del pueblo incaico. No sólo repartía las tierras y haciendas el Inca, sino que casaba a sus súbditos a su guisa y criterio,

cuando tenían edad. Esta pasividad para sufrir imposición tan peregrina puede también considerarse única en la historia de los pueblos.

Las tribus semicivilizadas de las Antillas, Centro América y Venezuela, y los Chibchas o Muiscas del Ecuador, fueron todos, como lo demuestran los hechos y lo dicen los conquistadores, indios exageradamente pasivos y fatalistas. Parecían vivir aplastados bajo el eterno peligro de una flora y una fauna tropicales, tan ricas en frutas y carnes suculentas como en fieras y venenos.

Pero este fatalismo, sin duda extremo, mayor que el oriental en Mejicanos y Peruanos, y acaso en todos los pueblos que habitaron regiones tropicales, no puede extenderse a las demás razas del continente. Los Calchaquíes y los Araucanos, por ejemplo, demostraron en sus guerras, con los Peruanos primero y luego con los Españoles, indómito espíritu de independencia. También los Pieles Rojas y los Guaraníes fueron belicosísimas razas. ¿Existirá realmente algún rasgo común que caracterice las psiquis de esos pueblos? ¿Qué rasgo?...

Aquí la respuesta es más difícil. Sin embargo, el unánime testimonio de los conquistadores y especialmente de los misioneros, nos dice que la venganza ha sido la gran pasión de los Pieles Rojas y de los Guaraníes. Sin duda la venganza es una forma del instinto conservador de la especie, forma que toma caracteres violentos en todos los pueblos primitivos de vida azarosa y precaria; el sentimiento, de ese culto de la venzanza, en Guaraníes y Pieles Rojas, sería su mayor grado de ferocidad, su ferocidad sin ejemplo en las tribus salvajes del viejo continente, cualesquiera que sean sus condiciones de vida y de incultura.

Y no es exclusiva la de los dos pueblos indígenas citados esta pasión suma de la venganza. Puede extenderse a otras varias razas y tribus, como los Araucanos y algunos Caribes. En términos amplios y esquemáticos, diríase que el indígena de América es, o exageradamente fatalista, o exageradamente vengativo. Tenemos, pues, que el alma del hombre americano podría representarse por una esfera que se ensancha entre dos polos extremos, el Fatalismo y la Venganza, condiciones que, si bien son generales y humanas, presentan en él, ya una, ya otra, tal tensión que impregnan, dominan o absorben todas las demás tendencias de su psicología.

Sobreabundan pruebas documentales del espíritu fatalista y vindicativo de los indios americanos. Para no fatigar al lector desprevenido, citaré respecto del fatalismo, un solo testimonio, pero el más elocuente e irrecusable: la conquista de Méjico narrada por Antonio de Solís. A la llegada de los Españoles, dice, "empezaron a verse en aquella tierra diferentes prodigios y señales de grande asombro, que pusieron a Motezuma en una como certidumbre de que se acercaba la ruina de su imperio, y a todos sus vasallos en igual confusión y desaliento". Esas señales eran "una horrible cometa, una exhalación diurna, horrores en la laguna, incendio de un templo, voces en el aire, apariciones de varios monstruos... (1)" Tales, o mejor dicho tal—el Fatalismo—, fué el mejor aliado de Hernán Cortés.

Como corolario del fatalismo, es digno de notarse el espíritu triste, la *tristeza* de los indios americanos. "No tienen juegos, bailes, cantares, ni instrumentos músicos, tertulias ni conversaciones ociosas; y les es tan desconocida la amistad particular como que nunca se avienen dos para cazar, ni otra cosa que para la común defensa. Su semblante es inalterable, y tan formal que jamás manifiestan las pasiones del ánimo. Su risa se limita a separar un poco los ángulos de la boca, sin dar la menor carcajada. La voz nunca es gruesa ni sonora, y hablan siempre muy bajo, sin gritar aún para quejarse si los matan (2)". Esto, que dice Azara de los indios Charrúas, los que observó mejor, puede generalizarse más o menos a todos los demás; revélase siempre la misma falta de alegría espontánea, la misma resignación silenciosa...

Sobre el espíritu vengativo de los indios hay documentos admirables. Y ninguno más elocuente que *La Araucana,* de Ercilla, en cuyas octavas reales vibra a veces palpitante la desenfrenada pasión del araucano. Respecto de los Calchaquíes, la historia nos dice que fué preciso destruirlos, pues jamás se reconocían mucho tiempo vencidos, que, cuanto más derrotados, más rencorosos se mostraban luego... ¡Y así tantas tribus, y pueblos, y razas!

El corazón del indio no late por la esperanza ni ante la grandeza. Por esto los intentos del evangelizador y del

(1) SOLÍS, *Conquista de Nueva España,* Madrid, M. DCC. LXXXIII, pág. 143.

(2) AZARA, *Descripción e Historia del Paraguay y del Río de la Plata,* Madrid, 1847, pág. 144.

estadista, para ispirarles el deseo de mejorar de condición, han fracasado.

Pero ese apático corazón, que no late ante la grandeza ni por la esperanza, es sensibilísimo al miedo. Sólo el miedo puede inspirar al indio una pasión, que especialmente se manifiesta cuando ha derrotado a un enemigo antes temido. La misma furia de terror que precede a su victoria, la sigue transformada en furia de desquite. Esa pasión es, por tanto, la venganza.

El indio puro que vive oculto en sus bosques, tiende hoy a desaparecer, avergonzado, corrido, ofuscado, aniquilado por la civilización. No conoce de ella más que sus venenos: la miseria la guerra, la cárcel, el alcohol y el tabaco; y miseria, guerra, cárcel, alcohol y tabaco le debilitan e intoxican, hasta producir la muerte de la especie, su disolución por degeneración. De ahí que el indio puro tenga hoy escasa o ninguna importancia en la sociología americana.

No así el mestizo de indio y europeo. Hay también a veces en él degeneración, por no amalgamarse bien sus dos razas ancestrales; pero, reforzado por la sangre de blanco, se acomoda y amolda mejor a la civilización, se hace su sitio al sol, forma parte del nuevo pueblo criollo. De ahí su importancia, capital en las regiones tropicales de Hispano-América; donde, merced al clima, demasiado caluroso para el normal desarrollo del europeo puro, tiene tanto o más vigor que él, pues lejos de aplastarle, el medio le es propicio.

Ya veremos cómo en el mestizo, la indígena indolencia ancestral se convierte en pereza criolla; la pasión de la venganza, en arrogancia y hasta en "egolatría". La tristeza se mantiene, asumiendo un imponente aspecto de inquisitorial gravedad.

La palabra *criollo* (de *crío*) con que se designó a los primeros descendientes europeos nacidos en la América hispánica, significaba originariamente hijo de español e india, es decir, mestizo; luego se extendió a todos los hispanoamericanos. De la América española la tomaron los franceses, para llamar con el nombre de *créols* a los mestizos de francés e indígena nacidos en sus colonias de Africa, especialmente en Madagascar. En Perú y Bolivia se llamó *cholos* a los hijos de criollo (mestizo) e india, generalizándose luego el término hasta abarcar a todo el bajo pueblo, en el cual tan íntimamente se ha mezclado la noble sangre de los conquistadores con

la plebeya sangre de los conquistados. En la parte sud del Brasil se ha llamado *mamelucos* a los descendientes de portugueses y guaraníes. El término *gaucho* con que se designa al criollo de las Pampas no implica una forzosa mestización; tampoco el de *llanero,* nombre que se da a los habitantes de los llanos colombianos. No obstante, de observar es que si el gaucho ha conservado relativamente pura su sangre española, casi siempre andaluza, no tanto el llanero de Colombia; la diferencia se explica por los distintos climas, y porque los indios colombianos eran de raza harto más fuerte y atrayente que las indigentísimas tribus de indios pampeanos.

En muchas regiones de la América española se denomina *zambos* a los mixtos de europeo, indio y negro. Pero aquí interviene un tercer elemento, el africano...

V

CONDICIÓN DE LOS INDIOS

Conquistados los aborígenes, pulverizados sus imperios, los colonizadores dieron principio a la magna tarea de explotar las incalculables riquezas de las Indias Occidentales. Y los hidalgos, que habían heredado de los latinos su ética precristiana, según la cual el trabajo es indigno del hombre libre, recurrieron a los indios, los batieron en sus últimas guaridas, y pusiéronlos, cargados de cadenas, a explotar las minas y cultivar la tierra.

Los indios vencidos y tomados en abierta rebelión, se repartían entre los jefes y soldados vencedores, quienes los constituían en una especie de siervos domésticos, que se denominaban *yanaconas*. Pero, si se sometían en paz o por capitulación, el jefe español los forzaba a hacer sus casas y formar pueblo fijo en el sitio que mejor le pareciese. Para la justicia y policía de ese pueblo se nombraba corregidor a un cacique, y se formaba un ayuntamiento con dos alcaldes y regidores indios, disponiéndose todo como si fueran españoles. Con tales colonias, trasplantándose de Europa una institución feudal, se constituyeron *encomiendas*, que se entregaban a los jefes más beneméritos; los indios se llamaban entonces *mitayos*, estando obligados todos los varones de 18 a 50 años a prestar anualmente, como los siervos de la gleba, dos meses de servicios personales al patrón o encomendero. Así, pacíficos o belicosos, entregados o vencidos—en fin, *yanaconas* o *mitayos*,—los indios eran siempre naturales servidores del altivo godo.

La situación de los *mitayos* no era en realidad mucho más feliz que la de los *yanaconas*. Dueños de la fuerza y soberanos de sus pobladores, no tardaron los encomenderos en transformarse, como sus antecesores medioevales, en propietarios de la tierra (1). Y, en calidad de tales, su codicia tiranizaba

(1) J. A. García, *La Ciudad Indiana*, Buenos Aires, 1900, pág. 48.

tremendamente a los encomendados, extendiendo y agravando sin consideración sus forzosos trabajos.

Intentaron mejorar la suerte de los indios algunas misiones eclesiásticas, especialmente los jesuítas en el Paraguay. Pero estos misioneros tropezaban con la incurable rudeza de los Guaraníes, raza inferior, incapaz de comprender la civilización española; además, el sistema jesuítico era demasiado imperativo para dar desarrollo a sus escasas facultades; hacíalos simples autómatas humanos... Fué así cómo, apenas expulsados de las colonias sus maestros por Carlos III, cayeron otra vez los indios de las misiones en su natural barbarie e ignorancia.

Mitayos o *yanaconas,* esclavos personales o siervos accesorios del suelo, los indios eran vendidos. Y a tan duras faenas los sometieron sus dueños, que morían a cientos y millares. A veces, escapaban a los bosques... Entonces se los cazaba como a bestias útiles, con enormes mastines amaestrados a tal efecto. Estas fieras, desconocidas de los infelices indios, olfateaban admirablemente a los ocultos y a los prófugos; seguíanles el rastro, y, cuando los encontraban, saltábanles a la garganta, derribábanlos, y los llevaban luego arrastrando sujetos de las muñecas con los dientes. Si el indio se resistía, le devoraban vivo. Cebados en carne humana, en carne de indio, esos canes se convertían, para los perseguidos, en fabulosas hidras de siete cabezas y centenares de colmillos sangrientos y babosos...

Como a los tribunales del duque de Alba en Flandes, a los encomenderos en América no les faltaban argumentos teológicos y jurídicos que autorizaban su tiranía. En general, según la doctrina de los canonistas y jurisconsultos del siglo XVII, los indios eran gente inferior, naturalmente sujeta a la estricta tutela del príncipe. Sintetizando estas ideas, Solórzano los llama en derecho "personas miserables". (1) Cita en su apoyo a fray Gregorio García Dominicano, quien dice "que son de más miserable, y baxa, o despreciada condicion que los Negros, y todas las demás Naciones del mundo" (2). Cita, igualmente, Solórzano, entre otras autoridades, a fray Juan Zapata, según quien en los indios "se verifican y cumplen a la letra todos aquellos epítetos de miserias, y desventuras, que el Evangélico Profeta Isaías da a

---

(1) J. de Solórzano y Pereyra, *Política indiana,* Madrid, MDCC, LXXVI, tomo I, pág. 206.

(2) *Ibid.*, tomo I, pág. 207.

aquella gente que dice habita más allá de los ríos de Etyopia...'' (1). También se cumplen en ellos las predicciones de Job y de Amós, relativas ''a los pobres y hollados, a quien los más poderosos despojan, y desnudan de lo poco, que por su miseria tienen para cubrir su desnudez, y sustentarse'' (2). Por eso observa fray Agustín de Avila Padilla ''que cuanto se provee y ordena para su favor y provecho, parece que se trueca y convierte en su mayor daño y perjuicio'' (3). No faltaba así razón a Gregorio López cuando, como se le preguntara qué se podía hacer con los indios, respondió: ''Dexallos'' (4). En suma, los indios venían a quedar en la condición de bestias, leños y piedras, y, en su trato, los conquistadores pudieron conciliar cómodamente los dictados de su conciencia con los desmanes de su codicia y hasta de su lujuria.

Condolido por tantas maldades fué cómo fray Bartolomé de las Casas conmovió a su vez, con la elocuencia de las lágrimas, los pechos de Carlos V y sus palaciegos... Para remediar tantas penas se autorizó la ''trata'' de negros. En efecto, esta nueva venta de carne humana, por violenta que fuera, había de resultar menos cruel, y, sobre todo, más eficaz que la caza de indios, por la mayor resistencia de los negros.

¡Cuán funesta idea la del buen fraile! Porque, si bien es cierto que la trata de negros aumentó la general riqueza, legóse con ella para el futuro, a Hispano América, un mestizaje más; a la América inglesa, el doloroso *problema negro*... ¡Y todo sin mejorar notablemente la situación de los indios!

Tales eran las circunstancias, que ponían a estos indios en un terrible dilema: o continuar su vida salvaje huídos en los montes y bajo la incansable persecución del enemigo, o amoldarse a los invasores dejándose absorber por su raza y su cultura. Y ello era que el primer caso tendía a un forzoso exterminio de los huídos; el segundo, por el predominio del mestizaje español, a una eliminación, si menos rápida, no menos segura... La obra de la conquista había así de continuarse en el coloniaje, y la del coloniaje, en la emancipación y la

(1) *Ibid.*, tomo I, pág. 207.
(2) *Ibid.*, tomo I, pág. 207.
(3) *Ibid.*, tomo I, pág. 207.
(4) *Ibid.*, tomo I, pág. 207.

independencia de las colonias. El fenómeno es frecuente, acaso el más frecuente de la historia; una vez entablada una lucha de razas harto desiguales, debe mantenerse hasta la dominación y absorción de la más débil, cualesquiera que sean las ideas, la política, la religión, la ética dominantes. La lucha en un principio religiosa y abierta, puede trocarse en económica y pacífica, ¡pero siempre lucha!

VI

ABUNDANCIA, INFLUENCIA Y PSICOLOGÍA DEL FACTOR ÉTNICO AFRICANO EN AMBAS AMÉRICAS

Veinte millones de negros africanos se calcula que fueron importados al Nuevo Mundo mientras imperó el régimen de la esclavitud. No en vano, pues, han dejado hondísimas, indelebles huellas. En la América española y portuguesa, su sangre se ha mezclado con la de los criollos. En la inglesa, permaneciendo puros y aislados, sus descendientes suman hoy, en unos ochenta millones de población total, unos diez millones, que constituyen el más grave problema político de los yanquis. El puritanismo de los colonizadores norteamericanos evitó allá, como hemos visto, todo contacto sexual con indios y negros, citando al efecto versículos bíblicos donde se prohibía a los hebreos casarse con las hembras de los filisteos y de los amalecitas.

Por desgracia, en Hispano América hubo, a la inversa, contacto y hasta amalgama de las tres razas. En algunas regiones abundaron tan excesivamente los negros, que sus descendientes mulatos han dejado profundos e imborrables rastros en la psicología criolla. A veces, la influencia mulata ha sido en Sud América mayor que la indígena. Por una razón clara, o, mejor dicho, por dos razones: la menor disparidad de tipos entre el negro y el español que entre el español y el indio, y la circunstancia de poseer el negro mayores aptitudes que el indio para la lucha por la vida. La enorme distancia que separa al español del indio hace su alianza menos fácil, y a los mestizos nacidos de su cruzamiento, demasiado propensos a la degeneración. No separan tantas diferencias al español del negro, dado que, según las modernas investigaciones etnológicas, los primitivos iberos del Mediterráneo, pese a "la gran leyenda de los arios", fueron pueblos inmigrados de Africa. Y, en cuanto a la mayor capacidad del negro para la lucha por la vida, ha sido bien demostrada en la

práctica. Desde su especial punto de vista, no faltó razón al padre Las Casas. Los africanos importados resistían mejor el trabajo que los indios, sin morir a millares, como moscas, en la envenenada atmósfera de las minas o bajo el látigo de los agricultores.

Curiosa e instructiva antítesis presenta el trato que ha merecido el negro en la América Hispana y en la anglosajona. Mientras que en aquélla fué relativamente blando, sobre todo después de la independencia, en ésta ha sido siempre duro y parejo...

Apenas declarada la guerra a la metrópoli, casi todas las nacientes repúblicas hispanoamericanas se preocupan de mejorar la suerte del negro y suprimen la esclavitud. En algunas partes, como en Buenos Aires, llégasele a considerar prototipo de criollismo, se cantan sus glorias en los combates, se le prefiere en los pocos puestos inferiores a que pueden aspirar sus escasas aptitudes, ¡hasta se le levantan estatuas en céntricas plazas públicas!

En contraste, la popular novela titulada *La Cabaña del Tío Tom* pinta bien la infelicidad del negro norteamericano antes de la guerra de secesión. ¿Y después?... Los viajeros no se cansan de [illegible] la terrible lucha de razas que existe hoy, no embo[illegible] abierta y franca, en Norte América. Según leo en lo[illegible] "ya no es solamente en los estados del Sud don[illegible] esta cuestión a fuerza de ejecuciones según [illegible]h, de artículos de diarios y de conferencias di[illegible]ién en los estados del Norte y del Oeste se [illegible] pública sobre este asunto. En esos estados, e[illegible]es donde haya negros, existe la lucha de razas. [illegible] na Nueva York hay frecuentes disturbios, reprimidos [illegible]nente sin tardanza por la policía, hacia los alrededores [illegible] la 9.ª Avenida y de la calle 27, en gran parte habitadas por gente de color. Si estalla una disputa en la calle entre un blanco y un negro, todo el barrio se alborota. Los vecinos y transeuntes se abalanzan sobre el negro para expulsarle del lugar; otros negros acuden en socorro de su hermano de raza, y se arma una de mojicones que sólo termina con la intervención de la fuerza pública. En otras partes la cosa es más grave aún. En Pensilvania, en las minas de carbón, y, en el Oeste, en los establecimientos industriales, los obreros blancos no quieren trabajar junto con los negros. Y si hay alguna huelga y los patrones traen del Sud reemplazantes de color, los huelguistas no les dejarán

trabajar: les expulsarán a tiros de sus revólveres (1)'' Y, como si todo esto no bastara, tenemos todavía los repetidos lynchamientos de negros...

Un obispo negro metodista dice en su sermón de despedida: ''Creo que más allá del océano, en el Africa, cuna de nuestros antepasados, nos espera un porvenir mejor, menos sombrío siquiera. Todo negro que tiene corazón debe sentir el grave peso del odio y del desprecio con que se abruma a nuestra raza en este país y no podrá menos de afligirse de nuestros infortunios. Este país no es para nosotros, por más que 200.000 guerreros de nuestra raza proscripta hayan contribuído con su sangre a mantener la Unión Americana, puesta en peligro de disolución por la guerra separatista de 1861 a 1865''.

Otro jefe reconocido de los negros, Mr. Thomas Fortune, en su diario el *New York Age*, órgano semioficial de la raza, exclamaba, a propósito de los lynchamientos de negros, que a fines del siglo XIX eran tan frecuentes en el Norte: ''El pabellón americano y la Constitución federal no protegen ya a los afroamericanos, ni aquí en los Estados Unidos, ni en sus posesiones insulares. No hay motivos, pues, para que hagamos presión sobre nuestros congéneres, en el sentido de incitarlos a quedarse en semejante país, sobre todo si tienen esperanzas de mejorar de condición en otros climas. No existe en ninguna parte del mundo un gobierno como éste, tan impotente o tan poco dispuesto a prestar protección a diez millones de sus súbditos injustamente expoliados de sus derechos civiles y políticos, no obstante haber combatido heroicamente por la patria común, consagrándose después de la guerra a labrar su bienestar y a contribuir, con su trabajo, al desarrollo de sus recursos. Nosotros nada debemos a los Estados Unidos, ni siquiera gratitud. Ellos, en cambio, nos lo deben todo, y no nos han dado más que cadenas y latigazos''.

El obispo Luciano Halsted, de Wáshington, otro de los *leaders* negros, escribía en 1900, en un diario de la capital: ''Las dos razas no han vivido nunca en armonía, y es mi opinión que jamás llegarán a vivir en paz y amistad... El gobierno debería reconcentrar y poner aparte a todos los habitantes de la raza de Cam en uno o dos estados que se crearían dentro del vastísimo territorio de la Unión''.

(1) Esta cita y las que siguen están tomadas de varios periódicos norteamericanos de los años 1899 y 1900.

Y para los blancos mismos la cuestión es tal vez no menos grave, dado que el dogma político de la Constitución es la democracia y que los diez millones de negros son harto prolíficos... "Después de la guerra de secesión, el partido republicano o nortista, no satisfecho con proclamar la emancipación de los negros, les concedió, por medio de dos o tres modificaciones de la Constitución, la plenitud de los derechos políticos a fin de aprovechar sus votos para neutralizar los del partido demócrata del Sud. Esta maniobra consiguió completo éxito. Durante algunos años el voto de los negros pesó de modo abrumador en la balanza política, neutralizando el voto de los blancos demócratas. Pero, cuando los demócratas se reconstituyeron, es decir, cuando aceptaron los hechos consumados y se plegaron al nuevo orden de cosas, manifestándose al mismo tiempo tan leales a la Constitución Federal y tan buenos americanos como los del Norte, quisieron emanciparse, a su turno, de la influencia avasalladora de los negros, tanto más cuanto que existía el peligro inmediato de ver a los estados del Sud enteramente sometidos a la dominación de éstos, a causa del aumento considerable de la población de color sobre la blanca".

Comienza, entonces, en los estados del Sud una activa campaña para destruir la eficacia del "voto negro". No se les niegan a los afroamericanos sus derechos políticos; pero se orilla la dificultad imponiendo ciertas condiciones y restricciones al derecho de sufragio. "Es sabido, por ejemplo, que los negros son en su mayoría analfabetos, y que son muy contados los que poseen bienes raíces. Pues atacarlos por ese lado. Las legislaturas de los estados sudistas sancionan una ley que restringe el derecho de sufragio, declarando que solamente podrán ser electores los ciudadanos blancos o negros que justifiquen saber leer y escribir, que exhiban certificado de haber pagado la contribución inmoviliaria, etc.".

En vano se protesta con miras políticas inmediatas en los estados del Norte; la Suprema Corte reconoce como constitucionales esas calificaciones del voto. Y ahora, en los mismos estados nortistas se aprueban las medidas contra la influencia del negro; en todas partes, a pesar del carácter pacífico y disciplinado de los yanquis, se le desprecia, se le odia, se le ataca... Unos proponen que se le recluya en un solo estado de la Unión; otros que se le exporte a Filipinas... Pero todos chocan contra las ideas democráticas de nuestros tiempos, tan dogmáticamente sentadas en el texto y el espíri-

tu de la Constitución. El *problema negro* viene a ser así no sólo una cuestión económicopolítica, sino trascendentalísimo problema de ética general, que puede cambiar y trastrocar las bases de la democracia y hasta del principio cristiano.

Sería ahora el caso de determinar cuál conducta ha sido más acertada, si la africanista de los criollos o la antiafricanista de los yanquis. Pero es imposible resolver la pregunta en términos tan absolutos y generales...

Sin entrar a discutir en este capítulo si es o no raza "inferior" la negra, ni siquiera si es aceptable este concepto común de "inferioridad" étnica, analicemos un momento el tipo genérico del africano... ¿Posee realmente una capacidad de pensamiento y de trabajo menor que la europea? Ello es evidente; el negro no ha inventalo el telégrafo ni el ferrocarril, no es artista creador, no es empresario perseverante... Y no se necesita gran perspicacia para entenderlo así, dado que, hasta hoy, en ningún clima y bajo ningún gobierno, ha prestado a la humanidad servicios de clase intelectual y directora. Tal es el indiscutible hecho positivo.

Hecho no menos positivo e indiscutible para el buen observador es que su psicología tiene, como cualidades típicas y genéricas, el *servilismo* y la *infatuación*. Ambas son tan recíprocamente complementarias, que forman como las dos fases de un todo. Si los vasallos se prostituyen hasta idolatrar al jefe, el jefe se enorgullece hasta constituirse en ídolo. Los mayores tiranos cuando mandan, son, cuando mandados, los mayores cobardes. Es humano que el débil al sentirse fuerte, abuse de la fuerza; que el esclavo al sentirse rey, abuse de su soberanía... Por esto puede decirse que la infatuación del negro que domina es lógica y fatal consecuencia de su viejo servilismo de dominado, de súbdito de feroces reyezuelos, bajo una religión fetichista y de sanguinario culto.

Basta insinuar estos hechos — la relativa incapacidad del negro y su servilismo e infatuación — para comprender que el yanqui, desde su punto de vista republicano y de nacional grandeza, es muy lógico en sus sentimientos antiafricanistas. En el hispanoamericano, esos sentimientos serían ilógicos, pues que ha entroncado con el negro y le ha asimilado a su cultura, aunque, por desgracia, desmejorando su propia estirpe...

VII

PRINCIPIOS BIOLÓGICOS DEL MESTIZAJE Y EL HIBRIDISMO

Llámase *mestizo* al vástago de dos animales pertenecientes a distintas *variedades* de una misma *especie; híbrido,* al producto de individuos de dos diversas *especies* de un mismo *género.* El potrillo hijo de una yegua árabe y de un potro anglonormando, es un mestizo; y es un híbrido el mulo que resultara de esa yegua y un asno (pues que el género caballo comprende al caballo propiamente dicho, el asno, la cebra y el cuaga). En principio general, la biología enseña que el mestizaje no es nocivo a la vitalidad del producto y el hibridismo sí. Pero, siendo todavía difícil distinguir siempre la variedad de la especie, y existiendo variedades que tienden a especies y viceversa, tenemos que en muchos casos se confunden el mestizaje y el hibridismo. Es que, en realidad, la naturaleza no separa netamente la variedad de la especie, dado que toda variedad propende a hacerse especie y toda especie proviene de una primitiva variedad. El hibridismo es, por tanto, un mestizaje lato; el mestizaje, un hibridismo restringido. Ambos conceptos, más que hechos diferentes, significan graduaciones de un mismo hecho.

En el género humano el problema se complica más aún. ¿Es posible el hibridismo? ¿Son especies o simples variedades las cuatro razas: blanca, amarilla, negra y americana? Por lo menos, si se las califica de variedades, son variedades con tendencia a especies; si de especies, especies con resabios de variedades... De ahí que no se pueda afirmar como regla general y absoluta que el mestizaje humano sea favorable o desfavorable a la vitalidad del producto.

Restringiendo la cuestión, ¿qué resultados da el cruzamiento del blanco con el negro, o del negro con el amarillo, o del amarillo con el americano? Aunque aquí la experimentación no es posible, pues no se pueden encastar hombres como perros, la observación y la experiencia pueden darnos al-

gunos datos... Y, ante todo, la misma biología. Porque la biología nos suministra dos o tres principios generales aplicables a todas las castas, variedades y especies: el *atavismo* en el mestizaje, y la *correlación* de los caracteres somáticos y psíquicos.

Atavismo. — Observa Darwin que, si se cruzan varias palomas de diferentes variedades, estas variedades pierden en el producto sus caracteres distintos y tienden a reproducir el tipo ancestral de la especie silvestre *columba livia*, de la cual descienden todas ellas. La *ponter* pierde su enorme buche; la *runt* su pico macizo y sus grandes alas y patas; la *barb* su pico corto y ancho; la *colipava* sus grandes plumas caudales; la *turbitt* su pico corto y cónico y sus plumas inversas de la pechuga; y los múltiples y variados mestizos de todas ellas propenden siempre hacia el tipo atávico de la *columba livia*, de alas grises rayadas de negro.

En estos casos se trata de caracteres "aberrantes" que el criador ha producido en distintas variedades de una misma especie. Pero análogo atavismo se observa en híbridos de distintas especies naturales. Cruzando diferentes razas de caballos, y sobre todo caballos y asnos, se observa que el producto mestizo o híbrido saca frecuentemente una raya dorsal más obscura y la piel listada en las patas. De diez mulos, nueve por lo menos presentan este carácter cebroide, que, cuando se cruza el caballo con la cebra o el cuaga, es sin duda más firme y acentuado. De ahí infiere Darwin la existencia de un caballo primitivo naturalmente listado, del cual descienden las cuatro o cinco ramas del género, y plantea el evidente principio de que *el cruzamiento de dos distintas variedades de una especie reproduce el tipo específico ancestral: de las dos especies de un género, el tipo genérico.*

En el caso de simple mestizaje el principio puede presentarse con el esquema siguiente:

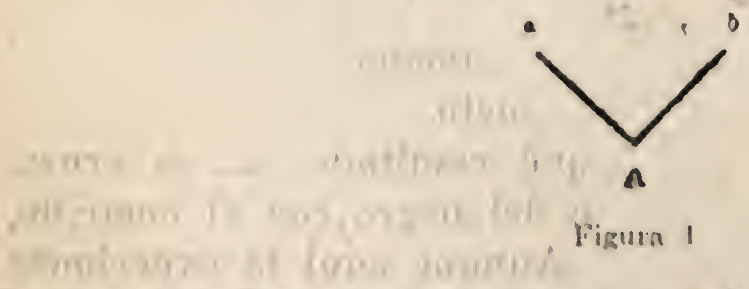


Figura 1

Las variedades *a* y *b* descienden del tipo específico A; luego, cruzándolas, se obtiene este tipo atávico: $a \times b = A$.

En el caso de hibridismo, el esquema se complica:

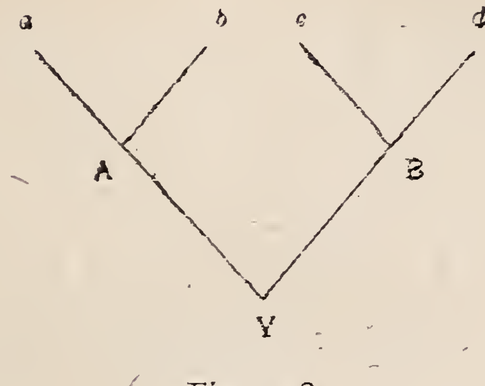


Figura 2

El tipo genérico Y produce las especies A y B, las cuales a su vez engendran respectivamente las variedades *a* y *b*, y *c* y *d*. Si se cruzan las variedades *a* y *b* resulta el mestizo con los caracteres del tipo específico A; si se cruzan las variedades *a* (especie A) y *c* (especie B) tendrá el híbrido con los caracteres del tipo genérico Y: $a \times c = Y$.

Aplicado este criterio a las razas humanas, llegamos a la consecuencia de que el mestizo tiende a reproducir un tipo de hombre primitivo, o, por lo menos, antiguo y precristiano. Y esto, naturalmente, de un modo general y vago, lleno, como veremos, de paliativos y lógicas excepciones... Tal es el principio del *atavismo* en el mestizaje humano.

Correlación. — Más sencillo es tal vez el principio de la *correlación,* que podría enunciarse así: no sólo existe una correlación forzosa entre el orden físico y el psíquico; también hay *caracteres físicos, aparentemente independientes entre sí, que se conexionan y complementan.*

Apunta Darwin que "el color y ciertas peculiaridades de estructura van unidos en muchos casos notables de plantas y animales". "De los hechos coleccionados por Heusinger parece que a los carneros y puercos blancos son nocivas ciertas plantas, de cuyo daño escapan los individuos de color obscuro." Observó Wyman, en Virginia, que todos los cerdos eran negros; e, indagando la causa, supo que estos animales comen la raíz de la *pintura* (*lachnanthes*), que colorea sus huesos de rosado y hace perder las pezuñas a los que no son negros. Por esto, por ser los negros los únicos que tenían probabilidades de vida, matan al nacer los labradores a cuantos no lo fueran. "Los perros sin pelo tienen dientes imperfectos; los animales de pelo largo y basto está probado que son aptos

para ofrecer abundantes y largos cuernos; las palomas calzadas tienen piel entre sus dedos externos; las palomas de pico corto tienen pies pequeños y las de pico largo pies grandes. De aquí que, si el hombre va escogiendo y aumentando cualquier particularidad, casi con certeza modificará sin intención otras partes de la estructura, a causa de las misteriosas leyes de la correlación (1)". Todas estas observaciones prueban la correlación de distintos rasgos *fisiológicos* entre sí.

La psicofísica demuestra a su vez la correlación de *lo físico* y *lo psíquico*. Y, en cuanto a la correlación de las diversas cualidades *psicológicas*, a falta de otra, podría servir de prueba mi larga exposición del Libro I sobre la psicología de los españoles, donde vemos que todos sus rasgos más característicos concuerdan en un punto céntrico que he llamado la "arrogancia". Así, el principio de la correlación se extiende a los tres órdenes de fenómenos biológicos: lo físico, lo psicofísico, lo psíquico.

Este principio aplicado al mestizaje humano y especialmente al criollo, nos da, como consecuencia inmediata, la siguiente: al tipo criollo físico corresponde un tipo psíquico. Más aún, el grado de espíritu indígena o mulato de un criollo cualquiera corresponde a sus rasgos antropológicos de mestización. Si en una famiila nacen, por ejemplo, diez vástagos de los cuales nueve tienen el tipo físico europeo y uno el negroide o mulato, los primeros poseen una psicología europea; el último, la mulata... En una palabra, todo mestizo físico, cualesquiera que sean sus padres y hermanos, es un mestizo moral.

(1) C. R. Darwin, *Origen de las Especies*, trad. esp, Valencia, tomo 1, pág. 20.

VIII

CARACTERES GENÉRICOS DE LOS MESTIZOS HISPANOAMERICANOS: INARMONÍA PSICOLÓGICA, SEMIESTERILIDAD DEGENERATIVA Y FALTA DE SENTIDO MORAL.

Como caracteres genéricos de todos los mestizos de Hispano América, ya hispanonegros, ya hispanoindios, ya zambos, citaré estos tres: cierta *inarmonía psicológica,* relativa *esterilidad* y falta de *sentido moral.*

Frecuente es observar en los animales híbridos, en hijos de padres de distintas especies, como el mulo, una curiosa dualidad de caracteres ancestrales, una naturaleza doble y alternativa, que tiende, ora a una de las ascendencias, ora a la otra. En el perrolobo, por ejemplo, se combaten y suceden la fiereza del lobo con la lealtad del perro. Lo mismo en los híbridos humanos, si los hay; son, no una cabeza, sino dos medias cabezas...

¡Cuán desapacible y trágica hace este dualismo que llamo "inarmonía psicológica" a la edad de los impulsos, a la juventud de los mestizos capaces, que, conscientes de su persona, viven como en una continua sorpresa de sí mismos! La irritabilidad se sobreexcita en su psicología, no sólo por los pocos años, sino también por los muchos saltos. ¡La primavera de los mulatos es negra! En cambio, la madurez suele ser blanca... Porque sólo entonces, después de tantas luchas internas, hallan instintivamente un equilibrio, un *modus vivendi,* dando primacía a cualquiera de sus tendencias, a la más fuerte o a la que mejor se adapte al medio; diríase que crían un cuerpo calloso que les sirve de puente entre sus dos medios cerebros, que los sueldan y... se sosiegan. Pero no sin que antes realizaran muchos fandangos a lo cafre, muchos pronunciamientos a la española, muchas revoluciones a la criolla.

En los mestizos indios, de suyo más débiles y callados, la dualidad los apoca a veces hasta la miseria o los histeriza

hasta el heroísmo. Por desgracia, más, muchos más son los que caen en la miseria que los que rayan en el heroísmo...

Puede considerarse a esta inarmonía psicológica como una forma espiritual de hibridismo antropológico; a éste, como una forma zoológica de lo que en botánica se ha llamado *disyunción de los caracteres hereditarios.* Suelen aplicar los naturalistas a esta "disyunción" la luminosa aunque no siempre fatal "ley de Mendel". El fenómeno es complejísimo. Consiste esencialmente en la *producción alternada*, para hibridismos vegetales y algunos animales, de *tipos disyuntos* y *tipos mixtos.* La esterilidad es generalmente mayor en los "mixtos" que en los "disyuntos".

En las especies animales el hibridismo produce ciertas esterilidades que los naturalistas, siguiendo aún la clásica nomenclatura de Broca, clasifican así: *agénesis*, híbridos de primera sangre absolutamente estériles; *disgénesis,* híbridos de primera sangre algunas veces fecundos, pero a la segunda absolutamente estériles; *paragénesis* o *hibridez colateral*, híbridos de primera sangre poco fecundos, e híbridos de segunda por regresión fecundos entre ellos; y *eugénesis*, híbridos de primera sangre directa e indefinidamente fecundos.

Y ocurre preguntar aquí de nuevo, ¿pueden producirse hibridismos en el género humano? ¿Son las "especies humanas", unas respecto de otras verdaderas especies zoológicas?... La única contestación posible paréceme la antes enunciada: la noción de especie es relativa, y, como tal, aplicable al género humano. El oso polar, con su pelo blanquecino y el cráneo largo y plano, y el pardo, con su frente oval, considerados largo tiempo uno y otro por los naturalistas como especies diferentes, resultan ahora de un cercano origen común, y acaso tanto o más emparentados que muchas razas de hombres. Y, ¿qué diríamos del ridículo perrillo faldero y el potente mastín de San Bernardo?...

Por de pronto, tenemos que los rasgos antropológicos de la raza amarilla la separan tanto de la blanca, que bien podrían descender de dos distintas variedades del *antropopiteco,* remoto antecesor del hombre. En cambio, la negra y la blanca parecen estar mejor vinculadas, ya por un origen común menos lejano, ya por contactos y mestizajes de la época histórica.

En fin, las seculares migraciones de los pueblos y las consiguientes mezclas dan tantas afinidades a las razas, que, si existe hibridismo, es harto complejo... De ahí que sólo por analogía pueda aplicarse a las "especies" humanas la nomen-

clatura de Broca sobre la esterilidad de los híbridos. También por analogía pudiera resultar que en los cruzamientos de las especies humanas de Hispano América hubiese generalmente eugénesis y sólo por excepción *paragénesis;* su *esterilidad,* si existiese, sería, pues, muy relativa. Salvo ciertas curiosas mezclas de indio, negro y chino (chino auténtico, de la Gran China), producidas en las naciones del Pacífico, especialmente en el Perú, los mestizos de América son prolíficos y hasta muy prolíficos... Lo debemos creer porque la estadística nos lo dice y en manera alguna — como podrían suponerlo espíritus malévolos y sanchopancescos — por aquello de que "la mala hierba nunca muere". ¡Quién cree en refranes populares, y quién se atreve a suponer mala hierba a los Santa Cruces y Porfirios Díaz!

Pero, aunque los mestizos hispanoamericanos sean fecundos, propenden siempre hacia un tipo más puro o definido: europeoide en los climas fríos, aindiado en los cálidos. La hibridez en sí no se mantiene; constituye un estado pasajero, verdaderamente de transición. Si se la repite y perpetúa por medio de continuos cruzamientos entre mestizos semejantes, la estirpe degenera, hasta originar lo que llaman los psiquiatras "la disolución de la especie por degeneración", o sea hasta engendrar tipos anormales que resultan escasa o nulamente aptos para reproducirse. Verdad es que nacen individuos degenerados en las especies humanas más puras o definidas, por causas misteriosas que los antiguos suponían fueran la cólera o la inspiración de sus dioses. La especialidad de las mezclas hispanoamericanas sería, simplemente, producir esos tipos *con más frecuencia.* En efecto, sin existir miseria ni intoxicaciones pestíferas, es aterradora la proporción que dan los híbridos hispanoamericanos de degenerados relativamente ineptos para la propagación de la especie; de mestizos que, del mandato inicial de Jehová—"creced y multiplicaos"—, sólo cumplen la primera parte... Entre *ellos* el afeminado mulato músico, pianista de nudosas manos, talle virginal, voz de flauta y coqueterías de romántica; el político mestizo de indio, de cutis lampiño y gelatinoso vientre de eunuco... Entre *ellas,* la mulata solterona, tan simpática cuando es intelectual y hace de excelente maestra de escuela, produciendo la engañosa sensación de que su raza, si la tuviera firme, sería normalmente apta para el feminismo; y tan repulsiva cuando, inintelectual, simple modistilla, llena su corazón vacío con un fanatismo

cualquiera, los iconos del templo o los espíritus parlantes de la mesita de tres pies...

Llamaría yo al fenómeno la *semiesterilidad degenerativa del híbrido humano*. Y no se argumente en contra diciendo que mezclas hubo en todos los tiempos y lugares, mezclas que, lejos de originar tal fenómeno, hasta han mejorado ciertas razas. ¿Por qué ha de producirse en Hispano América, a diferencia de Europa, Asia, Africa?... A esta objeción, dos respuestas: la primera, que la historia de las antiguas migraciones de razas es obscura, por lo cual no sería extraño que el fenómeno de esa relativa esterilidad, si ocurrió, no haya podido ser comprobado aún; la segunda, que los entronques fueron en América más violentos, menos espontáneos que los demás registrados por la historia. Como que no se da otro caso de un inmenso continente poblado por aborígenes, y conquistado luego por extranjeros de diversísima estirpe, que, para complemento, traen una tercera y distinta raza a que trabaje la tierra, mestizándolos todos entre sí... El hecho es artificioso, anómalo, heterogéneo, y las consiguientes mezclas, heterogéneas son, como jamás se vieran, y anómalas y artificiosas. Además, se producen súbitamente, por complicadas causas, como son la falta de mujeres blancas en un principio, la concupiscencia de ciertos climas tropicales y la inarmónica monogamia europea, la riqueza, la pobreza... Se producen súbitamente: quiero significar por influencias extrañas, antes de que los inmigrantes blancos y negros se adaptasen a los nuevos climas. A la inversa, en los demás cruzamientos de razas históricas, en los que supongo no sólo indiferentes, sino hasta benéficos, las circunstancias hacen presumir previa adaptación al medio geográfico; estos son los *naturales*. Los de las razas hispanoamericanas fueron, puede decirse, *artificiosos* y hasta contra la naturaleza; y la naturaleza — que por ser mujer es vengativa—, diríase que se vengó. ¿Cómo? Aumentando la degeneración media cuando se pretenden mantener los estrambóticos hibridismos humanos producidos contra sus leyes.

En cambio, cuando el mestizo tiende muy marcadamente a un tipo determinado, ya blanco o de color, es fecundísimo. Los antropólogos dirán que "por regresión"... Los profanos hallarían otra causa, especialmente si se trata de gente de origen europeo en cuyas venas sólo hay un dieciseisavo o un treintadosavo de sangre africana; dirían que... ¡por selección!... O, más bien, por elección, por "afinidad electiva"... Pues esos tipos lejanamente mestizados tienen, para

la atracción sexual, encantos singulares de que carecen los *pur sang*. ¡Sobre todo las hembras! ¿Qué más gracioso, qué criatura más exquisita que una europea ligerísimamente amulatada, a la que la civilización viene pasando, desde varias generaciones, voluptuosísimamente, su mano de cal por todo el cuerpo, hembra que reune a la belleza de las blancas un no sé qué de picante y atrayente que le es propio, algo como una exótica *nonchalance* de serrallo? El poder de sus hondísimos ojos negros, poder legendario, ha sido ardientemente cantado por los poetas de América. Y es típica y elocuente una canción que narra, con adorable candor, el caso de la morena o mulata llamada Trinidad, canción popularísima en todo el Nuevo Mundo — de un polo a otro polo, iba a decir, pero, para evitar la hipérbole, diré que de Texas a Patagonia, ¡y diré la verdad! — Sólo una grande exactitud, un realismo evidente, ha podido extender de tal modo a ambos lados de las Antillas coplas tan peregrinas... Porque la mulata Trinidad es de la Habana; allí, según el texto, se paseaba una mañana por las calles...

Entre dos la sujetaban,
y a la cárcel la llevaban,
por orden de autoridad...

¡No debía ser muy buena pieza!... Ante el juez lloró, con sus nerviosas lágrimas de princesa prisionera... El juez, al escucharla mirándose en sus ojos "sin poderlo remediar", sufrió tan bárbaro *coup de foudre*, que, sin más ni más, la sacó del brazo, la llevó a la iglesia, y... se casó con ella. Así dice la canción popular. ¿Dónde se canta hoy en Europa otra que tan súbito poder atribuya a unos ojos femeninos? — "Mi china" y sobre todo "¡Mi negra!" son expresiones de suprema sensualidad en Hispano-América.

Es que la sangre africana entronca admirablemente con la española, al menos con la de los españoles del Sud, porque, como he dicho, según enseñan los modernos antropólogos, los iberos primitivos fueron en parte inmigrados de Africa, fueron afroeuropeos. De ahí ciertas afinidades que dan carácter a la mezcla. No así la de hispanos e indios, pues que éstos descienden de un tronco probablemente aislado desde el período cuaternario. Por ello podría llamarse al cruce hispanonegro, simple mestizaje; al hispanoindio o afroindio, verdadera hibridación.

Y cuando intervienen los tres elementos — indígena, espa-

ñol y negro—, el hibridismo es tal, que la degeneración será casi siempre su consecuencia inmediata, hasta la disolución de la *falsa especie*... Puede bien admitirse entonces que no siempre resultan viables los cruzamientos hispanoamericanos; de ahí su relativa esterilidad, que el mismo doctor Pangloss, el filósofo ultraoptimista, aceptaría, rendido ante la evidencia. Cándido, su discípulo, preguntaríale cuál bien reporta a la humanidad ese fenómeno antropológico... Y no alcanzo francamente a vislumbrar cómo justificaría aquí el buenazo, el buenacísimo de Pangloss su *tout est pour le mieux,* sobre todo si a él le tocaba — como que todas las calamidades le tocaban— el papel de mulo... En verdad lector, ¿no comprendéis el pesimismo y hasta la perversidad de los mulos? Y, si "comprender es perdonar", ¡perdonadles sus coces!

El sentido moral de las sociedades modernas es en gran parte fruto del Cristianismo. Poseemos una moral cristiana. La heredamos, en forma de "mandatos de la conciencia", que dicen los teólogos; de "ideas innatas", que sostuvo Descartes; de "imperativos categóricos de la razón",, que enunciara Kant; de "predisposiciones psicológicas", que concretan los psicólogos positivistas... Llámeselo como se quiera, el hecho es que todo hombre normal, después de tantos siglos de ascendencia cristiana, nace con aptitudes heredadas para distinguir lo bueno de lo malo. Sólo la degeneración puede borrarlas, produciendo tipos atávicos y antisociales. Esto en los europeos. No así, naturalmente, en quienes no posean esa ascendencia cristiana (o budista, que podría reemplazarla), como son los indios de América y los negros importados. Por ello, rasgo distintivo y capitalísimo común a indios y negros, a mulatos y mestizos, es la *falta de sentido moral,* de eso que en los cristianos pueblos europeos se llama "sentido moral".

En lo que se revela la ausencia de sentido moral de los híbridos americanos de un modo más perjudicial a las sociedades, es en la falta de probidad. De ahí que se supongan fenómenos característicos de la economía política hispanoamericana los "gobernantes de sangre y rapiña", el agio de una moneda fantástica e inverosímil, las bancarrotas individuales y sociales, los impuestos abusivos y absurdos, las sociedades anónimas improsperables...

En cuanto a la moral sexual, la sangre africana y aun la indígena, como originarias de los trópicos, de regiones poligámicas, son mucho más "frecuentes" que la europea, pro-

cedente de climas fríos, propicios a lo monogamia. La plebe de color es, pues, en América forzosamente, por razones etnoclimatéricas, menos casta, menos "virtuosa" que la blanca. Y tanto, qce alguna vez se ha discutido en Roma si, por excepción, no debería permitirse el matrimonio al clero católico hispanoamericano, cuyos miembros, al menos en los países cálidos, suelen llevar abundante y cosquillosa sangre africana o indígena en sus venas de célibes...

IX

PSICOLOGÍA DEL MULATO Y DEL MESTIZO INDIO

Impulsivo, falso, petulante, el mulato es una complicada amalgama del genio español y africano. Tiene de aquél la poliforme arrogancia; de éste, la infatuación cacical. Como contra él existe tradicional prejuicio de desprecio y odio, se venga despreciando y odiando la tradición y los prejuicios. Es esencialmente innovador: en política, en artes, en letras. Por su rencor al pasado, es el enemigo natural del blanco... Es el instrumento de la venganza póstuma del negro... ¡Es la venganza del negro!

Vedle pasar, con su estirada trompa clásica en la que humea un puro, por sus dedos regordetes llenos de sortijas, echado hacia atrás como si retara al mundo, tieso y engreído, ¡vedle! Y pensad siempre que en su mente le acosa el deseo de deslumbraros y que su corazón palpita de siniestra envidia... ¡Guardaos de él! Insinuante y servil cuando quiere, puede captarse vuestra confianza, y, si la capta, será para traicionaros y humillaros.

Es irritable y veleidoso como una mujer, y, como mujer, como degenerado, como el demonio mismo, "fuerte de grado y débil por fuerza". Sabe hacerse pequeño y dúctil, para luego erguirse y desafiaros mejor; sabe doblar su elástico espinazo, para después enderezarlo con soberbia de Luzbel. Porque, nuevo Luzbel, es el eterno Rebelado.

Carece de valor personal. En los trances peligrosos difícilmente vencerá el miedo; pero, lleno de argucias y dobleces, escapará al enemigo con ondulaciones de reptil. Es por disimular su innata cobardía por lo que toma sus terribles aires de matón; igualmente, para disimular su escasa potencia genésica adopta sus posturas de don Juan... Recuerda al medroso niño que, cuando siente miedo al caminar en la obscuridad, silba para darse ánimo.

Aunque desaforadamente ambicioso, verdadero *arrivista*,

carece de *esprit de suite*. Es un dispéptico hambriento, con apetito para devorar un buey y sin estómago para digerir una chuleta. ¡Felizmente! Si su estómago respondiera a su hambre, si su constancia se relacionase con sus ímpetus, ¿quién sino él sería el gran Dominador y el gran Destructor, el monstruo apocalíptico que ha de devorar a las sociedades modernas y caducas?

Incapaz de luchar abiertamente por la vida en competencia con el blanco, es un eterno y oculto francotirador. Parásito y oportunista, vive de la política, de expedientes, del *chantage*. Rápido y locuaz, sabe a veces simular talento. Mas su mayor habilidad es la de escurrirse bajo las puertas mejor cerradas; penetra en los palacios, engaña a sus protectores, y, con sus aires de espadachín y libertino, se incauta de opulentas y cándidas herederas.

Como horrorizada de sus perfidias y aberraciones, la naturaleza le hace poco prolífico. Ni siquiera los patriarcales goces de la familia son parte a suavizar sus antipatías y odios. No sólo es un ser antisociable, sino también antifamiliar. No sólo malquiere a sus semejantes, sino también a sus propios hermanos de sangre. Y hasta se diría que a sí mismo, por ser su persona siempre la víctima definitiva de su rencor universal; en el fondo y a pesar de sus ínfulas, es un desgraciado... *Vae victis!*

Tipo diverso del mulato, señálase el mestizo hispanoindio, en general, por su espíritu apático y fatalista. Pero su primer defecto es, sin duda, la rapacidad. Así como el mulato reagrava e intensifica la arrogancia de los españoles, el mestizo intensifica y reagrava su avaricia adquisitiva.

El *malón*, el robo por sorpresa y golpe de mano, sentimiento, costumbre e institución fundamental del indio bravo y salvaje, es también la pasión dominante del mestizo civilizado. En cierto modo, si su fatalismo primitivo se convierte en apatía, su fiereza se trueca en incurable rapacidad. Por esto, si el mulato representa en la sociedad hispanoamericana la Envidia ferozmente desquiciadora, el mestizo indio significa la no menos desquiciadora Concusión. Impuros ambos, ambos atávicamente anticristianos, son como las dos cabezas de una hidra fabulosa que rodea, aprieta y estrangula, entre su espiral gigantesca, una hermosa y pálida virgen: ¡Hispano-América!

Tales se me han presentado los hechos, tales los presento

yo al lector. Pero el lector podría sospechar que los miro con espíritu prevenido, con el prejuicio de la existencia de "razas inferiores" y de "mestizajes degradantes"... Protesto contra la sospecha. No he supeditado nada a teorías generales; antes bien he observado y descripto profesando como método, aunque científicamente bien informado, lo que suele llamarse en Alemania el "realismo ingenuo".

Ni niego ni afirmo la existencia de "razas inferiores" en absoluto. Los teutones, que tan inferiores parecieran a Julio César y a Tácito, son ahora raza superior y triunfante; los japoneses, ayer menospreciados como poder bélico, incontrastable lo manifiestan hoy; los mismos aztecas y los quichúas realizaron antaño admirables civilizaciones... Arriesgado sería entonces garantir la inferioridad absoluta de estas o aquellas razas. Pero, si la historia y la observación nos demuestran una inferioridad más o menos relativa, negarla, ¿no sería negar la realidad mismísima, los hechos positivos e indiscutibles? Contentándonos, pues, con esta realidad y estos hechos, debemos limitarnos a estudiar y reconocer, sin meternos en otras honduras, *como son* los factores étnicos que entran a componer al hispanoamericano.

Cierto es que para estudiar imparcialmente al mestizo indio y al mulato se tropieza con un prejuicio tradicional: el desprecio que despiertan ambos, singularmente el último... Pero, si nuestras observaciones y datos concuerdan con este prejuicio, ¿no sería ilógico que, por mero espíritu innovador, se lo contradijera y negara? Lo que es, es, con o sin prejuicios.

Más bien un prejuicio contrario, el democrático y romántico de la Revolución francesa, ha tratado de rehabilitar el mestizaje y especialmente al mulato. Si todos los hombres son iguales en derechos y deberes, lo serán también psíquica y antropológicamente; entre las razas no debe haber diferencias específicas; el mestizaje, lejos de desvirtuar la vitalidad, ha de aumentarla... Y en apoyo de tan peregrinas ideas se citan hechos más o menos caprichosos: en las islas Marquesas de Polinesia, mientras que la población indígena decrece, multiplícase la mestiza; en Méjico y América del Sud se ha elevado esta última, en tres siglos, al quinto de la población total; en Venezuela, gran número de mulatos se han distinguido como publicistas..., *et sic de caeteris*. (1)

(1) C. Bouglé, *La Démocratie devant la Science*, París, 1904, pág. 80.

Al analizar estos hechos, presentados por autores democráticos, resultan generalmente sofísticos en varios sentidos: se confunde la mezcla de razas afines y parientes con la de razas específicas y opuestas; se generalizan demasiado los casos de afinidad étnica; se da crédito a las opiniones parciales de escritores mestizos, despreciando la de viajeros y naturalistas; se razona sin conocimiento personal de casos y datos.... "Todos los viajeros han notado, dice Darwin, la degradación y las disposiciones salvajes de las razas humanas cruzadas". "No se puede comprender, dice Livingstone hablando del Zambesé, por qué los mestizos son más crueles que los portugueses; pero el hecho es incontestable". Un habitante del país decía a un viajero: "Dios ha hecho al hombre blanco y Dios ha hecho al hombre negro; pero el demonio ha hecho al mestizo". La palabra "mulato" representa gravísimo insulto en toda la América; en la española, en la británica, en la portuguesa, donde, para hacer más gráfico el denuesto, llámase *chivo* al mestizo de negro, aludiendo al hedor que hereda de sus abuelos africanos... Mas, ¿qué importa a los demócratas lo que digan sabios como Darwin o viajeros como Livingstone, citados ambos por Bouglé, ni lo que enseña la tradición y la experiencia? Contra la verdad palmaria nos contestarán siempre que el mal trato, que el medio ambiente es lo que pervierte al mestizo... Y digo contra la verdad palmaria, porque en ninguna parte hallaron quizás los mestizos un medio más favorable y liberal que en Hispano-América, ¡y en ninguna parte fueron más funestos!

X

DISIMULO DE LOS CARACTERES EXÓTICOS Y TENDENCIA DE HOMOGENIZACIÓN ÉTNICA

En fin, como complemento de este bosquejo de la psicología del mestizaje humano de la América española, de este golpe de vista tomado a vuelo de pájaro, podría agregarse otro rasgo común a mulatos, hispanoindios y zambos: el *disimulo de los caracteres étnicos exóticos*. Para el vulgo es muchas veces muy difícil distinguir el menjurje ancestral, a lo menos en la tez y la expresión de la fisonomía. Un treintaidosavo de sangre africana es generalmente inadvertido. No tanto la misma fracción de sangre indígena, porque ésta no se amalgama lo mismo — como lo he apuntado — con la europea. El sol tiende a igualar el matiz de los cutis, la civilización a blanquearlos. Se necesita el ojo clínico del antropólogo para descubrir certeramente esas fracciones de abolengo exótico en la forma del cráneo, de las manos, de las uñas... Y, sobre todo, no basta examinar al individuo aislado y en sí, siendo indispensable conocer la familia en conjunto y en detalle.

Sabido es que en los estados del sud de Norte América hay gran cantidad de negros y mestizos, cuarterones; octerones... —en fin, de mulatoides—, a quienes los blancos, por antiguos odios de raza, hondamente desprecian, y, hasta tal punto, que consideran denigrante holgar con ellos, comer con ellos. Pero, ¿cómo reconocerlos inequívocamente en los sitios públicos, entre los blancos tostados por el sol?... En las *tables d'hôte* del Sud regía y aún rige un procedimiento curioso: por general y tácito acuerdo, todos los comensales deben mostrar las uñas al sentarse a la mesa... Quien no quiere mostrarlas, o aquél a quien, en mostrándolas, le descubren un tinte obscuro hacia la raíz, es expulsado.

Sostienen muchos antropólogos que, en los éxodos de los pueblos, las razas inmigrantes adquieren, por influencia del ambiente, caracteres semejantes a los que las autóctonas poseen, *aunque no hayan entroncado unas con otras*. Los rasgos adqui-

ridos por los advenedizos a través de varias generaciones serían semejantes a los hereditarios de los naturales, como que estos rasgos hereditarios de los naturales han sido, en parte, también adquiridos, aunque muy anteriormente, por el poder del medio. El clima, la alimentación, la atmósfera son entonces, en último término, fuerzas que *homogenizan* las razas distintas que en una región se establezcan y adapten. Así, cuando dos razas distintas se radican en un mismo territorio, se diferenciarán por los antiguos caracteres ancestrales y se parecerán por los modernos que adquieran. Esta sería la fórmula científica de lo que llamo "el disimulo de los caracteres étnicos ancestrales", bajo el protector barniz con que los más recientes los encubren. Para encontrar al eslavo, no basta ver al ruso; hay que rascarle, que descascararle.

No menos importante que la influencia de la sangre viene a ser la del medio. América modifica el tipo antropológico del europeo. Cualquiera que sea su origen, evidentemente el criollo no será nunca un europeo. Suponiéndole descendiente de pura sangre europea, el medio americano le transforma. El problema sería saber si *degenera o se regenera*. En los países tropicales, diríase que degenera. No es europeo allí, sino europeoide. Disminuyen su estatura e inteligencia; a la segunda o tercera generación es ya menos prolífico; a la quinta suele ser un neuroartrítico... En los climas fríos y templados, la transformación — ya degenerativa o evolutiva—, es menos evidente. En el Río de la Plata el hijo de inmigrantes es casi siempre más robusto y prolífico que sus padres, lo que se explica por una mejora en la alimentación y en la higiene; pero no siempre conserva su robustez y prolificidad más allá de la segunda o tercera generación...

Algunos antropólogos pretenden que "a nuestros ojos se está operando la creación de una *raza norteamericana*"; es decir, que, por influencia del medio, el tipo europeo se transforma en Norte-América fundamental y sistemáticamente. El norteamericano moderno, dice A. Murray, se parece al norteamericano autóctono, y este parecido se nota en la parte inferior de su rostro, que es casi cuadrangular, contra la forma oval del inglés. Según Pruner-Bey, el yanqui se aproxima, desde la segunda generación, a los Pieles Rojas, comenzando a acusar rasgos análogos a los de las tribus de los Lenni-Lenapes, Iroqueses y Cheroqueses. Su piel se pone seca como cuero y toma cierto tinte alimonado; en la mujer adquiere una palidez mate. La cabeza se achica y se aplana, la cabellera se

alisa y obscurece, el cuello se alarga. El cuerpo, de huesos largos, se extiende principalmente en la parte superior, y tanto, que en Francia e Inglaterra se fabrican guantes para la América del Norte con dedos excepcionalmente alargados; la pelvis de la mujer se asemeja a la del hombre. Según Carpenter, en fin, el norteamericano abandonado a sí mismo se transformaría en piel roja.

Creen los ignorantes que la negrura del negro arraiga en su constitución interna; hay quien supone que su estómago y su corazón y hasta sus huesos son tan retintos como sus cerdas. Y, si les conceden la blancura del ojo, es para que mejor resalte la obscuridad de la mirada; si se les reconoce el marfil de los dientes y la púrpura de las encías, es para que sea más elocuente la feroz bestialidad de sus mandíbulas prognatas... No obstante estos prejuicios y a pesar de su nombre, el negro no es negro sino moreno; y aun este color moreno no aparece al principio de la vida, pues el negrillo recién nacido es de un moreno rojizo, que pronto se convierte en un gris pizarroso y luego obscuro; además, tal tinte no se extiende por todo el cuerpo, siendo más claras las plantas de los pies y las palmas de las manos... Al ver el naturalista Blumenbach al actor Kemble representar a Otelo, según la costumbre, tiznado el rostro de negro y de negro enguantadas las manos, cuando el actor las abrió, perdió el naturalista la ilusión... Igualmente la perderían muchos si viesen descuartizar a un hotentote. Es que la obscura tez del negro no alcanza ni a la profundidad del corion, tejido que sigue inmediatamente al dermis; cáusanla ciertos pigmentos de este dermis, del tejido reticular, que es la verdadera piel, la externa, pigmentos semejantes a los que constituyen las pecas de los blancos.

Lo mismo pasa con la coloración rojoamarillenta, o amarillorrojiza, o pardoamarilla de los indígenas de América. Podría decirse que el color de las gentes de color lo es *pour la galerie*: que se tiznan con aire y sol para asustar a los blancos, como las niñeras cuando hacen el ogro con los niños egoístas y caprichosos. Y, en verdad, ¿qué niños más caprichosos y egoístas que los blancos?...

Para el profano resulta más fácil descubrir el abolengo exótico, a lo menos del octerón en adelante — si el profano es buen observador, por supuesto —, en ciertas manifestaciones de la mentalidad. Una melancolía motezumiana revela ascendencia india; unos celos de Otelo, ascendencia negra. Entre estos síntomas mentales es muy curiosa una verbosidad

exaltada y decadente... En ciertos parlamentos flamea como una bandera de barbarie; pero, en la poesía, suele cincelar rimas tan sorprendentes como las rubendarianas... ¿Por qué una gota de sangre "chorotega" o "nagrandana", como lo dice el mismo Rubén al prologar sus bellas *Prosas Profanas* (1), producen ese original decadentismo?... Ocúrrenseme varias explicaciones concordantes: por un lado, la cálida inspiración de pueblos cálidos; por otro, cierta inarmonía entre la psicología de esos autores y la dialéctica europea; por otro aún, lo que he llamado su "hiperestesia de la ambición", que les hace comulgar con el último credo estético, francés o escandinavo. Este síntoma literario, que no es siempre tan inactivo como se cree, paréceme ser el único rasgo progresista de la mentalidad de los mestizos americanos; los demás son bien chocantes... En efecto, la gente culta de Buenos Aires suele llamar esos rasgos, cuando desentonan en el ambiente europeo de sus salones, "patadas de ultratumba". ¡Admirable expresión! ¡expresión profundísima! ¿No son acaso patadas, y no de piafantes corceles de batalla, ni siquiera de burros, sino de mulos estériles y mañeros?...

A pesar de estas "patadas de ultratumba", no puede hallarse vituperable *en sí* al elemento mixto... Tiene condiciones positivas, tan positivas como las de Benito Juárez, Porfirio Díaz, Bernardino Rivadavia, Rubén Darío, y cientos y miles de obreros útiles aunque anónimos de la incipiente y heterogénea civilización de "nuestra América". Protesto — y creo que todos los conciudadanos de la Patria Grande debemos protestar —, contra ese injusto y estéril prejuicio de desprecio que sopla, como hálito glacial, sobre la sangre exótica que corre, mezclada, remotamente mezclada, en las venas que ruborizan nuestras frentes. Ruborizan, ¿por qué? ¿Porque se nos calumnia?... Sí. Pienso que se calumnia a esas razas extrañas cuando se las llama, rotunda y categóricamente, "inferiores". No debemos creer en otra inferioridad que la degeneración, y, aunque muchos mestizos degeneren, éstos, entonces, lejos de perdurar, se pierden... Quedan otros, y muy valiosos. Su llamada inferioridad, *relativa a la civilización europea*, no sería en ningún caso una deficiencia absoluta, puesto que puede salvarse desde dos puntos de vista: el uno, la posibilidad de que tales razas coadyuven alguna vez a producir una cultura propia, como la japonesa; el otro,

(1) *Prosas profanas y otros Poemas*, París 1901, pág. 48.

la de que pueden modificar la cultura europea. Lejos de serme indiferentes u odiosas, tanto las amo, que las siento dentro de mí; la sístole y la diástole — que en el pecho de algunos pesimistas ritman una ininterrumpida marcha fúnebre y en el de otros claveteau un ataúd —, en mí, digo, por optimismo, por simpatía optimista, tocan un *candombe*. ¡Y qué compás más alegre y epiléptico, con sus giros de *cake-walk*, con sus pausas de tango, esas pausas tan calientes de africano color que son como un rugido de silencio... Pero ¡ay!, no obstante tan alegre musiquilla, siento algo tan pesado dentro de mi alma de patriota...

¡Y tú, oh espectro de Benito Juárez, tú que invisible a mis espaldas vas leyendo, por encima de mis hombros, lo que escribo, con tus ojos muertos, doblemente muertos, en el imperio de tu raza y en el aliento de tu vida; tú, cuyos ojos arrojan una sombra divina sobre la página blanca que mi pluma emborrona; tú, que llevaste dentro de ti a la tumba ese mismo algo tan pesado que dentro de mí siento, sin haber dicho a tu irrisorio congreso más que una pobre parte de tu rico secreto; tú, cuyo sacrificio callado e intangible fué más doloroso que el de Motezuma; tú, oh héroe, perdóname y retira de mi página blanca la sombra de tus ojos!

¡Y tú, victorioso Roosevelt, que invitaste a tu mesa a un renegrísimo educacionista afroamericano, desafiando la indignación de tu orgulloso pueblo; tú, que has creído acaso que sólo en la paternal homogeneidad de los tuyos puedes fundar tu enérgica política de democracia imperialista; tú, en quien mi antipatía no desconoce el vigor de la salud, tiéndeme, por encima de esos mundos, tu callosa mano de trabajador y aventurero, para que la estreche en un entusiasta *hand shake*, ahora que a mis espaldas se ha esfumado la sombra simpática del Azteca!

XI

ESQUEMA DE LA LUCHA DE RAZAS EN LA REPÚBLICA ARGENTINA

Imbuídos en la escuela democrática de la Revolución francesa y en el constitucionalismo norteamericano, los historiadores argentinos han falsificado la historia argentina. Al inventar grandes multitudes populares y partidos políticos de principios crearon una interesante mitología patria, que, en los tratados corrientes, pasa por verísima verdad.

Hubieran acertado mejor si, dejándose de lirismos franceses y rótulos yanquis, aplicaran a los acontecimientos un criterio científico cualquiera: el *económico,* por ejemplo. Pues aunque el criterio económico no sea siempre suficiente para explicar los hechos de la historia, las grandes guerras religiosas y las pasiones políticas legendarias, en la historia argentina basta, porque ella carece de tales guerras y pasiones. Pueblo nuevo, que ha dispuesto de ilimitados y ricos territorios, se presenta la Argentina ante Melpómene con las manos tan blancas y el corazón tan puro como una virgen adolescente que sube, para ser sacrificada, las gradas de un viejo altar pagano...

A tres pueden reducirse los grandes movimientos internos de la historia argentina: la guerra de la independencia (1810-1816); las luchas caudillistas provinciales (1816-1825); las luchas interprovinciales llamadas de la "Organización nacional" (1825-1880).

1.° La guerra de la Independencia no se originó en altos ideales democráticos, ni la realizaron multitudes ávidas de gloria y libertad. Fué sólo un movimiento que iniciaron, inconscientes de sus proyecciones futuras, la burguesía o el comercio criollo de Buenos Aires, contra el irritante sistema del monopolio español. Su punto de partida fué una enérgica protesta comercial, formulada primero en la *Representación de los Hacendados* y luego en los debates del Cabildo abierto de 22 y 25 de Mayo, protesta que, reconociendo am-

pliamente y sin doblez la soberanía de Fernando VII, no atacaba la dominación española más que en sus desafueros económicos. El "pueblo", por su ignorancia y su indiferencia, no acompañaba de *motu proprio* a los "hacendados"; pero éstos, como amos, ya sabrían arrastrarle, si fuere preciso, a franca y abierta rebelión...

Las circunstancias históricas, las vencidas invasiones británicas, la política intermitentemente débil o voluntariosa de la metrópoli, el *venticello* romántico de la Revolución francesa, el ejemplo de Norte América, todo contribuyó a aumentar la torrente y a encauzarlo en la tedencia democrática preconizada por el filosofismo del siglo XVIII. Y ocurrió así que la primitiva protesta de la burguesía criolla fué creciendo y asimilándose ideas extranjeras, hasta rotularse "revolución democrática". Extraña falsificación porque, precisamente, si bien había una clase directora capaz en las colonias, faltaba en absoluto pueblo europeo y republicano. Constituíase una democracia, ¡sin *Demos!*

2.° Realizada la independencia, subsistía aún la organización aristocrática que dieran los españoles a sus colonias. La tierra, dividida en latifundios, pertenecía a ricos holgazanes de las ciudades, y la plebe de color de la campaña se hallaba en misérrima condición. Esta plebe inició entonces el segundo movimiento histórico: constituyó sus caudillos y movió guerra política a las ciudades... Tal fué el desorden interno que produjo, la confusión y anarquía de gobiernos, que se ha llamado a su período álgido *el caos del año* XX. Y así como en la guerra de la Independencia triunfó la burguesía criolla, en las luchas provinciales del caudillismo venció la plebe campesina.

3.° Con esta victoria se consolidaron los gobiernos de provincia; cada provincia tenía su caudillo de origen rural, es decir, un caudillo que cimentaba su autoridad omnímoda en su prestigio en las aindiadas masas rurales. Pero, por desgracia, la riqueza se hallaba harto desigualmente repartida entre las provincias: había una muy rica, Buenos Aires, que contaba sus cabezas de ganado por millares, y muchas pobres, muy pobres... Entonces éstas, sin consentir que la provincia rica, que era también la provincia-capital, les impusiera su supremacía, provocáronle continuas guerras. Contra el ideal unitario del porteño levantaban el pendón federal.... Buenos Aires misma, obligada por la mayoría, se declaró a su modo federalista... Y la lucha no terminó hasta instituirse una

constitución federal y la federalización de la ciudad-capital.

Ahora bien, aunque no lo parezca, esos tres grandes movimientos (la ciudad-capital contra la metrópoli, las campañas contra las ciudades, las provincias pobres contra la provincia-capital), encubren y alientan una lucha de razas latente y solapada, casi vergonzante. Y es de reconocer que, en esta lucha, las fracciones etnogeográficas más ricas fueron casi siempre las menos mestizadas. Voy a describirla aquí porque la reputo típica de tantos y tantos conflictos políticos y económicos de las repúblicas hispanoamericanas.

1.° En el primer movimiento, el mestizado *criollo* luchaba con el español, a quien llamó harto gráficamente *godo*, o sea hombre rubio y de raza blanca. En efecto, Juan de Garay fundó la ciudad de Santa María de los Buenos Aires en 1580, con 88 soldados, de los que sólo 9 eran españoles y los demás "criollos", hijos de indias paraguayas (1). Según cálculos aproximados de Sarmiento, apenas un sexto de la población de la ciudad era, en 1776, de pura ascendencia española, existiendo en la mayoría, después de la importación de esclavos negros, su gota de sangre africana. Hacia fines del siglo XVIII, la población *que se declaraba* "de color" constituía más o menos *una mitad* del censo (2), población formada casi totalmente por negros y mulatos que por no ser bastante descoloridos se inscribían como negros, pues poquísimos eran los indios puros capaces de resistir la vida ciudadana.

Las proporciones étnicas que arrojaba el censo de Buenos Aires, lejos de ser excepcionales y sorprendentes, representan uno de tantos casos en la fundación de las ciudades coloniales: criollo fué el plasma de casi todas ellas. Pero en las más importantes se formó una clase directora españolizada continuamente por la inmigración, una rica y orgullosa burguesía, que en las ciudades del virreynato del Río de la Plata se llamaba a sí misma la *gente decente*, por oposición a la *chusma*, a la menospreciada turba de color (3).

---

(1) J. L. CANTILO, *Juan de Garay*, Buenos Aires, 1904, pág. 176.

(2) D. F. SARMIENTO, *Conflictos y Armonías de las razas en América*, tomo II, artículos *Introducción* y *La población de la capital del Virreynato*.

(3) Es de notar, sin embargo, que la población de Buenos Aires constituía étnicamente una de las más europeizadas, si no la más europeizada de la América española. El censo levantado por el virrey Vértiz, en 1778, demuestra que, para una población total de 24.205 habitantes, existían en Buenos Aires 15.719 blancos (españoles y criollos), 7.268 negros y mulatos, y, finalmente, 1.218 indios y mestizos. Las estadísticas posteriores han arrojado aún mayor proporción de blancos... Pero no debemos olvidar que, si bien indudablemente la más europea de las poblaciones hispanoamericanas, la de Buenos Aires comprende una gran mayoría de criollos. Estos criollos. censados como blancos, eran descendientes de españoles e indios. Su rótulo de blancos ha engañado a mu-

2.° El segundo movimiento de la historia interna de la República Argentina, el de las masas suburbanas y rurales contra las clases ricas y urbanas, puede bien considerarse como un nuevo conflicto de razas: los mestizos aindiados del campo contra los criollos europeizados de las ciudades. Estos, olvidando su origen mestizo, habían sucedido a los "godos", en su orgullo de raza, y, como los "godos", sufrieron el desquite de otros más criollos y sobre todo mucho más numerosos.

3.° Ni aún ahí, con la victoria de los semiindios gauchos rurales, concluyó el conflicto de razas. En el tercer movimiento, el de las luchas interprovinciales, las provincias pobres del interior representaban una tendencia étnica más o menos vagamente indiana contra la tendencia étnica española de la provincia-capital. Por su clima más frío, su posición geográfica de puerto y la ruindad de las tribus pampeanas, la ciudad de Buenos Aires y su campaña, recibiendo continuo contingente de inmigración europea, se mantuvieron durante la época colonial en un relativo y creciente alejamiento de los indios. Además, el alcoholismo, la viruela y la tuberculosis—¡benditos sean! — habían diezmado a la población indígena y africana de la provincia-capital, depurando sus elementos étnicos, europeizándolos, españolizándolos. A la inversa, en el interior, la temperatura tropical, las grandes dificultades de comunicarse con la metrópoli, y la cultura y belleza de las razas indígenas fueron generalizando y aumentando el mestizaje hasta la época de la independencia. Por esto, apenas consolidado el caudillismo, las nuevas luchas interprovinciales tuvieron también su factor étnico.

Podría todo ello sintetizarse en los siguientes esquemas etnográficos y aun etnopolíticos (1).

---

chos supuestos sociólogos. Eran más bien "blanqueados", por las mestizaciones europeas y la vida de ciudad... En todo caso, la fracción de sangre indígena se ha ido diluyendo, hasta el punto de que, en el siglo XX, puede considerarse ya como cantidad despreciable. Resulta así de la copiosa inmigración europea que se mezcló con el pueblo desde las últimas décadas del siglo XIX.

(1) Estos esquemas han sido empíricamente construídos. Son la representación aproximada y hasta un tanto caprichosa de un fenómeno sin embargo real y exacto. No he tenido a mi alcance medios para delinearlos con mayor exactitud. Bastaría consultar el mapa demográfico de la República Argentina últimamente confeccionado por el profesor E. A. S. Delachaux (*Revista de la Universidad*, Buenos Aires, mayo de 1905) para percibir que, si bien revelan *tendencias* positivas, sus líneas no están rigurosamente trazadas. Alguna hay, como la que separa las provincias de los territorios del Sud en la figura 5, que sin duda debió restringirse mucho hacia el Norte. De todos modos su objeto, que es presentar gráficamente la teoría que en el texto desarrollo, puede bien considerarse llenado, aunque sólo en la medida que lo permiten los escasos datos étnicos y demográficos de que puede hoy disponer la sociología argentina.

En este primer esquema (fig. 3) pueden representarse los dos primeros grandes movimientos. De 1810 a 1816 lucha el elemento A, la burguesía criolla de las ciudades y especialmente de Buenos Aires, con el "godo" metropolitano. De 1816 a 1824, el elemento B en el litoral, y el C en el interior, se rebelan contra la burguesía urbana A.

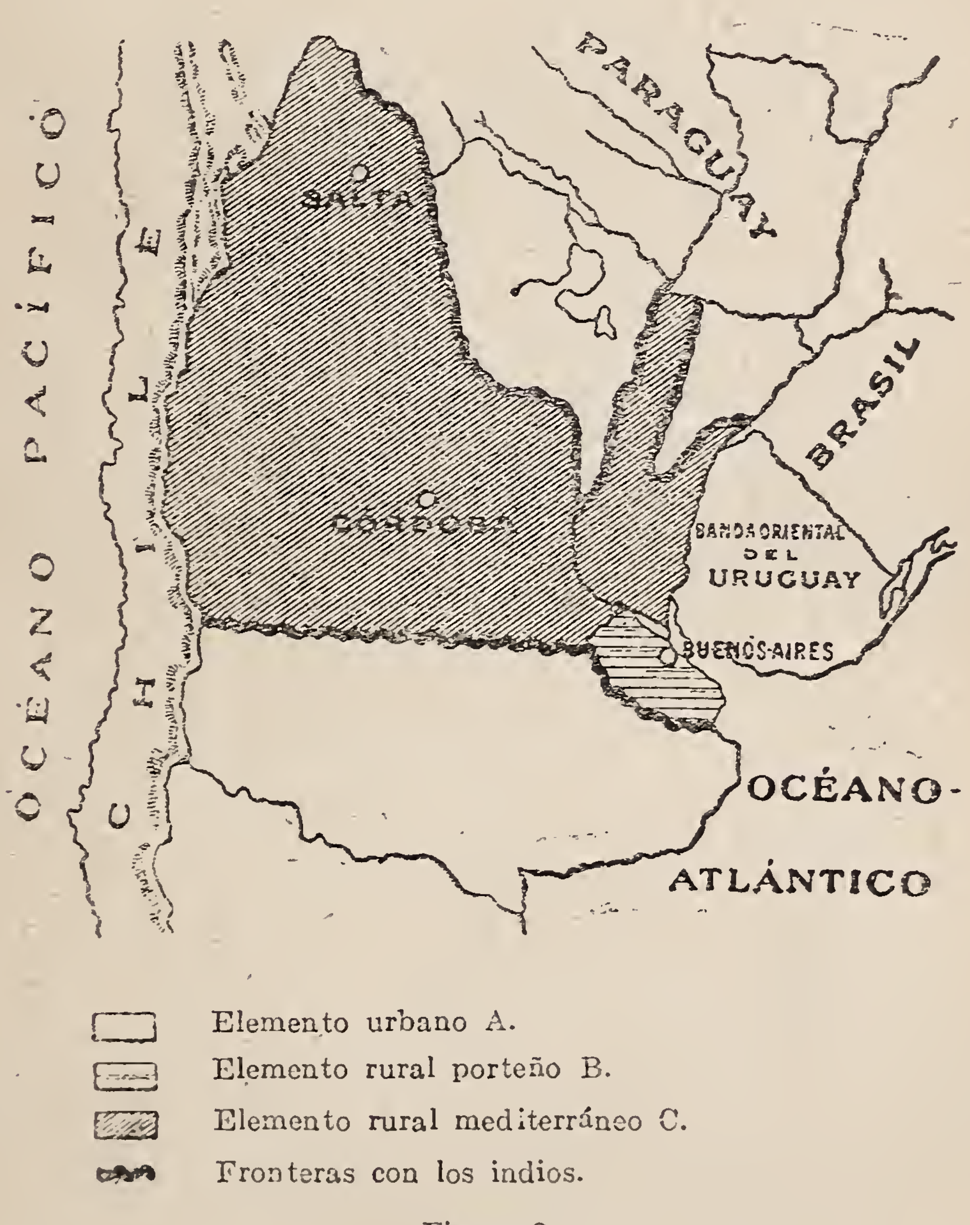


Figura 3

Como se ve en este segundo esquema (fig. 4), la campaña ha conquistado las ciudades, y la república se divide, habiendo crecido ampliamente la primitiva mancha blanca de la ciudad-puerto: en un litoral A apenas criollo y en un interior B todavía mestizado. La lucha ya se había esbozado vagamente en la primera junta gubernativa (1810), representando el cordobés deán Funes al interior y el porteño Mariano Moreno al litoral. Por sus argucias y sutilezas venció el deán,

y su triunfo puede decirse, se ha perpetuado hasta nuestros días...

Pero he aquí otra vez que cambia el esquema etnogeográfico de la República Argentina (fig. 5). Por influencia de la inmigración, el elemento A, la región A, se agranda aún



Elemento litoral A.
Elemento mediterráneo B.
Fronteras con los indios.

Figura 4

y extiende a tres provincias de las más ricas y vastas, reconcentrándose hacia la cordillera B...

Así también parece evolucionar la política argentina, después de terminado el segundo gobierno del general Roca; un nuevo presidente porteño diríase que encarna las viejas y generosas tendencias de Moreno y Rivadavia... Inconscientes como todos los instrumentos de la historia, los antiguos provincialistas y federalistas le han abierto el camino al operar, desde 1880, la reconcentración del poder nacional en Buenos Aires y el consiguiente debilitamiento de los poderes provinciales... La Regeneración será entonces, de 1904 en

adelante, una conjunción feliz de los elementos litorales y los mediterráneos, encontrados y reconciliados en el ancho campo del progreso, donde florece la adelfa y se agitan las palmas triunfales de Jerusalén. Explotadas las riquezas todas de la república, no habrá ya las señaladas diferencias económicas; extendida por doquiera la inmigración europea, no



Región A.
Regiones B.
Territorios nacionales poco poblados.

Figura 5

habrán tampoco muy notables diferencias étnicas... No habrá más que un solo tipo argentino, imaginativo como el aborigen de los trópicos y práctico como el habitante de los climas fríos, un tipo complejo y completo, que podrá presentarse como todo un hombre, como el modelo del hombre moderno: *Ecce homo!*

LIBRO III

LOS HISPANOAMERICANOS

I

LA COMPLEJIDAD ÉTNICA DEL CRIOLLO Y SUS TRES CUALIDADES PSICOLÓGICAS CARACTERÍSTICAS

Hállanse hoy bien desigualmente repartidos y combinados en ''nuestra América'', según los pueblos, las regiones y los climas, los primitivos elementos étnicos: español, indígena y africano. El elemento indígena predomina en las zonas mediterráneas; el negro, en las costas tropicales. Se ha dicho que cuatro quintas partes de la sangre mejicana es india, y una octava, negra... Es que la civilización antigua era tan notable en Méjico que los súbditos de Motezuma, aunque vencidos, no pudieron ser desalojados ni exterminados; involucráronse en la plebe del virreinato, y luego en el pueblo de la república. Algo semejante ha ocurrido en el Perú y Bolivia con los Quichúas, que produjeron la segunda civilización precolombiana; y, en Ecuador y Colombia, con los Chibchas o Muiscas, la tercera, y con otros indios más, que se hallaban en vías de civilizarse en la época de la conquista. En Centro América, en Venezuela y en el Paraguay, favorecidos por el clima, ha quedado también un tanto indígena el plasma de las modernas poblaciones.

En Cuba y en las costas del Brasil, los negros, mucho más laboriosos y adaptables a las industrias tropicales, y también favorecidos por una temperatura semejante a la de las costas de Coromandel y Mozambique de donde eran oriundos, hanse expandido y han amulatado las poblaciones hispánicas hasta constituir acaso importantísima base étnica de la población.

En Chile, por haberse colonizado aquella capitanía general en una forma aristocrática, dividiéndose la tierra en grandes propiedades rurales que se entregaron a las familias españolas colonizadoras, y por haberse introducido pocos negros, elemento democratizante, hase conservado hasta ahora una división radical entre la clase directora, blanca, descen-

diente de los grandes propietarios coloniales, y la plebe, los *rotos*, hispanoaraucanos, que muchos reputan más araucanos que españoles... Así, aunque en su letra la Constitución de la República de Chile es democrática, en la práctica lo es aristocrática. La revolución que derrocó a Balmaceda puede considerarse el triunfo de un partido históricamente aristócrata, en el carácter si no en el nombre, contra la nueva tendencia reaccionariamente demócrata de un gobierno que, resistido por la clase rica y blanca, buscó el apoyo de la clase pobre y mestiza: del pueblo, de los "rotos", quienes, por su absoluta inferioridad de raza, fueron engañados y vencidos, una vez más, por la minoría de los fuertes.

Abunda sangre indígena en ciertas poblaciones semieuropeas del interior de la República Argentina; no es tanta en la costa; poquísima, casi ninguna, en las Pampas, y, del Sud, todavía nada puede decirse con certeza, porque aun permanece casi despoblado, o poblado por miserables tribus indígenas que tienden a desaparecer. La ciudad de Buenos Aires—hoy quizá la más europea, por raza, clima y costumbres, de toda Hispano-América—,fué refundada, como hemos visto, por "criollos" procedentes de la Asunción del Paraguay... Y, en 1830, en *El Nacional* de Montevideo, escribía Rivera Indarte que "llamar mulato a una persona en el Río de la Plata, con la mira de hacerlo desmerecer en el precio público, es un contrasentido histórico y político. Setecientos años de dominación morisca han mezclado en las venas de nuestros progenitores, los españoles, copia no pequeña de sangre africana. Trescientos años de trata de negros, trescientos años en que nuestras poblaciones han sido constantemente compuestas de una tercera parte, cuando menos, de mulatos y negros, deben haber contribuído para que la sangre africana permanezca aún hoy mezclada un tanto con la nuestra". Y así ha sido ello, no sólo en el pueblo, sino también en las mejores familias, por más que se niegue y se desmienta, por pueril vanidad...

Hoy el censo señala en Buenos Aires una ínfima proporción de negros. ¿Por qué este descenso? Varias son las causas... El clima les ha diezmado, pues sus pulmones resisten mal el viento pampero; se han mestizado y la raza blanca, como más vigorosa, predomina en las mezclas, que se suponen blancas; y, finalmente, por la copiosa afluencia de inmigración europea...

En el Uruguay ha pasado algo semejante... Pero, en

una y otra parte, aunque la masa de la población parezca absolutamente blanca, hay un factor oculto, de pura cepa africana, que, para un observador hábil, se revela en todo momento: en la política, la literatura, los salones, el comercio... En la administración pública la *hiperestesia de la ambición* suele, por ejemplo, infatuar de tal modo a los funcionarios amulatados, que sus inferiores blancos merecen tanta compasión como esos ministros negros que, en Africa, para hablar a los tiranuelos de tribu, hunden en el polvo la cabeza...

Las distintas amalgamas y combinaciones de estos elementos hispano-indígena-africanos ha producido la *psicología nacional* de cada república; y, dentro de esta psicología, las más peregrinas incongruencias, incongruencias que nunca resultan mejor que cuando se aplican rótulos europeos a productos genuinamente criollos... A los cacicazgos suele llamárselos "repúblicas"; a los abigarramientos de formas y colores de estética típicamente africana, "buen gusto" y "belleza"; al servilismo, "lealtad cívica"; a la individualidad que se caracteriza, "extravagancia"; "piedad", a una casi idolatría fetichista; "viveza", a la indelicadeza y a la fanfarronería; "tontería", a la ingenuidad y a la buena fe; y así de seguido, hasta no acabar nunca, porque a cada instante se descubren más contradicciones, más archipiélagos de contradicciones...

Y sobre todos los *rasgos comunes* del carácter de los hispanoamericanos destácanse tres fundamentales; tres cualidades que sostienen, como inconmovibles columnas de piedra, el *genio de raza: la* PEREZA, la TRISTEZA y la ARROGANCIA...

II

LA PEREZA CRIOLLA

Clásica es la expresión *pereza criolla,* que, como toda expresión clásica, designa una verdad burilada por la experiencia en la memoria del público. En los países hispanoamericanos, la desidia ancestral de los colonizadores, si la hubo, ha sido reforzada por la apatía de los aborígenes y de los esclavos negros... Simbolízase a sus repúblicas en una joven de lánguidas pupilas negras, que velan sedosas pestañas y profundizan circasianas ojeras, tendida sobre una hamaca que voluptuosamente se balancea colgada a la sombra de dos árboles gigantescos.

La pereza europea, lo que más comúnmente se califica en Europa de "pereza", es más bien un *derroche* de la actividad humana, de suyo escasa, en cosas ociosas; la pereza criolla, una *falta* innata de actividad. La pereza oriental, la de la princesa Sherezade de las *Mil y una Noches,* representa asimismo una falta de actividad; pero sólo *corporal,* pues su pensamiento sueña, trabaja... La pereza criolla consiste en una absoluta falta de actividad, *física y psíquica.*

A un gaucho que pasaba los días "siestando" y jugando las noches, exhortóle Darwin, de viaje por la Confederación Argentina, a que emplearа mejor su tiempo, a que trabajase... Y el gaucho contestó: "¡Es tan *largo* el día!" ¡He ahí una contestación bien categórica y bien típica! Equivale a decir: "Dejémoslo todo para mañana, para la semana que viene, para más adelante; tiempo nos sobra..." Un vividor europeo hubiera contestado lo contrario: "¡Es tan *corto* el día!... Es tan corta la juventud, tan corta la vida, que hay que aprovecharla, ¡divirtiéndose cuanto se pueda!" Aquel no trabaja porque el día es demasiado largo; éste, porque demasiado corto. El uno está enfermo de pereza *total;* el otro, si no obra, es por pereza *parcial,* por no querer desgastar sus

fuerzas sino en placeres... El uno, porque carece de actividad; el otro, porque da un empleo ocioso a su actividad.

Hasta en el lenguaje y la pronunciación se manifiesta la universal pereza criolla. El vocabulario hispanoamericano es mucho más reducido que el español; por no aprender y usar bien el idioma, se le empobrece, se olvidan palabras indispensables...

En cuanto a la fonética, ya el afidalgado español la simplifica bastante en los siglos árabes, cambiando las letras difíciles de la pronunciación antigua por otras más fáciles. Ha desdoblado la *s* (como al hacer de "cassa", "casa"); trocó la *r* en *d* ("mentida", "mentira"); la *t* en *d* ("venit", "venid"); la *f* en *h* ("fierro", "hierro"), etc... Pues el criollo simplifica todavía esta pronunciación facilitada. Quita a la *s* su sonido silbante, y hasta llega a suprimirla a final de sílaba (dice *fóforo* por "fósforo"); confunde *v* con la *b*; hace perder a la *z* y a la *c* líquida su enérgico sonido castizo, y, para colmo, hay quien, cuando habla, arrastra las sílabas cantando perezosamente... Aun no contento con todo eso, no falta alguno que pretenda también innovar la ortografía, castrando hasta a la palabra escrita sus atributos etimológicos. Tal un señor Carlos Cabezón, chileno, que escribe y se firma — *¡ké kakumen de kabesa!* — *Karlos Kabesón*, así como suena, si no huele, con K. K. La anárquica arrogancia hereditaria y la pereza al hablar producen semejante sistema pseudoortográfico, semejante monstruo, gigante o *kabesudo*, de extravagancia y cursilería.

III

UNIVERSALIDAD DE LA PEREZA CRIOLLA

Primera característica de la pereza criolla es su *universalidad*. No se limita a esta o aquella rama del humano esfuerzo; abarca todo el conjunto de hombres y cosas. Como el manzanillo, proyecta mortífera sombra sobre cuanto alcanza: ideales, política, justicia, industria, arte... Analizad, en efecto, oh jóvenes hispanoamericanos, vuestras comunes llagas nacionales...

Faltan ideales, ante todo, ¡faltan ideales! Como son esfuerzos del alma, no los han de poseer los pueblos indolentes. No pueden concebirse sin que tiendan a proyectarse, más o menos bien, en la conducta. Un ideal que no se practica no es un ideal. ¡El ideal de un apático no es un ideal!

¡La política criolla! En una pereza colectiva se halla, como lo veréis más adelante, la primera razón de todos los vicios de nuestro sistema político hispanoamericano: el caudillo que se impone por compadrazgos y cohechos; el ciudadano que delega en él su iniciativa y responsabilidad; los pseudoparlamentos, teatros de miserables discordias personales; las grandes mentiras históricas, que el pueblo acepta, por no tomarse la tarea de estudiarlas... Frutos de impunidad por falta de contralor cívico, son los gastos públicos siempre crecientes, los presupuestos generosos en épocas de déficits, los parásitos del erario... Y culpemos menos al niño que roba dulces, que al confitero que se los deja robar; al político que cuenta con el silencio del público, que al público que calla.

La falta de una administración judicial que garantice eficazmente la vida, el honor y la propiedad, más que efecto de vicios en las leyes hispanoamericanas—generalmente imitadas de excelentes modelos—lo es de la indolencia de los jueces.

La pequeñez de la clase grande, la pobreza psicológica

de la clase rica, que no funda institutos progresistas ni dota universidades, escuelas, bibliotecas o museos, más que productos del egoísmo humano, lo son de la ignorancia, hija de la apatía.

En literatura el palabreo vacío de sentido, la verbosidad ampulosa y sin substancia, la elefantiasis del estilo criollo — consecuencias son de escribidores estérilmente fecundos, que hablan y escriben mucho porque no exige mayor esfuerzo; pero que no piensan, porque eso sí lo exige... Son gibosos engendros de viles rebuscadores de desperdicios en los detritus lingüísticos, ¡de banqueros de palabras y mendigos de ideas!

En el comercio y en la industria vemos cada día a los extranjeros monopolizar más y mejor los ramos más provechosos, los que requieren constante labor, mientras los criollos dejan deslizarse su vida en cómodos empleos oficiales.

Venalidad, caciquismo, flojedad, inconstancia, imprevisión, indiferencia..., todo eso es, en cierto modo, lo mismo: la incuria criolla.

Reaccionad, oh jóvenes, contra la incuria nacional, que sólo así hallaréis nuestra decantada "Regeneración". El único culto de la patria es el Trabajo. El verdadero patriotismo es algo más que enorgullecerse con los laureles del pasado, ¡es conseguir los del presente y preparar los del porvenir! No consiste sólo en vociferar sobre "el blanco y celeste que nuestros gigantes padres arrancaran ayer al cielo", sino en arrancar hoy a la tierra, regada con el sudor de nuestras frentes, honra y provecho... Quien os diga que seréis más felices sin trabajar, es un traidor.

Y, desde este punto de vista, los criollos solemos ser, por ahora, más o menos traidores a nuestras respectivas patrias...(1) Por sus inmensas riquezas naturales y por la incuria de sus pueblos, Hispano América se presenta, pues, como una nueva tierra de Canaán. Codícianla descaradamente imperios poderosos, que hablan ya de una "forzosa repartición de los trópicos"...

"Muchas veces he pensado — y lo tengo dicho en *La Educación* — que el progreso de las naciones, y aun sus

(1) La regla general de la "pereza criolla" tiene sus excepciones. En el litoral de la Argentina, la gente es trabajadora. Débese ello a un clima ya más frío, al estímulo de la riqueza ambiente, y también a la inmigración extranjera, que modifica la raza. Algo semejante pudiera decirse de ciertas regiones de Chile y del Uruguay.

sentimientos y su moral, están en razón directa a la actividad de sus individuos. Aun de la actividad para el mal resulta un recrudecimiento en la lucha por la vida, del que la sociedad gana siempre en disciplina y experiencia. En una palabra, creo que en un pueblo que no ha caído en la locura es más útil un bribón activo que un hombre honesto indolente. A diferencias de éste, aquél provoca reacciones, sentimientos e ideas: estimula el trabajo social. Y del trabajo social depende el progreso'' (1).

Mas no debo terminar este capítulo sin reconocer que, junto a la pereza completa e indiscutible, suele existir otra parcial y discutible, la cual toma a menudo las apariencias de desordenado y aplastante trabajo. Dos formas generales podrían, pues señalarse en la pereza criolla: una absoluta, la absoluta inacción; otra relativa, la falta de disciplina, de método y de higiene en el trabajo..

El desorden en el trabajo individual, que es forma la más elevada de pereza, malgasta y neurasteniza frecuentísimamente, en Hispano América, la vida de ciudadanos útiles. Organizar el propio trabajo es un nuevo trabajo. Criollos de buena fe que se proponen trabajar, los hay, y muchos; pero, indolentes por temperamento, dejan frecuentemente atrasarse y acumularse el trabajo, por no atenderlo todo con el orden propio de los caracteres madrugadores e ingénitamente activos... Hombres que no saben metodizar, por falta de actividad bastante, la tarea que su voluntad les impone, se rinden pronto bajo el peso de una labor confusa, que, siendo más diligentes, hubieran metodizado, y que, metodizada les hubiera sido más fácil. La desidia criolla, que anula las fuerzas de los perezosos, porque nada hacen, suele malograr así la de los emprendedores, porque no saben disciplinar su acción. Aquéllos no trabajan, éstos trabajan mal...

(1) C. O. Bunge, *La Educación*, 4.ª edición, Buenos Aires, tomo II, pág. 44.

IV

LA MENTIRA CRIOLLA

Hemos visto que, por su *universalidad*, la pereza criolla presenta *múltiples fases:* la diversidad aparente en la unidad real. Entre estas fases, una de las más curiosas es la *mentira*... No me refiero a las grandes "mentiras convencionales", idealizaciones propias de todos los pueblos y los siglos; refiérome a un género especial de mentira, nuestro, propio: la *mentira criolla.*

Dos elementos la constituyen: la exageración imaginativa, tartarinesca, propia de molleras andaluzas caldeadas por el sol del Mediodía, y el *poco más o menos,* el *à-peu-près* de los pueblos decadentes, que no fijan sus ideas. De la aleación de ambos factores psicológicos emerge la mentira criolla, desnuda, como Venus entre las ondas.

Se me podría argüir que la mentira exige un esfuerzo, un trabajo mental, y que, por lo tanto, no es siempre pereza... ¡Pero hay mentiras de mentiras! La Ficción del Arte y las grandes "mentiras convencionales" son, es verdad, productos, más que de la desidia, de la actividad mental. La mentira criolla es otra cosa: consiste esencialmente en orillar todas las dificultades de la realidad inventando, a gusto de cada uno, el mundo en que se vive. Es un *continuo engaño de acomodamiento a una inacción instintiva;* el dejar hacer transformado en dejar fingir; un amable sistema de disfrazar la vida para rehuir toda responsabilidad, todo trabajo... O sea una fase ideológica y general del mal de raza, la pereza.

Verdad es que en todas las sociedades modernas se miente a destajo; se vive en una atmósfera de artificioso convencionalismo. Pero la mentira criolla, cuyo efecto es el no hacer o el no hacer bastante, diríase antagónica de la *mentira europea,* que consiste más bien, a lo menos cuando llega a sus más puras formas, en una sobreexcitada Ficción del Ideal; en proponerse una Perfección mentirosa, para realizarla imperfecta-

mente, como fuere posible... "¡Sed perfectos (por la acción) como es perfecto nuestro Padre que está en los cielos!" Esta es la cristianísima mentira de los europeos; la de los hispanoamericanos sería budhista: el Nirvana, ¡el conocimiento por el Nirvana! La mentira europea es la del Infinito *positivo*, del Ser, de la Acción; la criolla, la del Infinito *negativo*, el No Ser, la Inacción de Huáscar y de Atahualpa, ¡la Contemplación de los fakires para remontarse a Dios!

Los términos más típicos que ha inventado el ingenio hispanoamericano son, a mi juicio, estos dos neologismos argentinos y sus derivados: *atorrar* y *macanear*. *Atorrar* constituye el *movimiento* de la pereza criolla; *macanear*, la *palabra* de la pereza criolla. "Atorrar" significa vagar y descansar sin rumbo y sin objeto, alternativamente, no para hacer ejercicio y reponerse, sino por procurarse el placer de la quietud y del movimiento al acaso; "macanear" quiere decir disertar mintiendo a la criolla, es decir quijoteando y equivocándose en el clásico poco más o menos a un mismo tiempo. Pensar que los vocablos "vagar" y "divagar" corresponden exactamente a uno y otro conceptos, que por ser criollos son nuevos en el idioma, sería como suponer que el gobierno de Méjico es efectivamente republicano, y el de la República Argentina federal... ¡Bien demostrado me parece que no pueden aplicarse, sin desnaturalizarlas, nombres europeos a cosas hispanoamericanas, como no sería correcto que, para representar al *Julio César* de Shakespeare, se vistiera un actor con la indumentaria de mister Chamberlain: frac, clac, *boutonnière* y monóculo en el ojo derecho!

V

LA PEREZA CRIOLLA EN LA LITERATURA

Infestada está de desidia la literatura hispanoamericana. Los géneros que exigen un esfuerzo serio, poco se cultivan. Excepto unas cuantas obras muy señaladas, sólo se escriben cronicones que pasan por historia y "paisajes" que presumen de "sociología". Los sociólogos y los estilistas, a lo menos los *estilistas de fondo,* escasean. Autores hay que han escrito mucho, mucho, con tropical frondosidad; no han tenido pereza en la mano... Pero, de ese mucho, ¿dónde está el libro de aliento, meditado, concluído? Si diligencia ha habido en la mano, pereza hubo en el espíritu... Poseen lo que Boileau llama "la estéril fecundidad de los malos escritores".

Convengo, pues, en la superficialidad e inconsciencia de la literatura hispanoamericana, mas me atrevo a insinuar también que la culpa no es toda de los autores... Son los lectores quienes, por desidia criolla, si el escritor les obliga a fijar la atención demasiado tiempo, le encuentran "aburrido", y si sus ideas necesitan, por profundas y exactas, un verdadero trabajo de comprensión, le tildarán de "difuso". Quieren, como los dispépticos, alimentos livianos, fáciles y frívolos, y, a veces, como los paladares estragados, piden también picantes condimentos... Hubieran hallado excelentes, por superficiales, los peores artículos de Clarín, y "pesados" los estudios serios de Sainte-Beuve, y archipesadísimas, como las salchichas de Frankfort con *Chucrut,* las más hondas investigaciones de Schlegel, el "Profeta del Pasado".

Si Hegel, el semidiós, hubiera nacido en Hispano América —como un albatros que cae a la cubierta de un barco de pescadores, herida la ancha ala por la centella—, el público, ¡oh ilustre público!, calificaría su metafísica, sin leerla naturalmente, de difusa, de archidifusa, de protodifusa, de multiplidifusísima. Hallaría su estilo más indigesto que un cañón Krupp... No obstante, y a pesar de que son muy pocos los

capaces de abarcar la construcción de ese pensador, aun no se ha podido medir cuánto, pero cuánto debe hoy la civilización alemana a las ampliaciones del pensamiento de ese estilo cañón y de esos conceptos a veces más obscuros que sombras de tinta china.

¿Qué diría un lector hispanoamericano, de un voluminosísimo tratado filosófico compuesto de frases como la siguiente (no se lea hasta el fin, hojéese): "Cada cual puede observar en sí mismo que las percepciones directas de los sentidos externos, como las imágenes o intuiciones del sentido externo, y las ideas mismas, productos elaborados de la inteligencia, en cuanto vienen a ser reflejadas o contempladas sucesivamente por el yo bajo modificaciones sensitivas diversas, triste o penoso, agradable o fácil, guardan en lo tocante a los grados de claridad o de obscuridad, de movilidad o de persistencia, de confianza o de duda, que imprimen a esas ideas un carácter particular y como una fisonomía propia", etc., etc., etc?....

Sin embargo, el autor de ese párrafo no es Duns Escoto, el teólogo y alquimista, y ni siquiera Schelling o Fichte; es una gloria del pensamiento francés, del ático pensamiento francés: Maine de Biran. Ese estilo de abstracciones y generalizaciones y sintetizaciones encierra, en efecto, un concepto claro, preciso y vasto; pero, ¿quién se atrevería, en Hispano-América, a traducirlo en lenguaje concreto y común? Aunque comprenderlo sea rudísima tarea, una vez comprendido y a él acostumbrado entrará el lector en una región luminosa, como el Parsifal de la leyenda, después de atravesar las intrincadas y brumosas selvas que circundaban el Santo Graal. El lector criollo, desde las primeras líneas arrojará fastidiado el libro, como la mona que cogió una deliciosa nuez verde y mordió la amarga cáscara... Temiendo algo semejante de sus compatriotas, Maine de Biran buscó el público más paciente del mundo; no sometió su obra a la crítica del país de Pascal, su patria, donde acababan de escribir el clarísimo Condillac, el elegante Laromiguière, el fogoso y galano Royer-Collard, y donde entonces estaban en boga los filósofos burgueses de la escuela de Edimburgo. Como tenía la felicidad de escribir en un idioma universal, presentó su obra a las academias alemanas, con grande éxito. Allí nació su fama que, más tarde, enalteció Cousin, reivindicándola como una glo-

ria nacional.—¡Y bien vale la pena el trabajo de comprender a un metafísico! Compenetrándose con su Cosmos, figúrasele al lector que el hombre se eleva un grado más en la escala animal...

...*Ergo*, la desidia criolla, así como anula el trabajo práctico, aniquila la labor del pensamiento, en artes y en letras, circundando sus mejores productos de invadeables tinieblas.

VI

LA TRISTEZA CRIOLLA

La Alegría es hija de la Libertad; la Libertad, del Individualismo y la Disciplina. Un pueblo de esclavos, dominado por una religión sanguinaria y tiranizado por un autócrata absoluto, nunca es un pueblo alegre. En su alma nacional domina la resignación, la virtud de la *tristeza*.

Los aborígenes de América fueron gente triste.—México, con sus templos de "dioses carniceros alimentados por sacerdotes verdugos", era un pueblo resignado. Cuando llegó Cortés, le creyó un nuevo Dios, Quetzatlcoatl, a quien esperaba; iba a imponerle una nueva resignación. Un puñado de intrépidos aventureros le sometió porque representaba, para sus melancólicas imaginaciones, la fatalidad. Las tierras del Imperio Incásico se dividían en tres porciones: una para el culto del Sol, otra para el Inca y su familia, y la tercera para el pueblo. Y tan coercitivo era el poder del Inca que se llama a la política de aquel imperio "autocracia socialista". El autócrata partía y repartía los inmuebles y los muebles, y hasta improvisaba los casamientos sin consultar a los contrayentes... ¡Hasta ese punto era absorbida por el Estado la individualidad de los hombres! Los pieles rojas vivían en plena guerra de venganza, arrancando, a los enemigos, cabelleras que llevaban al cinto como trofeo. Los guaraníes, que no sabían a veces contar más que hasta tres, eran tanto o más vengativos que los pieles rojas; después de muchos años de muerto un enemigo desenterraban sus huesos para aplastar el cráneo bajo el talón triunfante. Pero, cuando los jesuítas fundaron sus Misiones en el Paraguay, se sometieron gustosamente; llevaban sobre sus hombros, con la ejemplar docilidad del niño, la mole, para ellos aplastadora, de una vida reglamentada y mecánica, como esos condenados que vió Dante acarreando enormes piedras. Los araucanos fueron los más ferozmente belicosos indios de América. Los pampas vivieron impregnados

en la melancolía de la Pampa. Los patagones son hombres mansos, resignados. Los caribes, que por vivir en las costas con holgura y relativa independencia podría suponerse los más alegres indígenas americanos, fueron cobardes, débiles y antropófagos.—La Tristeza, puede decirse, era así una condición general de estas razas aborígenes: un *trait d'unión* de su psicología, el *trait d'unión* entre su Fatalismo y su Venganza.

¡Y la conquista no les infundió mayores ánimos! Fueron vencidos, perseguidos, esclavizados, aniquilados, exterminados por los centauros invasores, cuyas armas eran serpientes de hierro, que, estallando como el trueno y escupiendo fuego y plomo, fulminaban como el rayo. En vano traían un Cristo que abría en lo alto sus amorosos brazos...—Cuando, al marchar al suplicio, los sacerdotes exhortaron a Guatemozín a abrazar la fe cristiana como única vía para llegar al paraíso, sitio de sempiternas delicias, preguntó el indio si los españoles iban a ese cielo; respondiéronle que unos iban y otros no; entonces, negándose a recibir el bautismo por medio de sus intérpretes, repuso que "si había españoles en el paraíso, no quería él ir allí". Es que, para los vencidos, los españoles serían demonios de un infierno ignoto y despiadado, cuyo símbolo era un instrumento de martirio, la cruz, ¡la divina Cruz!

No era tampoco alegre la misma raza conquistadora. La vieja risa goda habíase apagado, para siempre, con las libertades comunales, con los últimos fuegos de las libertades hispánicas, en los labios de Padilla y de Lanuza... ¡No! El pueblo inquisidor por excelencia, el del Escorial, el que artillaba la Invencible Armada y los ejércitos del duque de Alba, ¡no era un país sonriente! Tenía la adustez romana y la adustez teológica... La caprichante Alegría morisca, hermosa virgen que, vestida de colorines, tan graciosamente bailaba al son de panderetas, acusada después de herejía, juzgada y condenada por los tribunales de la Santa Inquisición, murió a fuego lento bajo los arcos de un claustro... Su espectro, el espectro de la Alegría, vagando por todas las Españas, no era ya más que un ánima en pena.

Amalgamada la tristeza simple de los conquistados con la compleja tristeza de los conquistadores, no podía producir pueblos.... ¡No era caso de aplicar el *similia similibus!* De ahí una clave de la generalización de la tristeza en los países

hispanoamericanos: la herencia psicológica, siempre la herencia, ¿hasta cuándo la herencia?...

Y los africanos importados, aunque fuesen raza bullanguera y vivaracha en Cafrería y Hotentocia, en sus terruños, en su clima, no lo parecían en América, donde eran esclavos, raza débil, raza forzada, cosas... Con todo, si hay criollos alegres, lo son los negros cuando, aclimatados ya, abren su ancha boca sensual a las delicias de la civilización, y muestran, en sus dos gruesas hileras de dientes ebúrneos, que tienen el estómago sano de las estirpes nuevas... En los tiempos de las más ingratas tiranías pululan como los hongos en la humedad. Bajo el terror argentino, en la época de Rosas, nadando el país en sangre, sólo los negros y mulatos, siempre acomodaticios, se divertían con sus clásicas ferias de los arrabales de Buenos Aires, llamadas *tambos,* donde tocaban sus rítmicos *candombes* en el tamboril y bailaban sus "tangos" lentos y voluptuosos. De esos bailes, hoy injertos en meneos flamencos, ha sacado la plebe gauchesca lo que llama "bailar con corte", con "puro corte a la quebrada"; esto es, "quebrando" y balanceando acompasadamente el cuerpo en un completo contacto de ambos bailarines, entre cuyas personas, tan íntimo es dicho contacto que no siempre, según la expresión popular, "hay luz."...

Pero esta alegría lujuriosamente africana, en el carácter criollo, que es de triple origen hispano-indígena-africano parece pasajera, excepcional; desvirtúase, por ser de un factor generalmente en minoría en el proceso de *homogenización* de las razas. Y, por otra parte, sólo florece regular y espontáneamente en los trópicos, como las orquídeas de vivos esmaltes y delicado perfume...

VII

LA TRISTEZA GAUCHA

Diríase que, así como las Pampas impregnaron en su melancolía el alma de los indios pampas, ellos a su vez contagiaron a la plebe gaucha de la campaña, y ésta, al pueblo argentino de las ciudades... ¡El pueblo argentino no sabe reir! La grosería de Polichinela le enfada, la ingenuidad de Pierrot le aburre. De las dos máscaras, sólo posee la de Fedra. No sabe divertirse, no sabe holgar con ruido, con simplicidad, con inocencia, con verdadera alegría, como las anónimas turbas francesas, inglesas, alemanas; con los cascabeleos de Arlequín, con las carcajadas de Guignol. Parece una población de *blasés* que no quieren o no pueden gozar ya del *bonheur de vivre;* que llevan sobre sus espaldas todos los males que salieran de la caja de Pándora, o, por lo menos, la joroba de Rigoletto...

Si en una noche de Carnaval algunos míseros inmigrantes hartos de cebolla se disfrazan de "condes" y recorren las calles de Buenos Aires o el Rosario, gritando y riendo al son de un destemplado acordeón, al verlos pasar, el criollo se dice: "¡Y a esto llamáis divertiros, a esto, que es cansaros inútilmente, que es sudar y sudar, en una noche de calor, bajo vuestras caretas, ¡oh, imbéciles disfrazados de imbéciles!".

Yo os interrumpiría, señor impertinente, para responderos: "¿No es más sano cansarse *inútilmente,* dando juego a los músculos y calor a las venas, no es más sano sudar como ellos bajo la magullada careta de cartón el sudor de la juventud, del movimiento, de la vida, que sudar como vosotros, bajo vuestras frías máscaras de indiferencia y de desprecio, la sangre senil del cansancio? ¡Oh, bien veo que al oirme vuestros displicentes labios, bajo su máscara de siempre, dibujan la trágica mueca del payaso que, al dar un salto mortal, se disloca un tobillo! ¿Os duele? Sentaos y escuchadme... ¿Sabéis lo que os aconsejo? Que arrojéis vuestra máscara bi-

liosa, la eterna máscara del carnaval de vuestra vida, que demandéis humildemente perdón al inmigrante por vuestro mal pensamiento, que le pidáis prestada su estúpida careta de cartón pintado, que os la pongáis, y sigáis su comparsa, riendo y gritando al son del acordeón, no chuscadas, no maldades, sino tonterías, como un romano ebrio.''

Condénsase el arte popular de las Pampas en unas canciones llamadas *tristes*, por su intensa melancolía; están generalmente en tono menor, se cantan prolongando ciertas notas, con un monótono acompañamiento de guitarra. Su estilo recuerda la música popular eslava; bien lo comprueba el maestro Arturo Berutti, que ha escrito una ópera polaca, *Taras Bulba*, y una ópera gaucha, *Pampa*, sobre temas o ''estilos'' semejantes... En efecto, los dos tipos más melancólicos que conozco, después del indio pampa, son el paisano ruso y el gaucho argentino. Sin embargo, debe notarse que el primero es místico y el segundo escéptico, y que el primero, bajo una pasividad aparente, oculta un fondo de disimulada pero vigorosa rebelión, y el segundo, bajo una apariencia rebelde y hasta burlona, oculta un fondo de resignación y mansedumbre. No hay más feroces revolucionarios que los nihilistas; no creo que haya soldado más sufrido que el argentino. Quizá ocurra esto porque Rusia es una perfecta autocracia y una democracia la Argentina. Allá la ingénita melancolía parece un fermento de rebelión por ser justo rebelarse; aquí un sedimento de docilidad, porque no sería tan justa la rebelión... Y tanto el paisano ruso como el gaucho argentino, el de la melancolía tétrica como el de la melancolía irónica, el de las estepas como el de las pampas, resultarían entonces típicamente conformes y pasivos, ¡típicamente tristes!



La palabra ''triste'' — ¡curioso rasgo! — tiene en el lenguaje de las campañas pampeanas una chocante acepción: la de incapaz, despreocupado, indiferente, impotente. Diríase que el pueblo se echa en cara a sí mismo la mala condición de su ''tristeza'', con frases no siempre poéticas...

También da a los términos ''desgraciado'' e ''infeliz'' el significado de cobarde, torpe, inútil... La Fatalidad misma desempeña un papel terrible en la imaginación del gaucho. Insultar a la sociedad, robar, herir, matar, no son delitos voluntarios; son actos involuntarios a que obligan circunstancias críticas: son *desgraciarse*. Moreira, Cuello, Luna, los

héroes-bandidos populares argentinos, no se consideran bandidos, sino héroes perseguidos, como en la tragedia griega, por un hado implacable. Cuando un gaucho ''se desgracia'' y mata de un dagazo a su antagonista, si es en ''buena ley'', o sea en caballeresco duelo, à la antigua española, sus congéneres le conceptúan una víctima de su mala estrella; cuando huye de las partidas judiciales y ''gana'' los montes, halla en cada rancho un hogar y en cada prójimo un hermano. Como los helenos, como los aqueos, los gauchos fraternizan por la Fatalidad.

Elocuente es el probable origen etimológico de la palabra ''gaucho''. Parece derivar del quichúa *guacho*, que tiene el significado un tanto denigrativo de huérfano, abandonado, desamparado, errante. Háse producido, en el diptongo de la primera sílaba, una lógica inversión de las vocales, anteponiéndose la fuerte a la débil. El gaucho viene, pues, a ser una especie de huérfano de la civilización.

Y este pobre gaucho, tan hidalgo, tan melancólico, tan poético, es, por su falta de ánimo, una víctima de la civilización. Las ''vaquerías'', tropas de ganado vacuno en estado salvaje, bárbara riqueza de antaño, se han extinguido. Las redes de ferrocarriles facilitan al rico propietario, residente en la ciudad, la posesión y goce de sus campos, que antes ocuparon usufructuarios anónimos, gauchos que, por falta de medios de comunicación y vigilancia, apacentaban allí patriarcalmente sus rebaños. Los ''alambrados'', cercos de postes e hilos de alambres estirados horizontalmente, han dividido, subdividido, delineado, rayado, cuadriculado y cortado en todas direcciones, al gaucho ''matrero'' o vagabundo, la inmensidad de la llanura. La policía y la justicia, mejor disciplinadas y dotadas que antes, prenden siempre y castigan, como a simples malhechores, a los que ''se desgracian''. El alcohol y las enfermedades venéreas son otros lotes que el gaucho debe a nuestra civilización. De hidalgo y señor ha venido a caer en mero peón asalariado de los feudales ''estancieros''...

Mal alimentado, pues no come vegetales, y sometido a trabajos irregulares y peligrosos, no a la sana disciplina del trabajo continuo y saludable, pronto se desgasta, y muere generalmente de los riñones, del hígado o víctima del tétano. Y, poco a poco, la industria moderna le va aislando en sus salvajes faenas de analfabeto. El inmigrante, más económico, más constante, más trabajador, le substituye entonces. Esto

no impide que él desprecie soberanamente al "gringo", como don Quijote a los palurdos que no habían sido armados caballeros, ¡y que tan buenas zurras le daban!

Pero todavía sirve para algo, en su ocaso conmovedor, ese curioso tipo del gaucho, mezcla de andaluz, árabe e indio... En las grotescas parodias de la democracia se le arrea, ¡en mesnadas!, a la urna electoral.

En las revoluciones, es el primero en hacerse matar. ¿Por qué? ¿Por quién? No se lo preguntéis. Obedece a un capataz negrero, encargado de cumplir las órdenes de un caudillo regional, que a su vez sirve a un político urbano... Su ira, cuando *su* gaucho, su "elemento electoral", le es infiel, se manifiesta, si triunfa su partido, en una cascada de venganzas, cuya ejecución reside, en última instancia, en el patrón y en la alcaidía local. El patrón expulsa al gaucho rebelde o simplemente reacio, le deja sin techo y sin pan, y en la policía le prenden por cualquier causa—vagabundez, desórden, alcoholismo—, y le doblan, en el cepo, el lomo a cintarazos, ¡para que *aprienda* a obedecer mejor a sus caciques políticos!

Tal es el sombrío cuadro de la tristeza gaucha... Y el *mal* parece que ha pasado aunque en formas menos crueles del campo a la ciudad.

En las clases bajas urbanas y en las dirigentes, la misma conformidad, la misma indiferencia, la misma falta de franca alegría. Los jóvenes parecen viejos gastados: no cantan, no beben, no ríen. Ni siquiera saben respetar con galantería y delicadeza a la mujer; la aman venal y materialmente. No la aman, la desean... Y no es sólo por jactancia, sino también por temperamento. Calificarían de vulgares y de tontas las francachelas de Bonn, de Oxford, del Barrio Latino. Los estudiantes alemanes les replicarían con este dístico popular, atribuído nada menos que a Lutero:

Wer nicht lieb Wein, Weib und Gesang,
der bleib ein Narr sein Leben lang.

"Quien no ama el vino, la mujer y el canto, será un zonzo toda su vida..." Pero éstos, los nuestros, les podrían contrarreplicar que no tienen estómago para el vino, que no tienen imaginación para la mujer, que no tienen garganta para el canto... ¡No tienen juventud para la vida! Y he aquí que de

sus defectos y debilidades—ello es la más humana de las cosas humanas,—hacen una condición, una superioridad aristocrática... ¡No aman esas puebladas, porque todos han nacido príncipes de Gales!

Ferias de cruelísimas vanidades suelen ser, en Hispano-América, las fiestas mundanas... Ni siquiera se realiza el sano ejercicio de la danza en los "bailes": se exhiben lujos, se toman actitudes, se satiriza... La única diversión social parece el juego; pero, ¿es el juego una diversión?...

Oh, Tristeza, diosa de la Derrota, que agostas el espíritu de la producción y del trabajo, ¿porqué has contagiado nuestras patrias, como con mortal epidemia?... Los argentinos, que aplican una vacuna para curar esa *enfermedad* en las bestias de su rica ganadería, ¿por qué no se preocupan de atenderla en los hombres, para quienes sus consecuencias son tanto más nocivas?...

Con todo, justo es reconocer que, en la República Argentina, a lo menos en las provincias agrícolas y de clima templado, por la grande afluencia de la inmigración, hay, a diferencia de otras naciones hispano-americanas, una población extranjera o semiextranjera de modestos trabajadores que van, como los clásicos labriegos de Chipre a la vendimia, cantando a sus faenas... ¡Ojalá esta excepción sea alguna vez la regla!

VIII

ORIGEN Y EXALTACIÓN DE LA ARROGANCIA CRIOLLA

En la antigua monarquía española, la exagerada arrogancia de los vasallos no anarquizaba el reino, porque llevaba adjunto un principio de cohesión y armonía: la lealtad caballeresca—a Dios, al rey, a la dama. Por arrogante que un hidalgo fuera, jactábase de fiel a su legítimo soberano, cuya autoridad emanaba, según las ideas del siglo, del mismo Dios. Dios, el sentimiento religioso, tan sincero en la edad media, reforzábase en España por una necesidad terrible: la cruzada morisca. Sagrada guerra era la guerra de los moros, Jesús contra Mahoma. Como vimos en el Libro I, halláronse en este dilema los españoles de aquellos tiempos: u oponer la exaltación cristiana a la exaltación islamita y triunfar del incómodo invasor, o dejarse vencer, y morir, por indiferencia religiosopolítica, bajo la sangrienta media luna. Y optaron por la lucha, continuando la legendaria, la ininterrumpida lucha ibérica. La antigua arrogancia geográfica de los numantinos se transforma así en la arrogancia religiosa de los castellanos.

Esta arrogancia religiosa, como hemos visto también, lejos de ser un principio anárquico y antisocial, da unión y solidaridad al pueblo español, llegando hasta hacer de él, contra sus ingénitas tendencias de indefinida individuocracia, una entidad uniforme sometida a un fuerte despotismo religioso político.

Pero los criollos perdieron pronto, en su nuevo medio, los viejos sentimientos clásicos... Y la guerra de la Independencia estalló después de la Revolución francesa, cuando ya ésta podía contaminarles su jacobinismo agudo, quitándoles lo poco que les quedará del viejo sentimiento de la lealtad española. Conservaban la arrogancia, que de tan hondo les venía, mas una arrogancia, ¡ay!, sin religión y sin lealtad. El sentimiento ancestral había ido destiñendo poquito a poco su

tinte religiosocaballeresco en las colonias, donde no hubo tradiciones ni instituciones feudales arraigadas, ni cruzadas contra fanáticos moriscos, sino artificiosas hechuras políticas del metropolitano absolutismo y exterminio de débiles y resignados indios. La evolución de la antigua arrogancia hizo, pues, de Hispano-América predispuestísimo campo para que cundiera la rabia jacobina, que, en su esencia, es también un sentimiento individualista.

Trasplantadas de Francia las nuevas ideas, el irritante monopolio español fué poderosísimo acicate de rebelión *a outrance*... Por todo ello, la arrogancia española, al trocarse en criolla, perdidos ya los frenos medioevales y religiosos que antes la morigeraban y contenían, se hace una idea-fuerza social de incontrastable violencia... Llega a generar una *egolatría o autolatría* desesperada, anárquica, disolvente; el ensimismamiento del *hombre solo* de Nietzsche, falto y hasta contrario a la piedad cristiana; la pasión del nombre propio, del mando personal, del *Ego*...

Hay en los hispanoamericanos descendientes puros de europeos un innato sentimiento de cristiana piedad, que templa los rigores de la egolatría criolla. No vive miles de años raza alguna bajo el imperio de una determinada moral, sin que esta moral deje en su alma sólido sedimento...

Por falta de este sedimento de caridad, de este moderador psicológico, en quienes más fuerte se demuestra la egolatría es en los mestizos, especialmente en los mulatos (incluyéndose en esta designación a los que llevan en sus venas pequeñas fracciones de sangre africana, un dieciseisavo y hasta un treintaidosavo, cantidad todavía *sospechosa* para los yanquis, sobre todo cuando el atavismo reproduce notables rasgos del exótico abolengo). En ellos suele la arrogancia tomar el colorido de una suprema Envidia, más rastrera y voraz que la serpiente. Sobre todo en ciertos mulatos o amulatados, y por ciertas razones...

Hemos visto ya, en efecto, que es un fenómeno bastante general en la psicología del mulato inteligente una intensa sobreexcitación de sus ambiciones, eso que bien o mal he llamado *hiperestesia de la ambición;* y hemos visto también que, por capaz que el mulato sea, difícilmente alcanza al criterio maduro y elevado de los hombres blancos superiores... Ya tenemos dos elementos para explicar su envidia: las intensas aspiraciones del sujeto en sobrepasar a los mejores, y su impotencia. Pero interviene todavía un tercer elemento: lo que he lla-

mado inarmonía de la psiquis del mulato, inarmonía proveniente de que se amalgaman mal en él las tendencias de sus abuelos blancos con las de sus abuelos negros. Esta inarmonía se manifiesta á veces, en esos mulatos inteligentes, por dos inclinaciones contradictorias: el servilismo africano y la exaltada arrogancia española. Trabada en su alma, desde la adolescencia, interna lucha entre los dos sentimientos ancestrales, frecuentemente vence, por influencia del medio o por su mayor intensidad, la arrogancia. Para mantener esta arrogancia en su victoria, el mulato tiene que sacrificar la otra mitad de su alma, y este doloroso sacrificio acaba por agriar y enardecer su egolatría hasta la locura. Para adquirir el valor de su personalidad y vencer su servilismo—cual el medroso niño que silba en la noche para dominar su miedo —, la gran arma que usa instintivamente en su lucha interna es la autosugestión. Se sugestiona a sí mismo que es originariamente un *imperator*, ¡y guay de los que no le reconozcan su carácter augusto! Abrigarán contra ellos un odio, acaso vergonzosamente, y tal vez por lo mismo, de bizantina maldad. Sabe que arrastra cola de paja y teme que se la quemen. Como envidia a quien le sobrepuja, odia a quien lo reverencia. Por eso, tiene odio, ¡tiene envidia hasta del Pasado! Por eso nadie es más que él de *novarum rerum cupidissimus*...

Pero, antes de proseguir, convendría hacer notar que no en todos los mulatos triunfa y se caracteriza tan descarada autolatría. No. En unos, en los inferiores, vence el servilismo, que es su gran cualidad para medrar; en otros, los superiores, tal vez los menos, priva la adoración de sí mismos, que a veces les es tan funesta a sus mismas personas como a sus víctimas; y, en los medianos, por fin, suelen alternarse y contrapesarse el servilismo y la autolatría, según los casos y las oportunidades... ¡Y más temibles que los superiores son éstos, porque saben disimular mejor sus ponzoñosos colmillos, mostrando sólo, en su sensual sonrisa, la doble hilera de sus dientes de marfil!

IX

FORMA PELIGROSA DE LA ARROGANCIA CRIOLLA: EL DESPRECIO DE LA LEY, LA ENVIDIA, LAS SOFISTICACIONES LITERARIAS, EL NAPOLEONISMO, EL EROSTRATISMO.

Manifiéstase la arrogancia, la egolatria o autolatria criolla, que esencialmente es una furiosa exaltación de efímeras vanidades, en todos los órdenes de la vida social. En las costumbres rurales engendran un soberano *desprecio de la ley*, singularmente de la penal, porque cada cual se pone sobre la ley.

En la ciudad, donde la ley se hace respetar mejor, suele ser agudo donjuanismo, y, más que todo, envidiosa difamación. Lo que no puede vencerse, se difama. Si A no es capaz de subir hasta B, hará bajar a B hasta A. Y lo malo del caso es que, como B representa a menudo la excepción, la mayoría pudiera estar con A. La personal emulación de los A viene a ser, pues, doblemente perjudicial a la sociedad, porque tiende a desvirtuar y hasta a destruir la influencia benéfica positiva de los B, y porque para ello pugna hacia un descenso de la cultura ambiente.

Cómicas, archicómicas suelen ser las proyecciones de la egolatría criolla en la crítica literaria, y estériles, ultraestériles, en la producción literaria. Como cada poetastro se considera un Goethe, cada mentecato un Flaubert, cada cagatinta de periódico un Menéndez y Pelayo, y se ofenden y cobran mortal ojeriza al osado que no lo reconozca, no es posible la crítica literaria sensata y depuradora. Contra ella está la intimidación, y, para el bienintencionado que se atreva, el vacío, pues, siendo este crítico severo el enemigo común, todos se confabularán en su contra. La comandita de la mediocridad hará entonces de legión batalladora; la tropa de gallináceos, hinchando y coloreando la cresta y el colgante moco y abriendo en abanico la formidable rabadilla, la emprenderá

a iracundos picotazos... Luego, la moralizadora censura resulta amordazada; no habrá estímulo para el verdadero mérito, ni acicate para la capacidad sobresaliente. En caótico montón se confundirán los sanos y los leprosos; la lepra se contagiará a los sanos...

¡Y en la historia, la egolatría criolla! Sainetesca furia ha sido el *napoleonismo*. Los militarejos se hacen cacicotes, los cacicotes emulan a Napoleón, y la sangre de los carneros de Panurgo, corre a raudales... ¡Que siga la comedia del mármol y el laurel!

En el fondo, esa autolatría de los mejores suele ser un desmedido *deseo de sobrevivirse* a toda costa, de "inmortalizarse" en lo que se pueda, aunque fuere como Eróstrato, quemando el templo de Delfos. Es, pues, una especie moderna del antiguo *erostratismo*. (*Omnia vanitas!*). Representa el principio generador del nunca bastante ponderado *exhibicionismo* criollo...

En las costumbres que diríamos privadas, la autolatría se refleja a veces en cada acto, en cada palabra, en cada gesto... Es un ponzoñoso sentimiento anticristiano que hace desdeñar y oprimir a los débiles, engañar a los ignorantes, burlar a los ingenuos, fusilar a los vencidos y despreciar e insultarse a todos.

Si se forma una "comisión directiva" cualquiera, la autolatría obligará a quienes la constituyen a poner dos o tres presidentes honorarios, un presidente efectivo, dos vicepresidentes segundos, cinco secretarios, múltiples tesoreros, y otros muchos títulos honoríficos, aunque no haya secretos, ni tesoros, ni honores..., ¡ni siquiera un verdadero espíritu de asociación! La cuestión es no dejar como simples vocales más que a los descalificados, los enfermos, los pobres de espíritu, los adolescentes. ¡Nadie quiere ser uno de tantos!

La *tendencia*, así en líneas generales, podrá parecer humana más que criolla... No lo creáis. Hay casos de casos. *En su forma ególatra* es genuinamente criolla; y para comprenderlo sería eficaz comparar este sentimiento indisciplinado y anárquico con la cristiana y viril disciplina de los norteamericanos. Son dos cosas tan distintas... Representan dos polos opuestos del carácter de los hombres.

Es admirable en Norte América el espíritu de tolerancia, de bondad, de resignación al anónimo. Cada uno de los ochenta y tantos millones de ciudadanos trata de ser feliz como

puede, haciendo también felices a los demás y sirviendo a la patria, sin absurdas preocupaciones de erostratismo. Comprendo lo vano, lo torpe de semejante sentimiento cuando no se nace hombre de genio, y cada cual vive resignado a no serlo. Los políticos se habitúan mejor a hacer de soldados, sin aspirar al generalato; los hombres de letras casi ni firman sus producciones en los periódicos, dejando eso para los Mark Twain y los Walt Whitman, es decir, para los grandes elegidos; los hombres de mundo se contentan con pasarlo bien y divertirse, sin emular a Lovelace... Cada cual, en fin, comprende la pequeñez humana y siente el ridículo de las petulancias funambulescas y despampanantes de quienes viven como en la calle y sólo para las apariencias.

Pero podrá creerse, siguiendo a Nietzsche, que ese sentimiento yanqui de disciplina democrática y cristiana es una prueba de debilidad en la lucha por la vida... Obsérvese la realidad presente y pasada, y se verá que, lejos de ello, es un indicio de nacional fortaleza. Parece que cada hombre posee una limitada dosis de actividad vital propia, que debe ejercer y no podrá exceder... Pues bien; el fenómeno de la autolatría criolla absorbe y malgasta esa intrínseca e invariable dosis de actividad en sentimientos y tareas tan estériles y hasta esterilizadoras como los rencores personales y la maledicencia furibunda. Por el contrario, el espíritu de fraternidad yanqui tiende a dar el empleo más útil y fecundo a la actividad de cada ciudadano, apartándola de pequeñas y bajas preocupaciones. Pongamos un ejemplo gráfico, un símil que nos sea familiar a todos. Chocan con violencia, por casualidad, dos vehículos en las calles de Nueva York; sus conductores se piden mutuamente disculpa y siguen su camino... Chocan con violencia y por casualidad otros dos vehículos en las calles de Buenos Aires; sus conductores se detienen, se injurian ferozmente, se acusan de recíprocos destrozos; fórmase un tumulto de desocupados mirones que, por el solo hecho de mirarlos, los provocan... Viene la policía, con toda su afidalgada altivez; y, en tanto se dirime la contienda, el tráfico se suspende, con una larga hilera de carruajes, carros y tranvías parados, "haciendo cola" durante diez interminables minutos... Ved cómo la disciplina yanqui no causa perjuicio a nadie, y cómo la arrogancia de dos plebeyos cocheros porteños hará perder, a crecido número de transeuntes, un tiempo precioso. ¡Y *time is money!* En la vida, todos somos transeuntes más o menos apresurados.

Podrá también argüirse, contra esa fraternidad norteamericana, que achata el espíritu artístico e intelectual, democratizándolo, nivelándolo con la plebe... Pienso al efecto que un pueblo, cuanto más civilizado, mejor hace la diferenciación de sus funciones y de sus órganos, y que, por consiguiente, es notable rasgo de civilización avanzadísima el saber especializar los órganos de progreso artístico y mental en las intelectualidades superiores, apartando de tales funciones a los mediocres. ¡Constituyen éstos tan terrible rémora en Hispano-América!... Pero puede observarse que, al dejar a los pocos elegidos esas funciones progresistas, cierran tales costumbres sociales la puerta de la gloria a muchas personalidades del montón anónimo dignas de franquearla... ¡No lo penséis, lectores! Si la vocación de gloria suele existir falsa e infructuosamente en el mediocre, no falta jamás, y sobreaguda, en el hombre de genio, siendo precisamente la característica de su psicología. Ninguna preocupación humana hubiera impuesto silencio a Poe o a Emerson. Como el ruiseñor, el verdadero genio antes levanta su canto que calla cuando, con punzón de hierro, se le arrancan las pupilas.

En estado salvaje el hombre es tan egoísta como cualquier bestia feroz, hasta que las necesidades y la incipiente cultura, dominando sus instintos antisociales, le sociabilizan. Así, largos años de aprendizaje ha costado a los anglosajones, y en general a los otros antiguos bárbaros de Europa, transformar en fraternal disciplina el innato individualismo propio de todos los pueblos incultos, y especialmente de los teutónicos. A través de prolongadísima experiencia histórica, el cristianismo, las instituciones caballerescas, la Reforma y el Renacimiento han suavizado las almas y las costumbres británicas. No se crea, pues, que espontáneamente, de buenas a primeras, llegaron los angloamericanos a ser la democracia cristiana que hoy son. Famosa es aún la intemperancia de los ingleses de los tiempos de Mac Carthy. De esa primitiva rudeza todavía quedan, aunque van cayendo en desuso, supervivencias tan elocuentes como el *fagging* de las más aristocráticas escuelas inglesas, el *boxing*, la riña de gallos.

Con todo, no hay que confundir el individualismo bárbaro con la refinada egolatría. El primero es propio de pueblos jóvenes que progresan; la segunda, de viejos pueblos que decaen. Marcada diferencia hay entre la lucha de los patricios y los plebeyos de la Roma antigua y la contienda de los

verdes y los azules de la oriental Bizancio. Aquélla fué guerra varonil, abierta, leal; ésta, mortal duelo de mentiras, estratagemas y monstruosas perversidades. Y es curioso observar que, cuanto más débil y servil se hace un pueblo con sus enemigos extraños, tanto más desleal y pérfido se muestra, en la vida interna, con los propios hombres. Si la Roma antigua dominaba a los cartagineses, a los galos, a los iberos, a todo el mundo conocido, la moderna Bizancio pagaba tributos, sufriendo interminables humillaciones, a cuanta nación la hostilizara.

Los mismos norteamericanos, tan fraternales individualmente entre sí, han sido feroces con los esclavos negros, arrebataron Texas a Méjico, y hoy siguen una política internacional agresiva y dominadora. Diríase que el cristianismo interno, dando expansivo vigor al pueblo al cohesionarlo y encauzar las individuales actividades, le hace anticristiano y nietzschista en lo externo...

Por desgracia, la egolatría criolla se acerca a veces más al degenerado odio bizantino que a la cándida barbarie primitiva de los romanos y los anglosajones. Es burlona y falsa; tiene la suma ironía y la falacia suma de las decadencias. Compárense, por ejemplo, las viejas costumbres carnavalescas de los ingleses con la de los actuales criollos. Una de las más mentadas y clásicas diversiones de aquéllos, en las aldeas, consistía en sortear entre los paisanos uno para que llevase un gallo vivo amarrado a las espaldas; los demás debían correrle armados de palos, para matar al gallo. En cambio, los criollos mantienen en vigor la diversión de enmascararse, y, en efecto, apenas se ponen una careta, insultando y vejando a cuantos puedan, desenmascaran el alma... Compárese, digo, la grosera risa del rústico que acribilla a palos el lomo del compañero, con la traidora mueca del ciudadano que se aprovecha del anónimo antifaz para vomitar sobre el prójimo, en ocasión tan propicia, los sapos y culebras que lleva todo el año metidos en el estómago. Comparad, lectores, y decidme qué es más noble y viril, si la carcajada brutal como la espada del rey Arthur o la venenosa sonrisa de Lucrecia Borgia...

X

FORMAS LEVES DE LA ARROGANCIA CRIOLLA: ARROGANCIA LITERARIA CULTO DEL VALOR, DONJUANISMO

En la literatura hispanoamericana ha producido también la arrogancia típicas páginas, llenas de grandilocuente oratoria, como las de *Facundo o Civilización y Barbarie,* por Domingo Faustino Sarmiento, a quien Menéndez y Pelayo llamó "el gaucho de la República y de las Letras".—La amalgama de la indeleble arrogancia ancestral con un cierto galicismo de importación produce hoy en Hispano-América un estilo híbrido, verdaderamente "decadente"; un culteranismo tan chocante como lo serían manolas vestidas de marquesitas Pompadour, y, ¡para colmo!, adornadas asímismo con dijes indios, diademas de plumas tropicales y collares de dientes.

Y en la literatura popular gauchesca son características las *payadas de contrapunto,* torneos de arrogancia en los cuales los cantores "se trucan y retrucan", con el objeto de vencerse a donosidades y hasta a insolencias, en versos que se improvisan cantando en la guitarra, como los trovadores medioevales en sus concursos al son de mandolinas. Pero jamás se presenta una Santa Isabel que, desde el estrado, elevando la emulación de las musas, otorgue con su mano hierática al vencedor, ya Wolfram, ya Tannhaüser, una corona de laurel... ¡Bajo el alero de la cabaña criolla decide la victoria soez coro de carcajadas!

Después de poner la palabra *finis* al *Quijote,* cuelga Cervantes, ¡muy alto!, la pluma de águila de Cide Hamete Benengeli, exclamando:

> Tate, tate, folloncicos,
> de ninguno sea tocada,
> porque esta empresa, buen rey,
> para mí estaba guardada.

Y José Hernández, el cantor gaucho de *Martín Fierro*, del más hermoso poema popular quizá de Hispano-América, lo termina con esta estrofa:

Echó un trago como un cielo
dando fin a su argumento,
y de un golpe el estrumento
lo hizo astillas contra el suelo.
"Ruempo, dijo, la guitarra
por no volverme a tentar;
ninguno la ha de tocar,
por siguro tengaló,
pues naides ha de cantar
cuanto este gaucho cantó".

Ambos, el novelista y el *payador*—es de observar—acaban con la misma altivez archítípica, y hasta emplean la misma expresión: *tocar*... ¡Alto ahí, perversos malandrines, afeminados retóricos, alto ahí, que ya nadie se atreverá a "tocar", ni la péñola del hidalgo manchego, ni la guitarra del ministril de las Pampas! ¡Si aquélla se colocó donde jamás alcanzará una mano, ésta, más frágil, fué rota en mil pedazos!

Ni aun la coreografía popular se libra de la hereditaria epidemia de arrogancia. En el "gato" y la "zamacueca" bailes populares de Sud América, los danzantes interrumpen de cuando en cuando el zapateo para burlarse, desafiarse y hasta insultarse, buscando el aplauso de la rueda de público en versos de oportunidad que se llaman "relaciones"; y luego, ¡que siga la danza!... No hay que enfadarse: como la "payada", las "relaciones" no son un duelo sino un asalto con caretas de alambre y floretes embolados. Es la eterna edad media, ¡pero ya no con la lanza y el broquel de Amadís de Gaula!

En el lenguaje de los criollos, a lo menos en el de ciertas regiones, se perpetúa, aunque singularizado, y sincopado para pronunciarlo más fácilmente, el antiguo trato del "vos" plural de los magnates, tanto más arrogante y ceremonioso que el moderno "tú" singular...

¡Qué si vos sois caballero,
caballero también soy!

Nadie acaso conserva mejor en Hispano-América, y acaso en todas las Españas, el antiguo espíritu de arrogancia caste-

llana, que el gaucho, por su aislamiento... Al gaucho suele llamársele "compadre"; y con la palabra *compadrada* se expresa una idea de réplica contundente, de gesto desafiante, de pretensiosa insolencia, de irónica jactancia. Hay que ver todo lo que el criollo acumula en el verbo *compadrear!*... El "que si vos sois caballero" se tradúce en las Pampas, cuando riñen dos rústicos, por un "¡a ver si sos tan gaucho!" También llaman los argentinos *guarango* al plebeyo de las ciudades; y al adjetivo *guarango* se le adjunta la idea de insolencia, como a sus derivados *guaranguear* y *guarangada*. Despojando de su airón caballeresco a las más valientes réplicas del teatro clásico español, y aplicándolas a nuestras democráticas costumbres modernas, obtiénense... *guarangadas*.

La heráldica hispanoamericana nos da elocuentísimas pruebas de arrogancia... Un buen obispo, Trejo y Sanabria, funda en el siglo XVII, en una pobre y mediterránea villa de las provincias del Río de la Plata, Córdoba, una universidad; fórjasele un escudo, y, en el escudo, un lema. ¿Qué lema? Los lemas universitarios en el extranjero son generalmente humildes, como el de Oxford: *Dominus, iluminatio mea*... Pues no; el de Córdoba, ciudad que llamaron la "docta", fué nada menos que éste, en el corvo pico de un cóndor de alas abiertas: *Ut portet nomen meum coram gentibus!* Un poco más, si es posible, y vence en orgullo al de la misma Salamanca papal: *Omniam scientiarum princeps, Salmantica docet!* ¿Y el lema del escudo de la República de Chile? ¿Es posible nada más arrogante? "¡Por la Razón o por la Fuerza!" Es decir: "¡Yo siempre triunfaré, porque llevo en mis manos, como Júpiter, el rayo, la Razón y la Fuerza!" Comparadlo con el *Dieu et mon droit* del escudo inglés: "Yo no me meto con nadie sino con los derechos que Dios me permite". Esto es, precisamente, el *individualismo cristiano*. Ingerirse e imponerse, "por la Razón o por la Fuerza", constituye el principio de conquista de los pueblos gentiles, ¡de las águilas de Roma!

En las costumbres de "nuestra América" la arrogancia asume dos formas características: la rural y la urbana. La rural, más ranciamente española, pues que en los campos se conservaron mejor las tradiciones coloniales, proyéctase, como en los tiempos del Cid, en el *culto del coraje*, simétrico *pendant* del "desprecio de la ley" antes descripto. El talento, el oro y la estirpe son, para los gauchos argentinos y los llaneros colombianos, méritos infinitamente menores al del valor

personal. De ahí una tácita y teológica reprobación al comercio, a la literatura, a la ciencia.

La arrogancia urbana suele manifestarse, entre hombres, por el respeto hacia la potencia sexual. El fenómeno es español, como que don Juan es español, y no menos arrogante que García del Castañar o Sancho Ortiz de las Roelas. Pero, en España, el catolicismo contenía esas jactancias; el dedo de piedra de la estatua del Comendador estaba siempre alzado en actitud amenazante... No así en Hispano-América, donde las viejas creencias han sido menospreciadas, para obedecer a las modas de la Revolución francesa... Por eso ha podido observar algún viajero puritano que, desde niños, la más íntima ambición de los criollos es llegar, sino a Tenorios, siquiera a Mejías.

XI

SUPREMACÍA DE LA PEREZA CRIOLLA SOBRE LA TRISTEZA Y LA ARROGANCIA

La *pereza*, la *tristeza* y la *arrogancia* criollas, esas tres cualidades típicas de los hispanoamericanos, están vinculadas tan íntimamente entre sí que forman un todo compacto y homogéneo: el carácter de raza. Este podría considerarse *inverso* del europeo, al menos del genio ideal de los pueblos más ricos y fuertes de Europa; cuyas tres condiciones capitales serían: diligencia, alegría y democracia. Contra pereza, diligencia; contra tristeza, alegría; contra arrogancia, modestia, que se



Figura 6

traduce prácticamente por igualdad, y la igualdad, en política, por democracia. Tracemos un cuadro gráfico (fig. 6): el círculo íntegro presenta el espíritu humano; el semicírculo superior el carácter criollo, el inferior el carácter europeo, separados ambos por la línea MN...

Si buscáramos cuál es la *cualidad madre* en las tres condiciones del carácter criollo, hallaríamos que la *pereza; en el* europeo (ideal), la *diligencia.* Para llegar a este resultado podríamos proceder según el *método de las concordancias* de la lógica inglesa. "Si tomamos cincuenta crisoles de materia fundida que se dejan enfriar y cincuenta soluciones que se dejen evaporar, todos cristalizan. Azufre, azúcar, alumbre, cloruro de sodio; las diversas materias, las temperaturas, las circunstancias son todo lo diferentes que cabe... Encontramos allí *un hecho común,* y no más que uno: el tránsito del estado líquido al estado sólido; de ahí deducimos que este tránsito es el antecedente invariable de toda cristalización Tal es la aplicación que, con un ejemplo físico, se ha dado al "método de la concordancia", cuya regla fundamental es: *si dos o mas casos del fenómeno en cuestión no tienen más que una circunstáncia común, esa circunstancia es su causa o su efecto*". Tomemos, pues, muchos datos y rasgos de la psicología hispanoamericana: hombres, instituciones, guerras, libros, ideas... Las épocas, los países, las circunstancias son todo lo diferentes que cabe... Encontramos, entremezclado, *un hecho común,* y no más que uno: la pereza. De ahí deducimos que esa ubicua pereza criolla es la cualidad madre del carácter hispanoamericano, hasta el punto de que, marcando la línea MN una división entre éste y el europeo, podríase construir el siguiente cuadro ampliativo de la figura anterior:

		M		
TRABAJO	Acción		Inacción	PEREZA
	Disciplina		Indisciplina	
	Carácter		Veleidad	
	Constancia		Inconstancia	
	Verdad		Mentira	
	Democracia		Arrogancia	
	República		Caudillismo	
	Alegría		Melancolía	
	Decisión		Indiferencia	
	Etc.		Etc.	
		N		

En una palabra, el trabajo es progreso; la pereza, rutina o decadencia....

Se me podrá objetar que hay exageración, y hasta cierto *parti pris* al poner todo lo malo del lado del genio criollo, y todo lo bueno como propio del carácter europeo. Desde luego... Mas téngase en cuenta que el trabajo representa sólo un *ideal* europeo de carácter; la pereza, un *hecho* en el carácter criollo. Además, mis esquemas, como todos los esquemas sociológicos, evidencian una fase simple de cosas que en realidad son muy

complejas; su mérito, si lo tienen, no estribaría más que en señalar la importancia de la fase esquematizada... Es la tarea de los grandes clínicos de consulta: hacer un diagnóstico general, para que luego los especialistas curen por partes al paciente, quién los riñones, quién el estómago, quién los bronquios.

Pero, ¿existe una verdadera *oposición* entre el carácter criollo y el europeo? Por lo menos existe *diversidad* y, en psicología, como todo es relativo al criterio que se adopte, siempre puede hacerse oposición de la diversidad. El carácter humano es un todo tan elástico como un calcetín; o se estira por el derecho, o se estira por el revés.

Y entiéndase que sólo con el objeto de presentar claramente mi diagnóstico he idealizado, sin duda en demasía, una vaga tendencia hacia la sobreactividad de los pueblos más cultos del mundo, a lo menos de sus mejores hijos, suponiéndola típica del "carácter europeo", si es que lo hay... En cambio, y vaya lo uno por lo otro, no debemos olvidar que el genio criollo tiene sobre el europeo la inmarcesible superioridad de una inocente ausencia de dolorosas pasiones tradicionales y de egoístas prejuicios. El alma europea es, en cierto modo, una estatua de sólido y bien fundido metal; ni el cincel del mejor artista puede modificarla... El alma criolla es un río de metal en fusión; el escultor, construyendo sus moldes, puede darle todavía una suprema belleza que jamás vieron los siglos.

XII

CORRELACIÓN FORZOSA DE LA PEREZA, LA TRISTEZA Y LA ARROGANCIA

La pereza y la arrogancia son dos mellizos siameses unidos, como es muy frecuente, por el hígado; cualquier cirujano, cortando el exceso teratológico, puede separarlos. La tristeza y la pereza son también dos mellizos siameses; pero vinculados, tanto más íntimamente, a la altura del pecho, por un puente de arterias y venas que unifica las dos circulaciones. Ni el más hábil cirujano puede separarlos en vida, porque los dos no tienen más que un corazón. Ni el más sutil psicólogo podrá así desligar, con el bisturí del análisis, la tristeza y la apatía...

Lo enseñan los viejos teólogos. "Acidia, en su propia significación, quiere decir tristeza; más porque el triste y perezoso son tan hermanos, que por maravilla se aparta uno de otro. Al fastidio y pereza que a los tristes se consigue llamamos acidia, *dando el nombre de la causa por el efecto*, como en otras muchas cosas acontece." Así dice profundamente un teólogo español del siglo XVI, fray Melchor Cano, obispo de Canarias, en un capítulo del *Tratado de la victoria sobre sí mismo*, capítulo que se titula *De la acidia* y versa casi exclusivamente sobre la tristeza.

Lo enseña la moderna psicofisiología, que equipara la actividad vital al placer, la inactividad al dolor, la inacción a la muerte. El placer es la energía de la vida; el dolor, si no se reacciona, el debilitamiento o la extinción de la vida. Esta verdad es el eje de las célebres leyes de Groote, hoy experimentalmente comprobadas por Weber, Fechner, Wündt.

Lo enseña la experiencia diaria... Aquel individuo que allí veis, vegetando, sin ideales, sin ideas, sin iniciativas, aunque ría rodeado de bulliciosos camaradas, es un triste solitario en cuyo corazón aletea un vampiro. Y este otro, que comercia, que calcula, que escribe, que lucha por un ideal de gloria o

de riqueza, aunque llore en la soledad, lleva en su pecho un ruiseñor.

La pereza es una flor venenosa que abre su cáliz en el corazón del indolente. En sus pétalos liba la avispa de la maledicencia, a su sombra duerme el áspid de la muerte.

Así como la caballería dignificó la arrogancia y justifica la indolencia, el romanticismo ha poetizado la tristeza... ¡No creáis en el romanticismo! Más que espontánea eflorescencia de almas superiores fué una moda del siglo XIX, nada más que una moda, y no menos ridícula que la de los miriñaques. Fué una *pose* de novedad *pour épater le bourgeois;* una *supercheria de escuela* contra el viejo epicureísmo de los clásicos, ya tan conocidos, ¡tan "gastados"!

Háse creído leer en las Santas Escrituras que, en castigo del *peccatum originale,* Jehová impuso al hombre la *ley del trabajo.* Tengo para mí que el texto ha sido mal glosado: debe decir que Jehová impuso la *ley del dolor,* y, como único medio de *redención,* el trabajo. Esto es lo que nos dice la naturaleza humana, que es el mejor intérprete de los designios de Dios. Y también se lee en las Santas Escrituras que hay un pecado misterioso, satánico, incógnito, el más grave, el innominable, el *irredimible...* ¿Sabéis cuál es? El homicidio, el robo, la fornicación, la idolatría, son todos redimibles por el trabajo de la penitencia... ¿Sabéis cuál es? ¡Creedme, es la Tristeza! ¿Qué penitencia puede redimirnos de la Tristeza? Creedme, sí, creedme, es la Tristeza.

XIII

LA ARROGANCIA CRIOLLA, ORGULLO DE LA PEREZA

A primera vista, pereza y arrogancia son dos cualidades diversas, casi antagónicas. Pero observémoslas con detención; analicémoslas, disequémoslas, descompongámoslas en sus partes constituyentes; apliquémosles el microscopio y los rayos Roentgen... Y llegaremos a esta inopinada conclusión: ¡ambas son gajos de un mismo tronco!

¿En qué consiste esencialmente la arrogancia? En atribuirse una superioridad indeleble, o mejor dicho *innata*. Es decir, una superioridad intuitiva, infusa, inspirada, obtenida por obra y gracia del Espíritu Santo, sin esfuerzos, sin trabajo. Es el arma de los ricos holgazanes, de los degenerados de razas conquistadoras, de los aristócratas impotentes. Es el boato que da prestigio a la psicología de los que, sin valer por sus propios méritos, se valen de los ajenos: la gloria de sus antepasados, la riqueza de sus padres... Es el *orgullo de la pereza*.

Me diréis que arrogancia tuvieron también los magnates que se encumbraron por el valor de su brazo, los improvisados del comercio, los sobresalientes de la ciencia y del arte... Y os replicaré que no debéis confundir el amor propio y la satisfacción de sí mismo con la arrogancia. Son dos cosas harto diferentes. El hombre que se goza en sus méritos es un avaro que tiene un tesoro oculto, para que no se lo roben, en el último fondo de sus arcas, el corazón; pero el hombre que hace alarde de riquezas, el arrogante, es generalmente un pobre diablo que, sin poseerlas, quiere igualar y hasta superar en apariencia a quienes las poseen. Es la inofensiva bestia que, para defenderse de sus enemigos o apoderarse de su presa, simula órganos ofensivos de que carece, hinchándose como si erizase púas, abriendo sus desdentadas mandíbulas como si poseyera venenosos colmillos. Hay en la India una débil culebra que, cuando se ve atacada, ínflase hasta tomar las siniestras formas de la cobra. Los grandes mastines no ladran tan agresivamente como los perrillos falderos... La arrogan-

cia es, en los animales, el instinto de conservación de los indefensos; en los hombres, al menos cuando alcanza su aspecto máximo, el de los perezosos. Es la simulación de una actividad ausente, el monstruo terrorífico estampado en el escudo de los pueblos medrosos.

La impotencia para el trabajo engendra el desprecio del trabajo y de los trabajadores... Por otra parte, las tradiciones latinas y caballerescas corroboran, en Hispano-América, este orgullo de la pereza, ensalzándolo como rasgo característico de superioridad de casta, o sea como forma pasiva de la antigua arrogancia ancestral.

Típico caso es uno que me contó el gerente de una empresa ferroviaria inglesa de la República Argentina. Por no haberse realizado a tiempo un cambio de rieles chocaron dos trenes en horrible catástrofe, en que murieron muchas personas, se destrozaron muchos vagones y se quemaron muchos fardos de lana... El *descuido* fué de un empleado de pura estirpe criolla. Llamáronle a declarar ante la comisión directiva de la empresa, preguntándole cómo pudo *descuidarse*, cuando se le había telegrafiado que iban los dos trenes en direcciones opuestas por la misma vía única, para que hiciese a tiempo el "cambio reglamentario"... "Es que el peón cambista estaba enfermo en cama, repuso, y yo no tenía entonces otros peones... — ¿Y por qué no lo hizo usted?—Le mandé avisar al cambista, y si él no lo hizo...—Pero, sabiendo que el cambista estaba enfermo y no teniendo otros peones, ¿por qué no lo hizo usted mismo, con sus propias manos?—¡Yo! ¡Yo soy el jefe de la estación¡ ¿Cómo iba a hacerlo yo? Cada uno tiene también su *dinidad*".

XIV

CONSECUENCIAS TRASCENDENTALES DE LA PEREZA CRIOLLA

En síntesis, inclínome a creer que siempre los progresos y las decadencias pueden reducirse a la mayor o menor actividad de los pueblos... Pienso que, no sólo la arrogancia, el valor de los débiles, y la tristeza, dolencia de vencidos, han de originarse en la pereza, sino que *todos* los demás males de las naciones hispanoamericanas son también causados o agravados por la desidia. Pereza de la sensibilidad y la imaginación es la falta de ideales. Pereza de la voluntad, la falta de iniciativas prácticas. Pereza de la inteligencia, la ausencia de originalidad, de previsión y de precisión. Pereza de los músculos, la decadencia física. Pereza en el ejercicio de los derechos y deberes políticos, las ridículas parodias de democracia... El odio ''godo'' al extranjero es pereza, porque comprenderle y emularle serían trabajo. El culto del valor es el culto de la pereza, pues ninguna hazaña exige menos esfuerzos que las impulsivas de la cólera y la propia defensa, que son las más valientes. El orgullo de la riqueza nacional es un sentimiento de perezosos, que prefieren contemplar a producir... Pereza, pereza y pereza; todo es pereza en *South America*. ¡Pereza la indiferencia, pereza la inacción, pereza la soberbia, el desenfado, la *gracia* criolla! Pero, para demostrar esto último—la pereza del *esprit* criollo—, lo que acaso parezca paradojal, necesito extenderme en ciertos razonamientos...

Hay, en efecto, dos categorías de imaginación: la grande y la pequeña.

La grande es la que sueña, la que aspira, la que produce la que todo el mundo llama, por autonomasia, imaginación. Es la facultad activa, *trabajadora* por excelencia, del intelecto humano, cuando comprende como cuando crea. Exige un grande esfuerzo de la atención, penoso a veces. Entender la *Divina Comedia*, la *Crítica de la Razón pura* o *Tristán e Isol.*

da representa toda una tarea, y una gran tarea: la de identificarse con el pensamiento de un superhombre. No basta para ello una inteligencia natural, un espontáneo gusto artístico: se necesita un dominio especial sobre nuestro espíritu, que no siempre se amolda fácilmente a una obra maestra.

La pequeña imaginación es cosa muy distinta: constituye el *esprit,* frívolo y simple; una irónica y vivaz flexibilidad intelectual, que reacciona como la sensitiva a cualquier choque exterior, casi por un involuntario movimiento mecánico, casi por acto reflejo. Tan diferentes son una y otra, que parecen excluirse. La pequeña imaginación es propia de los analfabetos e indiferentes; la grande, de la ciencia, del arte, de la política. Para todo lo digno y lo bello, hasta para la llamada *causerie* de la gente culta, se requiere ésta, porque aquélla se reduce a frases entrecortadas e impertinentes. El más chusco chulo andaluz no será nunca un *causeur*... ¿Qué es, por tanto, el *esprit* criollo? No, no es la divina imaginación, la facultad intelectual, trabajadora por excelencia: es el vacío en el cerebro, el cansancio en el pecho y... la rapidez en la lengua. Es la *habilidad de los desocupados,* que destilan el veneno de su impotencia en frases agudas como el aguijón de una avispa.

En Alemania hase podido considerar como "mal del siglo" la dualidad de una voluntad débil para ejecutar y de una vasta imaginación especulativa. Este es un mal muy relativo: pueblos que piensan, no importa que a veces fracasen en el hecho. Pensar es obrar. Mal mucho más grave, el mayor mal de los países hispanoamericanos, no sería, a mi juicio, la ausencia de iniciativas, sino la *falta de imaginación.* De todas las consecuencias de la desidia, ésta es la que más trascendente conceptúo... ¡Los hispanoamericanos parecen no comprender la verdadera imaginación, la gran imaginación! Exaltando como todos los hombres sus debilidades, suelen reputarla enfermiza sensibilidad, cuando no descabellado lirismo. Creen que los yanquis carecen de imaginación, ¡los yanquis, que construyen casas de treinta pisos, que intentan las más arriesgadas empresas, que cultivan a Hegel, que inventan con Edison, que piensan con Emerson, que sienten con Poe y con Walt Whitman! La imaginación se revela en algo más, señores indiferentes, que en dejarse crecer romántica melena y escribir pequeñas poesías escépticas...

La falta de imaginación en las clases directoras, del poder y la fortuna: he ahí un enemigo mortal del progreso. En muchas sociedades hispanoamericanas es fácil observar esa

deficiencia, más desoladora que la peste y la derrota. Buscad en ellas las grandes concepciones financieras, políticas, literarias; buscad la generosidad de los magnates para la educación y la beneficencia públicas; buscad, por fin, en el comercio, en la cancillería, en las letras, algo que revele una emulación de raza que se sacrifica y triunfa en las vastas empresas que imagina... Y me temo que no encontréis ni siquiera la *imaginación de la riqueza,* que es la más grande de las virtudes de los angloamericanos. Los hispanoamericanos ni llegamos a reconocer esta virtud, que suponemos venalidad... Venalidad, oh aristarcos, es la pasión de un propietario que, con un millón de pesos de capital, sólo piensa en divertirse en el extranjero; venalidad, el avaro sentimiento de un hacendado que no es capaz de arriesgar un céntimo en ninguna empresa progresista y sólo aspira a guardar lo posible de sus rentas... Pero la acción del capitalista que, con quinientos mil dólares, trata de ganar, aunque sea en el comercio de suelas o de tocino, unos veinte o treinta millones, con los cuales se lanzará luego a grandes obras y favorecerá las artes y las ciencias..., eso no es venalidad de salchichero, ¡es la imaginación de la riqueza! Si vosotros la tuvierais, vosotros, los "conservadores", que sois más mercachifles que los "envenenadores" de Chicago, ya intentaríais, por ambición si no por patriotismo, rescatar de las manos extrañas que las explotan ciertas empresas financieras que, a veces, como en el caso del Ferrocarril del Sud de la República Argentina, implican un monopolio y hasta un peligro para la nacional integridad política. Por alguna razón, aunque harto débil, se ha pintado a tan rico y vasto país, en el mapa de las posesiones inglesas puesto en la carátula de un libro popular escrito en Francia, del mismo color que el Cabo y el Egipto.

Así como en las grandes cosas, también en las pequeñas se sintomatiza ese capital defecto de la clase directora de algunas sociedades hispanoamericanas. Preséntase en sus salones una mujer de belleza exótica con el peinado que conviene a su tipo, y la maledicencia le hinca el diente tildándola de "estrafalaria" y "ridícula", como que el medio no tiene imaginación bastante para apreciar lo que no se somete estrictamente a los últimos clisés de la moda... Destácase un hombre dotado de ciertas concepciones que no son lugares comunes y que emplea al hablar un vocabulario un poco más rico que el miserable *argot* mundano: tampoco se le entiende... ¡Desgraciado si se empeña en hacerse comprender!... Salvo el

caso de que se imponga por la fortuna o el poder político, nunca deberá aventurarse en esos deliciosos salones el hombre de pensamiento, cuyo cerebro vive poblado de ciertas ideas que exigen un esfuerzo mental, y que, en otros centros pudieran dar realce a la vida elegante. Aquí parecerá un pobre hombre, sin *esprit,* distraído, indefenso, impermeable... Podrá ser un buen *causeur* (en los corrillos criollos se le llamará desdeñosamente "solista", vengándose así la gente de que la obligue al terrible trabajo de pensar); pero no será nunca—es demasiado intelectual, demasiado generoso para ello—, un buen guasón criolloandaluz, de oído despierto y malicioso, de réplica pronta y contundente... Por eso, el grupo de indolentes *fashionables* le sentenciará con este calificativo, inapelable como un fallo de última instancia, indeleble como un sacramento, absoluto como el juicio de Dios: "Es un zonzo".

Pero, ¿qué es un zonzo? Un zonzo debería ser un hombre desprovisto de condiciones intelectuales, un idiota incipiente, un incapaz cualquiera, un inepto para la lucha por la vida... Y es grotesco, es trágico, es cómico, es sangrientamente cómico el uso que hacen esos zánganos criolloandaluces—esos divinos "vivos", cuya ignorancia es tal que no tienen ortografía y no saben sumar correctamente—, el uso que hacen esos despreciables parásitos del calificativolápida de "zonzo".... Introdúcese en su ambiente un diplomático fino e instruído; se le hace corro; se abusa de su ignorancia en ciertos matices regionales del idioma; se le zahiere vaga, cobarde y simuladamente... Y el veredicto está hecho: "Es un zonzo". Llega de Europa un joven artista o compositor nacional, que expuso sus cuadros en el Salón de París o que ha compuesto una ópera editada por Ricordi y aplaudida en Italia... Y, ¿qué halla en esta mezquina *jeunesse dorée* si no el vacío más absoluto, porque no ha traído corbatas de Charvet, y no parte sus cabellos en dos bandos elegantes y simétricos, a lo Cleo de Mérode? "Es un zonzo". Y zonzo es todo lo que representa buena fe, altura moral, imaginación, trabajo... ¡Cuánto más fácil es despreciar a los que sienten, a los que piensan, a los que obran, que sentir, pensar y obrar!

... *Ergo,* la falta de imaginación en las clases directoras constituye una de las formas más graves de la desidia hispanoamericana, porque, lejos de estimular, dificulta el progreso.

XV

EL CARÁCTER ARGENTINO

El carácter argentino es todavía una nebulosa. Habiendo convergido en el país tantas razas—americana, blanca, negra,—y tantos climas, desde el tórrido del Chaco hasta el casi glacial de la Tierra del Fuego, el pueblo presenta un caos de tendencias y pasiones. La actual inmigración europea, por lo copiosa y varia, aumenta aún la heterogeneidad del conjunto. Ninguna nación de ninguna época, en fin, poseyó jamás tan difusa psicología...

Sin embargo, pudiérase acaso esbozar esa psiquis si al efecto se dividiese el pueblo en grupos más o menos caracterizados por la afluencia combinada de su etnografía, clima y tradiciones. Recordàndo lo expuesto al trazar más atrás mis esquemas etnogeográficos de la República Argentina, estos grupos serían hoy tres: 1.° la antigua clase directora residente en las grandes ciudades; 2.° la gente rural del interior; 3.° el elemento inmigratorio radicado preferentemente en el litoral, sobre todo en la provincia de Buenos Aires.

1.° Dolorosas y bien pesimistas páginas me ha inspirado, en otra oportunidad, la psicología de la clase directora, especialmente de la juventud rica, tan ociosa, frívola y burlona. (1). Su carácter no es, sin duda, simpático; con ella "no se hace patria". Posee todos los defectos de la psicología criolla, y refinados, aguzados por la vanidad y el boato... Felizmente, si su ejemplo y su influencia preponderan aún, mañana caerán, y de pronto, como piedra en el abismo. No sabiendo esos jóvenes pseudoaristócratas conservar sus bienes, sus despilfarros los van dejando ya sin fortuna; sin fortuna, merma su prestigio, mientras el elemento inmigratorio adquiere, para sustituirlos, los bienes que ellos pierden y la cultura que nunca tuvieron...

2.° Por la doble potencia de su ardiente clima y sus an-

(1) *La Educación*, 3.ª ed., Madrid, 1903, tomo II, pág. 361.

tecedentes étnicos, el argentino de tierra adentro se ha formado un carácter típico, lleno de claroscuros. Sus rasgos más notables son la astucia y la audacia; sus principales defectos, la indolencia y la versatilidad. Posee la inteligencia grave y doble de pueblos tropicales, siendo su temperamento más práctico y positivo que soñador y poético. Tiene don de gentes, admirable sentido de orientación y agudísimo olfato político.

3.° Contra esos dos grupos primeros cada vez se acentúa más la importancia del tercer grupo, el de origen inmigratorio, y tanto que se diría fuera éste el destinado, después de adaptarse y argentinizarse suficientemente, a *hacer casta* en el país. Pasmoso es el poder de atracción y de absorción que ejerce sobre el extranjero la nacionalidad argentina. Su política generosa, sus leyes liberales, su riquísima producción, su eterno cielo azul atraen y conquistan para siempre los corazones y las voluntades. Ello es que el extraño se nacionaliza con harta rapidez: los hijos del inmigrante no quieren ya ni oir la lengua de sus padres. Son aparentemente los más criollos; se apegan como lapas al nuevo terruñ ; lo cultivan, lo aman, lo pueblan... Y este nuevo terruño, como si agradeciera, se transforma en dócil arcilla bajo sus dedos activísimos.

A diferencia del interior, el pueblo de Buenos Aires manifiesta desde 1810 marcadísima tendencia a simpatizar con todo lo exótico, a adoptar todo lo exótico, a sentir el filantropismo del siglo XVIII y de la Revolución francesa como si él solo los hubiera inventado y realizado. Por eso al llegar a sus playas el inmigrante se siente, no en su casa, mejor que en su casa. Sabe que el criollo, especialmente el porteño y el del litoral, aunque se burle andaluzamente de sus costumbres y trajes, luego que él sepa adaptarlos al país le tenderá los brazos como a antiguo amigo. Sabe que, por su temperamento poco luchador, el gaucho no le hará nunca sombra en sus empresas. Sabe, además, que él será uno de tantos fundadores de su nueva patria, como si antes sólo estuviera fundada a medias...

Pues ese elemento inmigratorio, una vez nacionalizado y acriollado, amoldándose a los sentimientos e ideas del litoral, los mejora y tiende a formar una psicología argentina, la más bella y poderosa, la que amalgamará y refundirá en su crisol todos los factores y regiones para que fluyan en purísimo oro. Esta psicología especial se aparta de la genérica de los pueblos criollos y se insinúa ya en ciertos rasgos iniciales más o menos transitorios...

Y lo curioso es que los nuevos rasgos suelen contrastar ricamente con las viejas pasiones criolloandaluzas... La arrogancia, en tierras feracísimas y libres de prejuicios, toma un tinte de candor que jamás tuvo en España, y ni siquiera en América. La pereza, ante tantas nuevas vías y formas de actividad, se trueca en trabajos, aunque indisciplinados todavía, múltiples y audaces. La misma tristeza gaucha se derrite como la helada de las Pampas cuando, en las frías mañanas de mayo, se levanta el sol...

¡La nebulosa del carácter argentino se condensa así en radiante sol!... Yo te saludo, ¡oh sol de mayo! Tus rayos han penetrado en mi pecho y las tinieblas de mi melancolía han huído como tropel de espectros. Tú enciendes en mi corazón de patriota la luz de la esperanza. Tus caricias a la madre tierra, derritiendo la escarcha de la noche, harán brotar las semillas de mis deseos. ¡Salve, sol plenipotente que surges en la mañana gloriosa! Sólo me amarga la conciencia de que, cuando subas triunfante sobre los pueblos e irradies desde el cenit, entre el blanco y el celeste de nuestro cielo, mis pobres huesos yacerán pulverizados por el tiempo. Pero tu beso brotará sobre mi tumba una azucena blanca; ella será el símbolo de mis votos y predicciones. Ella, elevando su litúrgico cáliz lleno de lágrimas de la aurora, te saludará una vez más: "¡Salve, oh sol de mayo!"

XVI

TEORÍA DE LA PEREZA COLECTIVA

Todas las explicaciones que se dan sobre el origen y la naturaleza de la indolencia humana pueden sintetizarse en dos: la *económica* y la *fisiopsicológica*. Pienso que ambas, lejos de oponerse, se complementan, pudiéndose reunir en una sola y primera: la biológica.

En su influencia sobre los hombres y las razas, tan "previsora" ha sido la madre naturaleza, que hace pensar en una "armonía preexistente", en un determinismo de armonía... Al prodigar sus dádivas en los trópicos invita al hombre, que sólo necesita estirar la mano para alimentarse de opimos frutos — invita al hombre, por la influencia del excesivo calor sobre su organismo —, al descanso. A la inversa, en las zonas frías, donde es tanto más mezquina, incítale, para que su organismo, para su calórico vital de mamífero reaccione contra el ambiente destemplado, al movimiento, al trabajo rudo y continuo.

Ahora bien, ¿por qué es el hombre indolente en los países tropicales: porque habiendo abundancia de frutos no necesita ser activo, o porque la temperatura deprime su actividad? ¿Por qué es el hombre tan trabajador en los países fríos: porque si no se moviera tanto se moriría de hambre, o porque su cuerpo necesita del movimiento para reaccionar contra el frío? He aquí las dos explicaciones... La *económica*: es la abundancia lo que da al hombre, en los países cálidos, el *hábito* de la pereza. La *fisiopsicológica*: es el excesivo calor lo que causa en el organismo la *depresión* de la pereza.

¿Qué resulta, por tanto, la pereza de los pueblos de clima cálido? ¿Hábito voluntario o depresión involuntaria? exagerando el concepto de la depresión involuntaria es como, psicológicamente, lo parece... Exagerando el concepto del hábito voluntario es como, económicamente, lo simula...

En rigor, el hábito y la depresión *coinciden*... ¿Por

qué? ¿Por una "armonía preexistente", un determinismo de armonía?...

Acaso... Mas esa preexistencia, ese fatalismo, que pueden ser una idea religiosa, metafísica, *subjetiva*, se *objetiva* en principios científicos: los *biológicos*. La incógnita ideal es, en últimos términos, la del *origen* de la vida; la cuestión positiva la de las *leyes* de la vida. Dejemos de lado, por incognoscible, el origen de la vida, y observemos lo cognoscible, las leyes de la vida. Pues ,precisamente, son leyes o por lo menos aspectos de la vida, los fenómenos que en este libro se han expuesto....

Y se han expuesto según un esqueleto eurítmico, cuyas articulaciones serían las siguientes:

Todas las manifestaciones de la vida de los pueblos son productos de su psicofisiología.

Su psicofisiología lo es de la herencia.

La herencia lo es del medio natural.

El medio natural obra en dos formas, ya directamente sobre el organismo, estimulando POR SÍ *sus actividades, ya indirectamente, estimulándolas* PARA LA ALIMENTACIÓN. Cuando estimula *por sí* al organismo, lo hace en un orden puramente fisiológico y psicológico; cuando lo estimula *para la alimentación*, en un orden doble, al propio tiempo fisiológico y económico. Esto es todo.

Apliquemos ese engranaje de enunciados a la pereza criolla; vistamos, ¡oh poder creador de la pluma!, de músculos y de piel el esqueleto eurítmico de la teoría...

Pero consultemos antes, para asegurarnos bien del fenómeno, a los viajeros... Pues bien; los viajeros de razas oriundas de climas templados o fríos ponderan sobremanera la pereza de las razas tropicales, siendo la "pereza criolla" un eterno lugar común de sus escritos.

Consultemos a los políticos... "Cada pueblo tiene el gobierno que merece, nos dicen. No es posible hacer verdaderas democracias de pueblos indolentes." De ahí la "política criolla".

Consultemos a los críticos, a los artistas, a los abogados, a los médicos, a los sacerdotes, a los banqueros, comerciantes, industriales, trabajadores... Todos, en fin, afirman de común acuerdo que existe la pereza criolla.

¿Es ésta hábito voluntario o depresión involuntaria? Según la teoría ecléctica que adopto, según la genérica solución biológica es, al propio tiempo, hábito remediable e irremediable depresión... ¿Puede entonces curarse en todo o en parte?... ¿Cómo?...

XVII

EL PROBLEMA HISPANOAMERICANO

La vida fluctúa entre la inconsciencia casi absoluta de las plantas y la conciencia casi absoluta del hombre, especialmente del superhombre. Así la pereza: en su fase fisiológica raya en lo inconsciente-involuntario (la pereza-depresión); en su fase económica, en lo consciente-voluntario (la pereza-hábito).

Llega, pues, el momento de preguntarnos si es curable, y cómo lo es... ¿Resulta realmente *incurable* la desidia de los hispanoamericanos, generadora de todos sus defectos?... (He aquí el punto más doloroso de mi llaga... ¿Hay gangrena?...)

El problema, categóricamente planteado, a la escolástica, no es otro que el del... *libero arbitrio*. Pero dejemos, como irresoluble, este problema del *libero arbitrio*, y, eludiendo la región de la metafísica, vengamos al "realismo ingenuo" de la práctica... Pues bien; el "realismo ingenuo" de la práctica nos dice que dentro de nosotros hay *algo que quiere*, que puede querer; y que este algo, ilusorio o verdadero, "puede querer" mejorarnos... Admitámoslo, si no por ese "realismo ingenuo" de los mediocres y pequeños, siquiera por la "dignidad humana" de los grandes... Admitámoslo, digo, suponiéndonos capaces de mejorarnos, capaces de voluntad consciente, si no siempre libre... Pero, ¿cómo mejorarnos? ¿Cómo y hacia dónde deberemos guiar, los hispanoamericanos, nuestra voluntad de hombres conscientes ya que no absolutamente libres?...

Ante todo, ¡trabajemos! Ante todo, sobre todo, *por* todo, ¡trabajemos! Y no me objetéis que decir que trabaje a un indolente es como decir a un enfermo que tenga salud... No me lo objetéis, porque eso sería caer en el execrable maremagnum del *servo arbitrio*.

Asimismo, a un enfermo puede decírsele "que tenga salud", prescribiéndole un régimen adecuado de vida, una acertada terapéutica. A un indolente puede decírsele también,

por lo menos, que esfuerce su ánimo en ejercitar la poca actividad de que dispone, en tal o cual forma útil. A este respecto hay que aconsejarle que sepa aplicar su escaso trabajo a producir y mantener la riqueza natural de sus dominios...

Uno de los primeros si no el primer índice de civilización es, hoy por hoy, la riqueza... La civilización es la riqueza, la riqueza es el trabajo, el trabajo es el frío. Luego, el frío, mientras no anonade como en Laponia, ¡es la civilización!...

Con estas premisas, el mal, nuestro mal, ¿es curable? ¡No podemos cambiar el clima ni la sangre!... Me diréis que en las colonias anglosajonas de los trópicos, los colonizadores llevan una vida activa y europea. Pero debemos tener en cuenta que esos colonos han establecido transitoriamente su *home* en la India o el Cabo; que conservan sus costumbres ancestrales, para volver cuanto antes al país de sus abuelos... El caso es harto diferente.

Y con todo, el mal, nuestro mal, *¡no* debe ser incurable! Sugiérenmelo estos consoladores pensamientos: en Hispano-América hay muchas razas y muchos climas; la reacción puede venir de acá o de allá; y, además, las *convicciones* de la historia cambian con frecuencia. En tiempo de los grandes imperios orientales debió creerse que la civilización era el calor...

No hallo, pues, sino un remedio, un solo remedio contra nuestras calamidades: la CULTURA, alcanzar la más alta cultura de los pueblos europeos... ¿Cómo? POR EL TRABAJO. Trabajar la tierra, la escuela, la imprenta, la opinión, el arte, desgranar el trigo, despojar de su cándido vellón a la oveja, sangrar la vena de carbón y de oro, mover los motores de la industria, provocar el estímulo de las letras, alcanzar los descubrimientos de las ciencias, modelar la piedra, colorear el cuadro... Nunca nos será dado trocar nuestra sangre, ni nuestra historia, ni nuestro clima; pero sí podemos europeizar nuestras ideas, sentimientos, pasiones... No contentarnos con tomar las formas de la cultura europea, como tomaron los escolásticos las de la cultura grecolatina; antes bien penetrarnos de su espíritu, que luego ya adquiriremos nuestro propio espíritu, como lo adquirieron — ¡después de cuánto esfuerzo! —esos escolásticos laboriosísimos que engendraron en el vientre de Europa el Renacimiento... Engendremos también nosotros la reacción en los fecundos flancos de América... ¡Civilicémonos por el trabajo!

El trabajo no será eficaz sin una orgánica *división del*

trabajo... Para alcanzarla y mantenerla no hay más que una virtud, la virtud sociable por excelencia: la MODESTIA. Más la modestia, como generalmente impone trabajos anónimos y obscuros podría quitar a la actividad el suficiente *estímulo...* Para no perderlo hay un solo tratamiento: cultivar ante todo y sobre todo nuestra humana ALEGRÍA. Por tanto, mi *Fórmula de la Regeneración* puede bien conceptuarse ésta: LA CULTURA POR EL TRABAJO, LA DIVISIÓN DEL TRABAJO POR LA MODESTIA, EL ESTÍMULO DEL TRABAJO POR LA ALEGRÍA.

Sólo así nos haremos nuestro sitio en la civilización europea, en la civilización universal... Y no me digáis que civilizándonos a la europea violentamos nuestro carácter, y que luego, por falta de sinceridad nada eficiente producimos... La indolencia no da, *¡quita carácter!*

Si el carácter de los hispanoamericanos es no tener carácter, ¡hagámonos un carácter! Inventémoslo, improvisémoslo, imitemos, forjemos, remachemos; y, si no pudiéramos crearlo del vacío, ¡vive Dios, robémoslo a quienes lo tengan como arrancaran los romanos sus hembras a los sabinos! ¡Sorprendamos a la Historia, tendámosla sobre la grupa de nuestros corceles, hinquemos nuestros dedos como garras en sus senos de virgen, y, bebiéndole la vida por los desmayados labios, adelante! Ensangrentemos los ijares del hipógrifo, clavémosle la espuela hasta la entraña, que, en la noche de lo Desconocido, hambrienta jauría de siglos nos persigue! ¡Adelante! El Tiempo no espera...

LIBRO IV

POLÍTICA HISPANOAMERICANA

I

MITOLOGÍA DE LA POLÍTICA CRIOLLA

Entrad, lectores. Entremos sin miedo ya en el grotesco y sangriento laberinto que se llama la *política criolla*. ¿No poseemos ahora la llave mágica que ha de abrirnos todas sus puertas? ¿No hemos arrancado al alma del hispanoamericano los secretos de su psicología? Esta psicología será nuestra mágica llave... ¡Lectores, entrad!

No os descubráis, empero como si penetrárais en templo cristiano; ni os descalcéis, que no es árabe mezquita; ni os quitéis los abrigos, que tampoco es encerado salón. No; echáos sobre la ceja feroz del fidalgo la airosa ala de rústico chambergo, palpad la faca que lleváis en la cintura a guisa de espada, y avanzad balanceando el cuerpo con garbo toreril y taconeando recio bajo la sonadora espuela... Así, nadie os atajará el paso, y, del más miserable gaucho al cacique más encumbrado, todos, reconociéndoos por el aire de familia, os dejarán entrar, y hasta acaso os saluden como a nuevos compañeros: "¡Bienvenidos seáis!"

Y no quiero comenzar este libro sin narraros una interesante fábula acerca del origen de esa bienaventurada política. Cuéntase, en efecto, que en los tiempos del coloniaje hubo en América tres pérfidas criollas, hermanas por parte de padre. La mayor una hispanoindia, llamábase Pereza; la segunda, una mulata, Arrogancia; y la tercera, una zamba, Tristeza. Confabuladas contra la sociedad y la religión, entregábanse ocultamente a la magia negra, practicando sacrílegos ritos. Súpolo su padre, fanático y orgulloso gachupín, quien, no pudiendo disuadirlas del maléfico culto, denunciólas a la Santa Inquisición de Lima. Y la Santa Inquisición de Lima les inició secreto proceso...

Pero el demonio, velando por las tres malas hembras, revelóles el peligro que corrían, y tan oportunamente, que apenas tuvieron tiempo de huir a refugiarse en los vírgenes bosques del Amazonas. Entonces el Gran Inquisidor de la ciudad

de los virreyes invocó a Jehová para que las maldijera. Y así las maldijo, por boca del Gran Inquisidor, el divino verbo de Jehová: "Sea anatema sobre vosotras, oh bestias impuras. Ya que os habéis hecho indignas de la excelsa dignidad de mujeres, dejad de ser mujeres. Que en vuestros pechos no palpite nunca el amor. Que vuestros vientres sean tan infecundos como las peñas. Que jamás sintáis los placeres de la esposa ni los goces de la madre. Sea anatema sobre vosotras." Así dijo Jehová, por boca de su ministro. Y la voz de Jehová llegó a oídos de las tres maldecidas, que, desde ese momento, convirtiéndose en verdaderas brujas, se dedicaron a los más tenebrosos y potentes trabajos de alta hechicería...

Como la maldición de Jehová era eficaz, sentíanse envejecer solas, sin esposo, sin hijos, odiadas y perseguidas hasta por las alimañas de la selva. No gozaban ni siquiera de su amistad recíproca, porque sus genios díscolos estaban en contradicción continua, salvo acaso en los instantes de litúrgico conciliábulo. En uno de estos conciliábulos, cuando bramaba el huracán del Sabbat, una de ellas, la mayor, insinuó a las otras dos que buscaran un medio extraño y sobrenatural de perpetuarse y de procurarse compañía, ya que sus vientres eran estériles... La segunda propuso la creación artificiosa de un *homunculus* en una retorta, medio que rechazó la mayor como asaz difícil... Y tal fué la gresca que produjo este rechazo, sin duda acertado, que las dos brujas tuvieron que suspender sus ritos para tirarse de las greñas.

Escupiólas en el rostro despreciativamente la menor, e internóse en la maleza, con una silenciosa idea fija... A los pocos días, ante los furibundos conjuros de sus dos hermanas, volvió, y volvió acompañada... Traía una pequeñísima mona, una monita recién nacida, que, no sin dificultades, hallara en el bosque secular. Y, como era de pocas palabras, limitóse Tristeza a decir: "La alimentaremos con la sangre de nuestras venas". Arrogancia agregó, batiendo palmas: "Burlaremos su maldición, pues entonces ella será nuestra hija y perpetuará nuestra raza." Y concluyó Pereza, la mayor: "Así tendremos una discípula que haremos digna de nosotras. Besémosla". Y las tres bocas desdentadas besaron el animalejo, que gruñía helándose de terror...

Dicho y hecho. La monita quedó adoptada. Una después de otra, con algarabía infernal, las tres réprobas fueron abriéndose una arteria para transvasar su sangre, por herida que al efecto le abrieran en el bracejo, a las venas de aquella repug-

nante caricatura humana, aborto de la selva. Y, para que tan original sistema de lactancia diera resultados, brindáronsela a su protector, Satanás. Fué así como creció y se desarrolló digna del diablo, heredando las peores cualidades de sus madres adoptivas y nodrizas de sangre. Y tanto que, más que mona mortal, parecía una nueva y cuarta furia, y más monstruosa y más iracunda... No sé en virtud de qué infernales drogas y conjuros, ¡llegó hasta a aprender a hablar, o, mejor dicho, a blasfemar y maldecir!

Hablaba y era ya crecida y estaba iniciadísima en magia negra, cuando, una noche de aquelarre, presentóse Satanás. Y dijo a las tres viejas: "Vengo al bautismo de mi ahijada".

Arrogancia repuso: "Le pondremos mi nombre, porque yo he sido su maestra." Tristeza replicó: "Yo la traje, como yo debe llamarse". Y Pereza intervino, imperiosa: "Por ser yo la mayor, debe ser mi tocaya".

Sacudiendo todo el cuerpo en un ataque de convulsiva risa y restregándose las manos, interrumpió el demonio: "Puesto que yo soy el padrino, yo le daré nombre. Empecemos la ceremonia". Y, refunfuñando, las viejas empezaron el ritual del demoníaco bautismo...

Llegado el momento de darle nombre, mientras la joven mona-bruja se desgañitaba gruñendo, Pereza preguntó al padrino, con amarga impaciencia: "¿Cómo la llamaremos?..." Hubo una pausa extraña, llena de tan intenso horror, que las mismas comadres oficiantes se estremecían...

Arrogancia y Tristeza repitieron: "¿Cómo la llamamos?" Y Satanás, después de pasarse la sangrienta lengua por los labios, como gato goloso, respondió: *Política criolla.*

Las viejas, pronunciando palabras herméticas, la sumergieron entonces, como en una pila bautismal, dentro del caldero, donde hervían sesos humanos, sangre de perro, belladona y otros fantásticos ingredientes. Y, cuando salió de él la bautizada, más rabiosa que nunca, su padrino la bendijo augurándole larga y gloriosa vida...

Tus augurios se han cumplido, Satanás. ¡Harto descontentadizo debes ser si no te sientes satisfecho de tu obra!

II

LA PEREZA COLECTIVA, BASE DEL CAUDILLISMO CRIOLLO

En la pereza colectiva hallo la clave del *caudillismo o caciquismo* hispanoamericano, curioso fenómeno institucional.

Entre indolentes, fácil le será descollar al más activo. Entonces la turba, compuesta de ciudadanos demasiado apáticos para pensar y moverse por sí mismos y echar sobre sus hombros la pesada carga de la responsabilidad de sus actos, delega con gusto su soberanía... ¿En quién? En el que mejor se impone por sus cualidades, y en el que ha sabido captarse mejor las simpatías de todos... ¿Es el más apto? Se presume; pero no basta ser el más apto: es preciso ser el más temido y querido...

Aunque esté en el interés de todos entregar el simbólico chuzo emplumado del mando al más idóneo, está en el interés de cada uno, para medrar a la sombra del poder, que quien gobierne sea su personalísimo amigo... Esto es lo que del caciquismo hace, a veces, un régimen de vergonzosas complacencias. Antes que de méritos debe el cacique hacerse de amistades, y, para mantenerse, mantenerlas... ¿A costa de las leyes, de la riqueza nacional, del progreso?... ¡Qué importa, si contra el retroceso y la injusticia no hay sanción social!...

La sociedad caciquista no estará a favor del mejor, sino del que se imponga mejor, sin averiguar por qué se ha impuesto—aunque sea por los compadrazgos y las complicidades.

En la carrera de un cacique hay siempre una época inicial en que él engaña a la turba con supuestas o superficiales virtudes... Cimentado su poder, suele desembarazarse de tales apariencias como de un incómodo traje que estorba sus movimientos. Una vez propalada la primera laudatoria de esas virtudes de un día, la sentencia está dada, inapelable, en última instancia, porque el público no se tomará ya la molestia de revisar el expediente... ¿Para qué investigar, juzgar de nuevo, acaso condenar? Eso daría mucho trabajo; más cómodo es callarse; y, más cómodo todavía, servir y adular al cacique,

especialmente en sus trances difíciles, porque en premio, llegado el momento, recompensará a su tribu, hombre por hombre... ¡Nada de independencia ni de lucha individual! Esta implica el esfuerzo individual, a menudo penoso, aplicado al comercio, las industrias, las ciencias y las artes; y el objeto de la vida es el descanso... Los dioses han creado a los hombres para verlos descansar elegantemente. Si más descansa el rebaño que el pastor, ¡rebaño seamos y no pastores!

III

EL "DERECHO HUMANO" DEL CAUDILLO

Por "derecho divino" el rey europeo es rey; el cacique manda por *derecho humano*. El uno se impone por la voluntad de Dios; el otro por voluntad de hombres sin voluntad... De ahí diversas maneras de gobernar: uno, por la justicia, otro por la astucia. El rey representa la bondad de Dios sobre la tierra; el cacique, en su patria, los sórdidos intereses de su indiada.

En Europa, los monarcas son hoy símbolos de un pasado histórico, cuyas formas ha convenido conservar para felicidad de los pueblos: el imperialismo. Los jefes políticos, diputados, ministros y presidentes son también símbolos en Hispano América; símbolos de un pasado prehistórico, que para desgracia de los pueblos, el presente no ha podido destruir: los cacicazgos.

Régimen regular fué el imperialismo; los cacicazgos, entidades caprichosas y variables. Por ello, las modernas monarquías constitucionales, supervivencias del viejo imperialismo, son gobiernos de estabilidad y disciplina; las repúblicas hispanoamericanas, supervivencias de cacicazgos, gobiernos de indisciplina e irregularidades de fondo... El espíritu del sistema cacical se aviene muy imperfectamente a la letra de las constituciones republicanas... Sin embargo, las irregularidades son *de fondo* y no de forma, por lo mucho que se ha conservado del antiguo formalismo metropolitano; de las simetrías administrativas del Consejo de Indias, que, contrariamente al conocido principio práctico del parlamento británico, suprimía toda anomalía por el solo hecho de ser anomalía, aunque fuese justa, útil, insustituíble...

El rigor casi litúrgico de las fórmulas y formas de la antigua monarquía castellana, es lo que conserva, porque lo llevamos aún en nuestras venas, las apariencias de las extraordinarias repúblicas españolas, con sus grotescos simulacros de sufragio popular. Pues aunque el cacique sea, en verdad, un

mandatario de su pueblo o su partido político—es decir, de su clan, horda, toldería, tribu,—no gobierna por elección política y por lucha de ideas sino por su poder sugestivo, la apatía de los hombres y por la inercia de las cosas. Y, al fin, tanto monta este diploma, tácito aunque inequívoco, como el que otorgue cualquier asamblea electoral... ¡Pero se mantienen las formas externas!... Un cacique, por déspota que sea, por arbitrariamente que disponga, sigue casi siempre las seculares formas del expedienteo español... Esto es más decoroso que proceder por simples *úkases*.—Y, por decoro, para no mostrar en toda su desnudez su fealdad de orangután, lleva siempre puesta su hoja de parra: ¡la "Constitución, dictada por la voluntad de los Pueblos"!

IV

IRRESPONSABILIDAD DEL CAUDILLO

El régimen cacical constituye, en síntesis, algo como una *confederación de clanes.*—A veces se presenta bajo la forma de una *superposición* de feudos encajados uno en otro, desde el cacicazgo-baronía, que rinde pleito homenaje al cacicazgo-condado, hasta el cacique-duque, que se reconoce vasallo del cacique-rey. Es un engranaje de cacicazgos, de menor a mayor; recuerda a esas grandes cajas japonesas que encierran otra y otra y otras, cada vez más pequeñas... ¡La última, que es diminuta, está siempre vacía!

Basta esta enunciación para insinuar cuán difícil problema es el de la *responsabilidad* del cacique por los actos cometidos en el desempeño de sus funciones. Aseméjase a lo que se ha llamado, en los juicios de imprenta, "responsabilidad por cascadas". Acusado un director-propietario de periódico por injuria o calumnia, se excusa con el redactor, el redactor con el editor, el editor con el regente de la imprenta, el regente con el tipógrafo que compuso el artículo... En suma, del delito no son responsables sus principales autores e instigadores, antes bien los meros mandatarios o ejecutantes autómatas... "La cuerda se rompe por lo más delgado". Ocurre como en el juego del "Martín Pescador"; la justicia dice al pueblo: "Pasará, pasará, pero el último se quedará..." El último, para rendir las cuentas del delito común, será el primero. En este aspecto, como en muchos otros, el reino cacical se parece al Reino de los Cielos. Del cual está escrito, en los Santos Evangelios, que "los últimos serán los primeros y los primeros serán los últimos".

La *irresponsabilidad* casi absoluta del cacique se funda, además en este fenómeno: el cacique no es un funcionario constitucional... En realidad el cacicazgo es un cargo vitalicio, concedido *ad perpetuam*, aunque debe sólo durar mientras un nuevo cacique no escamotee al antiguo el favor popular...

Enseña la teología que en cada sacerdote residen dos categorías de poderes: la potestad de orden y la de jurisdicción. La primera es indeleble, pues ninguna fuerza humana podrá destruirla; la segunda depende de las circunstancias. Un sacerdote apóstata pierde su potestad de jurisdicción; pero conserva la de orden, y hasta su muerte puede válidamente bautizar, bendecir, consagrar y absolver. Algo semejante ocurre con el cacique, quien, en efecto, es un rey instituído tal por el pueblo; adquiere un ''carácter indeleble'', *ad vitam*, que conservará aunque pierda el mando y la vergüenza... Es porque es. No importa que no desempeñe ostensiblemente ningún puesto público. No importa que, so pretexto de salud, se retire del escenario político o se ausente a Europa. Como San Pedro, aunque peregrine por Siria o Antioquía, está siempre en Roma.

Más por accidente que por regla es alcalde municipal, diputado, gobernador, ministro, presidente; pero siempre en alguna forma, funcionario o no, al menos si es pobre, vivirá del presupuesto... ¿Cómo? ¡Misterio!...

Por no reconocer nuestras leyes europeas su asiático poder, muchas veces es un simple particular. Si en la contienda política se cometen entonces cualesquiera atentados, ¿cómo esclarecer quién es el instigador del delito político, cuando el cacique que lo ha sugerido resulta ser un simple ciudadano, protegido por las penumbras de la vida privada? Además, el cacique es disimulado y sabe disfrazar su complicidad... El cacique es poderoso y se hace temer de los jueces... Y, así como anejo al cargo de rey de la Gran Bretaña está el de jefe de la Iglesia anglicana episcopal, anejo al cargo de cacique va el de Gran Encubridor... Este ministerio no se delega; es intrínseco al cacicazgo, inviolable, insustituible... ¡Qué descuide un cacique sus funciones de Gran Encubridor, y ya veréis qué huracán de otoño le despojará de su follaje! Sus corifeos, al sentirse sin protector, amenazados por una sanción social, se desbandarán como las golondrinas, buscando un sol más caliente; y, así como anidaran en las santas cornisas de la catedral de Toledo, empollarán bajo la vilipendiada torre de una pagoda de Confucio y hasta en los graciosos arcos de una infame mezquita de Mahoma... Mahoma, Confucio o Cristo, ¿qué les importa? Como descendientes o continuadores que son del pueblo incáico, sólo adoran al sol... ¡Especialmente cuando difunde, como en los antiguos templos peruanos, sus largos rayos en gruesas barras de oro!

Sólo la muerte o una derrota demasiado humillante pueden destruir el poder jurisdiccional del cacique, magnético como los ojos de la serpiente.—Aunque a veces, después de la derrota, se dispersan sus huestes hacia los cuatro puntos del horizonte, todos y cada uno de sus hombres, como si hubiesen recibido consigna, en un momento dado volverán a rodear al cacique, reconstituyendo la tribu e incitándole a que reconquiste el poder perdido. No de otra suerte los soldados cosacos vencidos en la batalla, se pierden sobre sus potros en todos los rumbos de la estepa, para luego reunirse, reorganizarse y combatir de nuevo...

La autoridad del cacique constituye el eje mismo de su horda. Después de caído y acusado y derrocadas sus estatuas, Guzmán Blanco, prófugo en París, conservaba tanto prestigio en Venezuela, que cinco secretarios no le bastaban a contestar a sus corresponsales. Y, aun después de muerto el "ilustre sudamericano" y de haber sido severamente juzgado por la historia, en 1903, el presidente Castro, en una situación difícil contra varias potencias europeas coligadas, buscó la alianza de familia, ¡para adquirir prestigio!... Pues los cacicazgos no se instituyen por *ideas*, sino por *personas* y por *nombres propios*.

V

PARTIDOS CAUDILLISTAS

Los partidos caciquistas son siempre personales. No hay liberales, ni conservadores, ni moderados, ni librecambistas, ni demócratas, ni republicanos; si los caciques se llaman Rodríguez, Fernández, Martínez, González, habrá sólo gonzalistas, martinistas, fernandistas, rodriguistas...

En algunos instantes parece que los caciques hispanoamericanos representan ideas, que son los jefes de un partido político de principios... Esto no es más que una ilusión de óptica, ¡bendita ilusión!, que responde a ciertas *necesidades regionales* del punto donde radica la toldería del cacique. Voy a aclarar esta observación con un ejemplo. Pereira es un cacique criollo, jefe de los pereiristas. Pereira, y por ende los pereiristas, se han declarado por el librecambio... ¿Creeríais por eso que el partido pereirista es un grupo de convencidos que se reunieran bajo una bandera económica? ¡No, mil veces no! Y la prueba está en que Pereira no ha abierto jamás un libro de economía política, y, aunque dogmatice con autoridad y hasta con elocuencia, no sabe una palabra de librecambio o de protección... ¿Por qué es entonces jefe de un partido librecambista?...

Es que no es jefe de un partido librecambista: sólo es el cacique de un clan a cuyos intereses regionales conviene el librecambio. Nada más. Pereira no tiene más bandera que Pereira. Pero, como a Pereira le sostienen los pereiristas y la región pereirista, él a su vez sostiene, sin comprenderlo bien, por instinto de conservación, los intereses librecambistas de ésta y aquéllos. No como un *fin patriótico,* sino como un *medio* de mantenerse en el poder. Porque Pereira, como he dicho, no tiene más bandera que Pereira. Suponed que los pereiristas fuesen un partido de ideas, de convicciones, de principios, ¿hubieran elegido a Pereira, que no sabe palabra de sus principios, que no es un convencido de nada, que no

sería nunca capaz de sostener seriamente las ideas económicas del partido?...

Si los pereiristas se hubieran constituído en partido político para realizar esta o aquella doctrina económica, elegirían a un hombre de preparación superior, un hombre de estudio y de acción capaz de ser el *leader* de sus teorías...— De aquí el desconsolador corolario siguiente: para sobresalir en la política criolla no se requiere saber, sino imponerse por los compadrazgos... Más aún; el saber puede a veces estorbar para adquirir la popularidad política hispanoamericana... ¡Aprended, producid, oh jóvenes, que la "patria" os recompensará algún día, cuando cualquier cacique ignorante y orgulloso os necesite y os llame para que le sirváis de amanuense o de asesor!

En su fuero íntimo, aunque se sirva de vosotros, no os lo agradecerá; os menospreciará porque, apegado al obscurantismo, odia las ciencias y las letras, como el buho odia a la luz. Porque los resplandores de la civilización le fastidian y ofuscan, estigmatiza a las universidades... Es un ave nocturna y silenciosa, que se contenta con merodear en las sombras. Para rehuir responsabilidades cuando llegan momentos de peligro, se oculta en lo más profundo de su cueva... ¡Nunca levantará las alas para volar hacia el sol y de cara al sol, como el águila!

En la política internacional, el cacique criollo es manso y "cuerpeador", pues más que ideales de nacionalidad agitan su pequeña alma rencores de terruño. Más que un sentimiento de representación total, encarna el espíritu de su aldea. Por eso suele ser, Maritornes del mando, chismoso e inconstante en sus amores.

VI

DEFINICIÓN DE LA POLÍTICA CRIOLLA

Llamo *política criolla* a los tejemanejes de los caciques hispanoamericanos, entre sí y para con sus camarillas. Su objeto es siempre conservar el poder, no para conquistarse los laureles de la historia, sino por el placer de mandar.

Por falta de móviles elevados, la política criolla—política interna, por supuesto,—es de púnica fe. Pero, a diferencia de ésta, su mala fe se disfraza con frases "huecas y sonoras como campanas".

Todo cacique gaucho de fuste tiene siempre en los labios expresiones engañadoras, como "constitucionalidad", "sufragio popular", "voluntad de los pueblos", "generoso sacrificio a los intereses de la patria"... Jamás presentará a la opinión, como Q. Fabio al senado cartaginés, para que escoja, la guerra o la paz. Un cacique hace siempre ostentación de escoger la paz, en sus relaciones con la opinión de los hombres buenos e ilustrados... No cesariza; catequiza. Nunca dará el frente a la opinión, ni la espalda; la toma de costado y la espía de reojo. Para gobernar con ella, fáltanle condiciones; para provocarla, coraje. Y, si la provoca, si se le pone en el trance de provocarla, gobernará por el terror, que es fácil de imponer. Sabe que sucumbiría si presentase a las avanzadas leal batalla en campo abierto. No desnudará su pecho a los tiros de la civilización europea; le hará una guerra de emboscadas y *montoneras*. Pues, por gauchas que sean las poblaciones hispanoamericanas, siempre, sobre todo en las grandes ciudades, hay una minoría que se ilustra y que combate... ¡Ojo a esa minoría! *Voilà l'ennemi!*

Por otra parte, esa minoría, por débil y aislada, se compra fácilmente... ¿Su precio? Sinecuras, diputaciones, ministerios. Pocos son los sublevados peligrosos; es posible contentarlos. Y, si algunos no se contentan y gritan, ¿qué importa? Su prédica caerá en el vacío de la indiferencia, de la desidia del pueblo, aunque, como San Gregorio Nacianceno,

hable desde la cumbre de una montaña situada en el centro del mundo, y con apocalíptica bocina que desparrame sus truenos en todos los rumbos del horizonte... *Tuba mirum spargens sonum, per sepulchra regionum*... ¡No importa! Su voz no galvanizará corazones muertos, a quienes sólo podrán despertar, en el *dies irae,* las siete trompetas de oro de los siete arcángeles de la Resurrección... ¿Protestan los rarísimos opositores en el parlamento? ¡Qué importa, si los *boycottea* abrumadora mayoría! Aunque una cabra montaraz salte las vallas, el rebaño carneril en la dehesa queda. ¡Y que siga la comedia de oratoria campanuda, de luchas mezquinas, de criminales aquiescencias! ¿No oís los aplausos de la "barra"?...

Dentro del sistema caciquista no cabe el parlamentarismo. Un congreso cacical es sangrienta irrisión compuesta en su casi totalidad de hechuras del cacique jefe. Si se realizan allí debates, en el fondo, a pesar de su aparatosa grandiosidad, son simples riñas de gallos, contiendas de preponderancia individual y no cambio de ideas gubernamentales. El parlamento, desde la *Magna Charta* otorgada por Juan sin Tierra a sus barones, debe ser un dique a los desmanes del poder real, o, si se quiere, cacical... En Hispano América resulta a menudo, por el contrario, un coadyuvante. Pues es el cacique quien, directa o indirectamente, nombra a sus paniaguados diputados y senadores. He leído en un diario bonaerense una anécdota al respecto, que, si no es del todo verdadera, es altamente descriptiva. Elegido diputado un compadre de un poderoso y sagaz político, exclamaba: "¡Qué bien se ha portado conmigo mi compadre! Le pedí un puesto de poco trabajo y 500 pesos mensuales, y me da uno, la diputación, de 1500 pesos y ningún trabajo".

¿Habláis de ideales? ¿Y quién os entiende?... Los ideales de la gente sin ideas están en el vientre. Comer, beber, dormir... ¿Hay algo más?...

Y, para que los jóvenes no se subleven, se les dice: "¡Alto ahí, hatajo de inservibles! No paséis las columnas de Hércules. El más allá es un océano poblado de hidras, donde reina el Vértigo infecundo. La Thule del Ensueño es un país de ruinas. ¡Atrás! ¡Atrás!" Y, para refrenar los bríos de esa generación que le viene mordiendo los talones, tiene el cacique una frase de perversa ironía: "¡Sed prácticos!" Ser prácticos, en su boca, significa todo lo contrario de levantar la frente y realizar el progreso: es doblar el dorso y contem-

plar la tierra... Lo principal es que dobléis el dorso—¡oh, cándidos Prometeos!—y el pretexto, que cultivéis la tierra... ¿Para qué? ¡Oh, no será para enriquecer el país, puesto que para eso convendría ante todo aumentar la cultura nacional!... ¡No es, no, para contener las conclusiones y los despilfarros!... Es para que reinen el silencio y las sombras propicias a la rapiña de los caciques buhos.

Así, por la clásica pereza hispánica de los que ofenden y de los que se defienden, la política criolla es política de componendas y compensaciones. ¡Luchar, luchar, siempre luchar sería un trabajo de titanes, que no resisten bizantinos bíceps! Luego, transemos... ¡sacando un buen bocado, se entiende!

VII

CAUDILLISMO SANGRIENTO

Caciquismo es sinónimo de paz, casi de patriarcado. Sólo muy extraordinarias circunstancias pueden hacer de tan sapientísimo sistema un régimen de violencias. Momentos históricos anómalos produjeron pasajeramente caciquismos anómalos, como los gobiernos localistas argentinos de 1820 a 1861. Ahí principia la explicación de esta rara anomalía que podría llamarse *caciquismo sangriento...*

Cuanto más débil se halla el individuo, más fácilmente se le sugestiona. Como las enfermedades a los hombres, las crisis políticas y económicas debilitan a las sociedades; las dejan en un estado patológico de postración e inquietud, propicio a la revuelta, a la dictadura, a la sugestión... Después de tres lánguidos siglos coloniales, el ex virreinato del Río de la Plata, de 1810 a 1820, se conmovió con bruscos sacudimientos, políticos y económicos. Tan debilitado quedó y sugestionable, después de la guerra de la independencia, que Artigas, Ramírez, López, Quiroga, Rozas, Aldao, Peñaloza y demás, cada cual en su tierruca, se impusieron con una mirada fuerte. En años de desorganización, debilidad y sobreexcitación, debían imponerse los más sobrexcitados e impulsivos. Impuestos, sacudieron el yugo de los funcionarios civilizadores, de los reflexivos calzonudos, y la barbarie estalló en tormenta de sangre...

El caudillaje, como gobierno de sangre y rapiña, fué, pues, una deformación del caciquismo hispanoamericano, provocada por dos órdenes de antecedentes: la tradición española y el carácter indígena.

Por una coincidencia de la historia, España conquistó las Indias Occidentales en momentos en que la Inquisición la despoblaba de moriscos, herejes y judíos. Aunque mucho se haya exagerado acerca de la crueldad española, lo cierto es que la raza conquistadora era intransigente y poco o nada

compasiva... Al fusionarse en América con pueblos verdaderamente feroces, nació la crueldad criolla, la hispanomalaya... En el país de los conquistadores, "las estatuas de los apóstoles, erguidas en los cuatro ángulos del quemadero de Sevilla, sudaban el hollín grasoso y fétido de millares de víctimas". En el de los conquistados, los sombríos monjes que seguían a Cortés hallaron también "dioses carnívoros alimentados por sacerdotes verdugos". La Muerte era el dogma de la religión mejicana; las torturas, sus ritos. Para oficiar, revestíase el Gran Sacrificador de una túnica purpurada en sangre humana; arrancaba el corazón de las víctimas encadenadas a las piedras del altar, y en una cuchara de plata lo depositaba en la monstruosa boca del Idolo... Mientras el Santo Oficio sacrificaba en la vieja España en diez y ocho años diez mil quemados vivos, al inaugurarse un templo en lo que iba a ser la nueva España, santificábalo una inmensa hoguera donde se consumían sesenta y cuatro mil víctimas (1).

Instructivo es observar, en cada pueblo, los caracteres de su crueldad. La crueldad de la decadencia romana fué la lucha. Su *great atraction* era el combate de gladiadores con gladiadores y de mártires con fieras. Un griego, acostumbrado a los elegantes juegos olímpicos, al presenciar las brutales tragedias del circo se descomponía. La crueldad rusa es autócrata; aterrorizar y exterminar a los enemigos de sus déspotas constituye su único objeto. Siberia no obedece al placer, sino a la más triste necesidad de los zares. La crueldad española, que durante la dinastía de los Austrias floreció como una soberana rosa sangrienta, fué mística y caballeresca. Moda de los cortesanos era flagelarse en la Cuaresma. Maestros de las disciplinas enseñaban, como prebostes de armas, la esgrima de la disciplina y del garfio. Los jóvenes "flagelantes", en el cuadro magistralmente trazado por Saint-Victor, recorrían las calles, durante las noches de los grandes días de Semana Santa, envueltos en togas negras, enmascarado el rostro con un puntiagudo capuchón que sólo dejaba ver dos vívidos ojos... Bajo las ventanas de sus damas iban a ostentar sus maceraciones, engalanadas las disciplinas con los lazos que ellas les obsequiaran en otras circunstancias. "La mayor elegancia consistía en flagelarse moviendo el puño y nunca el brazo, de manera que la sangre corriese sin manchar los trajes. La dama, prevenida de an-

(1) P. DE SAINT-VÍCTOR, *Hommes et Dieux*, pág. 235 y siguientes.

temano, tapizaba su balcón y de antemano lo iluminaba. A través de las celosías alentaba el martirio. Cuando pasaba una mujer de calidad, el "flagelante" debía golpearse de manera que salpicara su rostro de sangre; esta atención le valía una graciosa sonrisa. A veces, dos caballeros de las disciplinas se encontraban, escoltados de pajes y lacayos con encendidas teas, bajo los balcones de una misma ricahembra. Del instrumento ascético hacían entonces un arma de duelo". Batíanse los campeones, se batían a golpes de látigo; sus servidumbres reñían con las antorchas, y el campo quedaba por el más fuerte o por el más valiente.

Un gran banquete solía terminar las amorosas maceraciones. Los penitentes se sentaban a la mesa con sus amigos, se jactaban de sus azotes, barajaban en la conversación salmos a la Virgen y anécdotas galantes... Y, cuando amanecía el día de Pascua, muchos no podían ir a misa, por enfermos. Entonces comulgaban, si se les permitía, en el lecho del dolor, como agonizantes. Todo esto, que describe Saint-Victor, nos lo cuenta, sin duda con femeninas exageraciones, una bella embajadora francesa, madame Villars, del tiempo de Carlos II, horrorizada de la transición de la amable corte de Versalles a la tétrica corte de Aranjuez. ¡Y eran de compadecer las jóvenes princesas francesas y alemanas que, casadas por razón de Estado con algún monarca español, iban a enclaustrarse, aherrojadas por la inexorable etiqueta, en el Escorial, que más que un palacio era un convento, y, más que un convento, una tumba construída en forma de un instrumento de suplicio! Recuerdan a la Pulgarcilla en la cueva del topo; pero ningún genio benéfico acudía jamás a libertarlas de su cárcel subterránea, remontándolas en sus hombros con el poder de sus irisadas alas.

Felipe II ordenó a un virrey que presentara la espalda al látigo del Santo Oficio por haber golpeado a uno de sus familiares, y dijo al arzobispo de Toledo que, "si en sus venas corre sangre herética, daba su sangre..." Cuéntase que sacrificó a la Inquisición a su hijo Carlos... Cuéntase que Felipe III, por expiar una palabra de compasión al contemplar un auto de fe, tendió al verdugo su brazo para que arrancara lágrimas a sus venas... Carlos II el Hechizado no halló mejores espectáculos para festejar su casamiento que un auto de fe y una corrida de toros. El baile, si no siempre el teatro, estaba proscripto en aquella corte penitente como el purgatorio. Aquél se reservaba a la plebe; éste, mayormente a la burguesía.

VIII

LA CRUELDAD CRIOLLA

Veamos ahora qué influencia tuvo el atavismo indígena sobre ese fenómeno que se ha llamado "crueldad gaucha" en las guerras de la organización argentina, y, en las revoluciones chilenas, "crueldad araucana", o sea sobre la decantada *crueldad criolla*.

En efecto, no fué europea, ni siquiera española, la crueldad desplegada por el caudillaje argentino en las luctuosas guerras civiles que, de 1820 a 1861, encenagaron la "Confederación Argentina"... La crueldad española era simplemente hija de la arrogancia. La criolla resulta más honda y complicada, porque lo es también de la tristeza y la pereza...

Ante los orientales, exentos de estetismo griego y de caridad cristiana, cuyos nervios saben saborear toda la voluptuosidad del espectáculo del dolor ajeno, cuya imaginación es tan fecunda en descubrir los más agudos y prolongados suplicios, los europeos, en materia de crueldad, son inocentes niños; aun los españoles, con su impavidez morisco-inquisitorial, que todavía revelan en ciertos ajusticiamientos públicos y en las corridas de toros. Pero, en las venas de la plebe hispanoamericana, la sangre azul de los hidalgos godos corre mezclada a la obscura sangre de los indígenas, parientes lejanos de los indomalayos... Diríase la preclara sangre de los héroes de la conquista aliada a la sombría sangre de los dioses de Motezuma y Atahualpa ¡y a la roja, a la archiplebeya sangre de los esclavos importados de Coromandel y Mozambique!

De ahí que las muchedumbres criollas hayan podido dar alguna vez a sus desmanes un sello de verdadera "crueldad china". De ahí que la fantasía oriental pudiera inspirar, por afinidad, los fabulosos suplicios que a los vencidos imponían los caudillos y turbas semiindígenas que desolaron nuestras tierras en época no remota, desatados como furias infernales en fratricidas luchas.

Admíranse algunos militares argentinos, entre ellos el general Mansilla (1), de la beatífica fruición con que la plebe *de color* sudamericana se goza en martirizar al enemigo vencido, sin objeto práctico, sin venganza, sin piedad... El triunfo, en vez de calmar su sed de sangre, la irrita. Tocando "a degüello" en la batalla, el "chino" soldado de mejor conducta — soldado ejemplarmente fiel y sumiso — se transforma en verdadero verdugo chino; "se marea", y mata y mata, no por fanatismo ni para escarmiento, sino por el placer de matar... Espía la agonía y la paladea como un glotón profesional a quien presentan un manjar exquisito; y, aun cuando oye tocar a descanso, no puede contenerse y continúa, embriagado, descabezando a diestra y siniestra, heridos y enfermos, mujeres y niños... Para sofrenarle, como a potro desbocado en el estruendo de la pólvora, el oficial blanco necesita de toda la fuerza de sus puños. No obstante, después del crepúsculo suele volver al campo de batalla con el sigilo de un fantasma solitario protegido por las sombras, y, degollados ya los vivos y los agonizantes, ¡degüella a los muertos!

El hecho evoca las viejas leyendas chinas, japonesas e indomalayas de los demonios vampiros que merodean alrededor de los cementerios, las cárceles, los supliciaderos, las ciudades apestadas y los campos de batalla. Durante el día, metamorfoseados en vistosos pavos reales y en faisanes de oro que vuelan en bandadas, ojean aquí y allá sus presas, para caer sobre ellas, cerrada la noche, en sus horripilantes formas de espectros, y cebarse en su humana carne, viva o muerta. Bajo tales apariencias nadie los ha visto, porque quien así los ve, muere. Su mayor regalo es absorber la sangre palpitante por una herida en la garganta... ¿Y qué fué la Mazorca, aquella achinada soldadesca, sino demoníaca hueste de vampiros? Al menos en tal forma la hubiera transmitido a la posteridad la ignorancia e imaginación de Oriente... ¡Lástima grande que nuestros burgueses abuelos no supieran envolverla en el medroso misterio de los lotos blancos y de los dragones de laca que pueblan el silencio de los biombos chinescos!

Fué Rozas de origen español; más aún, hidalgo. Pero su idiosincrasia de déspota, expandida en un instante histórico de anárquicas pasiones, y una gota de sangre "china" en el corazón de sus tenientes, bastaron para convertir el campamento criollo de Santos Lugares en un asiático Jardín de los Suplicios.

(1) *Rozas*, París, 1899, pág. 84.

La crueldad gaucha ha revelado, en las guerras del caudillaje argentino, su doble abolengo. Hubo en ella la intelectualidad española y la sensualidad malaya. Cuando Rozas extendía esta orden: "fusílese", era Torquemada. Y era un verdadero verdugo oriental el sargento de Santos Lugares, cuando, a prisioneros de guerra que habían sido traídos a pie en jornadas de leguas y leguas, los preparaba a morir *emparejándolos*. Consistía este singularísimo tormento en ponerles las manos, antes de fusilarlos, en el mismo estado de sangre y desgarramiento que los pies. Amarrábase al efecto a los prisioneros a un poste con las palmas de las manos hacia afuera, para que, al modo de los estudiantes de anatomía con los restos del anfiteatro, procediesen los soldados con su atilada faca a arrancar cuidadosamente la piel, hasta que quedasen las venas y músculos en descubierto... Si las aves de rapiña, que venían en bandadas a arrancar los ojos a los prisioneros, no dejaban concluir a sus verdugos, éstos apuraban la operación cortando torpemente hasta el hueso... Como no era fácil que la vida resistiera las hemorragias, cuando luego se ejecutaba el fusilamiento oficial, las balas herían cadáveres.

Solamente los chinos, para el hambre, y los gauchos, para la sed, en tiempos de vandalaje, han sabido usar con maestría del suplicio de Tántalo. En Europa y en Africa, ni la misma Inquisición española llegó a emplear sistemáticamente esas torturas únicas, que, por el Dolor, elevan a los hombres que las sufren a la categoría de dioses.

IX

CAUDILLISMO PACÍFICO

Sin embargo es un error, un grave error suponer que el caciquismo debe ser *siempre* un sistema retrógrado y tumultuario. Caciquismo no es anarquía, ni es tiranía, ni es retroceso; es simplemente pereza, nada más que pereza. Sólo en tiempos anormales ha podido aparecer ante Sarmiento como un espectro, que, envuelto en andrajoso poncho rojo, blande, a manera de guadaña, una lanza.

Pudo ser así en su génesis de anarquía; pero, a través de las evoluciones de la historia americana, el caciquismo llega a adoptar una forma pacífica, la más pacífica acaso de los gobiernos demagogos y hasta demócratas... Y digo pacífica porque evita la lucha de ideas y partidos, reduciéndose sus agitaciones, y, cuando más, a guerras personales de cacique a cacique. El pueblo, embargado por su incurable desidia criolla, los dejará luchar impertérrito, como simple espectador, sin decidirse antes del triunfo de uno o de otro. Tal es el *caciquismo civilizado* de nuestra edad moderna, por contraposición al caciquismo bárbaro de nuestra edad media. ¡Largo trecho hay de Facundo Quiroga a Porfirio Díaz! Alcanzando el sistema todo su perfeccionamiento, pienso que hasta se podría llegar a adquirir una organización política casi tan sabia como la de las abejas...

Rige cada colmena una reina. Ella sola se ocupa en politiquear; el pueblo trabaja y trabaja. Cuando en época de enjambre nacen otras u otras, la antigua soberana sale, seguida de una parte de sus súbditos, la más fiel, en busca de una nueva Tierra de Promisión... Nada de luchas fratricidas; es un cercenamiento casi de grado, sólo impuesto por la fuerza de las cosas. — Si se disputan dos reinas una colmena que no es posible dividir, el pueblo, ocupado en elaborar la miel, las deja pelear solas, en singular y mortal combate. Apelando al juicio de Dios, saca cada cual el agudo estoque de su aguijón, y, rodeadas de obreras y zánganos, im-

pávidos testigos, iníciase el duelo. Si durante el lance se encuentran las rivales tan inmediatas que pudieran mutuamente matarse cuerpo a cuerpo, *ipso facto*, a pesar de su ferocidad, se apartan, y descansan para reemprender luego la lucha. Ocurre alguna vez que el pueblo, ¡oh imprudencia!, desea favorecer a alguna de las dos reinas combatientes... No creáis que entonces ataque a la contraria, o a los partidarios de la contraria, pues nunca se ha dado el caso de que una obrera emplee la ponzoña de su recto aguijón contra una reina o contra otra obrera que no trate de robarle su miel... No; los parciales se contentan con apresar a la reina que quisieran ver derrotada en el centro de un enjambre, que la aprieta, la aprieta, la aprieta hasta dejarla mareada, sofocada, dislocada, es decir, en condiciones desventajosas para reanudar el ataque... Asimismo ella no huye; espera valientemente a su enemiga, que, más fresca, puede entonces sacrificarla de un vigoroso embate hasta quedar vencedora, en medio de la indiferencia del pueblo, que ni aplaude ni vitorea, pues mira el triunfo como un pequeño rasgo de egoísmo y crueldad, fatal, forzoso, sin mérito, sin importancia (1)... Tan sabiamente se dirime el conflicto, ya por la excisión de una colmena demasiado copiosa, ya por la muerte de la reina más débil y menos simpática; pero siempre en favor de la multiplicación y la riqueza de la especie, ¡sin peculados, ni revoluciones, ni agitaciones políticas, ni farsas electorales, ni costosos y serviles parlamentos!...

¿No es esto el ideal de un caciquismo refinado, depurado, perfeccionado? Diríase que la madre Naturaleza nos lo pone como ejemplo... Por mi parte, confieso que la democracia no me parece un gobierno tan perfecto como se soñara a fines del siglo XVIII. Quizá la república cacical sea el régimen que mejor convenga para la *nata ad vanum tumultum gens*...

---

(1) Véase M. Maetterlinck, *Vie des Abeilles*, París.

X

CARÁCTER CONSUETUDINARIO DEL CAUDILLISMO

Dos rasgos caracterizan el caciquismo: es *consuetudinario* y es *tácito*. Arraiga en la costumbre, y, aunque no se halla expresado en las constituciones, es consensual, porque todos lo acatan.... No está en las leyes; está en la sangre, en el clima, en la indolencia nacional.

Si me preguntaseis por qué llamo al alto funcionario de tal sistema político "cacique", y no "monarca, guardián, cabecilla, rector o prior", os diré que es porque procede, en la guerra y en la paz, a la manera imperativa, categórica, astuta y silenciosa de los caciques de nuestra antigua América, y no a modo de prior, rector, cabecilla, guardián o monarca... En tiempo de convulsiones se le puede llamar con propiedad "caudillo", porque maneja sus huestes como los jefes bárbaros que conquistaron a Roma.

Arriesgado sería bosquejar definitivamente una semblanza general del tipo del cacique hispanoamericano, pues de tiempos y lugares depende que sea liberal o católico, despreocupado o fanático, altivo o modesto, virtuoso o licencioso, valiente o cobarde, ilustrado o ignorante... Tan cacique fué Melgarejo como García Moreno, ¡y véase si hubo entre uno y otro diferencias de carácter y de ideas!...

En dos largas familias pueden, empero, dividirse los caciques criollos: los *pequeños* y los *grandes*. Los pequeños son simples tiranuelos regionales o de partido que se dedican a revoluciones y piraterías; los grandes son los pequeños que han crecido por sus victorias en las contiendas civiles, hasta llegar a déspotas de pueblos y trascender a la política internacional. Como los tiburones, los grandes, cuando pueden, se tragan a los pequeños.

El caciquismo es un régimen oligárquico. O es engendrado por una oligarquía, o la engendra. Unas veces el núcleo oligárquico es *nepótico*, o sea constituído por los miembros de la familia cacical, novísimos Borgias; otras, por sus

amigotes y compadres. Pero nunca por *copartidarios*: siempre por *partidarios*. Formábanse así tres entidades principales en la nación: el jefe supremo o cacique; el núcleo oligárquico, sus privados o sobrinos; y el pueblo, ¡el pueblo "libre"!

Siempre que un grupo de cacicuelos transige en sus luchas personales para formar una *comandita gubernamental*, una oligarquía aristocrática, pero no monárquica, fracasa por falta de orden, de disciplina, de unidad en la acción... Hácese necesario nombrar un gerente con amplios poderes, y este gerente caerá, por la fuerza de las cosas, si no se constituye en Cacique Sumo. Cuando el cenáculo cacical, para salvar una situación equívoca, le encargue que designe a ese Sumo Cacique, no vacilará, pues, en proclamarse a sí mismo, como Juan XXII: *Ego sum papa!*

Dentro del tipo genérico del gran cacique caben sus especies: el cacique caballero, como Artigas, Lavalle y Benito Juárez; el cacique rapaz y gran señor, como Guzmán Blanco; el cacique conquistador, como López I, del Paraguay; el cacique sanguinario, como Rozas; el cacique inquisidor, como García Moreno; el cacique progresista, como Porfirio Díaz... Y estos tres últimos ejemplos — Rozas, García Moreno y Porfirio Díaz,—constituyen prototipos que merecen estudio aparte... Otros hay que son tipos intermediarios: semicaballeros, como Francia y Urbina; semiinquisidores, como Facundo Quiroga y el fraile Aldao; semisanguinarios, como Melgarejo, Rivera, Mosquera; en fin, la mar... con todos sus tiburones, grandes y chicos.

XI.

LA "CACICABILIDAD" HISPANOAMERICANA

El concepto políticofilosófico de la república, de una sociedad democrática, cuyos individuos poseen el derecho y aun el deber de manejar las *res publica* por medio de sus representantes, elegidos al efecto, es eminentemente europeo. Nació en Grecia, y de allí pasó a Roma. Fué la grande innovación que introdujo Europa en la historia antigua, reaccionando contra las autocracias de Oriente; fué algo como un *cristianismo precristiano,* pues adelantó el principio de la *igualdad,* si no en todos los hombres, por lo menos en los ciudadanos que componían la nación. La república no es, por tanto, asiática ni africana, sino institución arraigadamente europea, propia sólo de las razas europeas más puras... Aunque en la edad media adoptara formas monárquicas, estas monarquías fueron más republicanas que autocráticas; el principio republicano permanecía latente en el pueblo, y se revelaba en libertades comunales, parlamentos, gremios, etc. Inglaterra fué siempre una república monárquica; arrancó y sostuvo contra sus reyes la *Magna Charta,* y ajustició a Carlos II, cuya Cámara de los Comunes se reservó definitivamente el derecho de determinar ciertos impuestos. Suiza es república típica. En los estados alemanes y en las naciones del Norte, los príncipes más absolutos respetan ciertas libertades populares. En Francia, la Revolución demostró que, bajo el despotismo monárquico, latían hondos sentimientos republicanos. En Italia misma perduran durante los siglos medios ciertas repúblicas aristocráticas *sui generis*..

Justo es consignar que ni en España ni en Portugal se confundió jamás el absolutismo con la tiranía. El principio cesarista del *princeps legisbus solutus* tuvo escasos defensores, y fué generalmente combatido por los teólogos y canonistas, que sustentaron la doctrina contraria, aceptada por el derecho canónico: *Princeps tenentur et ipsi vivere legisbus suis.* La

decadencia de la admirable organización democrática de los concejos de los siglos XII y XIII se produjo por múltiples causas. Entre ellas debe computarse la influencia de la sangre morisca, que *africanizó* hasta cierto punto la población de la península. Caricaturando el hecho en una frase gráfica, Alejandro Dumas, que, como mulatoide que era, por sus afinidades psicológicas debía conocer bien el carácter de los africanos, dijo, con la insolencia y la exageración propias de su bastardía étnica: "La Europa termina al pie de los Pirineos". Con todo, Carlos I y Felipe II no consiguieron disminuir las libertades y franquicias comunales, sino después de varias luchas sangrientas.

Quedan, pues, como excepciones a esta regla general del espíritu republicano de las naciones europeas, Rusia, Turquía y los estados balcánicos. Pero estos pueblos no son más que prolongaciones del Asia. Apenas puede creerse, por sus instituciones, que se hallan comprendidos en Europa.

Por otra parte, sabemos que los indígenas americanos tuvieron gobiernos tan absolutos cuanto lo fueran las más tremendas autocracias orientales; que los negros africanos llevan su servilismo a sus feroces reyezuelos hasta hablarles postrados, besar su rastro, ¡comer sus excrementos!...

Sumando los antecedentes afroespañoles (aunque no sean éstos de decisiva importancia) y los indígenas, difícil si no imposible resulta que se improvisaran "democracias", después de la independencia, en la América latina. Allí los Cabildos fueron los únicos baluartes de las antiguas libertades comunales españolas, ¡y eran bien destartalados baluartes! En cambio, los pueblos norteamericanos tenían, al independizarse, el individualismo republicano en sus ideas, en sus costumbres, en sus instituciones, en su sangre, desde los tiempos de César, de Amílcar, ¡de la prehistoria! En ellos, la república es sincera, original, propia; en los hispanoamericanos tuvo por fuerza que ser imitativa, convencional, híbrida... Y, si es que "ningún pueblo puede ser grande si no cultiva su propio carácter", casi prefiero para "nuestra América" los cacicatos abiertos, francos, desembozados, y, a ser posible, ¡hasta sus antiguos nombres indígenas!... ¡Seamos leales siquiera con nosotros mismos! Aunque acaso es más difícil ser leal consigo mismo que con los extraños...

La *cacicabilidad* de cada nación hispanoamericana está en razón inversa a su proporción de sangre europea. Por ello la tiranía de Rozas sobre Buenos Aires, que era el más europeo

de los estados de Hispano-América, fué también la más sangrienta de su historia. (Hoy, después de transformada la Confederación Argentina en la República, por la agregación de provincias de mayor proporción de sangre india, corresponde ese primer puesto a la República Oriental del Uruguay). A la inversa de Buenos Aires, en Méjico, que es acaso el pueblo más indígena de América, el despotismo de Porfirio Díaz ha sido el más pacífico y el más largo. ¡Bendito despotismo!...

Creeríase que el cacique, para poseer una psicología de tal, debiera ser siempre mestizo o mulato. Gente pesimista piensa que ese cargo debe repugnar a un europeo puro; que el éxito político en los países hispanoamericanos depende de poseer un color más o menos subido... !No es cierto! La raza fuerte es siempre la raza blanca. Y, como la vanidad del europeo, vanidad humana, se halaga caciqueando tanto como la del cualquier mandinga, explícase bien que purísimos godos, disfrazándose para mandar, se hayan coronado de vistosas plumas y hayan empuñado una lanza sangrienta hasta el ristre... Además, es de considerar en este caso la teoría según la cual una raza, aunque se conserve pura, toma rasgos antropológicos de la indígena por influencia del medio ambiente. Bien puede pasar, como en lo físico, en lo moral, y hasta en lo político..., si es que lo político, como insinúan ciertos espíritus malignos, no va incluído en lo moral.

Sobre este poder del medio ambiente para modificar las costumbres, y por ende los órganos, y en consecuencia al animal mismo—sea o no político —, los naturalistas presentan ejemplos interesantísimos... Entre ellos, ninguno lo es más que el caso de la *balloena*, vulgo ballena, la cual aunque marítima, es mamífera y de sangre tan caliente como pueden serlo el asno o el cerdo... En efecto, diz que en remota edad geológica era saurio o reptil terrestre; pero que, como el *mammouth* y el *megatherium* la fueron desalojando de prados y montañas, se refugió en los mares; y de tal modo se adaptó a este nuevo elemento, que, con el tiempo y la costumbre, acabó por echar órganos natatorios, las aletas y la cola. ¿Por qué no había de ocurrir algo semejante a la gente europea que pobló a Hispano América?... ¡Ah, sí, es por esa "ley de adaptación" por lo que pululan en los revueltos mares de la política criolla innumerables ballenatos de sangre caliente, muy caliente, y mamíferos, tan mamíferos, que no tienen otro ideal que hallar la ubre en que han de prenderse! De ahí que, como

las ballenas a la par de los tiburones, los blancos a la par de los mestizos pueden ser tan buenos peces...

Pero el ciudadano de psicología europea neta que por ambición se pretende cacique criollo, no pudiéndolo ser jamás sincera, orgánicamente, resulta, como la ballena, un *pez falsificado...* Careciendo de los medios defensivos que los verdaderos peces poseen, es a menudo, en la pleamar del caudillismo hispanoamericano, a pesar de su mole gigantesca, un pobre diablo a merced del colmillo de los tiburones y del espolón del pez espada.

XII

ETAPAS TÍPICAS DE LA CARRERA DEL CAUDILLO

La historia de todos los grandes caciques hispanoamericanos puede dividirse en *tres períodos* más o menos caracterizados: primero, el proceso de encumbramiento o la conquista de la popularidad; segundo, la consolidación del encumbramiento por medio de arbitrariedades, destituciones, juicios, degüellos, en fin, del terror; tercero, el apogeo, la dictadura triunfante, pacífica, omnipotente. Puede llamarse al primero, de fascinación; al segundo, de fuerza; al tercero, de paz. Artigas, Rozas, Guzmán Blanco, Porfirio Díaz, todos pasan por esos tres períodos; después viene la muerte o la derrota y la expatriación... ¡O la apoteosis!

El período primero es toda una conquista por la hipocresía; se rige por la *ley de la oferta y la demanda*. El pueblo, las regiones, las facciones, piden sus caciques; ésta es la demanda. Aunque en una república perfecta cada ciudadano debía ser un aspirante, sólo se presentan, por la apatía general, dos, tres, seis, veinte candidatos; ésta es la oferta. Cuanto mayor sea la oferta en relación con la demanda, menos valor general tienen los aspirantes, valorizándose tanto más alto cuanto mayor es la demanda, cuanto más apremiante es la necesidad de cabecillas...

Por esto el mejor talento del cacique es el de la oportunidad. Astuto y paciente como un cortesano, debe saber iniciar en el momento psicológico su trabajo de zapa. Ha de poner y retirar a tiempo del fuego su olla, y tenerla siempre pronta, como los fondistas el *plat du jour*, para servirla—ni cruda, ni quemada, ni fría,—en cualquier instante... Llegado este nuevo instante psicológico, todo ya a punto de caramelo, se erige en "candidato constitucional"...

Aunque cueste creerlo, cuando se las ve con su severo continente, su cabello deseñido, su túnica de lino y su rojo gorro frigio, las repúblicas tienen también sus "cuartos de hora" de tentación; el galán que no sepa aprovecharlos, perderá

el tiempo que gaste en suspiros y serenatas. Su propia limpieza personal peligra porque, como en las caricaturas y las farsas, esas damas, cuando se enfadan, pasado en la soledad el momento crítico, suelen arrojar líquidos malolientes al trovador que espera un beso al pie del balcón... Y, como si tanto escándalo no bastase, cuando llevan en gestación un nuevo infante bajo peplo, tienen los "antojos" de cualquier vecina... ¡De damas antojadizas y románticas, *libera nos, Domine!*... Mujeres al fin, esas encopetadas señoras de gorro frigio y túnica son, como el demonio, según la honda perspicacia de San Ignacio de Loyola, "fuertes de grado y débiles por fuerza"... ¡Guay del tenorio que no sepa hacerse fuerte en el cuarto de hora propicio! Corrido, avergonzado e infecto como si saliera de una cloaca, tendrá que huir a mudarse de ropa... ¿No es preferible a semejante fracaso, a la ira de una república moderna, la ira de una reina antigua, que, como Isabel de Inglaterra, mandaba ahorcar, sin ridiculizarle ni ensuciarle, al favorito de un día?—Otras veces, no ya los odios sino los amores de algunas repúblicas recuerdan a otra renia, Cleopatra, quien para no dejar testigos de sus depravaciones hacía decapitar, al aparecer el indiscreto sol, a los favoritos de una noche... Con todo, nunca le faltaron cómplices, por amor... A las repúblicas tampoco le faltan candidatos, ¡por hambre!

En fin, dejando las diademas a los elegantes de la literatura volvamos, simples burgueses, de Isabel y Cleopatra a nuestros carneros, digo, a nuestros políticos; de la tragedia al sainete, a los caciques que dejamos erigidos en "candidatos constitucionales", alcanzar el cargo que ambicionan. Y, una vez en el poder, esto es, en el segundo período de su carrera, se hallará cada uno de ellos con este dilema: "O gobierno republicamente, según la ley, y mi gobierno será desgobierno; o gobierno cacicalmente, según la costumbre, y mi gobierno, aunque de orden, será retrógrado, porque, como verdadero cacique que soy, no tengo ideales..." No obstará esto a que el elegido lance sus manifiestos al "pueblo soberano", que, por ignorante y apático, ha tolerado que la "elección" se perpetre por una minoría, facción, región o partido... ¡Sea como sea, el cacique ha de prometer un "gobierno de orden, de libertad y de progreso"!

Recuérdame estas promesas a Frank Brown, un *clown* inglés muy popular en Buenos Aires, que ponía en los programas de la función del circo (a la que llamaba "colosal suceso de hilaridad") un número titulado "Maravilloso concierto ins-

trumental y vocal por el campeón artístico del mundo, maestro Frank Brown'' Llegado el número, lo anunciaba así: ''¡Voy a hacer un desconcierto, un gran desconcierto!... ¡Atención!... ¡Atención!... ¡Estad todos bien desatentos!... (Aquí grandes golpes de bombo en la orquesta). ¡Sabed que todo el orbe me tiene en el más alto desconcepto!... En París, en Berlín, en Londres, he figurado al lado de Paganini y de Rubinstein... Tengo el violín un poco enfermo, pero lo toco con bastante desacierto... Tengo muy escasa voz, pero bastante, bastante desafinada...'' Si los gobernantes hispanoamericanos adolecieran de la ingenua tartamudez del payaso, podrían también parafrasear a su modo clownesco sus retumbantes proclamas donde auguran ''hacer gobiernos de organización y de orden, ser el amparo de las libertades, administrar, economizar, velar por la justicia, merecer aprobación total'', etc., etc.; y no se equivocarían mucho en sus traspieses lingüísticos cuando dijeran: ''¡Voy a deshacer un desgobierno, pero de desorganización y de desorden!... ¡Seré el desamparo de las libertades!... ¡Desmejoraré en lo posible las industrias y el comercio!... ¡Desencarrilaré el progreso y desmereceré el desprecio universal!... ¡Desadministraré, como hombre deshonesto que soy, y por mi deshonor, los caudales públicos!... (Aquí en la orquesta, grandes y prolongados golpes de bombo). ¡Seré deshonra de la historia!... ¡Desatenderé a todas vuestras justas reclamaciones!... ¡Me desvelaré por vuestra desdicha!... ¡Todos debéis, pues, descartar mi desautoridad, oh, conciudadanos de quienes espero unánime desaprobación!...''

Terminado el segundo período, el de la defraudación de las promesas y del terror, viene, si no se interrumpe la carrera por una oposición reaccionaria y revolucionaria, el tercero, el gobierno pacífico. La carrera caciquista nace como cristalino manantial; en su primera época engrosa su curso con ríos y arroyos afluentes; en la segunda, conviértese en torrente devastador, y, en la tercera, la benéfica, si llega, en un plácido estancamiento de aguas...

Como la ''cuestión social'', los caciques tienen así tres ciclos: el genético, el evolutivo, el resolutivo... Y los tres ciclos son tres vértigos: el de la popularidad, el del terror, el de la tiranía.

XIII

LA DISCIPLINA TERRORISTA

Las súbitas e intermitentes reacciones armadas en las repúblicas hispanoamericanas son resultado de la inacción habitual del pueblo, que deja hacer, pero acumula bilis... Esas crisis epilépticas de las naciones caciquistas resultan de su ingénita apatía, que sólo obra por sacudimientos periódicos, breves, semi-inconscientes. A un histeroepiléptico ningún trabajo le cuestan sus convulsiones...

Repúblicas hay que se tumultúan con la regularidad de los movimientos de un péndulo. La Argentina, por ejemplo, hase convulsionado, desde 1810, cada diez años: 1810, 1820, 1830, 1840, 1849-52, 1861, 1870, 1880, 1890, 1901.

Estas revoluciones detienen el comercio, y, por afianzar más a los caudillos que triunfen, no mejorarán la situación política. Para mejorarla no bastarían breves sacudidas, que por su violencia misma resultarían contraproducentes: es menester el lento trabajo de la gota de agua....

A pueblos perezosos no se les puede pedir constancia, ni en sus opiniones. Una opinión constante significa una convicción hecha, trabajada, martillada, cocida a fuego lento. Las revoluciones sudamericanas son fuegos fatuos. Asustan a las hembras y a los niños, hacen desertar a la medrosa plebe de las faenas del campo hechizado, y aprovechan a los hechiceros, hombres astutos que saben sacar partido, ¡y hasta partido político!, de la superstición y la ignorancia... Casi prefiero a esos fuegos fatuos el sagrado fuego de la pira que se consumía ante Moteczuma y que hoy arde ante Porfirio Díaz, pues al pie del ara se cultiva el trigo, y debajo se abre la vena de la mina, de donde se sacará el sol de oro que ha de iluminar el Templo...

Para contrarrestar esas reacciones histeroepilépticas usan los caciques, como medio de mantenerse en el gobierno, del terror.

El terror puede dividirse en tres categorías: el *adminis-*

trativo, que es consuetudinario y consiste en ejercer una fuerte coacción sobre los empleados oficiales, destituyendo a los que se permiten tener opiniones más o menos republicanas; el *suspensorio* de las libertades y garantías públicas, que algunas constituciones, como la argentina, autorizan para casos de extremo desorden y denominan "estado de sitio"; y, finalmente el *militar* o de sangre, en el cual el poder dispone *manu militari*, so pretexto de sedición y rebeldía, de vidas y haciendas.

Curiosísimos son los medios de que se valen los grandes caciques, una vez en el potro del gobierno, para mantenerse derechos resistiendo los corcovos...

Ante todo, el boato, que hiere la imaginación de la plebe... El primer cacique español que soñara en gobernar un imperio independiente, un virrey de Nueva España, comenzó por erigirse una morada de asiático fausto, el histórico alcázar de Chapultepec; y la metrópoli, al saberlo, justamente celosa, le destituyó a tiempo. ¡Era una afrenta al Escorial!

Después del boato, el homenaje... En una cartilla gramático-religioso-política de tiempos del tirano Francia del Paraguay, léense preguntas y respuestas como las siguientes: "¿Cuál es el mayor crimen que puede cometer un ciudadano? —Murmurar contra las autoridades de su patria.—¿Qué debe hacer un ciudadano cuando encuentra al presidente de la república?—Descubrirse y bajar la cabeza.—¿Y si el presidente se detiene?—Arrodillarse..." Y de estos homenajes participa la familia del cacique, como "Carmelita", esposa de Porfirio I, el "Angel tutelar de Méjico"; como doña Encarnación de Ezcurra, mujer de Rosas, la "Heroína de la Federación", a quien se le hicieron los funerales más suntuosos que hasta ahora registran los anales del Río de la Plata... A su hija doña Manuelita pensaron seriamente algunos fieles en declararla, por si moría su padre, heredera de su gobierno... Las estatuas levantadas a Guzmán Blanco en vida pululaban en Venezuela. Cuando el presidente cayó, se derribaron algunas; pero, como esto significaba un derroche, a las demás el "pueblo" se contentó con decapitarlas, poniéndoles luego, en cambio de la cabeza quitada, la de cualquier otro héroe de popularidad menos menguante.

Después del homenaje de hecho, las pomposas aleluyas, el incienso de la crítica, mucho incienso, hasta sofocar al pueblo posternado, como en los viejos templos orientales... Y, como resultado psicológico del boato, los homenajes y el incienso— la fascinación El cacique quiere siempre fascinar, a la manera de los antiguos magos. Fascinar es robustecer la discipli-

na. Válese para ello de dos medios singulares: la religión católica, con sus deslumbrantes ritos, y especialmente el ejército, con sus galones y bayonetas... Como no pueden ser obispos, casi todos los grandes caciques son "generales".

Pero el hombre que siente en sus venas su gota de sangre europea, aquél que no desciende puramente de indios o negros, es un tanto rebelde a esta fascinación del poder. Hay así que dominarle por la *disciplina del terror*. No usa ella sólo del destierro y de la muerte. Sus recursos son vastos, variados, a veces ingeniosísimos. Los caciques y su corte de aduladores aguzan el magín en inventarlos cada día, según las circunstancias y los tipos. Las anécdotas de las ocurrencias de que se sirven los tiranos criollos para mantener a sus conciudadanos en saludable respeto, son infinitas, como los granos de arena del desierto.

Recordaré una sola, por ser típica. Con el objeto de tener siempre alerta al ejército, por los frecuentes pronunciamientos, obligaba Guzmán Blanco a sus soldados y oficiales a dormir con las botas puestas, lo que era harto incómodo en los grandes calores del verano. Mas la orden se cumplía. Una noche en que el general presidente se paseaba por los cuarteles observó que un oficialejo, acaso por necesitar pedicuro, se había sacado las pesadas "granaderas" y dormía como un bendito... ¡Imponíase un correctivo ejemplar para que el ejemplo no cundiese! ¿Qué hace, pues; aquel cacique rapaz y gran señor? Toma las botas sin despertar al oficial, llama a su ayudante, y le ordena que busque dos hombres con necesidad de evacuar el vientre, para que cada uno lo haga adentro de una bota... Por miedo a la ira del general, no faltó quienes cumpliesen su orden. Hecho esto, mandó él poner sigilosamente las botas donde estaban, y, de una pieza contigua, se hizo anunciar con estruendo... Todos los guerreros, "como un solo hombre", pusiéronse de pie, y entre ellos el oficialito, que, con el apuro, se calzó las botas tales cuales se las prepararan... Encarándose con él, intimóle Guzmán Blanco, con amable sonrisa, a que le siguiese en una excursión urgente, ¡y lo tuvo un largo día, bajo un sol de plomo, con las botas puestas! En aquel clima venezolano todo fermenta pronto... El oficial tuvo para tres meses de cama. El ejército lo supo, ¡y desde entonces nadie se descalzó para dormir! Era lo que quería el presidente, quien, más tarde, en Monte-Carlo, ante un grupo estupefacto de aristócratas, contaba la anécdota, con su fina sonrisa de *bon viveur*, entre dos bocanadas del aromático humo de un puro de veinte francos.

XIV

ENGANCHE Y RECLUTAMIENTO DE ADEPTOS

La forma clásica de *enganche* y *reclutamiento de adeptos* del cacique criollo es el *compadrazgo*. Constituye éste una *institución* coadyuvante del caciquismo hispanoamericano, así como la Facultad de Derecho, por ejemplo, lo es del foro. Consistió originariamente en el vínculo de la amistad, casi de parentesco, que se establecía entre dos personas mayores cuando una de ellas apadrinaba en la pila bautismal a un hijo de la otra. En nuestras antiguas costumbres españolas el vínculo religioso del padrino con el ahijado tenía su importancia; se consideraba al padrino un padre espiritual, viniendo a ser, por consiguiente, co-padre del verdadero padre. Como el padrinazgo era respetado, los padres no elegían así como así a un cualquiera para padrino de sus hijos, sino una persona de condiciones, capaz de dirigirlos y protegerlos. ¿Quién podría ser esta persona sino el cacique en gestación o ya efectivo? Y, cuando un nuevo adepto quería confirmar sus vínculos tácitos con el cacique mediante el concreto plazo del compadrazgo, siempre hallaba oportunidades, pues las familias eran muy largas y nunca faltaba un chico que cristianar...

Es por consiguiente muy de notar que el origen del caciquismo criollo, del vínculo cacical, fué *privado* y *religioso*. Tal ha sido también en la historia el origen de los imperios bárbaros: el patriarcado, o sea el absolutismo teocrático. La familia, y luego la religión estrechando los vínculos de la familia. ¡Así prestaron las sencillas costumbres coloniales una peregrina sanción al principio indígena del gobierno cacical!

Mientras duró la dominación española la palabra "compadre" tuvo en América la misma significación que en la metrópoli. Después de la independencia, y singularmente al comenzar las luchas internas de la "organización" política, fué cuando adquirió un matiz político, llegando luego a significar "compañero, amigo, aliado, partidario, copartidario". Cuando

se lee la correspondencia de cualquier caudillo hispanoamericano escrita durante esa época de la ''organización'', época de desorganización típica, admírase la innumerable cantidad de ahijados que debería tener, pues encabeza casi todas las cartas a sus adeptos con las palabras ''mi estimado compadre'', ''mi querido compadre y amigo'', y firma ''su compadre'', ''su atento servidor y compadre'', etcétera. Es que ya entonces se había desnaturalizado la genuina acepción del vocablo. Y fué más tarde, al asumir el caciquismo criollo formas menos ingenuas en las ciudades, cuando la palabra ''compadre'', como hemos visto, llegó a significar gaucho, campesino, rústico, chusco, paisano.

En aquellas famosas épocas de la ''organización'', el segundo período de la carrera caciquista solía caracterizarse por un hecho original y carnavalesco al rojo blanco: la otorgación al cacique, por asambleas y congresos delirantes, de un título propio, nuevo, tan sonoro como fuere posible hallar... A Rosas, se le llamó ''Héroe del Desierto''; a Santa Cruz, un mestizo aymará, sacerdote apóstata, general improvisado y cacique idiosincrásico, en Bolivia ''Supremo Protector''; a Fructuoso Rivera, un gaucho uruguayo, mestizo o mulato, rapaz e ignorante, ''Padre de los Pueblos''... Con un poco más de inspiración oriental se lo apellidaría ''Hijo del Sol'' como a Atahualpa, o ''Principio de la Divinidad'' como a los emperadores de la Gran China... ¡Y no siempre ha bastado a los prosélitos el dar — con todas las formalidades de una ley constitucional, naturalmente—, un sólo título a sus caciques, por rimbombante que sea: al ''Padre de los Pueblos'' se le denominó también ''Columna de la Constitución''; al ''Héroe del Desierto'', ''Restaurador de las Leyes'' y ''Defensor de América''!... Verdad es que hoy ya no se estila adjudicar a los caciques tales títulos en los parlamentos hispanoamericanos; pero sí en las gacetillas políticas y en los discursos de comité... Por lo menos se les saluda, como a Radamés: *Salvatore della patria!*

XV

GENERALIZACIÓN DEL CAUDILLISMO

Cuando una nación es psicológicamente monárquica o republicana, su forma de gobierno no será nunca una abstracción independiente de sus demás actividades — industriales, científicas, artísticas, literarias,—antes bien ha de proyectarse en todas las esferas de la vida social. Monarquiza o republicaniza los talleres, los laboratorios, las artes, los libros... Lo mismo ocurre con el régimen cacical. Si se arraiga en la política de un pueblo, lo *caciquiza* todo: salones, academias, clubs, fábricas... Está en el aire que se respira; y médicos, abogados, artistas, obreros, todos caciquean, es decir, todos reconocen a tales o cuales caciques comprofesionales que se imponen por el terror. ¡Y guay de los simples *particulares* que se rebelen!...

En un círculo cacical cualquiera, hay que distinguir siempre al gran cacique, los caciques menores, y los "particulares" o súbditos. Deben éstos pleito homenaje al gran cacique, y apenas si los caciques menores tienen el derecho de poseer una relativa individualidad opinante. Si un médico gran cacique diagnostica: "Este sujeto está enfermo de pulmonía", todos los médicos deben creerlo, aunque la enfermedad sea un quiste del hígado. El "particular" que se permita contradecir al gran bonete... — *pardon!* al gran cacique—, será en adelante, si no se le presentan circunstancias muy favorables, un hombre al agua. Fulmínale aquél; y los caciques menores (por miedo al grande, y a que el "particular" llegue a ser uno de sus rivales) le inscriben en su índex... La mano invisible del desprestigio cerrará entonces la boca del imprudente con un candado, cuya llave llevará para siempre en su bolsillo el gran cacique.

La generalización del caudillismo implica lo que muy bien se ha llamado el *régimen de la camaradería*. La dependencia del cacique común hace de los súbditos excelentes camaradas, que

forman una especie de sociedad de socorros mutuos. Ellos se ayudan entre sí, se elogian, se defienden, atacan en conjunto... El audaz que se atreva, no ya contra el jefe, sino contra cualquier miembro de la toldería, será escarnecido y vilipendiado por todos; sólo para rematarle intervendrá el cacique, cuando se le requiera, con su condenación soberana: *Anathema sit!*

Cada camarilla o grupo cacical es un organismo particular que obra y reacciona dentro del gran organismo político de la sociedad caciquista. Desde el gran cacique político, la autoridad baja, en cascadas, de grupo en grupo... Muchos de estos grupos son asociaciones profesionales de médicos, de abogados, de ingenieros, de comerciantes. Por esto el sistema político se transforma en régimen social...

Este régimen, como aquel sistema, se impone por el miedo y el compadrazgo. El miedo a la reacción del pequeño organismo particular sella las bocas y acalla la censura. La ayuda recíproca no sólo da cohesión al grupo, sino que también le da eficacia — por su temida acción conjunta.

Resultado fatal de semejante generalización del caciquismo es que *pocos o ninguno ocupan en la sociedad el puesto correspondiente a sus méritos*. Es muy casual que el hombre de verdadero carácter y de espíritu recto e independiente sea, no digo aceptado, tolerado siquiera por los grupos caciquistas. Ocurre a menudo que uno de éstos le toma bajo su protección, ya interesado en poderle presentar al público como ''elemento decorativo'', ya interesado en servirse de sus conocimientos técnicos especiales... Pero, en semejantes casos, el compadrazgo no ha de ser tan íntimo y eficaz como si se tratara de simples súbditos del cacique. De ahí que, aún en el supuesto de que ese hombre de verdadero mérito acepte por adaptación su ingreso en tal o cual camarilla, no debe esperar nunca más justicia que la que el grupo crea conveniente *pour la galerie*. En el fondo de su pequeña alma mestiza, el ciudadano caciquista le ha de menospreciar, y acaso le odie.

La prosopopeya del indioide encumbrado y la infatuación del mulato son en realidad sus mejores armas para imponer el miedo caciquista. Aunque sentimientos instintivos y casi inconscientes, tienen su utilidad práctica. El espíritu europeo que se manifiesta modesto, sincero y *bon enfant* lleva, pues, para la lucha, la desventaja de sus más altas y nobles condiciones, ¡una desventaja en su superioridad!

XVI

CRÍTICA URBANA DEL CAUDILLISMO RURAL

Siempre ha juzgado a los grandes caciques criollos, la clase patricia, como palurdos. Rara vez lo son, sin embargo. Explícase el error, que es arraigadísimo prejuicio, por dos razones. Primera, una aristocrática antipatía al caudillo demagogo, ya que todo gran cacique basa su poder sobre su popularidad en la mayoría, o sea en la plebe. Segunda, porque, para acaudillar a esta plebe él debió ante todo captarse su confianza, y, para captarla, ponerse a su nivel fingiéndose su igual, con el disfraz de rústico...—La crítica malévola no quiere ver más que el degradante disfraz... La leyenda de atávica barbarie con que las gentes de las ciudades rodean a los caciques de las campañas, esos "Atilas", esos "azotes de Dios", es rara vez historia.

Sin duda los caciques gobiernan casi siempre *como* bárbaros; pero es porque las huestes gobernadas, más que ellos mismos, son bárbaras. Aunque los "historiadores" (que como tales pertenecen a la clase ilustrada) tachen de ignorantes a los Artigas, López, Urbinas, Flores y Mosqueras, éstos no fueron en general de cultura inferior a los Mirandas, Bolívares, San Martines y Rivadavias, a los estratégicos y a los más o menos fracasados estadistas... Rosas habría sido en Inglaterra un distinguido *country gentleman*; García Moreno, en España, en caso de seguir la carrera del sacerdocio a que le impulsaba su misticismo, hubiera quizá alcanzado, como algún pariente, el capelo cardenalicio.

Pero también es verdad que, después de largos años de acaudillar bárbaros, muchos caciques acaban por perder su original cultura, y algunos, por barbarizarse hasta los tuétanos... Pásales lo que a ciertos cómicos que, una vez posesionados y triunfantes en un gran papel, ponen algo de él en todos los demás que se les encomiende; si un Talma se apasiona de Hamlet y continuamente lo representa, corre el riesgo de hamletizar después a Otelo, a Fígaro y hasta a Tartufo.

No se domina a las turbas sino por cierta *superioridad concordante,* y esta superioridad no puede hallarse en simples rústicos. Por ser más inteligente que el indio cautivo, Robinson le pone el pie sobre el cuello; los náufragos europeos que llegan a asimilarse a las tribus salvajes, las gobiernan. El mal está en que la verdadera superioridad de los mejores ciudadanos, de los ciudadanos de espíritu europeo, es casi siempre, respecto de la plebe criolla, de la plebe hispano-indígena-africana, una *superioridad discordante.* De ahí que los caciques no sean ni tan bárbaros ni tan cultos; su superioridad concordante resulta *intermedia.*

El general José María Paz, uno de los mejores estratégicos argentinos, que escribió sus *Memorias* casi con cesárea elegancia, nos da, en la historia de América, uno de los más conmovedores ejemplos de superioridad discordante. Vencedor siempre en las batallas, jamás supo amoldarse, durante las interminables guerras civiles, a la política caciquista. El mismo nos lo dice: ''Jamás seré ni podré ser caudillo. Como militar de orden puedo servir de algo; como caudillo, nada.'' Y este militar de orden, nunca derrotado porque usaba armas europeas, al hacer una vez un reconocimiento cerca de un campo de ''montoneras'' enemigo, fué sorprendido por gauchos que le ''bolearon'' el caballo y le tomaron preso para muchos años... He ahí el peligro que corren los redentores de la plebe hispanoamericana: que, sin comprenderlos, una mano anónima les ''bolee'' el Pegaso.

En las costumbres de los gauchos montañeses hay un bellísimo símbolo de estas caídas de hipógrifos: lo que llaman ''remontar el cóndor''. Al cóndor prisionero vacíanle las pupilas con una ardiente punta de hierro, y luego lo sueltan. Con majestuosos aletazos, el cóndor ciego se levanta en una línea recta casi perpendicular al suelo, y vuela, y vuela hasta perderse de vista; siempre derecho, como temiendo chocar con invisibles montañas; siempre derecho, buscando la luz... Y, cuando llega a alturas irrespirables, no logrando vencer las tinieblas que lo rodean, plega las alas, baja la cabeza, y se desploma. Su muerte es la del reformador sin esperanzas, que, entre sombras, cae sobre el punto de partida. ¡Cuánto más infeliz el águila que, bebiendo luz y más luz en el espacio, alcanza, si la fulmina el rayo, un fin breve y deslumbrante, la muerte de los héroes cantados, en las epopeyas de los pueblos blancos, por Homero y por Virgilio!

XVII

DOS OPUESTOS CRITERIOS PARA JUZGAR EL CAUDILLISMO

Caben dos criterios para juzgar a todo cacique hispanoamericano: el europeo y el criollo. Juzgado a la europea, *a la republicana,* es siempre un déspota odioso. Juzgado a la criolla puede ser, según los casos, benéfico o maléfico, simpático o antipático.

Pues bien, no sólo los autores que escriben en Europa, sino también los hispanoamericanos de cultura europea juzgan frecuentemente, a esos caciques más o menos blancos, con el criterio republicano. ¡Error! ¡Horror!... Dicen como los niños: "Esta higuera es mala porque da higos, que a mí no me gustan. ¡Qué buena sería si diese uvas!"—Déjese a la higuera que dé higos, siempre higos, y hasta algunas veces brevas, ¡pero no le pidan uvas! ¡No se pida a políticos criollos que gobiernen como el parlamento inglés o como Roosevelt!... Y, si del tronco de la higuera se quiere hacer un santo, aplíquese de rodillas ante los altares de la historia, golpeándose la frente, la advocación de la vieja del cuento andaluz:

Santo que de higuera fuiste,
¡cuánto higo comí de ti!...
Los milagros que tú hagas...
¡que me los claven aquí!

Entre ambos criterios aconséjoos que, si queréis medrar y llegar también a "ilustre hispanoamericano", elijáis el criollo... "Donde estuvieres, haz lo que vieres."

Como a todas las imposiciones de la fatalidad, bendecid el caciquismo, ¡oh ciudadanos de "nuestra América"! No temáis ya, a pesar del pasado, por vuestras vidas y haciendas. Los tiempos críticos que favorecían el desbordamiento de las pasiones de antaño no pueden volver, no volverán jamás... ¡Amad, pues, y respetad a vuestros caciques, que velan por vosotros y os dan el *derecho al descanso*, el más sagrado, más

que el de la libertad, que el de la vida, que el del honor! ¡Vivid la retirada vida de los sabios, la modesta medianía de los poetas, ni envidiosos ni envidiados, el sueño de los filósofos, y, si podéis, la plácida inacción, la *aurea mediocritas* de los presupuestívoros! No olvidéis que los economistas modernos han descubierto que el patriotismo reside en el estómago; dejad que otros, a través de las borrascas, gobiernen la nave del Estado, mientras gobiernen vuestros estómagos buenos almuerzos y mejores siestas...

Si algún miserable pesimista se atreviere a inquietar vuestra digestión hablándoos de despilfarros y concusiones y dolos y desórdenes administrativos y favoritismos injustos y monopolios ejercidos por capitales extranjeros, y deudas públicas siempre crecientes, siempre crecientes..., burláos de él, con esta sola frase: ''Conozco mi patria y tengo ciega fe en su porvenir.''—Y sea ello todo, que, si algún día sufriere la patria la irreparable desgracia de perder vuestra preciosa vida, no faltarán oradores y escritores que os proclamen un ''sincero, virtuoso y útil ciudadano''.

XVIII

TERAPÉUTICA DE LA POLÍTICA CRIOLLA

Aconsejé en el libro anterior, como tratamiento general del estado psicológico y sociológico producido por la inercia criolla, la *cultura por el trabajo*. Ahora, dejando de lado la ironía, debiera quizá preconizar, si tuviese autoridad para ello, algún sistema terapéutico de la política criolla... Ocúrrenseme al caso dos remedios: uno teórico y práctico otro. El mal, en efecto, radica en teorías y en hechos.

Las teorías que mayormente determinan la política hispanoamericana consisten sin duda en falsas o incompletas aplicaciones del principio democrático-representativo de la Revolución francesa. Estamos todavía aquejados de jacobinismo agudo. Todavía creemos en sus fórmulas más hueras y enfáticas. Todavía, sin curarse eficazmente del bienestar del pueblo, se perora sobre el sufragio popular, la libertad, la igualdad... Esta maldita fiebre nos arrastra aún a absurdas revueltas, a utopias perniciosas, al funestísimo afán de innovarlo y reglamentarlo todo..., ¡y diz que a nuestra ruina!

Contra tal tendencia doctrinaria y sentimental paréceme que el mejor remedio *teórico* será el ESTUDIO POSITIVO de la historia, la política, la economía, la sociología. Es necesario que, por este estudio, sepamos de una vez que los sistemas gubernativos no dependen de meras construcciones racionalistas; que el cambio violento es siempre perjudicial y contraproducente; que las anomalías constitucionales deben conservarse mientras sean útiles; que un gobierno, sobre todo un parlamento, no debe embarcarse nunca en generalizaciones peligrosas, ni construir bonitos sistemas simétricos, ni dictar disposiciones más latas que el caso particular que se ventile...

Hay que curar al criollo de su *parlamentaritis*, hórrida peste mental, crónica y aguda, consistente en una histérica pasión por los discursos kilométricos, por las reformas archi-trascendentales, por la contienda parlamentaria con todas sus

vanas fórmulas de "hago moción", "como dice el ilustrado colega", "los que estén por la afirmativa", etc., etc. Hay que convencer al criollo de que tan emocionantes controversias no hacen la luz y sólo sirven para arrastrar al tartarinesco colegio a votaciones inconsultas e imprudentísimas medidas; que la manía organizadora y grandiproyectista anula los mejores proyectos y dificulta toda verdadera organización, siendo ésta, como tal, siempre más o menos consuetudinaria y espontánea... Hay que demostrarle, por fin, que su *parlamentaritis* no es más que un síntoma de su egolatría, de las torpes vanidades del eunuco que "dragonea" de padre, del sietemesino que presume de "talento" y posa de "genio". ¡Cifras y no frases, oh lucidos papagallos, trabajos y no actitudes, obras, obras y no palabras!

Larga es la travesía del Atlántico, y más si se hace en buque de vela. Pues en buque de vela, en morosa e interminable armada de buques de vela, ha venido a estas playas la Revolución francesa. Si pronto llegaron las primeras naves, aún no han llegado las últimas. Y siguen llegando... El soplo romántico las empuja todavía... ¡Pues hay que concluir con el romanticismo político! Para ello, estudiar las bases históricas del derecho, las bases económicas de la historia, las bases psicológicas de la economía, las bases biológicas de la psicología. Sólo así el huracán de la ciencia hundirá en los abismos del océano esas retardadísimas naves que nos traen tantos viejos víveres podridos, para estragar nuestros estómagos, corromper nuestra sangre y enfermarnos el alma.

A esta reacción contra la política romántica, a este espíritu de análisis doctrinario, les agregaré, para completarlos y corroborarlos, mi remedio *práctico*. Consiste tal remedio en APLICAR LOS ESTUDIOS POSITIVOS; en propender a que la clase culta, sacudiendo su "ocio político" (para el cual pidió Beccaria un castigo en el derecho penal), luche como pueda con el caudillismo ignorante y malintencionado; le venza, le domine, le arranque el poder, y, una vez victoriosa, promueva desde el gobierno — municipal, provincial o nacional—, la difusión de la cultura. Y no con palabras, no con floridas frases y pomposos discursos, no con construcciones universales y proyectos despampanantes, sino con hechos, con hechos obscuros y prolijos. Antes que reformar planes de estudios, que el gobernante criollo organice un buen establecimiento de educación. Antes que plantear grandes sistemas rentísticos, que ahorre, pague la deuda externa y disminuya los impuestos.

Antes que hacer teatrales declaraciones sobre sus intentos, que se rodee de hombres buenos y eficaces, dejando de lado a los Eróstratos insaciables de inmortalidad, más perjudiciales, cien veces más perjudiciales aún que los Cresos insaciables de negocios. En fin, ¿sabéis lo que le aconsejaría yo, si pudiera?... ¡Que sea modesto!—Se dice que nos falta "espíritu práctico"... Hombres modestos y laboriosos querrá más bien decirse; varones sencillos que administren y no politiqueen, que obren y no declamen, que evolucionen y no revolucionen... Tan hermosa y tan rica es Hispano-América, que, sin tutores oficiales, con tal de guardar el orden, por sí sola sabría crecer y dominar; debiera, pues, tender el estatismo a ser en ella tan restringido como lo es en su robusta hermana, Anglo-América. Un mínimum de impuestos, un mínimum de política, un poco de justicia, nada más requeriría para demostrar a la historia, no los inconvenientes sino las ventajas, no la irrisión sino el modelo del sistema republicano. ¡Nada más hubiera necesitado para desceñirse los cabellos, triunfante sobre el plinto, y coronarse de rosas!

No basta que el gobernante criollo no use ya "chiripá"; es preciso que ni melena gaste... Es preciso que el político deje su estúpido gesto de septembrista para adoptar la prestancia del pensador sensato, del corazón firme y generoso. Es preciso que el avaro sepa que en el gobierno los hombres deben antes empobrecerse que medrar. Es indispensable que el "intelectual" no ignore que las funciones públicas son tan humildes como el comercio o las artes, y que sólo a un tonto vanidoso se le pase por mientes que al subir al poder dejará bizco al mundo. *Quousque tandem?*... ¡Acabemos con el siglo XVIII!

¿Queréis que predique grandes ideales, luminosas pasiones, patrióticos heroísmos?... Pues con mucho menos, con muchísimo menos, con el buen sentido cívico me contentaría. Diréis que esto es poco... Os responderé que es factible.

Y tan factible resulta mi terapéutica, que al fin y al cabo yo no la he inventado: de la realidad la tomo... Porque hay un pueblo en Hispano-América, que, aplicándola ya más o menos imperfectamente, ha superrevolucionado la vieja política criolla, hasta el punto de que pudiera presentarse como ejemplo a sus hermanos... Y este pueblo, loado sea Dios, eternamente sea Dios loado, es el más alto objetivo de mis actos, la última Thule de mis ensueños, el fin de todos mis esfuerzos, el altar de todos mis sacrificios, ¡la única estrella que brilla en mi cielo cuando anochece en mi vida!... Este pueblo es mi patria.

LIBRO V

POLÍTICOS HISPANOAMERICANOS

JUAN MANUEL DE ROSAS, GOBERNADOR DE BUENOS AIRES Y ENCARGADO DE LAS RELACIONES EXTERIORES DE LA CONFEDERACIÓN ARGENTINA.

I

Preguntad a un historiador en la República Argentina quién fué Juan Manuel de Rosas, y os dirá: "Un tirano." Preguntadlo a un médico, y le oiréis responder: "Un neurópata". Los descendientes de sus amigos y partidarios, os contestarán: "Un gran hombre". Los políticos: "Un habilísimo político". Los filósofos: "Un hijo de su país y de su tiempo". Los poetas: "Un infame." Olegario Andrade, vate hugiano, dice que para escribir sobre Rosas se necesitaría poseer—¡curiosa dualidad!—"el alma de Nerón y la pluma de Tácito". Para el genial cronista-historiador Vicente Fidel López, las escenas culminantes de la vida del "tirano" son dignas de Shakespeare; Rosas es un bufón trágico, un Hamlet injerto en Falstaff... Y, finalmente, el pueblo de Buenos Aires, al que gobernó con poder omnímodo desde 1829, puede decirse, hasta 1852, recuerda su gobierno como una macabra pesadilla...

¿Qué fué Rosas? ¿Será el caso aplicarnos, como los escolásticos, a "concordar discordancias", para extraer, de ese cúmulo de opiniones diversas, su verdadero carácter?... Pero, así como los magos antiguos poseían a veces una sola palabra mágica para resolver los problemas más arduos, pienso que también éste, el problema de la personalidad política de Rosas, podría ser resuelto por una sola expresión: fué un *cacique gaucho*. O sea un prestigiosísimo caudillo de una región habitada por gauchos argentinos, la provincia de Buenos Aires, región que en ciertas circunstancias históricas impuso a la ciudad-capital, y más o menos a toda la "confederación", la omnipotencia de su caudillo...

Para explicarse su actuación política es necesario, ante todo, tener en cuenta la época en que gobernó y la configura-

ción geográfica de la Nación Argentina. Dividida ésta en distintas provincias interiores que bregaban por hacerse "estados federales" y una grande y rica provincia-capital poseedora del único puerto y que pretendía un gobierno unitario, y entregado todo a facciones y caudillos provinciales, el antagonismo del interior pesaba sobre la capital como una sombra.... El unitarismo se hacía imposible; las provincias del interior, en gran mayoría, oponíanle su veto; las guerras civiles eran en cierto modo guerras regionales, de provincia a provincia... López, caudillo de Santa Fe, y Ramírez, caudillo de Entre Ríos, llegaron triunfantes hasta la misma ciudad de Buenos Aires, donde un grupo de figurones, hombres cultos y teóricos, sostenía el gobierno unitario, que, en definitiva, vendría a ser la hegemonía de la provincia-capital... Los caudillos provinciales no querían esto, y los figurones metropolitanos eran impotentes para contenerlos. El localismo, una especie de furor suicida de la unidad nacional, vencía en todas partes menos en la provincia-capital, Buenos Aires... Y ésta sentía la oposición y la afrenta, y, por consiguiente, un íntimo deseo de desquite... Pero, ¿cómo desquitarse? Los personajes unitarios de la ciudad nada podían... Quedaban las incultas masas de gauchos rurales...

II

Aunque de familia ciudadana, Rosas se había hecho en su juventud hombre rural, "estanciero"; trabajaba en el campo, en su gran establecimiento de Cerrillos, manejando los gauchos de los alrededores. Atacada la provincia por los indios del Sud, los prohombres del Cabildo de la capital nada hicieron para resistirlos, y Rosas, al frente de un escuadrón voluntario de gauchos, cuya base era la peonada de su estancia, los había combatido y vencido. De ahí arranca su prestigio.

La ciudad le nombra comandante militar de la provincia. Este título "representa una confirmación de su autoridad conquistada en la "jornada del desierto".—Así, cuando las masas rurales "porteñas" (de Buenos Aires, la ciudad puerto), quieren un gobierno fuerte que las defienda, no ya sólo contra los indios sino también contra los caciques provinciales del interior que vienen a robarles sus haciendas y contra los mismos hidalgos de la ciudad, republicanos de nuevo cuño que hasta entonces habían gobernado sin consultar al "pue-

blo'', no hay más que un hombre con autoridad suficiente para tomar las riendas de ese gobierno local: Rosas. De ahí surge la dictadura de Rosas (1).

El origen de esta dictadura recuerda una fábula de Bello. El caballo pide auxilio al hombre para vengar una afrenta que le ha inferido el toro; el hombre se presta a ser instrumento del caballo; lo enfrena, lo ensilla, lo monta, lo guía, lo venga del toro; pero luego le exige, ensangrentándole los ijares con la espuela, que para siempre le viva... El toro es el caudillaje del interior; el caballo, el pueblo rural de Buenos Aires; el hombre, Rosas. El ''federalismo'' que alza éste como bandera contra los calzonudos y pelucones de la ciudad, unitarios natos, es un pretexto; y Rosas, un astuto demagogo que conoce las pasiones populares, las sirve, y sabe luego servirse de ellas, a su turno, dando rienda suelta a su concentrada ambición personal. Se hace instrumento del pueblo, para hacer luego al pueblo su instrumento.

Verdad es que Rosas traba alianza con los caudillos del interior; que sus primeros pasos en política los da de acuerdo con el caudillo santafesino López, al que se une para derrotar a los unitarios de cepa porteña en Puente Márquez (1820). Pero no hay que engañarse por las apariencias; el ''federalismo'' *porteño* de Rosas representa un sentimiento político distinto y hasta cierto punto antagónico del ''federalismo'' *provincialista* de los caudillos de tierra adentro. Uno y otro tienen sólo de común esto: son sentimientos regionales y propios de turbas incultas, en lo cual se diferencian fundamentalmete del lírico unitarismo y hasta del federalismo, también lírico, de los hombres cultos de la ciudad-capital. Esta ciudad-capital es la cabeza de la provincia-capital; con el régimen unitario aspira a imponer a toda la república su supremacía; y la república se subleva y se divide en provincias federales... La misma provincia-capital no está muy conforme con que la ciudad-capital prescinda de ella. De ahí que las turbas rurales de esta provincia-capital alimenten un doble sentimiento político de antipatía: primero, contra el caudillaje del interior; segundo, contra el afidalgado orgullo de los gobernantes de

(1) En el esquema etnogeográfico y político de la figura 3 (pág. 157), Rozas representa el *elemento rural porteño B*. Aunque enemigo nato del *elemento rural mediterráneo C*, constituído por los caudillos provinciales, primero se alía hábil y disimuladamente a éstos para dominar el *elemento urbano A*, de la ciudad de Buenos Aires, Dominado este elemento, representa luego, en la figura 4 (pág. 158), el *elemento litoral A* contra el *elemento mediterráneo B*, al que también vence y dirige hasta su caída, anterior al esquema de la figura 5.

la ciudad-capital, que no sólo soñaron con el unitarismo republicano, sino hasta con la monarquía. El ojo político de Rosas percibe esta dualidad porteña, la aprovecha, y, en cuanto puede, se inicia contra el partido utópico del unitarismo. Pero, como no es bastante fuerte para combatirlo, se auna a los caudillos del interior; luego, una vez que lo ha derrotado, cuando se siente bastante seguro en el gobierno de la provincia y la ciudad-capital, no ahorra humillación a sus aliados de ayer... Para consolidar su gobierno debe ante todo fusionar la ciudad y la provincia; y lo hace por medio del Terror. So pretexto de unitarismo, expatría, destruye, aniquila a los pelucones y calzonudos...

Preséntase tal, *grosso modo,* la política de Rosas. Pero esta política no nos revela más que un temperamento despótico dotado de una inteligencia sagaz y enérgica; una pasión del mando por el mando, sin ulteriores ideales de cultura ni de progreso... Estos rasgos generales y sus accesorios son comunes a todo cacique hispanoamericano. Faltan aquí los rasgos particulares, que distinguen a uno de otro, y dan a cada cual su fisonomía moral propia. Políticamente todos son semejantes, diferenciándose, según el tiempo y la región en que actúen; más todos ellos, individualmente, presentan caracteres personales interesantes, como que nunca son, por mucho que se pretenda, hombres vulgares... Siempre la política de un tirano es más clara, más uniforme que su individualidad humana, y su personalidad política que su personalidad privada. La de un Nerón o de un Felipe II aparecen sociológicamente netas y unas; las personas de Felipe II y de Nerón son, como la de todos los hombres descollantes, complejas y múltiples. Tal es la de Rosas, llena de claroscuros. La designación de "neurópata" es vaga, aplicable al imbécil y al hombre de genio; deberíase dibujarlo, si se quiere enterar al público, con líneas más precisas. Además, si la política de un déspota, en conjunto, puede comprenderse haciendo abstracción del hombre, no así en detalle. Para profundizarla, para hacer, más que historia, psicología de la historia, se precisa conocer al hombre de cuerpo entero. No bastan las enigmáticas palabras de la sibila si se quiere comprender todo el misterio; es necesario conocer a la sibila. Y es más instructivo y agradable hacer psicología de la historia que hacer simplemente historia. Hemos visto la política del hombre, veamos ahora el hombre de esa política...

III

Rubio, blanco y de ojos claros, Rosas nació de sangre hidalga, acaso azul, por lo menos "goda" sin mucha mezcla. Su padre, hombre mediocre, fué un capitán del rey; su madre, activísima matrona, gobernaba, con singular energía, a la antigua usanza española, las muchas personas y las pingües haciendas de la numerosa familia colonial. Como esta señora quisiera obligar a su hijo, cuando era un niño aún, a formarse en el comercio de tienda, él se rebeló por ciertas menudencias del servicio, desde el primer día; encerrósele a pan y agua... Pero, durante la noche, Juan Manuel se desnudó, abandonó sus ropas, y escapóse de la casa paterna, después de escribir con lápiz en un papel: "Dejo todo lo que no es mío". Y firmaba: "Juan Manuel de Rosas", con *s*, cuando su nombre de familia era "Ortiz de Rozas", con *z*. El adolescente anunciaba ya al hombre.

Fugitivo buscó refugio en casa de unos parientes, hacendados de grandes tierras, los Anchorenas, quienes le dieron ropa y le habilitaron para que fuera a trabajar al campo. ¡La suerte estaba echada!

Trabajando en las soledades de la Pampa debió adquirir la idea fija de su vida: acaudillar, mandar, constituirse en cacique criollo... No tardó en hacerse una posición. Parco en su sexualidad, sobrio en el comer y beber, sin los vicios de la plebe, activo y resuelto como su madre, trabajó sin descanso; astuto y fino, adoptó el traje, los usos y la lengua gauchesca, en la que hablaba y aun escribía cuando trataba con gauchos (hizo una vez copiar cinco veces una carta porque su amanuense ponía "jesuítas" y no "jesuditas", como decía el rústico a quien la carta estaba destinada); en fin, no pretendió hacer subir al gaucho hasta sí, sino que él bajó hasta el gaucho... Su primera política fué, pues, como la de todo cacique criollo, de *sugestión afectiva.* Con esta base había de emplear más tarde la sugestión por el Terror, segundo grado de la política cacical. Pero no llegará al tercero y último grado, al *despotismo pacífico...*

Su idea fija del mando hace de él un simulador continuo; primero para adquirirlo, luego para conservarlo. Por esto se ha dicho que fué "una burla para todos excepto para él mismo". En la campaña parece campesino y es burgués. En el

orden nacional proclama la patria y es localista. Se dice federal y es concentrador. Habla de una "Santa Causa Americana" cuando nadie atenta contra América. Tal vez se refiere a las intromisiones de Europa, y en esto prevé nebulosamente una doctrina de Monroe, que nunca llega a formular por falta de cultura y de ideales... Esta falta de ideales constituye precisamente la característica de todo cacique criollo. Cuando en su destierro de Inglaterra le recuerda un grande ex personaje los veinticinco años de batallas de su gobierno, y agrega: "¡Lástima que no pudiéramos constituir constitucionalmente el país!", el ex gobernante le contesta que eso nunca fué su intento... Su intento no era otro que el de cualquier caudillo hispanoamericano, ¡el poder por el poder!

Su temperamento era nervioso; cambiaba de color y aspecto como el camaleón. El crítico vulgar le supone un gran "cómico"; el psicólogo diría un interesante caso de *poder autosugestivo.* No poseía valor personal y bélico, por lo que se le ha tildado de "cobarde"; pero le sobraban audacia y viveza. Satírico, arrogante, ponía frecuentes motes y sobrenombres más o menos ofensivos a sus enemigos, y hasta a sus mismos partidarios; siempre necesitaba tener una víctima cerca para hacerla blanco de sus burlas, en ocasiones crueles; a esta necesidad respondían los locos-histriones de que se rodeaba, y a quienes solía tributar sangrientos honores... Era meticuloso en el manejo de los fondos públicos, detallista y formulista. Aceptaba dádivas de la Junta de Representantes, más no robaba al erario, como hubiera podido. Por otra parte, gracias a su habilidad de estanciero, era acaudalado. Si no hubiese distraído su tiempo gobernando y continuara sus anteriores faenas rurales habría llegado a ser uno de los más ricos, si no el más rico de los patricios de su tierra.

Un grafólogo señalaría ante todo en su letra la nitidez de los detalles y la abundancia de curvas ociosas. De viejo, desterrado en Southampton, donde hacía la vida rural de un *country gentleman,* sus cartas eran famosas por su estilo machacón y cargante y por la manía de los acentos ortográficos. ¡Acentuaba casi todas las palabras!... Debe notarse que en este prurito de repetir acentuar y detallar representa la antítesis completa de la pereza hispanoamericana. Ahí se revela, respecto a la plebe, su *superioridad concordante*: criollo, pero, sin llegar a europeo, más activo que los criollos.

Hásele comparado con Nerón, Tiberio, Calígula, Pedro el Cruel, Pedro el Grande, Felipe II, Luis XI... Thiers le lla-

mó *brigand* en el parlamento. Y un *attaché* a la legación francesa en Buenos Aires, Alfredo de Brossard, danos de él una excelente fotografía, acaso la mejor que existe... "El general Rosas, dice en *Les Républiques de la Plata,* es un hombre de talla mediana, bastante grueso y dotado, según las apariencias, de un gran vigor muscular. Sus facciones son regulares; tiene la tez blanca y los cabellos rubios; no se parece en nada a un español. Su fisonomía es una notable mezcla de astucia y fuerza. Es generalmente tranquilo, y aun bastante dulce; pero, por momentos, la contracción de los labios le da una singular expresión de voluntaria dureza. Se expresa con mucha facilidad y como hombre perfectamente dueño de su pensamiento y palabra. Su estilo hablado es muy desigual: ya se sirve de términos escogidos y hasta elegantes, ya cae en la trivialidad. Hay acaso algo de afectación en esta manera de expresarse. Sus discursos no son nunca categóricos; son difusos, complicados con digresiones y con frases incidentales. Esta prolijidad es evidentemente premeditada y calculada para confundir al interlocutor. Y, en efecto, es bastante difícil seguir al general Rosas en las vueltas de su conversación". Tal es la impresión *de visu* de un sagaz observador que le contempla durante una conferencia diplomática de cinco horas... "Decir todas las fases de esta conferencia sería imposible. Rosas se mostró *tour a tour* consumado estadista, particular afable, infatigable dialéctico, orador vehemente y apasionado; representó, según los momentos, con rara perfección, la cólera, la franqueza y la simplicidad. Se comprende que, visto frente a frente, pueda intimidar, seducir o engañar." Y allí se trataba de engañar, seducir o intimidar nada menos que a un plenipotenciario como el conde Walewski, mandado expresamente para solucionar el interminable conflicto francoargentino. ¿Creéis que todo pudo arreglarse en la conferencia? De ningún modo; quedaron como antes de iniciarla; y Rosas mandó entonces al diplomático a que se las entendiera con su ministro Arana, personaje moroso y vacilante que pronto le acabaría la paciencia...

Tan favorablemente nos le pinta un observador que, como francés, debió ser enemigo. Oigamos ahora a otro enemigo, pero connacional, Rivera Indarte, que presencia y aprecia los sucesos desde la opuesta orilla del Plata, lejos de las garras de la fiera y del puñal de la Mazorca... "Las cárceles se hicieron lugares de horrible sufrimiento—nos dice en las columnas de *El Nacional* de Montevideo. — Amontonados los presos en

calabozos fétidos y húmedos, privados de toda comunicación con sus familias, y hasta de la luz del día, si no era las horas en que ellos personalmente tenían que hacer la limpieza cargando enormes barriles de inmundicias; obligados a alimentarse con dos pequeños pedazos de mala carne cocida en agua inmunda y sufriendo verdadera hambre; privados de toda asistencia en sus enfermedades y de todo consuelo en sus últimos momentos, cubiertos de andrajos, gusanos y de miserias, eran y son con frecuencia diezmados por el verdugo, y todo este sin notificación de la causa de tales padecimientos, sin que les sea permitido decir nada en su favor. Jóvenes, viejos, comerciantes, eclesiásticos, abogados, literatos, pertenecientes todos a la primera clase de la sociedad, arrastran en esas horribles cloacas pesados grillos. Casi diariamente uno o dos de ellos eran llevados a la muerte, y no pocas veces fusilados a pocos pasos del calabozo común, sin que les hubiera sido permitido arreglar sus negocios, dar sus últimas disposiciones, dejar una palabra a su familia. Los perros de la cárcel, únicos encargados de limpiar el suelo enrojecido por las víctimas, lamían la sangre que vertieran. Sus cadáveres, arrastrados con escarnio hasta la puerta de la cárcel, se llevaban en un carro sucio, y se lanzaban a una zanja del cementerio, sin que fuese permitido a las familias de los ejecutados consagrarles una sepultura, marcar con una cruz el sitio de su última morada. El vestir luto, el llorar por los asesinados por Rosas, es crimen. Más respetados eran, sin embargo, esos cadáveres que los de centenares degollados en campaña. A éstos se les desuella, se les castra, se les descabeza, se les hace *maneas* de su piel, se come su carne por diversión, y se dejan insepultos pasto de las fieras y juguetes del viento. Tiene pena de muerte el hombre piadoso que se atreve a cubrir con un poco de tierra uno de esos cadàveres..." (1).

En las *Tablas de Sangre*, estadística más o menos verdadera o fantástica de las víctimas del Terror, levantada por el mismo Rivera Indarte, preséntasenos el siguiente "resumen general":

(1) J. Rivera Indarte, *Rozas y sus Opositores, Tablas de Sangre, Es acción santa matar a Rozas*, 2.ª ed., Buenos Aires, 1884, págs. 256-257.

Envenenados	4
Degollados	3.765
Fusilados	1.393
Asesinados	722
Muertos en acciones de armas	14.920
Mueren según cálculo muy bajo, en escaramuzas y persecuciones que han precedido a las batallas y combates generales, fusilados y lanceados por deserción en la formación de los diversos ejércitos que han combatido desde 1829 hasta este momento (1845), debiendo advertir que Rozas ha castigado con profusión bárbara hasta el conato de desertarse.	1.600
Estas diversas partidas dan el total espantoso, atendida la escasa población del Río de la Plata, y teniendo en vista que las cantidades que figuran en estos resúmenes son muy reducidas, y que otras muchas no entran en ellos por no haber llegado a nuestra noticia de un modo preciso, pero que indudablemente existen.	22.030

"Le cuestan al Río de la Plata los gobiernos de Rosas, por los cálculos más bajos, *¡veintidós mil treinta* habitantes! los más activos e inteligentes de la población; muertos a veneno, lanza, fuego y cuchillo, sin formación de causa, por el capricho de un solo hombre, y casi todos privados de los consuelos temporales y religiosos con que la civilización rodea el lecho del moribundo. La inmigración de las familias argentinas que han huído de los gobiernos de Rosas y se han asilado en la República Oriental, en el Brasil, en Chile, Perú y Bolivia, no baja de treinta mil personas. ¡Qué administraciones tan caras las de Rosas! ¡Qué precio tan subido cuesta a Buenos Aires la *suma de poder público,* la *maz-horca* y el placer de estar gobernados por Rosas!" (1). Y el mismo Rivera Indarte proclamaba, desde la prensa montevideana, que "era acción santa matar a Rosas", demostrándolo así con gran acopio de argumentos filosóficos, históricos, jurídicos y hasta teológicos, y con inagotables citas de Horacio, Virgilio, Séneca, Grotius, Rousseau...

Pero las grandes matanzas, más que obra de Rosas, lo fueron de sus gauchos. Estaban éstos preparados, por gigantescas carnicerías de animales, para la de hombres; conocían, por experiencia de muchas generaciones, el olor de la sangre, los vapores de charcos de sangre amplios como lagos... En las fértiles pampas, los animales vacunos y caballares traídos por los conquistadores y abandonados a sí mismos en estado salvaje, habíanse multiplicado prodigiosamente. Si el viajero

(1) Rivera Indarte, *op. cit.,* págs. 358-359.

se perdía entre sus mesnadas copiosísimas, eran como una muchedumbre que llenaba la haz de la tierra. Para explotar esta riqueza armábanse las peonadas de un filoso instrumento en forma de hoz, y cortaban a diestra y siniestra, con hábil maniobra, ciertos tendones de las patas traseras, de modo que el animal no pudiera huir. Una vez paralizadas muchas y muchas reses, entraban a sacarles el cuero y el sebo, abandonando a los caranchos y chimangos sus carnes suculentas. Diez y ocho o veinte hombres acababan así en pocas horas con setecientos y ochocientos animales... Cuando entraron tales hombres, afiliados a Rosas, a imponer el Terror de la tiranía, en los campos de batalla o bien en la varsoviana paz de las ciudades, esos diez y ocho o veinte ultimaban gozosos, a fuer de avezados carniceros, a cientos y millares de "unitarios", como si se tratara de toros salvajes...

IV

Cualesquiera que sean las exageraciones partidistas, es indiscutible que Rosas gobernó por el Terror, y que éste, bajo la hegemonía de Buenos Aires, extendíase por toda la Confederación Argentina, compuesta entonces, no de provincias, ni de estados, sino de bárbaros cacicatos—. El momento más crítico de la tiranía, por verse asediada de ejércitos opositores, fué el año de 1839; y, después de vencidas esas dificultades, el subsiguiente año de 1840 representa el período álgido de la venganza e intimidación. "La ciudad de Buenos Aires estaba silenciosa—dice un coetáneo, Víctor Gálvez, en sus *Memorias de un Viejo*—, las calles sin gente, y los pocos, muy pocos que por necesidad o por miedo salían, iban a los sitios solitarios... Todos estaban aterrados; aterardos por el miedo que infunde un espíritu desconocido que no se puede evitar, y que era preciso esperar sin aparecer que se temía. Las madres temían por sus hijos, por sus maridos, por ellas mismas, por sus hermanos, por la familia entera". "Los criados, los negros y mulatos, que constituían la casi totalidad del servicio doméstico, adictos a Rosas, por no sé qué obscura ley de servilismo atávico, eran siempre posibles espías. Una palabra indiscreta podía comprometer la vida o la fortuna: no se podía reconvenirlos, ni mirarlos con severidad; la tiranía estaba en los de abajo, esa tiranía obscura, inconsciente, anónima, que

no está representada por un hombre, sino por una muchedumbre, por chicos, por mujeres, por todos. Ni durante el sueño se estaba seguro, porque una pesadilla podía revelar un secreto... ¡Cuántas muertes tuvieron en ello origen! Los que han vivido siempre en el goce de sus libertades legales no saben, no conciben lo que es esa vida de temor incesante, en la cual el espíritu se apoca porque teme por todos; porque no es la fuerza ni el valor lo que salva: es la fatalidad que arrastra!'' (1). El fantasma de la Delación se veía en todos los rincones, atisbaba detrás de todas las puertas... ``Los niños eran tristes, porque la tristeza es contagiosa''.

El principal órgano de acción del Terror fué la ``Sociedad Popular Restauradora'', constituída por iniciativa de un grupo de particulares con objeto de apoyar la dictadura, en 1835, cuando la junta de Representantes y un plebiscito (!), representando una grotesca farsa de gobierno republicano, concedieron a Rosas la ``suma del poder público'', que él aceptó después de hacerse rogar mucho y de reiteradas renuncias. Y el órgano victimario de la ``Sociedad Popular Restauradora'' era la ``Mazorca'', grupo de forajidos que degollaban a los presuntos opositores y azotaban a sus mujeres, arrancándolas de sus lechos en largas noches trágicas, o porque se les suponía correspondencia con el ``traidor'' Lavalle, o porque no usaban divisas federales, o porque guardaban cortinas y lazos celestes, color emblemático de unitarismo... Esa Mazorca procedía sin orden expresa, por embozadas y vagas insinuaciones... ¡Pero contando siempre con la impunidad! Así era Rosas; no ordenaba los crímenes necesarios a sus sistema, sino los sugería, los perdonaba y hasta premiaba a sus autores... Cuando condenaba a muerte, era por medio de jueces aparentemente legales, y después de un largo expedienteo a la española.

En ciertos momentos, la ``Mazorca'' se desbordaba en un río de sangre... ``A media voz se decía cada mañana cuántos y quiénes habían sido degollados, qué casas habían sido asaltadas, qué damas azotadas con vergas e infamadas con las pardas coloradas (divisas) pegadas con cola...'' ``El club de jacobinos, de 1793, no fué más terrible a la antigua nobleza de Francia—escribe un funcionario francés que estuvo con el almirante Mackau y que presenció los horrores de 1840. —

(1) V. GÁLVEZ, *Memorias de un Viejo*, Buenos Aires, 1889, tomo I, págs. 24-27. El autor de esta obra, publicada con un pseudónimo de ocasión, es Vicente G. Quesada. Véase *Vicente G. Quesada*, notas biográficas, Buenos Aires, pág. 5.

Compuesto de una reunión de personas sin carácter, manchadas la mayor parte de crímenes, de la hez del pueblo, se sostiene, en fin, por el terror que inspira. Se llama "Sociedad de la Mazorca", del maslo de maíz: los asociados pretenden estar unidos entre sí como los granos de maíz en la planta..." (1).

Sobre el origen de este símbolo hase dicho que proviene de un juego de las palabras "más horca". Tanto la pedían los asociados, no pronunciando la *z* como buenos criollos, que acabó por llamárselos la "Mazorca"... Pero esta explicación no es muy verosímil, porque la horca no ha sido usada sino por excepción en el Terror argentino: era una muerte demasiado suave. Fusilábase, lanceábase, *estaqueábase*, degollábase, y hasta con daga mellada (a lo que los mazorqueros llamaban "tocar violín" y "violón"), pero poco se ahorcaba. Más aceptable es interpretar el símbolo como un instrumento de suplicio y de degradación. Así aparece por vez primera cuando se festejaba el advenimiento de Rosas á la dictadura, en las siguientes estrofas de un poeta anónimo:

¡VIVA LA MAZORCA!

Al unitario que se detenga a mirarla

Aqueste maslo que miras
de rubia chala vestido,
en los infiernos ha hundido
a la unitaria facción;
y así con gran devoción
dirás para tu coleto:
"Sálvame de aqueste aprieto,
¡oh, Santa Federación!"
Y tendrás cuidado
al tiempo de andar,
de ver si este santo
te va por detrás.

Tan peregrinos versos fueron escritos, debajo de una enorme mazorca de maíz, en grandes y vistosos caracteres, para matizar el alegre embanderamiento de las calles... Y el diario oficial los transcribió, también en muy visibles letras y en sitio preferente, ¡señalándolos al regocijo de sus lectores como deliciosa *trouvaille!*

---

(1) Véase MACKAU, *Affaires de Buenos Aires*, en la *Revue des Deux-Mondes*, París, 1.º de febrero de 1841.

V

Peligroso es formular un juicio definitivo sobre Rosas. Bástenos llegar a la siguiente definición: fué un cacique criollo, de origen español puro, que gobernó por el Terror durante una veintena de años, en la época más difícil, la entonces más ingobernable región de Hispano-América.

De esta definición se infieren dos corolarios: no podía ser un hombre progresista ni normal. Progresista, porque se hubiera estrellado contra la barbarie gaucha. Normal, porque para dominar esta barbarie se necesitaba una crueldad imposible en un europeo sano, después de tantos siglos de herencia psicológica cristiana. Era, pues, un neurótico; pero su morbidez no fué la neurosis de progreso del hombre de genio, sino la de infatuación y ausencia de sentido moral del degenerado superior, el atávico, el misterioso intermediario entre el Heroísmo y la Locura.

Gabriel García Moreno, presidente del Ecuador

I

Ni sobre Inocencio III, ni sobre Luis XI, ni sobre ningún personaje histórico existen juicios más contradictorios que sobre Gabriel García Moreno, el famoso presidente del Ecuador (1). Abrid una bien documentada historia hispanoamericana que no sea ecuatoriana y leeréis pasajes como este: "García Moreno, el más inicuo de los déspotas; asesino, traidor y ladrón..." En otros estudios, y de críticos notables, veréis aclamarle "caballero del derecho; vengador y mártir; poeta, orador, químico y estadista tan grande como Carlos Magno, y tan Santo como San Luis, rey de Francia..." "¡Hum!—dirá entonces el lector frunciendo el entrecejo—. Esto huele a sectarismo religioso, ¡y en pleno siglo XIX!... El rompecabezas no vale la pena de ser resuelto."

Sin embargo, ¡el rompecabezas debe resolverse! García Moreno es algo más que un sectario apasionado: es uno de los más conspicuos gobernantes criollos. Y aun su gobierno debe considerarse *único* en la historia contemporánea, pues no existe otro en que la acción se haya amoldado tan estrictamente a los principios absolutos de la Iglesia Católica, hasta el punto de que los ultramontanos pueden hoy presentarle en sus escuelas como arquetipo de estadistas. Si Godofredo de Bouillon resucitase en nuestros tiempos, adoptase un confesor jesuíta y gobernara, gobernaría como García

(1) El más notable panegírico de García Moreno es la extensa obra del padre A. Berthe, titulada *García Moreno, Président de l'Equateur, Vengeur et Martyr du Droit chrétien*, 1821-1875, 4.ª ed., París, 1888. No obstante estar compuesta con marcado espíritu sectario, la he seguido preferentemente, por su amplia y segura información. Ha sido criticada en otro estudio voluminoso y no falto de documentación, que se publicó bajo el rubro de *Refutación al libro titulado García Moreno*, por el R. P. Berthe, Guayaquil, 1889. Esta segunda obra está firmada con las iniciales *A. B. C.*, que, según se nos informa, revelan que su autor es Antonio Borrero Cortázar, un ex presidente de la República del Ecuador.

Moreno. La sangre, que llegaba hasta las rodillas en el templo de Jerusalén, llegaría hasta la cintura en una nación europea, ilustrada y republicana... ¡Pero la República del Ecuador no era entonces una nación europea, ni ilustrada, ni republicana!

Veamos, pues, en qué estado se hallaba esa "república"... Ante todo, su población se componía, según cálculos aproximativos, de tres cuartas partes de indígenas, tres octavas de mestizos y una octava de españoles. Su clima: aunque en regiones montañosas, ecuatorial. Su posición geográfica: sobre el Pacífico. Sus antecedentes: tres siglos de coloniaje bajo el sistema del absolutismo español. Bajo este régimen de aislamiento fué la colonia *más aislada* de Hispano-América: no se podía comunicar directamente por el Atlántico con Europa, como México, Centro América, las Antillas, Colombia, Nueva Granada, el Río de la Plata; ni por un regular desvío en la ruta de los buques como Chile; ni fué tan rica y codiciada como el Perú y el Alto Perú... Carecía de caminos expeditos, dificilísimos de construir y mantener a través de montañas y pantanos. A principios del siglo XVIII se proyectó uno de Quito a la bahía de Caracas; pero no se llevó a cabo porque el virrey de Bogotá se opuso diciendo que era abrir paso a los piratas que infestaban los mares, ¡y el siglo XVII duraba hasta fines del XIX! Y tanto, que aun entonces, cuando se agotaba el petróleo en las tórridas y largas épocas de lluvia que hacían intransitables los caminos, las ciudades, sin otro alumbrado público y escasas de recursos, permanecían en la obscuridad más completa, de modo que las tinieblas materiales se aunaban a tinieblas de barbarie... Este aislamiento conservó en Quito, más que en cualquiera otra colonia, las rancias doctrinas de los Austrias. Pero su catolicismo debió fatalmente viciarse por influencia de la raza indígena, siempre supersticiosa y cruel, aunque algunas veces de una notable civilización precolombiana.

Declarada la independencia, los revolucionarios, siguiendodo los rumbos señalados por la filosofía del siglo XVIII, la Revolución francesa y la norteamericana, proclaman la república. Y, por falta de *raza republicana* y de educación democrática, cunde la anarquía, que convierte al país, como a las demás ex colonias españolas, en sangrienta bolsa de gatos. Pero aquí, por las apuntadas razones étnicas, geográficas e históricas, el mal arraiga más hondo, si cabe... ¿Cómo con-

jurarlo? Con una *monarquía católica*, más factible que en otras naciones hispanoamericanas, gobierno que acaso hubiera salvado, como en el Brasil, el *Ordem e Progreso*. Desgraciadamente para los ecuatorianos se oponían a ello las ideas de la época, en las que estaba demasiado inbuída la clase dirigente. ¡Pues a luchar contra estas ideas surge, como un fantasma de los viejos tiempos, García Moreno, llevando en una mano la espada del Cid, en la otra la cruz de Gregorio II, y además, en la oreja, la pluma de Santo Tomás!

II

Observad su fisonomía en los retratos: es elocuente de austeridad y de firmeza. Era un místico, pero un místico de acción. Por esto no siguió la carrera eclesiástica como su hermano mayor, ni hizo, como el segundo, un serio estudio de la liturgia católica. Era de una familia de ascetas y de intelectuales; un tío suyo fué arcediano de Lima; un primo hermano, arzobispo de Toledo y cardenal.

Siguió la carrera del foro, y, en cuanto obtuvo su título, lanzóse hambriento a la palestra de la política, diríase que impulsado por un destino ciego. Hizo sus primeras armas como periodista atacando con estilo vibrante y sarcástico, en todas las formas, a los "liberales", entonces triunfantes en el caos de aquella "república" independiente. Siempre en su oposición radicalísima al "radicalismo", militó largos años en las filas de los "conservadores".

Por un pronunciamiento, el general Urbina asumió la dictadura, en 1851, e inició su política "liberal" embistiendo a los jesuítas, cuyo abogado oficioso fué, naturalmente, García Moreno. Decidióse expulsarlos. Y, cuando partían del convento, rodeados de tropas, el abogado, que, a pesar de encontrarse enfermo había ido a despedirlos, dijo al superior: "Adiós, padre!... De aquí a diez años cantaremos el *Te Deum* en la catedral." Era, aunque formulado a los treinta años de su vida, el juramento de Aníbal.

Esta expulsión desencadenó las iras de su pluma de jefe de la oposición, cargo, que espontáneamente desempeñaba, por convicción y por carácter. Y, ¡cosa extraña a una edad en que se apagan en los hombres de acción los fuegos de la musa!, atacó en verso, especialmente en una *Epístola a Fabio*, que llevaba por epígrafe estos endecasílabos de Moratín:

Yo vi del polvo levantarse audaces
a dominar y perecer, tiranos;
atropellarse efímeras las leyes
y llamarse virtudes los delitos;

epístola en la que valentísimamente desafiaba la cólera del dictador, terminando así:

Conozco, sí, mi porvenir y cuántas
duras espinas herirán mi frente.
y el cáliz del dolor hasta agotarle
al labio llevaré sin abatirme.
Plomo alevoso romperá silbando
mi corazón tal vez; mas si mi patria
respira libre de opresión—entonces
descansaré feliz en el sepulcro.

Como le amenazara Urbina con la deportación, respondióle con un virulento artículo en que le comparaba a Tiberio: *Oderint dum metuant.* Parecía sentir, como los perseguidos de Nerón, hambre de martirio. El dictador dió, pues, orden de arresto contra él y dos de sus cómplices de oposición periodística. Expatrióselos a Nueva Granada. Y García Moreno salió a los pocos días, de incógnito, en momentos en que se le elegía senador. Asilóse en un buque francés, y elevó una solicitud al gobernador de Guayaquil, provincia de su nacimiento que le había elegido, para quedarse en el país y ocupar la banca del senado.

No levantándosele el destierro, se refugió en Lima, desde donde lanzó, en 1854, un panfleto titulado *La Verdad a mis Calumniadores,* de cuyo tono puede dar muestra el siguiente párrafo, donde se pinta al presidente y a su ministro Espinel: "¿Queréis saber lo que son, lo que valen mis acusadores? Pues preguntadle a Espinel quién es Urbina y a Urbina quién es Espinel. En *El Veterano* de 1840, dijo Espinel que Urbina no era general, sino *voluntaria,* palabra de torpe insulto en las provincias interiores del Ecuador, donde se emplea para designar a las Maritornes del ejército; de suerte que con esto le dió a entender que era un cobarde, corrompido, infame como la mujer más envilecida. Por su parte, Urbina no fué más amable con su digno ministro, pues en el número 3 de *La Oposición,* le describió en los términos siguientes: "Comprado por el despotismo, asalariado para difamar, defiende los abusos del poder; por esto él escarnece la ley, la justicia, ataca la libertad y amolda a sus miras el orden público; por esto inter-

preta los principios y hace mentir a la historia; y por esto, cuando habla, sólo habla el idioma de la difamación y la calumnia... Dejémosle en su oficio vil... Siga atacando reputaciones, vomitando injurias personales, sembrando la discordia, derramando la calumnia... Siga, pues, en su tarea, haga progreso en su oficio, gane su pan...'' Basta; no es necesario copiar más para que decidáis qué crédito haya de darse a mis acusadores, supuesto que, por confesión de ellos mismos, el uno es un difamador venal, un calumniador de profesión y el otro el tipo más ruin de la inmoralidad y de la ignorancia.'' (1). — ¡No las gastaba chicas el jefe de la oposición!

Formalmente desterrado, dirigióse a París, isla encantada donde cualquier Calipso podría distraerle, rindiéndole a sus pies como al prudente Ulises... Lejos de ello, parece que fué allí donde mayormente se concentró su espíritu; allí, donde, en la meditación y el recogimiento del templo, al que comenzó a asistir, y diariamente, se intensificaron, en su nostalgia del terruño, el misticismo y la tiranía de su temperamento de inquisidor; allí, en fin, donde comprendió que el Ecuador no podía gobernarse sino por el despotismo, y que la única base sólida de éste, la única que pudiere hacerse carne en aquel pueblo supersticioso e ingenuo, era el concepto terrorífico de Jehová, que él también, como ecuatoriano típico, llevaba en sus venas.

La república y el sufragio popular eran, pues, palabras huecas para su patria; de ahí la fragilidad de los gobiernos que se presumían de liberales: el pueblo hispanoindígena no los comprendía, ¡no los sentía! Sólo sentiría a Jehová; sólo comprendería que ''la Iglesia católica es la emperatriz del mundo, a quien deben obedecer los reyes lo mismo que los pueblos...'' París fué así, para aquel nato reformador-cacique de clanes mestizos que se sentía aislado en medio de la civilizada turba de blancos, el luminoso retiro del desierto, los cuarenta días del Huerto de los Olivos. De allí iba a dar un salto inmenso como, desde trampolín improvisado y oculto entre el follaje, la hambrienta pantera que se agacha con la elasticidad de sus finos jaretes, para caer sobre la presa largamente ojeada... ''Un presentimiento — dice Luis Veuillot, viendo las cosas a su modo —, ese presentimiento que no falta jamás a las almas grandes, le advertía que con

(1) M. García Moreno, *La Verdad a mis Calumniadores*, *Payta*, 1853. Cit. por Berthe, *op. cit.*, págs. 202-203.

el tiempo tendría algo que hacer por su país.'' Preparándose, observó y estudió. ''Solo, en tierra extraña, desconocido, pero alentado por su fe y su gran corazón, García Moreno se educó a sí mismo para reinar *(sic)*, si tal era la voluntad de Dios. Aprendió cuanto debía para saber gobernar a un pueblo en otro tiempo cristiano, pero que se estaba volviendo salvaje, y no podía ser conducido de nuevo a la civilización de la cruz sino con un freno bordado con las chucherías de Europa. Con este fin trató de ser sabio. París, a donde la Providencia le condujo, era el taller más apropiado para este aprendiz. París cristiano también, pero bárbaro y salvaje al propio tiempo, ofrece el espectáculo del combate de los dos elementos. Tiene escuelas de sacerdotes y de mártires y una vasta fábrica de anticristos, de ídolos y de verdugos. El futuro presidente y misionero futuro del Ecuador, tenía ante sus ojos el bien y el mal... Cuando volvió a su lejano país, su elección estaba hecha: ya sabía dónde se hallaba la verdadera gloria, la verdadera fuerza, los verdaderos operarios de Dios. Si fuere menester marcar el punto de dónde partió, el último lugar dónde quedó ligado su corazón, tendríamos que nombrar su querida iglesia de San Sulpicio, o tal vez alguna humilde capilla de los misioneros en la cual acostumbraba a orar por su patria (1).''

III

Después de una larga serie de peripecias políticas, de un alzamiento nacional en que se gritaba: ''¡Muera la constitución! ¡Viva la religión!'' — y de muchas negociaciones y batallas, García Moreno, de vuelta en el Ecuador, fué electo presidente ''con facultades extraordinarias''. Sus primeras disposiciones tendieron a afianzarle en el poder, reprimiendo al ejército, para sustituir el despotismo militar por el despotismo civil. ''Quiero que el frac negro mande a la casaca roja, decía. O mi cabeza será clavada en un poste, o el ejército ha de entrar en orden.'' Y puso un pie sobre la soberanía popular y otro sobre el prestigio del ejército...

Afianzado, su acto más trascendental de esa primera presidencia, acto el más insólito en la historia contemporánea,

(1) L. VEUILLOT, *Univers*, 27 de septiembre de 1875. Cit. por BERTHE, *op. cit.*, págs. 220-221.

fué el concordato de 1861, cuyo objeto no era otro que poner en vigencia al pie de la letra, en el Ecuador, las más absolutas teorías de la teocracia católica. Nada menos. Al efecto, nombra a un clérigo, el padre Ignacio Ordóñez, su emisario ante Pío IX, y le da un pliego de instrucciones por el que debe "suplicar" al Sumo Pontífice acepte las ofertas del Ecuador, cuyo "gobierno desea únicamente que la Iglesia goce de toda la libertad e independencia de que necesita para cumplir su misión divina" (1.ª base); el poder civil será su ejecutor y garante. Asegura el ejercicio *exclusivo* de la religión católica, porque "no faltan hombres extraviados que procuran abrir la puerta a la introducción de nuevos cultos, estimulando la impiedad y la apostasía" (2.ª). Todas las bulas, breves, y rescriptos tendrán su ejecución inmediata, sin necesidad del pase del poder civil (3.ª). "La inoculación de las malas doctrinas en la infancia y en la juventud son la causa más poderosa de los desórdenes y catástrofes de que la sociedad es víctima, como los miasmas venenosos son la causa de las epidemias asoladoras. Para impedir o atajar los estragos de una enseñanza perniciosa, los obispos deben tener la facultad de requerir, y el gobierno la obligación de mandar que no se permita en las escuelas, colegios, facultades y universidades, libros y doctrinas condenadas por la Iglesia" (4.ª)...

Pero "lo que precede no basta todavía. La reforma del clero es imposible mientras la autoridad y jurisdicción eclesiástica estén sometidas a la civil, por medio de recursos de fuerza de toda especie, que deben por tanto suprimirse, y en vez de ellos debe dejarse la apelación a Roma de todos los asuntos graves" 5.ª)... "El fuero eclesiástico ha sido desconocido por la ley de jurados en los delitos comunes de más gravedad; y la impunidad que se produce" exige una radical reforma por las autoridades eclesiástico-romanas (6.ª). Y finalmente renuncia al patronato (7.ª), que las ex colonias españolas heredaran de los Reyes Católicos, a quienes bien se lo había reconocido la Santa Sede... ¡García Moreno era más católico que los Reyes Católicos!

Firmóse el Concordato *ad referendum*, pactándose todas sus bases como fueran propuestas, menos las relativas a la reforma del clero (5.ª y 6.ª). Pío IX, no se atrevía a tanto, aunque se le dijese que la Iglesia ecuatoriana estaba en un triste estado de corrupción y holgazanería, y que los obispados de Guayaquil y de Cuenca vacaron muchos años... Más García Moreno no era sólo más católico que los Reyes Cató-

licos, sino también más papista que el Papa... Mandó de nuevo a Ordóñez, para que le instase a aceptar su absoluta jurisdicción sobre el clero nacional, y el Pontífice, no sin vacilaciones, aceptóla entonces. ¡Era todo un enfeudamiento del Ecuador al Vaticano, reconociendo García Moreno, antes que éste, que la "Iglesia libre dentro del Estado libre" es la mayor de las herejías políticas! El "dad al César lo que es de César y a Dios lo que es de Dios", interpretábalo así: siendo César cosa de Dios, todas las cosas de César son de Dios, y, por lo tanto, caen bajo la supremacía de su Iglesia, ¡que representa a Dios mismo sobre la Tierra! Y, si no proclamó herético el aforismo bíblico, es porque lo dijo el propio Cristo, acaso en un momento de divina distracción... ¡También querría ser más cristiano que Cristo!

Más fácil era de firmar que de sostener, aun en el Ecuador, el irritante pacto del concordato... Los indios lo soportaban todo; pero los liberales blancos se oponían. El clero mismo no parecía entusiasmarse mucho con su "regeneración". El arzobispo de Quito, tímido anciano, prometió a requisición del presidente, reunir el concilio regenerador en enero de 1863, "con tal que para esa fecha se hubiera publicado el concordato", es decir, que hubiera obtenido el *placet* del poder civil. Pero el impaciente García Moreno no quería decretar el *placet,* ¡porque ello era reconocer por acto público una autoridad "cismática", de que carecía el poder civil sobre la Iglesia, autoridad suprema! Si era más papista que el Papa, tenía que serlo también más que un simple arzobispo... Bajo su promesa de tomar sobre sí las responsabilidades del caso, reunióse el concilio, y el procurador fiscal, como lo había previsto el prelado y era de su deber de funcionario republicano, acusó a los obispos, ante el Supremo Tribunal de Justicia, de violar la ley, aun no derogada, de patronato, y pedía su expatriación... García Moreno le repuso que "había incurrido *como católico* en una *doble excomunión,* por haber violado las libertades de la Iglesia y haber entregado los ministros del Señor a la autoridad civil..." "Vos queréis condenar a los obispos al destierro por haber violado una *ley cismática* (el patronato originario de la ex metrópoli): os condeno a la misma pena por haber ultrajado la Constitución persiguiendo la religión del Estado." En efecto, la Constitución, aunque "cismática', reconocía al catolicismo como religión del Estado. ¡Y el presidente, que echa por tierra el patronato constitucional, destierra al procurador en nombre

de la misma Constitución, por sostenerlo! "Cosas veredes..."

Usaba de las facultades extraordinarias en un despotismo teocrático, el más terrible, porque justifica en la Divinidad sus mayores arbitrariedades... Por fin, puso en ejecución el concordato, exprofesamente sin el *placet;* recibióse un nuncio papal con plenos poderes; sometióse el clero a las autoridades eclesiásticas, "aboliéndose el recurso de fuerza" ante las civiles; trajéronse cofradías y corporaciones religiosas; colocó la enseñanza en sus manos y la universidad de Quito bajo la jurisdicción del arzobispado; multiplicáronse los obispados..., ¡y excomulgáronse y condenáronse al destierro hasta a la muerte a quienes protestaran contra tan peregrina retrogradación a la edad media! Amordazó la prensa y disolvió la "Sociedad Republicana", núcleo de liberalismo, alentando en cambio la católica "Sociedad Patriótica" y la "Sociedad Conservadora""...

Encendióse en todas partes una oposición revolucionaria, que obraba principalmente, por acción de los expatriados, desde las naciones limítrofes, Perú y Nueva Granada, siéndole casi imposible manifestarse, bajo la dictadura teocrática, en el mismo Ecuador; "donde faltaban todas las libertades, la de la prensa, de elección, de asociación, de enseñanza, esos grandes medios de que disponen las sociedades civilizadas para propagar la verdad, la justicia, las ciencias y las artes". Los diarios del Perú, sosteniendo al general Urbina, jefe de los liberales, declamaban contra "el asesino que empuña el puñal fratricida cuando la marca de Caín aparece en su rostro". Acusósele de "traidor", publicándose cartas según las cuales había intentado vender su patria a Francia... Lo cierto es que, cuando gobernaban sus enemigos, "para evitar la anarquía", pretendió negociar, no una anexión a Francia como se decía, sino un "protectorado eventual"... (Porque, a pesar de la execrable impiedad de su Revolución, Francia era el pueblo de sus simpatías, lamentándose de que no se impusiese pronto un déspota que volviera otra vez a encarrilarla para que recuperase "su puesto de primogénita de la Iglesia"...) Y sus enemigos, los expatriados, seguían vociferando. "Para desembarazarse del monstruo, asesino y traidor que, no contento con haber confiscado durante cuatro años las libertades públicas, quería sobrevivir para completar la ruina del país, debían buscar los buenos ciudadanos hierro, fuego o veneno..."

El presidente presentó entonces su dimisión, en momentos en que, como debía constarle, no podía aceptarse, pues iba a

producir la más espantosa anarquía, ¡y el Congreso no la aceptó! Esta dimisión, expuesta en un mensaje altisonante, quería bien decir: "Soy el hombre necesario. No me quedo si no me lo pedís; y, si me lo pedís, esperad que proceda como crea conveniente, no asombrándoos de ninguna exorbitancia." Así fué. La sangre corrió a torrentes. El presidente tenía un atávico corazón de Torquemada, como iba a dejarlo pronto bien demostrado en el combate naval de Jambelí...

Era el momento crítico de la elección presidencial (1865). El primer magistrado duraba cuatro años en sus funciones, y no podía ser reelegido según la Constitución, de la cual, en cartas confidenciales, decía García Moreno que "sólo desorden, anarquía, sangre y miseria, contiene esa funesta caja de Pándora"... El impondría un sucesor a su hechura. (Su apasionadísimo biógrafo y panegirista, el padre Berthe, habla con este motivo del "abominable régimen del sufragio popular"...). Y, una tarde, como cincuenta urbinistas, armados de puñales y pistolas, emboscáronse en una islita del río Guayas y se apoderaron de un buque mercante norteamericano, el *Wáshington*. Remontaron el río hasta Guayaquil, y allí, en el silencio y las sombras de la noche que cubrían las aguas y la ciudad, aproximáronse al *Guayas*, único buque de guerra del Ecuador, sorprendiéronlo y lo abordaron, acuchillando al capitán y a algunos marineros que intentaron resistirse. Cortaron las amarras, ataron el *Washington* a remolque del *Guayas* y se internaron en alta mar. Al día siguiente se supo que estos dos buques, con un tercero, el *Bernardino*, componiendo una flotilla revolucionaria, proclamaban al "libertador" Urbina.

García Moreno, que se hallaba enfermo de un ataque al hígado, pónese en campaña... Espera febrilmente la llegada de un vapor inglés, el *Talca*. No bien llega, suplica al cónsul británico que se lo preste para armarlo en guerra y "dar caza a los filibusteros", mediante una indemnización. Discútese el monto... El presidente ofrece un buen precio, el cónsul cede. Entonces García Moreno lo arma con varios cañones, lo tripula, y acompañado del vaporcillo en descubierto, el *Smyrk*, improvisándose almirante *ad hoc*, aventúrase a perseguir la flotilla revolucionaria. Sorpréndela y da la orden, bajo la metralla: "¡El puñal en mano y derecho sobre el enemigo! ¡A todo vapor! ¡La proa sobre el costado del *Guayas!*..." De un cañonazo abre una brecha en el casco de este buque, y, presto como el rayo, lo embiste y se lanza al abordaje. A los pocos que se salvan de la carnicería les lleva

prisioneros al *Talca*. Los tripulantes del *Wáshington* y el *Bernardino*, entre los que estaba el mismo Urbina, desembarcan y huyen, ¡mientras García Moreno condena sobre la marcha y fusila a sus prisioneros, como piratas y rebeldes, en una sola sesión, salvando unos pocos que estaban por la fuerza, y vuelve a Guayaquil, sangriento y triunfante!

IV

El primer candidato del presidente para sucederle declaró, en una carta que se hizo pública, que "rehusaría una candidatura impuesta por la violencia". Picado, García Moreno escogió a otro, don Jerónimo Carrión, quien, en efecto, le sucedió. Menos déspota que su antecesor, no pudo evitar Carrión que la oposición liberal tendiese a reorganizarse y hasta pidiera una acusación contra el ex presidente, "causa de los actos arbitrarios e ilegales de que se había hecho culpable durante los últimos años". Los partidarios de García Moreno, que cuando descendiera de su alto puesto habíanle tributado honores de "Héroe del Ecuador" ciñéndole de laureles en discursos ultrapomposos, fijaron en los muros de la ciudad cartelones donde se decía que, de realizarse la acusación, registraríase "en las efemérides del Ecuador un contraste único en su especie: un pueblo arrodillado ante el Arbitro supremo pidiéndole gracias y bendiciones para el magistrado a quien llama con el dulce nombre de padre, y un grupo de perversos acusadores... "¡A la barra del Congreso, ciudadanos! terminaba el manifiesto anónimo. ¡A la barra! ¡El día en que se introduzca la acusación conoceremos a los enemigos del pueblo!"

Creyendo obviar inconvenientes si alejaba a García Moreno, Carrión le dió una misión para Chile, que entonces se hallaba en una situación difícil con el Perú y con España. El ex presidente aceptó, y, al bajar del tren en Lima, donde debía detenerse algún tiempo, parece que un señor Viteri, deudo de Urbina y hermano de uno de los ultimados en Jambelí, intentó matarle a tiros. Una oportuna intervención y acaso la presencia de ánimo de García Moreno, que también sacó su pistola, le salvaron la vida. Ante el tribunal, Viteri refirió que "jamás había tenido la idea de cometer un asesinato, y que, únicamente al ver a García Moreno descender del tren, se había acordado de los crímenes perpetrados por el ex presidente

contra su familia y su patria. Por un súbito movimiento de indignación había ido a provocarle a duelo. Se aproximó al efecto, para proponerle un encuentro leal; pero desde la primera palabra García Moreno le contestó con un tiro, al que habían seguido otros disparados por los individuos de la legación... El presidente del Ecuador, añadía Viteri, no merece que nadie le aseste el puñal de Bruto, porque, dondequiera que se le encuentre o se oiga su funesto nombre, tiene que recibir el más horrible de los castigos: el anatema y el desprecio universales."

El Ecuador no se podía gobernar moderadamente, como lo intentaba Carrión. Por querer conciliar a liberales y radicales con católicos y conservadores, ocurrióle lo que al murciélago de la fábula, que, en las alternativas de una guerra entre los cuadrúpedos y los volátiles, decíase cuadrúpedo cuando los primeros triunfaban, y ave cuando los segundos. Comprendiendo unos y otros su juego, lo corrieron; desde entonces, avergonzado, se ocultó en la sombra... Los urbinistas y los morenistas, todos se ensañaban, en efecto, contra el presidente...

Ante las vacilaciones de Carrión, García Moreno, que vuelto ya de Chile se ocupaba en dirigir su hacienda, tomando de pronto una ingerencia directa en la política, "hizo prevalecer la idea de que un cambio de gobierno, llevado a cabo con prontitud y resolución, restablecería el orden". Es decir, la vuelta al despotismo católico. Porque los radicales, aprovechando y sosteniendo la política moderada del presidente Carrión, emprendíanla ahora sin rebozo contra García Moreno, quien, nuevamente electo senador, amenazaba a su vez atacarla en el Congreso con su característica violencia; amenazaba hacer frente a los que clamaban contra el "intruso, el usurpador del sufragio popular, el déspota cuya audacia llegaba a forzar las puertas del Senado para volver a emprender el curso de sus ejecuciones ilegales y sangrientas..." Queríase negarle la entrada en el senado, y, para tranquilizar a los senadores tímidos, jueces de la elección, decíaseles que "García Moreno, el tirano, el Catilina, la fiera rabiosa, privado de sus esbirros, no era más terrible que Nerón abandonado de sus pretorianos". A pesar de oposición tan iracunda, García Moreno se incorporó al senado; impúsose con su autoridad de cacique inquisidor; y envió al presidente este lacónico ultimátum, que debió sorprenderle como el estallido de una bomba: "Acordaos de que la salud de la república está sobre la vida del hombre

que la conduce a los abismos.'' Ante tal amenaza de sus primitivos partidarios, de su propio padrino político, el presidente dimitió (1868). Y García Moreno escribía luego a un amigo: ''Ya sabrá usted que mi llegada fué providencial; y como el candidato que presenté, el virtuoso y católico doctor Espinosa, fué aceptado con entusiasmo, aun por parte de los rojos (los liberales, lo que es por cierto dudoso), las elecciones han sido unánimes y pacíficas. Tenemos, pues, electo un inmejorable presidente...''

Pero este ''inmejorable presidente'' no podía durar. La espada de la revolución, de esa eterna revolución ecuatoriana, se alzó sobre su cabeza. Para contrarrestarla, García Moreno, así como antes se improvisara almirante *ad hoc*, improvisóse, contra la liga libero-radical que volteaba a Espinosa, jefe del ejército, y, sin dar batallas, asumió interinamente el mando presidencial (1869), jurando ante el público, para infundir confianza en sus intenciones, no aceptarlo en definitiva... ¡Y su pirmer acto de gobierno fué suprimir, de una plumada, so pretexto de liberalismo, la universidad de Quito, el Consejo general de instrucción pública, los Consejos académicos y comisiones de provincias, el Colegio Nacional de Río Bamba! Así como suena: *suprimir*, ¡porque eran ''nidos de francmasonería''! Inmediatamente, ''Como la Santa Sede *concedió* que las causas criminales de los eclesiásticos, en atención a los tiempos, se substanciasen ante los jueces civiles'', y, considerando ''que ello ha servido para molestar a los sacerdotes virtuosos y asegurar la impunidad de los delincuentes, decreta: Se restablece el fuero eclesiástico...'' ''Este decreto será presentado humildemente a la Santa Sede... para obtener su aprobación, quedando el gobierno obligado a reformarlo conforme al deseo del romano Pontífice.'' *¡C'etait trop fort* para una presidencia interina, asentada en una revolución! Pero García Moreno no se paraba en pelillos...

Luego citó al pueblo a una ''convención católica'', que ''iba a constituir un Estado cristiano'', y, es claro, a designar quién debía ocupar la presidencia. Pero él había jurado no aceptarla... ¿A quién elegir para que no cayere como Carrión y Espinosa, sino al mismísimo García Moreno, cuyo bilioso temperamento de cacique y cuya intolerancia e inteligencia le hacían el ''hombre insustituíble''? Y él, que lo sabía, elegido presidente, coqueteaba con su juramento: jamás aceptaría... ¿Qué iban a pensar de él los liberales y radicales?... Necesitaba conservar intacto su purísimo nombre de cristiano...

Una insurrección acabó de producir el pánico entre los católicos-conservadores y los indiferentes: ¿quién vendría?... Empezáronse a recolectar firmas para rogarle que aceptase definitivamente la presidencia... En el periódico oficial apareció entonces la siguiente nota: "El presidente de la república ha sabido con no menos sorpresa que indignación la extrema libertad que se toman algunas personas de recoger firmas, a fin de obligarle moralmente a revocar un juramento solemne. Nada en el mundo le obligará a deshonrarse por la violación de su palabra, y amonesta a estas personas celosas que se abstengan de inútiles gestiones, y apela a su derecho para mandárselo. Todo se debe sacrificar a la patria, menos la fe, la conciencia y el honor."

La Convención Nacional, servil como todos los conciliábulos políticos de aquella singular época de la historia hispanoamericana, esperando que aceptase la presidencia, le nombró definitivamente general en jefe del ejército. Era dar al católico cacique, sin restricciones, las fuerzas efectivas... Vaciló siete días... Y aceptó el generalato, modestamente, "convencido de su carencia de mérito, pero contando con la lealtad del ejército y la protección de la divina Providencia". La Convención puso entonces a la orden del día un proyecto de Constitución elaborado por el *factotum* García Moreno. Y, reunida en la iglesia de la Compañía de Jesús, aplazando ese proyecto, después de una misa aparentosa, reeligióle presidente... Para que aceptara hubo que rogarle, que exhortarle, que invocar nuevamente los designios del Cielo...

Por segunda vez en la presidencia García Moreno, votóse su Constitución de 1869, la que estaba a la orden del día, siendo más característica aún, si cabe, que el concordato de 1863; era una aplicación en toda regla de las doctrinas del catolicismo absoluto, emitidas por Pío IX en el *Syllabus*, y, más tarde, por León XIII en sus encíclicas *Inmortale Dei* y *De constitutione civitatum christiana*. ¡Todo eso era! Con ella quería extirpar de raíz la *herejía liberal*, el mal del siglo; no era posible una "Iglesia libre dentro del Estado libre", porque dos potestades independientes no pueden coexistir en el mecanismo social; una de ellas debía supeditarse: ¡la profana, en aras de la divina! Se declaraba que el catolicismo sería la religión del Estado; que no podía ser ni elector ni elegible, ¡es decir, ciudadano!, quien no profesara la religión católica; prohibíase todo otro culto, aún a los extranjeros; restablecíase el fuero eclesiástico; poníase la instrucción pública en

manos del clero... ¡En fin, entregábase maniatada la República del Ecuador, y esta vez para siempre, constitucionalmente, afectando hasta sus rentas, al poder del Papa-rey!

"Es necesario levantar — decía García Moreno —, un muro de división entre los adoradores del verdadero Dios y los de Satanás..." "En el frontispicio de las constituciones emanadas de la Revolución francesa — observa su panegirista el padre Berthe —, los legisladores inscriben el nombre de la nueva divinidad: el pueblo soberano. Al frente de su Constitución, García Moreno puso estas palabras de las viejas cartas medioevales: "En nombre de Dios, uno y trino, autor, con- "servador y legislador del Universo, la Convención Nacional "del Ecuador ha decretado la siguiente Constitución..." Con todo, por más que el panegirista declare que "es menester romper con la civilización moderna", García Moreno no invocaba su poder, a la manera de los antiguos reyes, como emanado de la Divinidad. Concedió a su siglo el sufragio, no de todo el pueblo; pero siquiera de los buenos católicos, a juicio del clero, que venía así a ser, en definitiva, quien otorgaba el permiso de votar, o sea, de hecho, quien elegía a los gobernantes... En cuanto al período de la presidencia, aumentóse de cuatro a seis años, haciéndose el presidente reelegible en el subsiguiente, y, en adelante, después del intervalo de un nuevo período... Promulgada semejante Constitución, hubo que sostenerla; y el brazo de acero de García Moreno la sostuvo, por el destierro y por la sangre.

V

Es un error juzgar a García Moreno como uno de los tantos caciques hispanoamericanos que hacen de la religión una farsa para conservar el poder. No; si el catolicismo le ha servido de pretexto, fué un pretexto *sincero,* tan sincero como cualquiera de los ideales del héroe. Que ese ideal teocrático-católico en pueblos europeos del siglo XIX hubiera sido un tanto anticuado, convengo; pero, en el Ecuador, por las apuntadas razones, fué una palanca de orden y hasta de relativo progreso...

Como una concesión al espíritu del siglo, García Moreno también enunciaba la "libertad" en su lema favorito; pero, ¡qué libertad!... *Libertad para todos y para todo, excepto*

para el mal y los malhechores. Y, como el ''mal'' era cuanto reprobaba la Santa Madre Iglesia, desde el maniqueísmo hasta la moderna metafísica, y singularmente el ''libre examen'', el más íntimo sentimiento de la individualidad humana; y, como eran ''malhechores'' todos los hombres de vuelo intelectual que no se ajustaran a la Iglesia, antes o después de ella, desde Buda hasta Darwin —¡la ''libertad'' resultaba bien efímera! No podía existir ni en el pensamiento ni en el corazón, desde que quien no era católico no podía ser ni ciudadano, y desde que el catolicismo absoluto es esencialmente uniformador e impositivo... Pero todavía completaba el déspota su lema sobre la ''libertad'' con este corolario de hierro: *No se hace el bien sino por la fuerza...* Y agregaba que, por ello, ''la fuerza debía estar al servicio del derecho'', ¡y entendía por ''derecho'' la facultad de llevar al Cielo, por la persuación o por la imposición, todas las almas ecuatorianas! A los que se oponían demasiado perturbadoramente contentábase, según los casos, con expatriarlos o fusilarlos, y esto después de otorgárseles todos los ''auxilios religiosos'', se entiende... ''Hacer el bien por la fuerza'' representa, precisamente, la última esencia de la arrogancia hispánica; el polo opuesto del disciplinado y cristiano individualismo a lo anglosajón, primera base de una buena democracia...

Decididamente, así como García Moreno nació después de su época natural, el Ecuador, y puede decirse toda la América española, perdió la mejor oportunidad de declararse independiente, el siglo XVIII, que le hubiese conservado la monarquía hasta que, con la independencia, se preparase para la libertad. Se dice que la libertad es el mayor bien de una nación... Yo pienso que *ser apto* para la libertad es la mejor condición de un pueblo; pero dad libertad a los Neozelandeses o a los Bochimanos, ¡y veréis qué repúblicas constituyen! Para ellos, un despotismo civilizador resulta infinitamente más fecundo, tanto para refinarse en lo interior cuanto para hacerse respetar en lo exterior... Este despotismo civilizador cabe dentro de la teocracia católica. Y la prueba de que el gobierno de García Moreno, especialmente el de la segunda presidencia, en la que desplegó mejor su alma, no era tan antiprogresista como se pretende —*para el Ecuador,* nación entonces hispanoindígena del Pacífico—, está en la sensatez de ciertas reformas que introdujo en el orden interno y de la energía de su política internacional.

Regeneró el clero, disciplinó el ejército y mejoró la ma-

gistratura. Aunque hiciera sectaria la enseñanza entregándola a la Iglesia, la aumentó y perfeccionó, creando muchos colegios de varones y difundiendo en grande escala, tal vez por primera vez en pueblos españoles, la instrucción de las mujeres; en Quito estableció una universidad católica. Fundó muchas instituciones de caridad, y, considerando que los doscientos mil indios salvajes eran ingobernables por las autoridades civiles y militares, los entregó a misioneros. Saneó la hacienda y construyó las obras públicas que los recursos nacionales permitían.

Su religiosidad era incansable. Todas las mañanas oía misa, ayudándola él mismo casi siempre en vez del indio monaguillo que era de usanza. Todas las tardes rezaba en familia el rosario. Todos los domingos comulgaba públicamente, y a veces también entre semana, con ocasión de ciertas festividades. Siempre vestía de negro, con traje casi sacerdotal; pero, en las grandes procesiones religiosas, endosábase su vistoso uniforme de general en jefe, y, llevando un estandarte de la Virgen o del Corazón de Jesús, iba delante del Sagrario, con su frente sombría, como heraldo de una Divinidad implacable. Su respeto a los clérigos y su adhesión a Roma no tenían límites. Rogaba a un simple fraile que se cubriese en su presencia, mientras él se descubría por ser un simple hombre y el sacerdote un ministro de Nuestro Señor. Escribía al Papa las cartas más humildes y suplicantes, acaso de rodillas.

Como Pío IX encareciese la devoción al Corazón de Jesús, resolvió consagrar a él la república; y así lo decretó. preguntando, irónico, a alguien que le observara que ya el país estaba bajo la advocación de Nuestra Señora de las Mercedes. si creía, por ventura, "que la divina Madre pudiese tener celos de su hijo"... El tercer concilio de Quito confirmó el decreto disponiendo que en todas las catedrales del país, dotadas al efecto por el Estado, se consagrase un altar al "símbolo nacional". Y debo advertir que en estos concilios no faltó clérigo que estigmatizara la imprenta, llamándola tal vez, como el célebre prelado alemán, "ese monstruo, nacido a orillas del Rin, entre Estrasburgo y Maguncia. que se alimenta de trapos sucios y vomita infamias..." El gobierno propuso también con entusiasmo la idea de que se levantara, al Corazón de Jesús, un nuevo y suntuoso templo. Y desde entonces comenzóse a publicar una revista titulada *La República del Corazón de Jesús*, que era, al propio tiempo, órgano del gobierno y del clero, y presentaba con frecuencia al presidente como el más

edificante ejemplo de piedad. En uno de sus primeros números transcribió el siguiente programa de vida, que diz tenía él apuntado en las últimas páginas de su Kempis: "Decir cada hora *infernus domus mea est*, y "soy peor que los demonios". En las dudas y tentaciones, pensar como pensaré en la hora de la muerte, diciendo: "¿Qué pensaré sobre esto en mi agonía? — No rezar sentado en la cama cuando pueda levantado. Hacer actos de humildad, como besar el suelo en secreto, y hacer toda clase de humillaciones, procurando no merecerlas. Alegrarme que censuren mis actos y persona. No hablar nunca de mí, no siendo para declarar defectos o malas acciones—Contenerme viendo a Dios y a la Virgen y hacer lo contrario de lo que me incline en caso de cólera: ser amable aun con los importunos. De mis enemigos, no decir nada malo. — Todas las mañanas escribir lo que debo hacer antes de ocuparme. Trabajo útil y perseverante, y distribuir el tiempo. Observar escrupulosamente las leyes. Todo *ad majorem Dei gloriam*, exclusivamente—Examen antes de comer y dormir. Confesión semanal al menos. Evitar aun las familiaridades inocentes con toda prudencia. No jugar más de una hora, ni ir de ordinario sino a las 8 de la noche."

De una pasmosa actividad, el presidente-inquisidor inmiscuíase en todo, dirigíalo todo personalmente: la hacienda, el ejército, las ceremonias religiosas y civiles, los juicios políticos y criminales, las obras públicas; viajaba de continuo, vigilando y mandando; iba a las cárceles a echar en cara su impiedad a sus víctimas, antes de que marcharan al patíbulo; examinaba a los estudiantes... A uno de derecho—y esta anécdota es típica—, que rindió muy bien sus últimas pruebas, le interrogó sobre el catecismo cristiano; no respondió bien el examinado, ¡y en castigo le impuso una reclusión de varios días, hasta que lo aprendiese, en un convento de dominicos!

Su sinceridad resulta indiscutible de la unidad de su vida, de su incansable energía, de su estilo, de sus versos, de sus victorias... Tenía la religión en sus venas. Y el misticismo, cuando llega excepcionalmente a pasión, es como todas las pasiones: nunca queda estacionario, crece o decrece... Para García Moreno fué una pasión en continuo *crescendo*, desde que oraba en el templo de San Sulpicio, en París, hasta que el puñal de unos conjurados, como lo había presentido, le cortó la vida al salir de la catedral de Quito, en 1875, cuando aca-

baba de ser "reelecto" presidente por tercera vez... Su voluntad fué como un manantial que nace purísimo en la cumbre de una montaña, pero que baja engrosando y tiñendo su torrente en sangre y más sangre, hasta que, en un momento dado, siempre sediento y como si ya no le bastara la de sus víctimas, se lleva la de su propio corazón.

PORFIRIO DÍAZ, PRESIDENTE DE MÉXICO

I

Al llegar Hernán Cortés a las playas de América los antiguos mexicanos creyeron que era Quetzatlcoatl, el divino mesías que hacía tiempo esperaban bajase del cielo a redimirlos. Equivocáronse: Quetzatlcoatl vino cuatro siglos más tarde y se llamó Porfirio Díaz. Nunca, en efecto, ni en épocas precolombianas, cuando su sangre corría en los altares; ni durante el coloniaje, cuando se los cazaba como a fieras y se los esclavizaba como a bestias de carga; ni en las interminables guerras de la independencia y las civiles, cuando eran carne de cañón —, gozaron los mexicanos de mayor bienestar que después del advenimiento de Porfirio I, remoto continuador de Moctezuma.

Este mesías, como casi todos sus colegas de la historia, lejos de descender de lo alto, ascendió de las hondas entrañas del pueblo. En sus venas corría savia española de Asturias, y, por su abuela materna, sangre de la más culta raza indígena de ambas Américas, la mixteca. Estudió teología en un seminario católico, y, cuando a los diecinueve años de edad hubieron de conferirle las órdenes menores, cambió de rumbo declarando que quería estudiar jurisprudencia. Antes de graduarse obtuvo en un "instituto" jurídico, un puesto de profesor asistente de derecho romano y otro de bibliotecario, por mediación del caudillo Benito Juárez, abogado y ex gobernador de la provincia de Oaxaca.

Habiendo empuñado Santa Anna la dictadura, aprisionó y desterró a Juárez (1853). Un grupo de estudiantes, entre ellos Díaz, indignados, atreviéronse a votar en los comicios contra el dictador; éste dió contra ellos orden de arresto, obligándolos a huir. Porfirio, que tenía entonces unos veinticinco años, sirvió en las montañas de Mixteca como partidario del plan republicano federal de Ayutla, organizando tropas

bajo las órdenes de un capitán revolucionario. Santa Anna fué derrocado por la revolución; y el nuevo gobierno , "liberal", en premio de sus servicios, dió a Díaz el cargo de "jefe político" del distrito nativo (Oaxaca), con un sueldo de 140 pesos mensuales. Pero el seminarista y luego estudiante y profesor asistente de derecho, sintiéndose ahora militar, renunció su puesto para graduarse de capitán, con sólo 60 pesos mensuales. Esta vez tomaba un rumbo fijo.. ¡Y qué rumbo! Peleando en una serie de guerras civiles, siempre con éxito, lloviéronle galones, hasta alcanzar, en unos siete u ocho años de continuo servicio..., ¡el grado de brigadier general! Poco tiempo después, Benito Juárez, de sangre india más pura que Díaz, era electo presidente; y los franceses de Napoleón III, para afianzar en el trono imperial de México al archiduque Maximiliano, aliados a los austriacos, invadían el país.

Si hasta entonces las aventuras militares del general Díaz eran novelescas, en la nueva "guerra de la independencia" parecen inverosímiles; su valor y constancia rayan en el heroísmo. Nombrado general de división, grado sumo, y jefe del Ejército de Oriente, al mando de tropas mal armadas y peor disciplinadas, compuestas de indios analfabetos, tenía que afrontar el ejército vencedor en Austerlitz, dirigido por un estratégico como el mariscal Bazaine. Era una empresa tan magna como justa. Desde los primeros encuentros debió advertir Díaz que sus enemigos no eran gritones revolucionarios... En efecto, terribles fueron las alternativas de la lucha. Los patriotas, ante las briosas embestidas de los invasores, se deshacían y se rehacían en las sierras, como aquel dragón de la fábula, que, cortado en mil pedazos, unificábase sólo para atacar después, con más pujanza que antes, lanzando fuego por sus enormes fauces.

Díaz, sostenedor del presidente Juárez, era, si no el alma, el brazo de aquella guerra gigantea. La leyenda que envuelve su acción es tan maravillosa, en los tiempos modernos, como en los antiguos la de Hércules... "Rota por Saligny y Jurien de la Gravière la convención de no violar el territorio mexicano, cuentan las historias, se aprestaron los ejércitos combatientes guardando las siguientes posiciones: los franceses tenían su retaguardia en el Fortín, y un pequeño destacamento de la brigada del general Díaz se encontraba en Escamela, lugar distante poco más de dos leguas de aquél. Violentamente se desprendieron del ejército francés doscientos caballos, conduciendo otros tantos zuavos a la grupa. Y los

cuarenta mexicanos, la avanzada del general Díaz, resistieron a cuatrocientos franceses, quienes, al contemplar la iracunda decisión de sus enemigos, engrosaron sus filas con dos mil hombres más lanzados sobre aquel grupo de valientes, que no retrocedieron un paso hasta no perecer treinta y ocho de ellos... (1)". Este fué, salvo patrioteras exageraciones, el prólogo del drama. Luego se sucedieron los combates,como en los poemas épicos, numerosos y rápidos. Muchas veces derrotado y hasta herido, se pierde Díaz en lontananza para volver a la carga con nuevas tropas, al parecer, sacadas de la haz de la tierra... Si no es invulnerable como Aquiles, tiene una estrella aparte como Ulises.

Cuéntase que en Oaxaca cayó prisionero y fué trasladado a Puebla. Su cautiverio en el edificio de la Compañía de Jesús y su evasión son páginas vividas por Rocambole y por Montecristo. Armado de un puñal y una cuerda se escapó silenciosamente de su celda, deslizándose somo sombra por los muros. Aprovechó el momento en que el centinela le daba la espalda, y, casi adherido a la pared del claustro, a costa de supremos esfuerzos, llegó a una pequeña azotehuela, trepando ágil y sereno al techo de una cocina inmediata... De pie en esta eminencia, trató con éxito de enganchar la cuerda en una pilastra de la bóveda de la iglesia; y, ascendiendo por ella con pulso firme y columpiándose en el vacío, logró escalar la altura y arrastrarse por las bóvedas, para no dejar sentir su presencia a los centinelas apostados en las azoteas del convento. Con este acto había consumado la mitad de la fuga, quedándole por realizar la parte de mayor peligro, que consistía en lanzarse de una altura casi imposible para las humanas fuerzas. Al fin, por uno de los ángulos de la iglesia se arrojó en el vacío, yendo a caer a una casa contigua, de donde logró salir salvo de nuevas contingencias. No bien advirtieron la fuga los carceleros, hiciéronle buscar inmediatamente en los alrededores, batiendo los campos y los bosques, y, como no le hallaron, pusieron alto precio a su cabeza... "A las 48 horas, cuando aún se registraban varias casas de la ciudad, donde se le creía oculto, secundado por diez o doce hombres que se le subordinaron inmediatamente, batía y desarmaba a la guar-

(1) Véase MELESIO PARRA, *El Señor General Porfirio Díaz juzgado en el extranjero*, México, 1900, pág. 76. Este libro contiene numerosos juicios, todos elogiosos, sobre Porfirio Díaz. Es de señalar el de Marie Robinson Wright, (págs. 40-54), que he seguido preferentemente. A falta de mejores elementos, la obra del licenciado Parra puede servir de guía para un breve estudio biográfico y crítico del célebre presidente de México.

nición de Tehuicingo, que constaba de 25 hombres. Al día siguiente contaba ya 70 soldados a sus órdenes, y dispersó entre Piaxtla y Chimantla a un cuerpo mexicano de más de 100 caballos; y, aumentando siempre su naciente fuerza, el 1.° de octubre, al frente de 200 jinetes y peones, atacó en Tulcingo al coronel Jesús Bissoso, derrotándole por completo y apoderándose de gran parte de su armamento, pertrechos, instrumentos de su banda y dinero. (1).

Después de esta victoria se presentó ya de frente, en campo abierto, más audaz que nunca, al mando de un bien reorganizado ejército de veteranos alentados con su ejemplo. Diríase que poseía, como ciertos magos de los cuentos orientales, un talismán para hacerse invisible, desaparecer y reaparecer dónde y cuándo se le antojara... ¡Era bastante para que la imaginación de un pueblo semiasiático le supusiera un héroe legendario y misterioso! Y más cuanto que, desde su evasión, inició una final y no interrumpida serie de victorias. ¡Son las últimas etapas de la epopeya! La rueda de la fortuna ha dado un vuelco para los imperialistas; los triunfos mexicanos, en muchos de los cuales toma Díaz eficacísima parte, se suceden, continuos, decisivos: San Lorenzo, Miahautlán, la Carbonera, el asedio de México, la toma, y, por fin, la ejecución del desgraciado Maximiliano I. — La república ha vencido (1867); pero, a pesar del ''rótulo yanqui'' de la Constitución, ¿transformaráse México en una verdadera república federal, o, cambiando de hábito, quedará siempre el mismo monje antiguo que cubría de sangre los altares y leía el porvenir en las entrañas de millares de víctimas, para convertirse luego a la cruz de los soldados inquisidores?...

II

Nada más político que el primer acto de Porfirio, una vez triunfante en México: el mismo día rinde cuentas y entrega al tesoro un saldo de 140.000 pesos recaudados durante la guerra. Como los gastos habían sido considerables y esos pueblos no estaban acostumbrados a tanta pulcritud y desinterés, el hecho produjo el mayor asombro, exaltando hasta el delirio el entusiasmo por el vencedor... En tales circuns-

(1) M. Parra, *op. cit.*, pág. 77.

tancias, Díaz, astuto como todos los grandes caudillos criollos, presenta su dimisión de jefe de línea y del Ejército de Oriente, y, después de algunos meses, se retira a Oaxaca, su valle natal... No importa, ¡el pueblo le había ungido ya, por derecho humano, cacique *imperator!* Y tan es así, que la legislatura del ''estado federal'' de Oaxaca otorgóle grandes honores, y además una propiedad, en donde pasó, en brazos de una hermosa joven con quien se había casado, dos años de tranquila vida de hogar.

Siendo todavía presidente Juárez, Díaz fué electo, por su provincia, diputado al Congreso. El país, parecía en vías de organizarse ya definitivamente... Pero, como Lerdo de Tejada, el sucesor de Juárez, iniciara una política violenta contra el partido clerical, en 1875 estalló otra vez la revolución.

Partidario de la revolución se declaró Porfirio, diríase que impaciente por coger ya las riendas del gobierno... Tomó un vapor en Veracruz y se trasladó a los Estados Unidos de Norte América. Después, en compañía de otros ciudadanos en quienes tenía confianza, organizó un ejército en los estados de Tamaulipas y Cohauila, y partió para México. Mas fué alcanzado, derrotado y obligado a huir. Embarcóse en el vapor *City of Habana,* cambiando de nombre, y, en cuanto le fué posible, de apariencia. Conoció a muchos a bordo, pero ellos no le reconocieron. Todo marchó bien hasta su llegada a Tampico, en donde se embarcó con una compañía para Veracruz; allí, en seguida, fué reconocido por los soldados... Viendo que se le había descubierto y que los oficiales se preparaban para tomarle prisionero, cuando obscureció bajó a un lado del vapor y se arrojó al agua, con la esperanza de escapar a los tiburones y llegar a nado hasta la costa. Pero sus enemigos, que vigilaban, le descubrieron y dieron la voz de alarma. Pronto funcionaron los remos, y, a pesar de sus esfuerzos de buen nadador, fué alcanzado, aprehendido y llevado otra vez al buque... Como iban a hacerle prisionero, Díaz llamó al capitán y le pidió protección bajo la bandera de los Estados Unidos. El capitán accedió a esta petición hasta llegar a Veracruz.

Aunque tenía un guardia en su camarote, escurrióse Porfirio hasta el del pagador o comisario con un salvavidas, deseoso de escapar de nuevo; mas el comisario le persuadió a que se escondiese bajo un sofá y le obligó a arrojar el salvavidas al mar para que sus vigilantes creyeran que realmente se había escapado... ¡Grande fué la conmoción cuando se des-

cubrió, en la mañana del día siguiente, la desaparición del general Díaz! Las tropas y la tripulación unidas examinaron el vapor y frecuentemente estuvieron muy próximas al lugar de su escondite. Por fin, un oficial extendió el acta de esta desaparición manifestando que probablemente se habría ahogado... Durante una semana permaneció el prófugo en su potro de tortura; y, como los oficiales mexicanos tenían la costumbre de reunirse en el camarote del pagador a beber y jugar de la noche a la mañana, difícilmente podían sospechar que allí se ocultaba su perseguido, cuando revisaban el buque. En Veracruz, el vapor fué rodeado por soldados; pero Díaz escapó de ellos, disfrazado de marinero, con un ligero traje de algodón. El salvavidas que antes arrojara al mar fué hallado en la playa, y, como sus manchas de óxido de hierro se supusieran de sangre, creyósele devorado por un tiburón...

Nuevamente entramos en lo maravilloso. Como Jonás del vientre de la ballena, del vientre del tiburón sale Porfirio, salvando los mares. Corre a unirse con los revolucionarios, los encuentra después de muchas vicisitudes, se presenta el 16 de noviembre de 1876 al mando de sus formidables fuerzas, ¡obtiene una victoria decisiva sobre los lerdistas, en Tecoac! — Tal es la leyenda de su fuga y su victoria; pero debo reconocer que corre, de ésta y aquélla, otra versión, si tan novelesca, menos heroica y gloriosa...

Al recibir Lerdo la noticia de la derrota de sus partidarios, alarmado, con alguno de sus fieles miembros del gabinete y con el dinero que hallara a mano, partió, en 20 de noviembre, para Acapulco, y de allí tomó pasaje para los Estados Unidos. El general Díaz entró en México el 23 del mismo mes, y cinco días más tarde — después de una parodia de elecciones populares, por supuesto —, asumió el cargo de Jefe del Poder Ejecutivo. Formó su gabinete contratando un empréstito de 500.000 pesos para comenzar la nueva administración, puso al general Méndez como presidente interino, y salió en persona a ultimar a los lerdistas. "En realidad hubo entonces tres presidentes en México: Lerdo, que no había renunciado; el vicepresidente Iglesias, que había asumido el cargo cuando huyese Lerdo; y Díaz. Iglesias, siguiendo el ejemplo de Lerdo, y para poner término a una situación equívoca, partió también, de Manzanillo, donde se hallaba, para California (1)." En tanto, Díaz recorría triun-

(1) PARRA, *op. cit.*, pág. 78.

falmente la república y capturaba a todos los lerdistas, ¡sin disparar un tiro! Después de esta última campaña, que duró dos meses, volvió a la capital, relevó a Méndez, y comenzó tranquilamente su gobierno...

III

Durante las guerras de la emancipación Díaz se nos presenta como un gran patriota: fiel a la bandera de la república, en la política exterior, y, en la interior, al partido liberal de Juárez. Pero he ahí que, después de Juárez, Lerdo es electo presidente. Déjase de lado a Porfirio, que ya era un caudillo nacional y aspiraba a la presidencia; y Porfirio, en la primera oportunidad, se rebela contra el gobierno. Lerdo era también liberal, como Juárez; pero, ¿qué importa?... En cuanto los conservadores le hacen una revolución, Díaz, el ex liberal, se pone en movimiento, la dirige, y derroca al legítimo presidente... para sucederle. Tales son los hechos. El gran patriota no es ahora más que un gran cacique; no lucha por las ideas sino por el poder. No le preocupa ya el ser liberal o conservador; lo que le preocupa es alcanzar la presidencia. Y, como vimos, ¡la alcanza!

Electo por cuatro años, dura su primer período de 1876 a 1880; y, como por la Constitución no puede ser inmediatamente reelecto, sucédele González, durante cuyo gobierno ocupa varios puestos: primero, ministro de Fomento; luego, magistrado de la Suprema Corte de Justicia; después, gobernador de Oaxaca —. Habiendo muerto su primera esposa, a los dos años de viudez contrae segundas nupcias — Y, terminado en 1884 el período presidencial de González, elígese a Díaz por segunda vez presidente de la República. Durante esta presidencia se reforma la Constitución, permitiéndose la reelección inmediata e indefinida del primer magistrado de la república y conservándose siempre el término de cuatro años para cada período. Desde entonces, Porfirio, reelecto en 1888, en 1896, en 1900, en 1904, en 1908..., ocupa sin interrumpión el sillón presidencial de México.

Y gobierna con un poder absoluto, más absoluto que el del zar de Rusia. Como todo cacique, ha consolidado su poder por el terror: expatría a los opositores, amordaza la imprenta y nombra indirectamente a los miembros del Congreso. Un

ejemplo curioso de su despotismo está en lo que se llama la "Ley fuga", siempre vigente, la cual consiste en el derecho que se atribuye a las autoridades gubernativas de *matar,* en el mismo acto de aprehenderlo, al acusado que se resiste... Nada más expeditivo. Con ello se evitan prisiones, juicios, extrañamientos; al opositor peligroso, la policía puede eliminarle por sí y ante sí, dando luego parte de que procediera tan radicalmente porque el hombre "se resistió"... No hay cuidado: nadie le pedirá cuentas. Si alguien se arriesgara a pedirlas, correría también el peligro de figurar luego, en los partes oficiales, entre los que "se resistieron"... ¡La paz reina en Varsovia!

Con todo, farsante de la democracia, cacique disfrazado de presidente, Porfirio Díaz es un estadista. Gobierna a México como México debe ser gobernado. "La raza indígena, que es la más numerosa de la sociedad mexicana — dijo el presidente Juárez, en el quinto Congreso Constitucional —, está sujeta a una obediencia más ciega que los militares, porque su obediencia nace de la pobreza que avasalla al indígena a la voluntad de sus amos. ¡Cuán conveniente y justo sería que la protección de la libertad electoral se extendiera por medio de disposiciones convenientes a los ciudadanos de esa raza, que ni toma parte en la cuestión electoral, ni siente interés alguno por ella!" El ilustre mestizo tenía razón en punto a la filosofía romántica entonces en boga: era conveniente y justo dar a cada hombre sus derechos de hombre. Pero, ¿era también, en la práctica, posible? ¿Era posible hacer una *raza republicana* de la raza india? ¿Podíase convencer de sus derechos y deberes de ciudadanos a los millones de indios semicivilizados que poblaban el territorio de la república?... Hoy cuenta México más de 14 millones de habitantes, de los cuales unos 12 son indios, y los demás, mestizos y mulatos. Los blancos son la excepción, la *crême de la crême* de la sociedad. ¿Puédese hacer de tal pueblo una democracia? Evidentemente no, y el dilema es éste: o la tiranía, único medio de mantener el orden, o el desorden. Díaz opta por el orden, y, dentro del orden, realiza el progreso.

Los yanquis le han honrado en todas formas, porque es un vecino cómodo. Preguntad empero a un yanqui qué le parecería ese hombre, si fuera su compatriota, para presidente de los Estados Unidos, y os mirará asombrado de que pueda hacerse suposición tan absurda, rascándose la oreja,

como si le propusierais cambiar a Roosevelt por Menelik... Tiene razón: Norte América es una nación europea.

Los panegiristas de Porfirio no se cansan de entonar himnos a "su obra grandiosa y civilizadora". Debemos comparar, nos dicen, el México de ayer y el de hoy. Reinaba el caos más absoluto, la miseria más dolorosa, la noche más negra... Porfirio dijo: "Hágase la luz." ¡Y la luz fué!

"Allá en un lugar apartado del hemisferio occidental —dice Tolstoi —, se destaca la solitaria silueta de un Cromwell moderno: su espíritu, si de él eliminamos el fanatismo puritano del gran Protector, es idéntico al de éste en fuerza reconstructora. Su sola existencia demuestra que el alma no tiene nacionalidad, y que, al escoger la envoltura material que va a animar, no se fija en preferencias de raza. Este hecho confirma la universalidad distributiva del espíritu humano, doctrina sostenida por el inmortal Pitágoras. ¿Cómo es que del caos pudo Díaz hacer surgir el orden? Nuestros grandes estadistas del Norte de Europa son tal vez eminentes ante el criterio de la Historia moderna, por haberse hallado rodeados de elementos dúctiles, que ellos no tuvieron dificultad de modelar conforme a sus ideales, por encontrarse los estratos sociales en un grado de civilización más avanzado. Pero en México no había más que caos, no había más que sombras, no había más que civilización elemental; durante más de medio siglo la única luz que alumbraba las tinieblas salía de la boca de los cañones, y el bello cielo del septentrión americano aparecía teñido con resplandores de incendio. Mas he aquí que del vértice de esa *mælstroom* aparece un guerrero cabalgando, como el héroe de la leyenda cosaca, en caballo ensangrentado y con espada reluciente. ¿Es un angel exterminador, una gota más de agua en la negra tormenta? No, es un rayo, pero un rayo más bien de luz que de muerte. Se abre paso en lo recio de la pelea, las legiones se desbaratan cual copos de nieve al soplo del viento del Sud, dejando tras de sí una mañana riente y un sol que orea la sangre del campo de batalla. Desmonta y mira el paisaje desolado que se extiende a sus pies, y luego, arrojando lejos de sí la armadura, coge el arado, abre el surco y planta la semilla. La tierra se cubre de verdura, los pájaros gorjean y el grano germina. — Los fugitivos se rehacen, y al ver las sementeras cuajadas de espigas, arrojan las armas, y, volviendo la vista por todas partes para ver quién ha sido el autor de esa maravilla, ven a lo lejos, inmóvil, la figura

de Díaz. Y, como hijos de la naturaleza que son, se posternan en su presencia confundiendo al instrumento con la causa. Díaz les predica el evangelio de la paz, haciéndoles ver que la sangre sólo fecunda las ortigas y que el árbol del pan sólo florece y da fruto regado con el sudor del rostro (1).''

Y agrega el apóstol eslavo que sin duda Díaz lleva a su pueblo paulatinamente hacia la democracia. ''México no goza de las mismas libertades que su poderoso vecino del Norte, ni tampoco sería conveniente que las tuviera, pues la libertad es como la aurora, que antes de aparecer se anuncia con pálidos crepúsculos. La naturaleza es enemiga de bruscas transiciones, y un pueblo que sale repentinamente de las tinieblas a la luz, retrocedería deslumbrado. En esto consiste precisamente el genio del estadista mexicano, en la graduación metódica con que cuenta las pulsaciones de la existencia nacional. Otro reformador de talento mediano hubiera hecho de su pueblo, bien un montón de demagogos sin Dios ni ley, bien una agrupación de tiranuelos y esclavos; mas Díaz supo evitar los extremos, creando un gobierno único en los anales de la historia política, el cual es en la forma una república y en el fondo no es precisamente una dictadura, pues aun cuando participa de ambas fórmulas, es en la intención un gobierno democrático. La democracia, si no me equivoco, es el ideal de Díaz, y si camina hacia allá empleando métodos autocráticos, no es una falta de él sino de los elementos heterogéneos que constituyen el elemento nacional.'' Confieso que yo no me atrevería a decir tanto... ¡Hacer una democracia de un imperio oriental! ¿Quién lo pudo en la historia? Difícil es que Porfirio, con su buen sentido de político, lo pretenda. Ha hecho progreso. ¿Qué más podía hacer? Es, pues, el caso excepcional que confirma la regla de la retrogradación de todo caudillo criollo, el prototipo de la más *rara avis* del caciquismo, ¡el cacique progresista!

IV

Dejando de lado los extravagantes elogios que a Porfirio se tributan, analicemos un momento su ''obra''. Ante todo, verdad es que el país ha adelantado grandemente en material civilización; pero se inculpa al *imperator* de su

(1) Véase PARRA, *op. cit.*, pág. 80.

"atraso moral"... Si se trata del orden político, ello me parece bien disculpable; en cuanto al orden intelectual, no creo que exista tan acentuado atraso, y, si existe, más que culpa del gobernante me parece de la raza y el medio.

Conceptúo un cargo más fundado el que se hace al yanquismo del general Díaz. "Durante el período de 1867 a 1876, correspondiente a los períodos de Juárez y Lerdo — me han escrito desde México —, varias empresas americanas solicitaron construir diversas líneas de ferrocarril a través del país, ligando el centro con la frontera de Estados Unidos, y pidieron subvenciones más o menos cuantiosas. Pero dichos gobiernos se negaron a conceder la construcción a la mencionada frontera antes de que estuviesen concluídas las líneas que habían de ligar al centro con los diversos puertos, pues trataban de atraer de este modo el elemento europeo antes de que viniera el americano, para crear intereses múltiples a fin de que no predominara ninguno e impedir así la absorción de una u otra influencia. Díaz hizo completamente lo contrario en cuanto subió al poder, no obstante el predominio americano y la gran ingerencia que va tomando en nuestros asuntos... ¿Era un temor pueril de Juárez y Lerdo, lo que retardó la construcción y desenvolvimiento del país? ¿Quién tendrá la razón, ellos o Díaz? Sólo el tiempo lo dirá..."

También en el capítulo de la deuda pública creo que puede hacerse objeciones al gobierno de Porfirio Díaz. "De 1867 a 1876 — hanme escrito asimismo de México, en 1905 —, no se contrajo ninguna deuda pública. Lejos de ello, Juárez, no pudiendo cobrar daños y perjuicios a las naciones que tan injustamente vinieran a intervenir en nuestros asuntos, después del triunfo dijo: "No puedo hacer que me compensen " monetariamente el daño hecho al país; pero tampoco pago " lo que el país debía, y que estaba dispuesto a pagar, antes " de que me perjudicaran con su intervención. Por conse- " cuencia estamos a mano; el que quiera cultivar relaciones " mercantiles y de amistad, ha de ser haciendo completamen- " te abstracción de lo pasado, olvidando por ambas partes " mutuos resentimientos y mutuas deudas, nosotros las de odio " y venganza, ustedes las de dinero y agravios quiméricos, " que traducen también en dinero." De suerte que el país, hasta el año 76, no debía un céntimo, habiéndose mantenido e ido mejorando poco a poco su estado económico, que comprometieron las dos revoluciones iniciadas y sostenidas por Díaz:

la de la Noria y la de Tuxtepec. En aquella época únicamente el presidente y dos ministros tenían carruaje, por poseer bienes propios de fortuna: Lerdo e Iglesias; los demás funcionarios no lo tenían, y sólo usaban los coches del gobierno para los asuntos oficiales, y de acuerdo con la índole de éstos; todos los empleados públicos y servidores del gobierno guardaban una situación económica adecuada. Hoy el país debe, en números redondos, 500.000.000 de pesos oro, los ministros que no tenían bienes de fortuna conocidos en el año 76 son dueños de palacios suntuosos, poseen acciones en las bancos, ferrocarriles, negociaciones mineras, fábricas, etc., etc.; los que tenían algunos miles de pesos, poseen un capital de 10.000.000 a 15.000.000; los jefes de los cuerpos armados del ejército tienen casas propias, caruajes, caballerizas, y así sucesivamente descendiendo en la escala social, sin que los sueldos hayan aumentado gran cosa del año 76 a la fecha. El hijo del presidente Díaz es accionista en varias negociaciones del país; el hijo del presidente Juárez, no habiendo sido nunca jugador, borracho, mujeriego ni crapuloso en ningún sentido, está atenido a su sueldo de senador y a lo que le quiere dar el gobierno.''

En cuanto a la riqueza y boato de los funcionarios públicos, puede explicarse por el progreso general, sin achacarlo todo al peculado y latrocinio... Pero, por muchos que sean los recursos del país, pienso que la deuda es demasiado crecida para un gobierno prudente y sensato. Por muchas que sean las ventajas del capitalismo yanqui, creo también que hubiera convenido equilibrarlo más con el europeo... Mi aplauso a don Porfirio queda así algo restringido y suspenso. No obstante considerarle un buen gobernante criollo, me temo que un verdadero estadista a la europea no habría jamás procedido como él. Tolstoi sufre un error de espejismo y de distancia al compararle con Cromwell; acaso, conociéndole mejor, ni con Alejandro II le comparase... Pero, junto a los Melgarejos, Rosas y Garcías Morenos, resulta en realidad distinguido y hasta sobresaliente. Este, y sólo éste, es al menos mi juicio.

Con salvedades tan agridulces, acaso más agrias que dulces, es de reconocer que, antes que el ditirambo del apologista, las cifras del estadígrafo nos revelan la ''obra'' pasmosa de Díaz. No pretendo que por una sola iniciativa se hayan decuplicado las rentas en medio siglo, construído cientos de escuelas y miles de kilómetros de vías férreas, improvisado las industrias y regularizado el comercio... El país tenía en sí

fuerzas y riquezas para las que ha sido provechosa la buena sombra de Porfirio. La gloria del cacique estadista consiste en haber arrojado esta sombra sobre un suelo fecundo y regado de sangre. *Poca política y mucha administración*, éste se dice que es ahora su lema de diablo harto de carne y metido a fraile... Lema de hierro cuando lo emite un déspota que, para mantenerse en el poder, por la pasividad del pueblo, ya no necesita haber más política. En otros caciques, en pueblos menos resignados, más europeos, tal lema sería siempre, por la fuerza de la oposición, una nueva farsa: la farsa de los zares...

Pero, sobre todas las condiciones de Díaz, hay un hecho, un solo hecho que basta para atraerle el respeto de todos los que saben leer en el corazón de los hombres... Y este hecho indiscutible, categórico, imperecedero, es que, habiendo subido de lo más bajo a lo más alto, permaneció muchos años en la altura sin perder su buen sentido y sus buenos sentimientos... Este hecho es que, llegando a la última cúspide, ha contemplado desde allí largamente el mundo extendido a sus pies, y no ha sufrido el vértigo de las alturas, que hace rodar a los tiranos, ante la historia inexorable, hasta el lodo de donde surgieran. Para resistir al Tentador en las soledades de tan eminente cumbre, ha de tener el corazón de héroe.

FIN

ÍNDICE

LIBRO II

INDIOS, NEGROS Y MESTIZOS

Págs.

LIBRO III

LOS HISPANOAMERICANOS

LIBRO IV

POLÍTICA HISPANOAMERICANA

Págs.

LIBRO V

POLÍTICOS HISPANOAMERICANOS